GERALD DURRELL

EL JARDÍN DE LOS DIOSES

ALIANZA EDITORIAL



Con *El jardín de los dioses* —libro tan ingenioso y apasionante como *Mi familia y otros animales* y *Bichos y demás parientes*— se cierra la divertida trilogía en la que Gerald Durrell rememora su estancia en la isla de Corfú antes de la Gran Guerra. En éste, como en los otros dos volúmenes, la atenta observación de la fauna del territorio, la colorista descripción de los paisajes, la animada semblanza de figuras singulares y el humorístico relato de anécdotas tienen como telón de fondo el emocionado recuerdo de una adolescencia libre y plena.

Gerald Durrell

El jardín de los dioses

Trilogía de Corfú - 3

ePUB v1.0
lamirona 21.03.13

Título original: *The Garden of the Gods*
Gerald Durrell, 1978.
Traducción: María Luisa Balseiro

Editor original: lamirona (v1.0).
ePub base v2.1

Dedico este libro a Ann Peters, en otro tiempo mi secretaria y siempre amiga mía, porque ama a Corfú y probablemente lo conoce mejor que yo.

Una pequeña advertencia

Este es el tercer libro que escribo sobre una estancia de toda mi familia en la isla de Corfú, antes de la última guerra mundial. Podrá extrañar a algunos que aún encuentre material para escribir acerca de esa época de mi vida. Permítaseme señalar que en aquellos tiempos éramos relativamente pudientes, ricos sin duda alguna para el nivel de Grecia; ninguno trabajaba en el sentido usual de la palabra, y por lo tanto la mayor parte del tiempo se nos iba en pasarlo bien. En cinco años de semejante régimen, cualquiera puede acumular muchas experiencias.

Un problema que plantea el escribir una serie de libros con los mismos personajes, o básicamente los mismos, es el de no aburrir al lector de los libros anteriores con descripciones interminables de esos personajes. Pero tampoco se puede caer en la presunción de dar por sentado que todo el mundo ha leído aquellos libros anteriores, por lo que hasta cierto punto hay que suponer que el lector se acerca a nuestra obra por primera vez. Es difícil mantener un rumbo equidistante entre irritar al lector antiguo y sobrecargar al nuevo. Espero haberlo conseguido.

En el primer libro de esta trilogía, *Mi familia y otros animales*, juzgué oportuno decir sobre él esto que ahora repito aquí, porque no me siento capaz de mejorarlo: «En el texto que sigue he intentado dibujar un retrato de mi familia preciso y ajustado a la realidad; aparecen tal como yo los veía. Para explicar, empero, algunos de sus rasgos más curiosos, debo señalar que cuando fuimos a Corfú todos éramos aún bastante jóvenes: Larry, el hermano mayor, tenía veintitrés años; Leslie, diecinueve; Margo, dieciocho; y yo, el benjamín, me hallaba en la tierna e impresionable edad de los diez años. De la de mi madre no hemos estado nunca muy seguros, por la sencilla razón de que no recuerda su fecha de nacimiento; todo lo que sé decir es que era lo bastante mayor como para tener cuatro hijos. Mi madre también insiste en que explique que es viuda, porque, según su sagaz observación, nunca se sabe lo que puede pensar la gente.»

La tarea de condensar cinco años de incidentes, observaciones y grato vivir en algo un poco menos voluminoso que la Enciclopedia Británica me ha obligado a comprimir, podar e injertar, de modo que apenas subsiste algo de la continuidad original de los hechos.

Decía también que había dejado fuera muchos sucesos y personajes que me habría gustado presentar, y en este libro he intentado reparar esa omisión. Espero que agrade tanto a quienes lo lean como al parecer agradaron sus precursores, *Mi familia y otros animales* y *Bichos y demás parientes*. Para mí retrata una parte muy importante de mi vida y eso que por desgracia parece negárseles hoy a muchos niños, y que es una infancia verdaderamente feliz y luminosa.

Capítulo 1

Perros, lirones y caos

El incalificable turco debe ser inmediatamente eliminado de esta cuestión
CARLYLE

Aquel verano fue pródigo por demás. Diríase que el sol hubiera hecho sacar a la isla todas sus reservas, pues nunca habíamos tenido tal abundancia de frutos y flores, nunca había estado el mar tan caldeado y tan lleno de peces, nunca tantos pájaros habían criado, ni salido mariposas y otros insectos de sus crisálidas para animar el campo con sus colores. Las sandías, de carne crujiente y fresca cual rosada nieve, eran formidables balas de cañón vegetales, cada una de las dimensiones y peso necesarios para barrer del mapa una ciudad; los melocotones, anaranjados o sonrosados como luna de septiembre, crecían inmensos en los árboles, henchidos de dulce jugo sus gruesos pellejos aterciopelados; los higos y las brevas se reventaban por la presión de la savia, y en las rosadas hendiduras se aposentaban las cetonias verdi-doradas, deslumbradas por aquella dadivosidad inagotable. Habían gemido los árboles bajo el peso de las cerezas, de modo que en los huertos era como si se hubiera dado muerte a un gran dragón, quedando las hojas salpicadas de gotas de sangre escarlata y rojo vino. Las mazorcas de maíz eran de un codo de largas, y al hincar el diente en aquel mosaico de granos de color amarillo canario te saltaba a la boca el jugo blanco y lechoso; y en los árboles que se henchían y engordaban para el otoño lucían las almendras y nueces de verde jade, y las aceitunas, tersas, bruñidas y brillantes como huevos de pájaro colgados entre las hojas.

Ni que decir tiene que, con la isla hecha un puro estallido de vida, mis actividades recolectoras se duplicaron. Además de la habitual tarde que pasaba cada semana con Teodoro, emprendía expediciones mucho más osadas y ambiciosas de las que hasta entonces había podido llevar a cabo, porque ahora estaba en posesión de una burra. Aquel animal, de nombre Sally, había sido un regalo de cumpleaños, y como medio de recorrer grandes distancias y transportar abundante equipo demostró ser una compañía inapreciable, aunque terca. En compensación de su terquedad poseía una gran virtud: la de ser, como todos los burros, paciente sin medida. Con la mirada gozosamente perdida en el vacío esperaba a que yo acabara de contemplar éste o aquel bicho, o sencillamente se sumía en un sopor asnal, ese dichoso estado de trance que alcanzan los burros y en el cual, con los ojos entornados, parecen estar soñando con no se sabe qué nirvana y ni las voces, ni las amenazas, ni los palos siquiera hacen mella en su espíritu. Los perros, pasado un ratito de espera paciente, empezaban a

bostezar y a suspirar y a rascarse y a manifestar por muchos indicios que ya habían dedicado tiempo bastante a una araña o lo que fuera, y seguían adelante. Pero Sally, una vez entregada a su sopor, daba la impresión de estar dispuesta a quedarse clavada en el sitio durante varios días si ello fuera menester.

Cierto día un campesino amigo mío, que me había conseguido muchos animales y era observador atento, me informó de que en un valle pedregoso que distaba unos ocho kilómetros de la villa hacia el norte había una pareja de aves de gran tamaño, que parecían estar anidando allí. Por su descripción no podían ser más que águilas o buitres, y yo ardía en deseos de hacerme con polluelos de unas u otros. Mi colección de aves de presa se componía por entonces de tres especies de búho, un gavilán, un esmerejón y un cernícalo, así que la adición de un águila o buitre me vendría muy bien para completarla. Huelga decir que no hice partícipe de mi ambición a la familia, porque la cuenta de carnicería para alimentar a mis animales era ya astronómica. Además me imaginaba la reacción de Larry a la idea de meter un buitre en casa. A la hora de adquirir nuevos protegidos siempre resultaba más prudente presentarle los hechos consumados, pues una vez introducido el animal en la villa normalmente se podía contar con el apoyo de Mamá y de Margo.

Preparé la expedición con sumo cuidado, añadiendo cargamentos de víveres para mí y para los perros y un generoso suministro de gaseosa al conjunto acostumbrado de latas y cajas de recolección, el cazamariposas y un saco para meter al águila o buitre. También me llevé los prismáticos de Leslie, que eran de mayor aumento que los míos. Afortunadamente su propietario no estaba a tiro para pedirle permiso, pero yo estaba seguro de que me los habría prestado con mucho gusto. Luego de pasar revista al equipo por última vez para comprobar que no faltaba nada, procedí a festonear a Sally con los diferentes enseres. Aquel día estaba más adusta y recalcitrante que de costumbre, aun para lo que suele ser un burro, y por fastidiar me dio un pisotón adrede y luego me tiró un bocado a las posaderas cuando me agaché a recoger el cazamariposas, que se me había caído. Se quedó muy ofendida por el tortazo que le di en castigo de su mala conducta, así que puede decirse que cuando emprendimos la marcha prácticamente no nos hablábamos. Yo le ajusté con frialdad el sombrero de paja sobre las peludas orejas en forma de aro, llamé con un silbido a los perros y echamos a andar.

El sol calentaba a pesar de lo temprano de la hora, y el cielo mostraba un azul claro y ardiente, como el que se produce cuando se echa sal al fuego, emborronado en los bordes por la calima. Al principio marchamos por la carretera, alfombrada de polvo blanco y adherente como polen, y adelantamos a muchos de mis amigos campesinos, que a lomos de sus burros se dirigían al mercado o a trabajar sus tierras. Aquello inevitablemente retardaba el avance de la expedición, porque las buenas formas exigían dedicarle un buen rato a cada uno. En Corfú es obligado cotillear

durante el debido tiempo, y acaso aceptar un pedazo de pan, unas pipas de sandía o un racimo de uvas en prenda de estima y cariño. Así que cuando llegó el momento de abandonar la calurosa y polvorienta carretera para iniciar la subida por los frescos olivares iba yo cargado con los más diversos comestibles. La pieza mayor era una sandía con que generosamente se había empeñado en obsequiarme mi amiga Mama Agathi; hacía una semana que no nos veíamos, tiempo desmesuradamente largo durante el cual debía pensar que yo no había tenido nada que llevarme a la boca.

Los olivares brindaban sombras profundas y frescor de pozo después del sol cegador de la carretera.

Los perros iban delante como siempre, husmeando por los gruesos troncos horadados de los olivos; de vez en cuando, enloquecidos por la audacia de las golondrinas que pasaban rozándoles, se arrojaban en su persecución con ladridos feroces. Al no atraparlas, como era habitual, buscaban desahogar sus iras sobre alguna oveja inocente o un pollo de estólido aspecto, y había que reconvenirles con severidad. Sally, olvidada ya de su enfado, caminaba a buen paso, con una oreja doblada hacia delante y la otra hacia atrás para no perderse mis canturreos y comentarios sobre el panorama.

Dejamos la sombra de los olivos y ascendimos por el monte recalentado, sorteando las espesuras de arrayán, las encinas y las matas de retama. Allí los cascos de Sally aplastaban la hierba y el aire caliente estaba cargado de olor a salvia y tomillo. Al mediodía, jadeantes los perros y Sally y yo sudando por todos los poros, nos vimos en lo alto entre los peñascos de color oro y herrumbre de la cordillera central, con el mar allá abajo a nuestros pies, azul como flor de lino. A las dos y media, cuando nos paramos a descansar a la sombra de un gran saliente de piedra, yo me sentía absolutamente frustrado. Siguiendo las instrucciones de mi amigo habíamos, efectivamente, encontrado un nido, que para mayor emoción resultó ser de buitre, y que además, posado en un resalte de la roca, contenía dos jóvenes obesos y casi con toda la pluma, de la edad ideal para adoptarlos. La pega estaba en que no podía yo alcanzar el nido, ni desde arriba ni desde abajo. Tras una hora de esfuerzos infructuosos por secuestrar a las crías no tuve más remedio que abandonar, aunque a regañadientes, la idea de añadir buitres a mi colección de aves de presa.

Bajamos por la ladera e hicimos un alto para descansar y almorzar a la sombra. Mientras yo me comía mis emparedados y mis huevos duros, Sally se tomó un almuerzo ligero de panochas de maíz secas y sandía, y los perros calmaron su sed con una mezcla de sandía y uvas, engullendo ávidamente el jugoso fruto y de tanto en tanto atragantándose y tosiendo por alguna pipa que se les quedaba atascada. Debido a su voracidad y a su total carencia de modales en la mesa acabaron mucho antes que Sally y que yo, y tras llegar renuentemente a la conclusión de que no pensaba darles nada más nos abandonaron y se largaron por la ladera abajo para regalarse con una

pequeña cacería particular.

Yo, tumbado de bruces mientras comía la fresca y quebradiza sandía, rosada como el coral, examiné la ladera. A unos quince metros más abajo de donde yo estaba se alzaban las ruinas de una casita de labradores. Aquí y allá se discernían apenas en la ladera los rellanos en forma de media luna que antaño constituyeran las minúsculas tierras de cultivo. Debió llegar un momento en que se hizo patente que el suelo empobrecido no podía seguir dando maíz u hortalizas en aquellas parcelitas no más grandes que un pañuelo, y el dueño tuvo que marcharse. La casa se había desmoronado y las parcelas se habían llenado de malas hierbas y arrayán. Miraba yo fijamente los restos de la casucha, preguntándome quién habría vivido allí, cuando vi que entre el tomillo que crecía al pie de uno de los muros se movía una cosa rojiza.

Lentamente eché mano a los prismáticos y me los llevé a los ojos. El amasijo de piedras caídas al pie del muro se me hizo visible con claridad, pero por un instante no vi qué era lo que me había llamado la atención.

Entonces, para mi asombro, de detrás de una mata de tomillo salió un animalito esbelto, rojo cual hoja en otoño. Era una comadreja, y, a juzgar por su comportamiento, una comadreja joven y bastante inocente. Era la primera que yo veía en Corfú, y realmente me encantó. La comadreja oteó los alrededores con aire un poco aturdido y después se irguió sobre las patas traseras y olfateó vigorosamente. No oliendo, al parecer, nada comestible, se sentó y se dio una sesión de rascado intensiva y a todas luces muy satisfactoria. Luego interrumpió bruscamente su aseo y con mucho cuidado acechó y trató de atrapar a un limoncillo de color canario intenso. Pero el insecto se le escurrió de entre las fauces y escapó revoloteando, mientras la comadreja tiraba mordiscos al aire con aspecto un tanto estúpido. Una vez más se alzó sobre las patas posteriores para ver dónde había ido su presa, y, perdiendo el equilibrio, a punto estuvo de caerse de la piedra que la sostenía.

Extasiado ante su diminuto tamaño, su rico colorido y su aspecto ingenuo, yo no le quitaba los ojos de encima. Quería capturarla a todo trance y llevármela a casa para incorporarla a mi zoo, pero sabía que me sería difícil. Mientras yo meditaba sobre el mejor camino a seguir para lograr ese resultado, entre las ruinas de la casita se desarrolló un drama. Sobre el matorral planeó una sombra como una cruz de Malta, y ante mi vista apareció un gavilán en vuelo rasante y raudo hacia la comadreja, que, erguida sobre su piedra olisqueando el aire, *parecía* no darse cuenta del peligro. Yo estaba dudando si dar un grito o una palmada para alertarla cuando ella vio al gavilán. Con una rapidez de reflejos increíble se dio media vuelta, saltó airosamente al muro ruinoso y desapareció en una grieta entre dos piedras que yo no habría creído capaz de permitir el paso de un lución, cuanto menos de un mamífero del tamaño de aquél. Fue como un juego de manos: tan pronto estaba instalada sobre su piedra, tan pronto se había evaporado en la pared como una gota de lluvia. El gavilán frenó desplegando

la cola en abanico y permaneció suspendido en el aire, obviamente con la esperanza de ver reaparecer a la comadreja; pero en seguida se aburrió y se descolgó otra vez ladera abajo, en busca de presas menos recelosas. Al cabo de un rato la comadreja asomó su carilla por la grieta. Viendo la costa despejada, salió cautelosamente. Luego echó a andar por el muro, y, como si su reciente escapatoria le hubiera dado esa idea, procedió a examinar y explorar todos los huecos y recovecos que había entre las piedras. Yo la miraba pensando cómo bajar hasta allá para echarle la camisa por encima antes de que advirtiera mi presencia. A la vista de su hábil truco de desaparición frente al gavilán, estaba claro que no iba a ser fácil.

Sinuosa como una culebra, se introdujo en un agujero de la parte baja del muro. De otro agujero un poco más arriba salió un segundo animal presa de gran agitación, que corrió por lo alto del muro y desapareció en una hendidura. Sentí una emoción enorme, porque lo poco que había visto de él me había bastado para identificarlo como un animal que desde hacía muchos meses estaba buscando y tratando de capturar: un lirón careto, probablemente uno de los roedores más simpáticos de Europa. Venía a tener las dimensiones de una rata crecida, con pelaje color canela, la parte de abajo de un blanco brillante, larga y poblada cola acabada en una brocha de pelos blancos y negros y unas manchas negras por debajo de las orejas, que rodeándole los ojos le daban el ridículo aspecto de llevar uno de aquellos antifaces que supuestamente gastaban los ladrones de antes.

Aquello era un dilema: dos animales que ansiaba poseer, uno en feroz persecución del otro y ambos extraordinariamente recelosos. Si mí asalto no estaba bien calculado, lo más probable sería que los perdiera a los dos. Decidí ocuparme primero de la comadreja, por ser la más móvil, y porque pensé que el lirón no se movería de su nuevo agujero si se le dejaba tranquilo. Me pareció que el cazamariposas sería instrumento más adecuado que la camisa, así que me armé de él y bajé por la ladera con las mayores precauciones, quedándome petrificado cada vez que la comadreja se asomaba y miraba a su alrededor.

Por fin llegué a un metro de distancia del muro sin ser detectado. Así con más fuerza el largo mango del cazamariposas y esperé a que la comadreja saliera de las profundidades de la oquedad que en aquel momento estaba investigando. Cuando salió, fue tan de repente que me pilló desprevenido. Se sentó sobre las patas traseras y se me quedó mirando con interés exento de inquietud. En el instante en que estaba yo a punto de arrojarle encima la red, hete aquí que llegan los tres perros atravesando estrepitosamente el matorral, con la lengua fuera y el rabo en movimiento, tan vociferantes de contento al verme como si lleváramos varios meses separados. La comadreja se esfumó. Una fracción de segundo permaneció petrificada de espanto ante aquella avalancha perruna, y a la siguiente había desaparecido. Yo maldije a los perros con saña y los desterré a los confines más altos del monte, y allí se fueron a

tumbarse a la sombra, heridos y perplejos ante mi mal humor. Seguidamente me puse a dar caza al lirón.

Con el paso de los años la argamasa que unía las piedras se había resquebrajado y las fuertes lluvias de los inviernos se la habían ido llevando, por lo que a todos los efectos lo que quedaba de la casa era una serie de muros de mampostería en seco. Aquel laberinto de túneles y cavernas comunicantes constituía un escondite ideal para cualquier animal pequeño. No había más que una forma de cazarlo en aquel tipo de terreno, y esa forma era deshacer el muro, así que me apliqué a ello trabajosamente. Desmantelada buena parte del mismo, lo más interesante que había salido a la luz se reducía a un par de escorpiones indignados, unas cuantas cochinillas y una joven salamanquesa que escapó dejando atrás la estremecida cola. Era tarea fatigosa y que hacía sudar de lo lindo, y al cabo de una hora o cosa así me senté a descansar a la sombra de lo que todavía quedaba en pie.

Me estaba preguntando cuánto tiempo me llevaría demoler todo lo demás cuando asomó el lirón por una oquedad a un metro de distancia de mí. Trepó cual montañero un tanto obeso, y llegado que hubo a lo alto se aposentó en sus orondos cuartos traseros y se puso a lavarse la cara con gran minuciosidad, totalmente ignorante de mi presencia. Yo casi no lo podía creer. Despacito, con el mayor cuidado, maniobré el cazamariposas hacia él, lo situé en posición y lo abatí de golpe. Todo habría salido perfectamente si la parte alta del muro hubiera sido plana, pero no lo era; no pude aplastar el cazamariposas lo bastante como para que bajo el cerco no quedara un hueco. Mortificado y decepcionado hube de ver cómo el lirón, recobrándose del susto momentáneo, se escurría por debajo de la red, salía galopando por el muro y desaparecía en otra grieta. Pero aquello fue su perdición, pues el sitio donde se había metido no tenía salida y antes de que se percatara del error ya había echado yo la red sobre la entrada.

Lo siguiente era sacarlo y echarlo a la bolsa sin que me mordiera. No fue sencillo, y en el transcurso de la operación me hincó los afiladísimos dientes en la yema del dedo gordo, con lo que el pañuelo, el lirón y yo quedamos literalmente ensangrentados. Pero al fin le tuve en la bolsa. Contentísimo por el éxito, monté a Sally y volví a casa triunfante con mí nueva adquisición.

Llegados a la villa, me llevé al lirón a mi cuarto y le di alojamiento en una jaula que hasta poco antes fuera residencia de una cría de rata negra. La rata había tenido un fin desgraciado entre las garras de mi autillo Ulises, que abrigaba la opinión de que todos los roedores habían sido creados por una providencia bienhechora para llenar su estómago. Así pues, esta vez me aseguré de que mi valioso lirón no pudiera escaparse y correr parecida suerte. Ya enjaulado, pude examinarle con mayor detenimiento.

Descubrí que era una hembra, y las sospechosas dimensiones de su barriga me

llevaron a pensar que pudiera estar preñada. Después de meditarlo un poco le puse por nombre Esmeralda (acababa de leer *El jorobado de Nuestra Señora de Paris* y me había enamorado locamente de la protagonista), y dejé a su disposición una caja de cartón llena de borra de algodón y hierba seca que le sirviera para acomodar a su familia.

Durante los primeros días Esmeralda se me tiraba a la mano lo mismo que un bulldog cada vez que iba a limpiarle la jaula o a ponerle comida, pero en menos de una semana tomó confianza y empezó a tolerarme, aunque mirándome siempre con cierta reserva. Todas las noches Ulises se despertaba en la percha especial que tenía encima de la ventana y yo le abría los postigos para que saliera de cacería por los olivares plateados por la luna, de lo cual no regresaba en busca de su plato de carne picada hasta eso de las dos de la mañana. La seguridad que me daba no tenerle por allí me permitía sacar a Esmeralda de su jaula para que hiciera ejercicio durante un par de horas. Resultó ser un animal encantador, de lo más garboso a pesar de su redondez: daba saltos prodigiosos y espeluznantes del armario a la cama (donde rebotaba como en un trampolín) y de ésta a la librería o la mesa, sirviéndose de la larga cola con el penacho en la punta a manera de balancín de equilibrista. Era enormemente curiosa, y cada noche sometía la habitación y todo su contenido a un escrutinio pormenorizado, con el ceño fruncido tras su negra mascarilla y un temblor continuo en los bigotes. Descubrí que sentía una pasión ardiente por los saltamontes pardos de mayor tamaño, y a menudo venía a aposentarse sobre mi pecho desnudo, estando yo en la cama, para masticar ruidosamente aquellas golosinas. De resultas de ello mi cama parecía contener siempre una capa espinosa de élitros, pedacitos de patas y fragmentos de córneo tórax, porque Esmeralda era de los que comen con avidez y sin preocuparse mucho por las buenas formas.

Y llegó al fin la noche emocionante en que, después de que Ulises se deslizara al olivar sobre alas silenciosas y empezara a llamar con el «*toink*, *toink*» característico de su especie, fui a abrirle la puerta a Esmeralda y me encontré con que no quería salir, sino que, agazapada en la caja de cartón, me dirigía ruidillos amenazadores. Cuando quise investigar en su alcoba se me agarró al dedo índice como una tigresa. Al cabo de grandes esfuerzos conseguí por fin que me soltara, y sujetándola firmemente por el pescuezo registré la caja, y con infinito alborozo encontré allí ocho recién nacidos, del tamaño de avellanas y rosados como capullos de ciclamen. Loco de alegría por el feliz acontecimiento, colmé a Esmeralda de saltamontes, pipas de melón, uvas y otros manjares de los que más le gustaban, y seguí los progresos de los bebés con interés apasionado.

Poco a poco se fueron desarrollando. Se les abrieron los ojos, les salió el pelo. No hubo de transcurrir mucho tiempo para que los más robustos y aventureros treparan laboriosamente para fugarse de la guardería de cartón y andar con paso bamboleante

por el suelo de la jaula cuando Esmeralda no los estaba mirando. Ella entonces se alarmaba mucho, y cogiendo al bebé errante en la boca y emitiendo gruñiditos de enfado volvía a recluirlo entre las seguras paredes de la alcoba. Aquello podía hacerlo con uno o con dos, pero una vez que los ocho niños llegaron a la fase inquisitiva le fue imposible controlarlos a todos y tuvo que dejar que deambularan a su antojo. Empezaron a seguirla cuando salía de la jaula, y fue entonces cuando descubrí que los lirones, lo mismo que las musarañas, caminan en caravana, esto es, que Esmeralda iba la primera, a su cola se sujetaba el bebé número uno, a la cola de éste el bebé número dos, a la de éste el número tres y así sucesivamente. Era un espectáculo mágico el que ofrecían aquellas nueve criaturas diminutas, cada una con su pequeño antifaz negro, serpeando por la habitación como una peluda bufanda animada, volando sobre la cama o escalando la pata de la mesa. Una siembra de saltamontes sobre la cama o en el suelo, y los bebés, en medio de chirridos de excitación, se ponían en corro para comer, con ridículo aspecto de bandidos en conciliábulo.

Al cabo, cuando los bebés llegaron a la edad adulta, no tuve otro remedio que soltarlos en el olivar.

La tarea de tener bien alimentados a nueve lirones voraces llevaba demasiado tiempo. Los dejé en libertad donde empezaba el olivar, cerca de un grupo cerrado de encinas, y allí se establecieron con gran fortuna.

Al atardecer, cuando el sol se ponía y el cielo se teñía de verde hoja, listado por las nubes del ocaso, yo solía acercarme por allá para ver a los lironcillos enmascarados brincar por las ramas con elegancia de bailarina, castañeteando y chirriándose unos a otros mientras perseguían mariposas nocturnas, luciérnagas u otros bocados exquisitos entre el ramaje umbrío.

De resultas de una de mis muchas correrías en burro se nos llenó la casa de perros. Veníamos del monte, donde yo había estado intentando atrapar un estelión por los cegadores peñascales de yeso.

Emprendimos el regreso tarde, cuando ya por todas partes había sombras negras como el carbón, y todo lo bañaba la suave luz oblicua y dorada del sol poniente. Íbamos acalorados y cansados, hambrientos y sedientos, porque había pasado ya mucho tiempo desde que comiéramos y bebiéramos todo lo que habíamos llevado. Del último viñedo que encontramos de camino no habíamos sacado más que unos racimos de uvas muy negras cuyo acerbo sabor a vinagre había hecho que los perros fruncieran los labios y guiñaran los ojos, y a mí me había dejado más hambriento y sediento que antes.

Decidí que como jefe de la expedición me correspondía proveer de sustento al resto de la banda, y me paré a pensar. Teníamos tres fuentes de aprovisionamiento equidistantes. Una era el viejo Yani el pastor, que sin duda nos daría queso y pan,

pero era probable que su mujer estuviera aún en el campo y el propio Yani tal vez no hubiera vuelto de apacentar el rebaño de cabras. Otra era Agathi, que vivía sola en una chocita destartalada, pero Agathi era tan pobre que me sabía mal aceptar nada de ella, y aun procuraba compartir con ella mi comida cuando andaba cerca de su casa. Por último estaba la dulce y bondadosa Mama Kondos, una viuda de ochenta veranos más o menos, que vivía con sus tres hijas solteras, y a mi modo de ver incasables, en una granja desaseada pero próspera de un valle del sur. Eran bastante acomodadas para los niveles del campesinado: aparte de dos o tres hectáreas de olivos y tierras de labor, poseían dos burros, cuatro ovejas y una vaca. Eran lo que se podría llamar las labradoras ricas de la zona, y por eso resolví que recayera en ellas el honor de avituallar a mi expedición.

Las tres gordísimas chicas, de mala estampa pero buen carácter, acababan de volver del campo y estaban congregadas en torno al pequeño pozo, chillonas de voz y color como cotorras, lavándose las gruesas, morenas y peludas piernas. Mama Kondos circulaba de acá para allá cual diminuto muñeco de cuerda, diseminando maíz para el estridente y despeluchado gallinero. En toda Mama Kondos no había nada derecho: su cuerpecillo estaba doblado como una hoz, tenía las piernas torcidas por los muchos años de llevar cargas pesadas sobre la cabeza, y los brazos y las manos permanentemente engarabitados de tanto recoger cosas; hasta los labios se le volvían para dentro sobre las encías sin dientes, y las cejas, que eran como níveos vilanos, se curvaban sobre los ojos oscuros y ribeteados de azul, guardados a su vez a cada lado por un cerco de arrugas curvas que fruncían una piel tan delicada como la de un champiñón.

Al verme, las hijas soltaron gritos agudos de alborozo y se agolparon a mi alrededor cual amigables percherones, para apretarme contra sus pechos mastodónticos y cubrirme de besos, exudando cariño, sudor y olor a ajo a partes iguales. Mama Kondos, David pequeño y corcovado entre aquellos aromáticos Goliats, las apartó con chillidos penetrantes: «¡Dádmelo a mí, dádmelo a mí! ¡Mi niño, mi corazón, mi amor! ¡Dádmelo a mí!». Y abrazándome me llenó la cara de besos dolorosos, porque tenía las encías duras como pico de tortuga.

Por fin, luego que fui concienzudamente besado y manoseado y sobado por todas partes para comprobar la realidad de mi presencia, se me permitió sentarme y ofrecer alguna explicación de por qué las tenía abandonadas desde hacía tanto tiempo. ¿Es que no me daba cuenta de que había transcurrido una semana entera desde la última vez que fui a verlas? ¿Cómo podía ser mi amor tan cruel, tan remiso, tan pasajero? De todos modos, ya que por fin me tenían allí, ¿quería algo de comer? Sí, dije; con mucho gusto, y algo para Sally también. Los perros, más zafios, ya se habían servido: Widdle y Puke habían arrancado unas uvas blancas y dulces de la parra que se extendía sobre una parte de la casa y las estaban engullendo con avidez, y Roger, que

parecía tener más sed que hambre, se había ido donde las higueras y los almendros y había destripado una sandía. Estaba tumbado con el hocico metido en el fresco y rosáceo fruto, cerrados los ojos en éxtasis, sorbiendo entre los dientes el jugo dulce y refrescante. En seguida le dieron a Sally tres mazorcas de maíz tierno para que fuera masticando y un cubo de agua con que apagar la sed, y a mí se me obsequió con un inmenso boniato de piel negra y deliciosamente requemada en la lumbre y carne dulce y esponjosa, un tazón de almendras, higos, dos melocotones gigantescos, un pedazo de pan amarillo, aceite de oliva y ajo.

Una vez que me hube metido aquellas provisiones entre pecho y espalda y entretenido así el hambre, pude centrar mi atención en el intercambio de cotilleos. Pepi, el muy tonto, se había caído de un árbol y se había roto un brazo; Leonora iba a tener otro niño en sustitución del que se le murió; Yani —no, no ese Yani, el Yani del otro lado del monte— se había peleado con Taki por el precio de un burro, y Taki se había enfadado tanto que había ido a disparar la escopeta junto a la casa de Yani, pero era una noche muy oscura y Taki estaba borracho y resultó que era la casa de Spiro, así que ahora no se hablaban ninguno de los tres. Estuvimos un buen rato comentando las rarezas de nuestros congéneres y desmenuzando con gran deleite sus maneras de ser, hasta que me di cuenta de que faltaba Lulu. Lulu era la perra de Mama Kondos, un animal flaco y zanquilargo de enormes ojos tristones y largas orejas caídas como de spaniel. Era esmirriada y costrosa como todos los perros del campo y se le marcaban las costillas igual que las cuerdas de un arpa, pero era muy cariñosa y yo le tenía simpatía. Normalmente era una de las primeras en recibirme, pero aquel día no se la veía por ninguna parte. Pregunté si le había pasado algo.

—¡Ha tenido cachorros! —dijo Mama Kondos—. Po, po, po, po. ¡Once! ¿Qué te parece?

Cuando el alumbramiento pareció inminente habían atado a Lulu a un olivo próximo a la casa, y ella se había recluido en las profundidades del tronco para dar a luz. Después de saludarme con entusiasmo, observó interesada cómo yo me metía en el olivo a cuatro patas y sacaba los cachorros para verlos. Como siempre, me pareció asombroso que aquellas madres escuálidas y medio muertas de hambre pudieran parir cachorros tan hermosos y tan redondos, de cara aplastada y belicosa y potente voz de gaviota. Su coloración era de lo más variado, como de costumbre: blanco y negro, blanco y marrón, plata y gris azulado, todo blanco y todo negro. En toda carnada de cachorros corfiotas hay tal diversidad de esquemas cromáticos que la cuestión de la paternidad resulta prácticamente imposible de dilucidar. Me senté con el centón de perrillos lloriqueantes en el regazo y le dije a Lulu que era una perra muy valiosa.

Ella meneó el rabo furiosamente.

—¡Valiosa, sí! —dijo Mama Kondos con acritud—. Parir once cachorros no es ser valiosa, es ser una descarriada. Sólo podemos quedarnos con uno.

Bien sabía yo que de ninguna manera se le permitiría a Lulu conservar todo su hatajo de cachorros, y aun se podía dar por muy dichosa con que le dejasen uno. Mi intervención podía ser útil. Dije que estaba seguro de que mi madre no sólo se alegraría mucho de tener un cachorro, sino que quedaría agradecidísima a la familia Kondos y a Lulu si se lo daban. Conque tras mucho pensarlo escogí el que mejor me pareció, un macho berreón y rollizo que era blanco, negro y gris con las cejas y las patas de color trigueño. Les pedí que me lo reservaran hasta que se le pudiera separar de la madre, y yo entretanto comunicaría a Mamá la gran noticia de que habíamos adquirido un perro más, que haría el número cinco de los nuestros, número bonito y redondo a mi entender.

Cuál no sería mi asombro al ver que Mamá no manifestaba la menor complacencia ante la idea de incrementar nuestra tribu canina.

—No, querido —dijo tajantemente—, no podemos tener otro perro. Hay de sobra con cuatro. Aun así, y entre tus búhos y todo lo demás, ya nos gastamos una fortuna en carne. No, lo siento pero no hay ni que pensar en traer un perro más.

En vano argumenté que matarían al cachorrito si no hacíamos algo por impedirlo. Mamá se mantuvo inflexible. Sólo había una posibilidad. Yo tenía comprobado que mi madre, frente a una pregunta hipotética como «¿Te gustaría tener una nidada de colirrojos?», automática y tajantemente respondía «No»; pero, frente a la nidada de polluelos, ineluctablemente se ablandaba y decía que sí. Así que lo único que se podía hacer era enseñarle el cachorro; seguro que no se resistía a la vista de sus cejas y sus patitas doradas. Mandé un recado a las Kondos preguntando si me podían dejar el cachorro para enseñárselo a Mamá, y una de las gordas, muy atenta, lo subió al día siguiente. Pero al abrir el paño donde lo traía envuelto descubrí con pesar que Mama Kondos se había equivocado de perro. Se lo expliqué a la hija, y ella me dijo que no podía hacer nada porque iba camino del pueblo; mejor sería que fuera yo a ver a su madre, y añadió que me diera prisa, porque Mama Kondos había comentado que aquella misma mañana se desharía de los demás cachorros. Precipitadamente monté a Sally y salí al galope por el olivar.

Al llegar a la granja me encontré a Mama Kondos sentada al sol trenzando blancas y nudosas ristras de ajo, en medio de las gallinas que escarbaban y cloqueaban satisfechas. Cuando me hubo abrazado, interrogado acerca de mi salud y la de mi familia y obsequiado con un plato de higos, saqué al cachorro y expliqué el motivo de mi visita.

—¿No era éste? —exclamó, contemplando al perrillo vociferante e hincándole el dedo índice—. ¿No era éste? Mira que soy tonta. Po, po, po, po, estaba tan convencida de que el que querías era el de las cejas blancas.

—¿Había matado a los demás?, pregunté ansioso.

—Ah, sí —dijo distraídamente, todavía con la mirada fija en el cachorro—. Sí,

esta mañana temprano.

—Bueno, —dije con resignación, pues ya que me había quedado sin el cachorro con el que me había encaprichado, me llevaría al superviviente.

—No, a ver si te puedo dar el que querías —dijo ella, y poniéndose en pie fue a coger un azadón.

¿Cómo que me podía dar el cachorrito si los había matado? A lo mejor pensaba recuperar el cadáver, pensé, y eso no me apetecía nada. Estaba a punto de decírselo cuando ella, refunfuñando en voz baja, salió trotando hacia una parcela próxima a la casa, donde los tallos de la primera cosecha de maíz se erguían rubios y quebradizos sobre la tierra resquebrajada por el sol. Una vez allí buscó un momento con la mirada y se puso a cavar. Al segundo golpe de azadón desenterró tres cachorros dando gritos y pedaleando frenéticos, con las orejas, los ojos y las rosadas bocas llenas de tierra.

Yo me quedé petrificado de espanto. Ella examinó los cachorros que había desenterrado, vio que el que yo quería no estaba entre ellos, los tiró al suelo y se puso otra vez a cavar. Sólo entonces tomé plena conciencia de lo que había hecho Mama Kondos. Sentí como si en el pecho me reventara una gran burbuja roja de odio, y por las mejillas me corrieron lágrimas de rabia. De mi no exiguo repertorio de insultos en griego saqué lo peor que pude encontrar, y lanzándoselos a Mama Kondos a voz en grito le di tal empellón que se cayó sentada entre el maíz, estupefacta. Yo agarré el azadón sin dejar de soltar las maldiciones de todo santo y deidad que me venía a la mente, y deprisa pero con cuidado desenterré a los restantes cachorros medio asfixiados. Mama Kondos estaba tan atónita ante mi súbita transición de la calma a la ira que no acertaba a decir nada, y no hacía más que mirarme con la boca abierta. Sin más ceremonias me metí los cachorros dentro de la camisa, recogí a Lulu y al cachorro que le habían dejado, y me largué a lomos de Sally, volviéndome aún para maldecir a Mama Kondos, que ya se había puesto en pie y corría detrás de mí, gritando: «Pero corazón mío, ¿qué ha pasado? ¿Por qué lloras? ¡Llévatelos todos si quieres! ¿Qué te pasa?».

Irrumpí en casa sofocado, lloroso, cubierto de barro, con la camisa reventando de cachorros y Lulu trotando a mis pies, entusiasmada por aquella salida súbita e imprevista con sus retoños. Mamá, como de costumbre, estaba encerrada en la cocina preparando diversas exquisiteces para Margo, que volvía de un recorrido por la Grecia continental con el que había querido hallar consuelo de su último amor desgraciado. Mi madre escuchó mi relato incoherente e indignado del enterramiento en vida de los cachorros y reaccionó con el debido horror.

—¡Qué barbaridad! —exclamó con indignación—. ¡Estos campesinos! ¡Cómo podrán ser tan crueles! ¡Enterrarlos vivos! En la vida he oído mayor salvajada. Has hecho muy bien en salvarlos, hijo. ¿Dónde están?

Me abrí la camisa como quien se hace el hara-kiri, y una cascada de cachorrillos

se derramaron retorciéndose sobre la mesa de la cocina, y allí empezaron a explorar el terreno a ciegas y dando chillidos.

—¡Por favor, Gerry, en la mesa no, que estoy amasando! —dijo Mamá—. ¡Este niño! Sí, muy bien, pues aunque sea tierra limpia no quiero encontrármela en las empanadas. Ve por una cesta.

Busqué una cesta y metimos en ella a los perritos. Mamá los miró atentamente.

—¡Pobrecillos! —dijo—. Pero si son muchísimos. *¿Cuántos*? ¡Once! Pues no sé qué vamos a hacer con ellos. No podemos quedarnos con once perros además de los que ya tenemos.

Me apresuré a decir que ya lo tenía todo pensado: en cuanto los cachorros fueran un poco mayores les buscaríamos casa. Añadí que para entonces Margo estaría de vuelta y me podría echar una mano; así tendría algo que hacer y dejaría de pensar en el sexo.

—¡Pero Gerry! —dijo Mamá escandalizada—. No debes decir eso. ¿De dónde has sacado semejante cosa?

Expliqué que Larry había dicho que lo que le hacía falta a Margo era dejar de pensar en el sexo, por lo cual imaginaba yo que la llegada de los cachorros obraría tan deseable efecto.

—Pues no debes decir esas cosas —dijo Mamá—. Larry no tiene ningún motivo para hablar de esa manera. Lo que pasa…, lo que pasa es que Margo es un poco… emotiva, sencillamente. Pero eso no tiene nada que ver con el sexo; es una cosa *muy* distinta. ¿Qué pensaría cualquiera que te oyera? Anda, vete a poner los cachorritos en algún sitio donde estén seguros.

Conque me llevé a los cachorros a un olivo conveniente cerca del porche, até a Lulu al mismo y los lavé con un paño húmedo. Lulu, dictaminando que una cesta era sitio muy cursi para criar a una carnada, inmediatamente excavó una madriguera entre las acogedoras raíces del árbol y con mucho cuidado trasladó allí a sus cachorros uno por uno. Yo me pasé más tiempo lavando a mi cachorro especial que a los otros, cosa que a él le molestó mucho, y me puse a pensar qué nombre le pondría. Al final decidí llamarlo Lázaro, o Laz para abreviar. Le deposité cuidadosamente al lado de sus hermanos y me fui a cambiarme la camisa manchada de tierra y pis.

Me senté a la mesa a tiempo de oír cómo Mamá les contaba a Leslie y Larry lo de los perritos.

—Es inconcebible —dijo Leslie—. Yo no creo que lo hagan por crueldad, es que sencillamente no piensan. Mira cómo amontonan los pájaros heridos en los morrales cuando van de caza. ¿Y qué pasó? ¿Gerry los ha ahogado?

—¡*Por supuesto* que no! —dijo Mamá indignada—. Se los ha traído aquí; qué iba a hacer.

—¡Dios de los cielos! —dijo Larry—. ¡No más perros! Ya tenemos cuatro.

—Son sólo cachorritos, pobrecillos —dijo Mamá.

—¿Cuántos son? —preguntó Leslie.

—Once —dijo Mamá de mala gana.

Larry dejó en la mesa el tenedor y el cuchillo y la miró fijamente.

—¿Once? —repitió—. ¿Once? ¡Once cachorros! Tú estás loca.

—Ya os digo que no son más que cachorros, muy chiquitines —dijo Mamá sonrojada—. Y Lulu los atiende muy bien.

—¿Quién diablos es Lulu? —preguntó Larry.

—Su madre…, un encanto de perra —dijo Mamá.

—Que hace un total de doce puñeteros chuchos.

—Pues sí, así debe ser —dijo Mamá—. La verdad es que no había echado la cuenta.

—¡Eso es lo malo de esta casa, que nadie echa cuentas! —ladró Larry—. Y a las primeras de cambio está esto de animales hasta el techo. Es como la creación por segunda vez, sólo que peor, puñetas.

Un solo búho se convierte en un batallón de la noche a la mañana; en todas las habitaciones de la casa hay palomas salidas; pájaros por todos lados como para llenar una pollería, y eso sin contar las culebras y sapos y sabandijas en cantidad suficiente para tener abastecidas a las brujas de Macbeth durante varios años. Y para acabarlo de arreglar, doce perros más. Esto es una perfecta demostración de la vena de demencia que hay en esta familia.

—Vamos, Larry, no exageres —dijo Mamá—. No hay que ponerse así por unos cuantos cachorritos.

—¿Once cachorros son para ti *unos cuantos*? Esto va a ser la rama griega de la Exposición Canina Cruft[1], y lo más probable será que todos sean perras y se pongan en celo a la vez. Dentro de nada la vida en esta casa será una continua orgía sexual canina.

—Ah, por cierto —cambió Mamá de tema—, haz el favor de no ir diciendo que Margo está obsesionada por el sexo. ¿Qué va a pensar la gente?

—Es que lo está —dijo Larry—. No veo razón para ocultar la realidad.

—Entiendes perfectamente lo que quiero decir —dijo Mamá con firmeza—. No estoy dispuesta a tolerar que digas esa clase de cosas. Lo único que le pasa a Margo es que está en una fase romántica. Hay una gran diferencia.

—Bueno, yo lo único que te digo —dijo Larry— es que cuando todas las perras que habéis metido en casa se pongan en celo a la vez, Margo va a tener mucha competencia.

—Bueno, Larry, ya está bien —dijo Mamá—. De todos modos no me parece un

tema apropiado para tratarlo en la mesa.

Pocos días después de aquello regresó Margo de sus viajes, sana y bronceada y con el corazón aparentemente recompuesto. No hacía más que hablar de su viaje y darnos descripciones gráficas y concisas de la gente que había conocido, descripciones que en todos los casos acababan en «así que les dije que vinieran a vernos si pasaban por Corfú».

—Supongo que no habrás invitado a todas las personas que has conocido, Margo —dijo Mamá un poco alarmada.

—Qué cosas tienes, Mamá —dijo con cierta irritación mi hermana, que acababa de mencionar a un apuesto marinero griego a quien, junto con sus ocho hermanos, había extendido la generosa invitación—. Sólo a la gente *interesante*. Pensé que te gustaría ver gente *interesante* por aquí.

—Te lo agradezco, pero ya tengo bastante gente interesante con la que invita Larry —dijo Mamá mordazmente—; no hacía falta que empezaras tú también.

—Este viaje me ha abierto los ojos —concluyó Margo con aire melodramático—. Me he dado cuenta de que aquí os estáis anquilosando. Os estáis volviendo intolerantes y…, y… insulares.

—Yo no creo que resistirse a recibir huéspedes inesperados sea ser intolerante, hija mía —dijo Mamá—. Acuérdate de que soy yo quien tiene que guisar.

—Pero no son inesperados —explicó Margo altanera—, los he invitado yo.

—Bueno, sí —concedió Mamá, evidentemente consciente de que no iba a sacar gran cosa de la discusión—. Si escriben avisando de su llegada, supongo que ya nos las apañaremos.

—Claro que avisarán —dijo Margo con frialdad—. Son amigos míos; no iban a ser tan mal educados como para no avisar.

El tiempo demostraría que se equivocaba.

Volvía yo a la villa después de pasar una tarde muy agradable bordeando la costa en mi bote en busca de focas, y al irrumpir soleado y hambriento en el cuarto de estar, pensando en el té y en la colosal tarta de chocolate que sabía que había hecho Mamá, me encontré con un espectáculo tan curioso que me hizo detenerme en el umbral, boquiabierto, a la vez que los perros, arracimados alrededor de mis piernas, empezaban a erizarse y a rugir atónitos. Mamá estaba sentada en el suelo, incómodamente instalada en un cojín, y con mano desconfiada sostenía una cuerda a cuyo extremo estaba atado un carnero de pequeño tamaño, negro y excesivamente fogoso. En torno a mi madre, sentados con las piernas cruzadas sobre sendos cojines, estaban un hombre viejo de feroz aspecto, tocado con un fez, y tres mujeres cargadas de velos. También por el suelo había limonada, té y platos de bizcochos, emparedados y la tarta de chocolate. En el momento en que yo entraba en la habitación el viejo se había inclinado hacia delante, se había sacado de la faja una

inmensa daga muy ornamentada y había cortado un trozo enorme de tarta, que se metió en la boca con toda posible muestra de satisfacción. Aquello parecía una escena de las *Mil y una noches*. Mamá me dirigió una mirada angustiada.

—Gracias a Dios que has venido, hijo mío —dijo debatiéndose con el carnero, que se le había subido al regazo por equivocación—. Esta gente no sabe inglés.

Pregunté quiénes eran.

—¡Yo qué sé! —respondió desesperada—. Se presentaron cuando estaba haciendo el té; llevan horas aquí. Yo no entiendo ni una palabra de lo que dicen. Se han empeñado en sentarse en el suelo. Me parece que son amigos de Margo; claro que también pueden ser amigos de Larry, pero parecen poco intelectuales para eso.

Yo, por probar, me dirigí al viejo en griego, y él se puso en pie de un salto, contentísimo de que alguien le entendiera. Tenía una imponente nariz aguileña, un bigote blanco inmenso que era como una mazorca escarchada y ojos negros que parecían chisporrotear y crepitar según el humor de su dueño.

Vestía una túnica blanca con faja roja donde llevaba metida la daga, enormes zaragüelles, calcetines altos de algodón blanco y *charukias* rojas con la punta vuelta hacia arriba y pompones inmensos sobre los dedos. Conque yo era hermano de la adorable señorita, rugió animadamente, con el bigote lleno de temblorosas migas de tarta de chocolate. Qué gran honor conocerme. Me apretó contra sí y me besó con tal vehemencia que todos los perros, temiendo por mi vida, se pusieron a ladrar. El carnero, enfrentado a cuatro perros vociferantes, fue presa del pánico, y echó a correr alrededor de Mamá, dándole vueltas y vueltas con la cuerda. Al fin, en respuesta a un ladrido particularmente fiero de Roger, soltó un balido frenético y se abalanzó hacia las puertas de cristales buscando su salvación, con lo cual tiró a mi madre de espaldas en medio de un mar de limonada y tarta de chocolate. Las cosas se complicaron.

Roger, bajo la impresión de que el viejo turco nos atacaba simultáneamente a Mamá y a mí, arremetió contra las *charukias* y agarró con fuerza uno de los pompones. El individuo quiso darle una patada con el otro pie y prestamente se cayó. Las tres mujeres permanecían sentadas en sus cojines y absolutamente inmóviles, pero dando alaridos al otro lado de sus *yashmaks*. Dodo, la perra de Mamá, que de tiempo atrás tenía decidido que el más leve desorden era extremadamente enojoso para un dandie dinmont de su linaje, se acurrucaba afligida en un rincón y aullaba. El viejo turco, que demostraba una agilidad sorprendente para sus años, había sacado la daga y lanzaba cuchilladas temibles pero infructuosas hacia Roger, que entre salvajes rugidos acometía por turno a cada uno de los pompones, esquivando la hoja con soltura. Widdle y Puke trataban de acorralar al carnero, y Mamá, desenredándose con desesperación, me gritaba instrucciones incoherentes.

—¡Sujeta al cordero! ¡Gerry, sujeta al cordero! ¡Lo van a matar! —chillaba, cubierta de limonada y trocitos de tarta.

—¡Hijo negro del demonio! ¡Hijo bastardo de bruja! ¡Mis zapatos! ¡Suéltame los zapatos! ¡Te voy a matar… te voy a hacer picadillo! —jadeaba el viejo turco, tirando cuchilladas a Roger.

—¡Ayii! ¡Ayii! ¡Sus zapatos! ¡Sus zapatos! —gritaban las mujeres al unísono, inmóviles sobre sus cojines.

A duras penas esquivando yo mismo un navajazo, conseguí arrancar al enloquecido Roger de los pompones del turco y sacarle, junto con Widdle y Puke, al porche. Luego abrí las puertas de corredera y encerré al cordero en el comedor como medida provisional mientras apaciguaba las iras del humillado turco. Mamá, sonriendo nerviosa y asintiendo vigorosamente a cuanto yo decía a pesar de no entenderlo, intentaba limpiarse, con escaso resultado porque aquella tarta de chocolate había sido una de sus creaciones más glutinosas y de mayor tamaño, toda rellena de crema, y al caerse hacia atrás le había metido el codo en el centro exacto. Por fin logré calmar al viejo, y mientras Mamá iba a cambiarse de vestido les serví una ronda de coñac a él y a sus tres mujeres. Mis raciones eran generosas, por lo que cuando volvió Mamá se oían débiles hipidos tras por lo menos uno de los velos y la nariz del turco había tomado un tinte bermejo.

—Su hermana es…, ¿cómo le diría yo?…, mágica…, un don de Dios. Nunca he conocido otra mujer como ella —dijo, acercándome la copa ávidamente—. Yo, que, como usted ve, tengo tres esposas, no he conocido otra mujer como su hermana.

—¿Qué está diciendo? —preguntó Mamá, mirando la daga con inquietud. Le repetí lo que había dicho el turco.

—Qué asqueroso —dijo ella—. La verdad es que Margo debería tener más cuidado.

El turco vació la copa y me la volvió a acercar, sonriéndonos jovialmente.

—Su criada es un poco torpe, ¿eh? —dijo, apuntando a Mamá con el pulgar—. No sabe griego.

—¿Qué dice? —preguntó Mamá.

Yo, obediente, traduje.

—¡Impertinente! —dijo Mamá indignada—. Si estuviera aquí Margo se llevaba un bofetón. Gerry, dile quién soy.

Se lo dije al turco, y el efecto que en él produjo esa información fue superior a lo que Mamá hubiera deseado. Dando un rugido se puso en pie, se abalanzó sobre ella, le cogió las manos y se las llenó de besos. Después, aún atenazándole las manos entre las suyas, la miró fijamente a la cara, con un temblor en el bigote.

—¡La madre —entonó—, la madre de mi Flor de Almendro!

—¿Qué dice? —preguntó Mamá trémula. Pero antes de que yo pudiera traducírselo el turco había escupido una orden a sus mujeres, que por primera vez dieron entonces señales de animación: saltaron de sus cojines, se arrojaron sobre

Mamá, se levantaron los *yashmaks* y le besaron las manos con las mayores muestras de veneración.

—Prefiero que no me besen tanto —jadeó Mamá—. Gerry, diles que no hace ninguna falta.

Pero el turco, una vez que tuvo reinstaladas a sus mujeres en los cojines, se volvió nuevamente a Mamá. Rodeó sus hombros con un brazo poderoso que arrancó de ella un gemido, y abrió el otro brazo con retórico ademán.

—Nunca imaginé —tronó, mirándola a la cara—, nunca imaginé que tendría el honor de conocer a la madre de mi Flor de Almendro.

—¿Qué está diciendo? —preguntó Mamá agitadamente, aprisionada por el abrazo osuno del turco.

Traduje una vez más.

—¿Flor de Almendro? ¿Pero de qué habla? ¡Este hombre está loco!

Le expliqué que al parecer el turco estaba muy enamorado de Margo y la llamaba así. Lo cual sirvió para confirmar los peores temores de Mamá acerca de sus intenciones.

—¡Conque Flor de Almendro, eh! —exclamó indignada—. Verás tú cuando vuelva… ¡le voy a dar yo flores de almendro!

Justo en aquel momento aparecía Margo, fresca y luminosa después del baño, vistiendo un bañador muy poco discreto.

—¡Ooooh! ¡Mustafá! —chilló embelesada—. ¡Y Lena, y María, y Telina! ¡Qué alegría!

El turco corrió hacia ella y le besó las manos reverentemente, mientras sus mujeres la rodeaban emitiendo sonidos amortiguados de complacencia.

—Mamá, te presento a Mustafá —dijo mi hermana sonriente.

—Ya nos conocemos —repuso mi madre con adustez—, y me ha echado a perder el vestido nuevo, o mejor dicho me lo ha echado a perder su cordero. Ve a ponerte algo por encima.

—¿Su cordero? ¿Qué cordero? —preguntó Margo extrañada.

—El cordero que ha traído para su Flor de Almendro, que es como te llama —dijo Mamá acusadora.

—Ah, eso es un apodo cariñoso —dijo Margo poniéndose colorada—; lo dice sin mala intención.

—Yo sé lo que son estos viejos cochinos —dijo Mamá en tono agorero—. Parece mentira, Margo.

El viejo turco escuchaba aquel parlamento con rápidas miradas de sus vivaces ojos y una sonrisa beatífica en el semblante, pero yo calculé que mis capacidades de traductor se verían forzadas hasta el límite si Mamá y Margo se ponían a discutir, así que abrí las puertas de corredera y dejé pasar al cordero, que entró brincando con

arrogancia, negro y rizoso cual nube de tormenta.

—¡Cómo te atreves! —dijo Margo—. ¡Cómo te atreves a insultar a mis amigos! De cochino nada; es uno de los viejos más limpios que conozco.

—Me trae sin cuidado que sea limpio o no —dijo Mamá, ya colmada su paciencia —. No se puede quedar aquí con todas sus…, con todas sus… mujeres. No estoy dispuesta a cocinar para un harén.

—Es maravilloso oír hablar a la madre y la hija —me confió el turco—. Es como un rumor de esquilas.

—¡Eres horrible! —dijo Margo—. ¡Eres horrible! ¡No quieres que tenga amistades! ¡Eres intolerante y provinciana!

—¡Pensar que un hombre no debe tener tres esposas no es ser provinciano! —dijo Mamá indignada.

—Me recuerda —dijo el turco con los ojos húmedos— el canto de los ruiseñores en mi valle.

—¡El no tiene la culpa de ser turco! —chilló Margo—. Tiene que tener tres mujeres, eso no es culpa suya.

—No hay nada que obligue a un hombre a tener tres mujeres si no quiere —dijo Mamá tajantemente.

—Me imagino —dijo el turco confidencialmente— que Flor de Almendro le estará contando a su madre lo bien que lo pasamos en mi valle, ¿verdad?

—Siempre me estás reprimiendo —dijo Margo—. Todo lo que hago te parece mal.

—Lo que pasa es que te doy demasiada libertad. Dejo que te vayas de viaje unos días y vuelves con este… con este… viejo libertino y sus bayaderas —dijo Mamá.

—Lo ves, si me estás dando la razón…, me reprimes —dijo Margo triunfante—. Ahora resulta que te tengo que pedir permiso para tratarme con un turco.

—¡Cuánto me gustaría llevarlas a mi pueblo! —dijo el turco, contemplándolas con cariño—. Lo podríamos pasar tan bien…, bailes, canciones, vino…

El cordero parecía decepcionado de que nadie le hiciera caso. Había triscado un poco, había decorado el suelo y había hecho dos piruetas de muy buena factura, pero sentía que nadie le estaba prestando la atención que él se merecía, así que bajó la cabeza y embistió a Mamá. Fue una embestida de espléndida ejecución. Yo podía opinar con cierta autoridad, porque en el curso de mis expediciones por los olivares circundantes me había encontrado a menudo con jóvenes carneros animosos y audaces y los había toreado, sirviéndome de la camisa como capote, a satisfacción suya y mía. En esta ocasión, y aun deplorando el resultado, había que reconocer que la embestida fue excelente, bien pensada en cuanto tal, con toda la potencia del cuerpo musculoso y la cabeza huesuda del carnero aplicada con precisión a las corvas de Mamá. Mi madre fue proyectada hasta nuestro incomodísimo sofá de crin como si

la hubieran disparado desde un cañón, y se quedó allí boqueando. El turco, horrorizado ante lo que había hecho su regalo, saltó a ponerse delante de ella con los brazos extendidos, para protegerla de un segundo ataque que parecía inminente, pues el carnero, pagado de sí mismo, se había retirado a un ángulo de la habitación y estaba allí brincando y corcoveando como haría un boxeador para entrar en calor en su esquina del ring.

—¿Mamá, Mamá, estás bien? —chilló Margo. Mamá no tenía resuello para responder.

—¡Aja! ¡Mira, Flor de Almendro, es brioso como yo! —exclamó el turco—. ¡Hale, valiente, atrévete!

El carnero aceptó la invitación con un arranque súbito y una velocidad que tomaron al turco por sorpresa: cruzó la habitación convertido en negra borrosidad, tableteando sus pezuñas como una ametralladora sobre las fregoteadas tablas del entarimado, topó al turco en las espinillas con un chasquido y le precipitó al sofá al lado de Mamá, donde quedó tirado dando voces de furia y de dolor. A mí también me habían dado así en las espinillas, así que le comprendí.

Las tres esposas del turco, horrorizadas ante el derrocamiento de su señor, estaban inmóviles de pie, emitiendo ruidos como tres minaretes en el ocaso. Fue en aquella interesante situación en la que irrumpieron Larry y Leslie. Se quedaron clavados a la puerta, asimilando la escena con ojos incrédulos.

Allí estaba yo persiguiendo por toda la habitación a un cordero recalcitrante, Margo confortando a tres señoras veladas y ululantes, y Mamá aparentemente revolcándose en el sofá con un turco anciano.

—Mamá, ¿no te parece que eres ya un poco talludita para ese tipo de cosas? —dijo Larry con interés.

—Rediez, fíjate qué pedazo de daga —dijo Leslie, absorto en la contemplación del turco, que aún se retorcía.

—No seas estúpido, Larry —dijo Mamá iracunda, mientras se daba masaje en las corvas—. Todo ha sido por culpa del turco de Margo.

—No hay que fiarse de los turcos —dijo Leslie, sin apartar los ojos de la daga—. Ya lo dice Spiro.

—¿Pero a qué viene eso de revolearte con un turco a estas horas? —quiso saber Larry—. ¿Estás haciendo prácticas para ser una lady Hester Stanhope?[2].

—Mira, Larry, ya he aguantado bastantes cosas esta tarde. No me agotes la paciencia. Cuanto antes salga de aquí este hombre, más tranquila me quedaré —dijo Mamá—. Haced el favor de decirle que se marche.

—¡No podéis hacer eso! ¡Es mi turco! —chirrió Margo llorosa—. ¡No permitiré que tratéis así a mi turco!

—Yo me voy arriba a darme linimento —dijo Mamá, cojeando hacia la puerta—,

y cuando baje no quiero ver a ese hombre en mi casa.

Cuando volvió tanto Larry como Leslie se habían hecho ya muy amigos del turco, y para mortificación de mi madre él y sus mujeres estuvieron aún varias horas, tragando litros de té dulce con bizcochos, hasta que por fin pudimos embarcarlos en un *carrochino* y despacharlos al pueblo.

—¡Gracias a Dios sean dadas! —exclamó Mamá, renqueando hacia el comedor para cenar—. Por lo menos no se alojan en casa, eso que tenemos que agradecer. De veras, Margo, tendrías que tener más cuidado con la gente que invitas.

—Estoy harta de oírte criticar a mis amigos —dijo Margo—. Es un turco absolutamente normal e inofensivo.

—Habría sido un yerno encantador, ¿no te parece? —dijo Larry—. Margo le habría puesto al primer niño Alí Baba, y al segundo Sésamo.

—No hagas esa clase de bromas, Larry —dijo Mamá.

—Si no lo digo en broma —dijo Larry—. El viejo me ha contado que sus esposas están ya un poco machuchas, y que no veía mal a Margo haciendo la número cuatro.

—¡Larry! ¡No es posible! ¡Viejo asqueroso! —dijo Mama—. Hizo bien en no decírmelo a mí. Me habría oído. ¿Y tú que le contestaste?

—Se quedó un poco parado cuando le dije en qué consistía la dote de Margo —dijo Larry.

—¿Dote? ¿Qué dote? —preguntó Mamá perpleja.

—Once cachorros sin destetar —explicó Larry.

Capítulo 2

Arañas y espectros

Guárdate del espíritu malo
SHAKESPEARE, *El rey Lear*

Desde mi punto de vista el día más importante de la semana a lo largo de todo el año era el jueves, porque era el día en que nos visitaba Teodoro. A veces el resultado era una larga jornada en familia, una excursión al sur con comida campestre en alguna playa recóndita, o algo por el estilo; pero normalmente éramos Teodoro y yo solos los que salíamos de expedición, palabra que él se empeñaba en emplear para referirse a nuestros paseos. Engalanados con nuestros equipos de recolección y bolsas, redes, frascos y tubos de ensayo y acompañados por los perros, salíamos a explorar la isla con un espíritu de aventura que debía de ser muy semejante al que embargaba el ánimo de los exploradores de la era victoriana que osaban internarse en el corazón del África negra.

Pero no muchos exploradores de la era victoriana gozaron de la ventaja de tener por compañero a un Teodoro, que como enciclopedia práctica para tener a mano en cualquier viaje resultaba insuperable.

Para mí era omnisciente como un dios pero mucho más agradable por ser tangible.

Y no era sólo su increíble erudición lo que asombraba a cuantos le conocíamos, sino su modestia.

Recuerdo que, sentados en el porche entre los restos de una de aquellas meriendas suntuosas que preparaba Mamá, mientras el canto de las cigarras cansadas iba dando paso al atardecer, le asediábamos a preguntas. Él, pulcramente ataviado con su traje de *tweed*, inmaculados su cabello y barba rubios, acogía cada nuevo tema de conversación con un centelleo de interés en la mirada.

—Teodoro —le consultaba Larry—, en el monasterio de Paleocastritsa tienen un cuadro que según los monjes es de Panioti Dokseras. ¿Usted cree que es de él?

—Bueno… —empezaba Teodoro muy cautamente—, me temo que ése es un tema del que sé muy poco. Pero yo diría sin temor a equivocarme que es más probable que sea de mano de Tsadzanis…, eh…, que es quien pintó ese cuadrito tan interesante… del monasterio de Patera…, ya saben cuál digo, el de la carretera de arriba, la que sale de Corfú hacia el norte. El caso es que Tsadzanis…

Durante la media hora siguiente daba una completísima y sucinta conferencia sobre la historia de la pintura en las Islas Jónicas desde 1242 aproximadamente, para acabar diciendo:

—Pero si quiere usted una opinión de *experto, ahí* tiene al doctor Paramythiotis, que le daría a usted mucha más información de la que yo puedo darle.

No era de extrañar que le tratásemos como a un oráculo. La fórmula «Dice Teo que…» daba un sello de autenticidad a cualquier declaración; era la piedra de toque para que Mamá concediera su asentimiento a cualquier cosa, desde la conveniencia de alimentarse sólo de fruta hasta la inocuidad de tener escorpiones en el dormitorio. Teodoro lo era todo para todos. Con Mamá discutía sobre plantas, en particular hierbas y recetas, a la vez que la tenía surtida de lectura gracias a su bien abastecida biblioteca de novelas policiacas. Con Margo hablaba de regímenes, ejercicios y los diversos ungüentos que supuestamente obraban efectos milagrosos sobre los granos, las pecas y el acné. Era capaz de seguir sin esfuerzo cualquier idea que se le pasara a mi hermano Larry por su cerebro veleidoso, desde Freud hasta la fe de los campesinos en la existencia de vampiros, y a Leslie podía ilustrarle sobre la historia de las armas de fuego en Grecia o los hábitos invernales de la liebre. En cuanto a mí, para mi espíritu hambriento, curioso e ignorante, Teodoro representaba un manantial de ciencia sobre todos los temas, del cual bebía yo con avidez.

Los jueves solía llegar a eso de las diez, muy colocado en el asiento trasero del coche de punto, plateado sombrero hongo en la cabeza, caja de recolección sobre las rodillas, y a su lado el bastón con la redecilla de gasa en la punta. Yo, que desde las seis estaba en pie y oteando los olivares por ver si venía, para entonces había concluido ya con desesperanza que se le había olvidado qué día era, o que se había caído y se había roto una pierna, o que le había sobrevenido alguna otra catástrofe. Mi alivio al verle allí en la trasera, serio, tranquilo e incólume, era muy considerable. El sol, que hasta ese momento sufriera un eclipse, volvía a brillar. Luego de estrecharme la mano cortésmente, Teodoro pagaba al cochero y le recordaba que pasara a recogerle a la hora convenida de la tarde. Después, echándose al hombro la bolsa de recolección, se paraba a contemplar el suelo, empinándose y dejándose caer sobre sus botas bien lustradas.

—Tal vez…, eh…, esto… —decía—, podríamos investigar esas charcas que hay…, eh…, cerca de Kontokali. Por supuesto, siempre que no…, eh…, en fin…, que no prefiera usted ir a otro sitio.

Yo respondía, radiante, que las charcas de Kontokali me parecían una idea estupenda.

—Perfecto —decía Teodoro—. Una de las razones por las que me interesa especialmente que vayamos…, eh…, a esa zona…, es que el camino pasa por una acequia muy buena…, eh…, esto…, quiero decir, que es una acequia donde he encontrado gran número de ejemplares valiosos. Charlando animadamente nos poníamos en marcha, y los perros, con la lengua colgando y el rabo en movimiento, abandonaban la sombra de los mandarinos y nos seguían. Al cabo nos daba alcance

una Lugaretzia jadeante con la bolsa de la comida, que se nos había olvidado a los dos.

Marchábamos por los olivares sin parar de charlar, deteniéndonos de vez en cuando para examinar una flor o un árbol, un pájaro o una oruga: todo nos interesaba, y de todo sabía algo Teodoro.

—No, no sé de ninguna manera de conservar setas en su colección; con cualquier cosa que usara se le…, hum…, eh…, en fin…, se le secarían. El mejor sistema sería dibujarlas o pintarlas, o quizá, verá usted, *fotografiarlas*. Pero lo que sí puede hacer es coleccionar los diagramas de las esporas, que son realmente bonitos. ¿Cómo?… Pues sí, se separa el sombrerillo del…, eh…, esto…, de la seta o del hongo y se coloca sobre una cartulina blanca. Tiene que ser que el hongo esté maduro, naturalmente, porque sino no soltará las esporas. Pasado cierto tiempo, se levanta el sombrerillo de la cartulina con cuidado…, es decir, procurando no mover las esporas, y entonces se encuentra usted con un…, eh…, con una especie de diagrama muy bonito.

Los perros se desplegaban en abanico por delante de nosotros, levantando la pata, husmeando en las oscuras oquedades que acribillaban los grandes y viejos olivos, lanzándose en ruidosa y fútil persecución de las golondrinas que a unos milímetros del suelo barrían las largas y sinuosas avenidas entre los árboles.

Al cabo llegábamos a terreno más abierto, donde los olivares daban paso a pequeños campos de frutales y maizales o viñedos.

—¡Aja! —decía Teodoro, y deteniendo el paso junto a una acequia llena de agua y hierbajos se asomaba, con los ojos brillantes y la barba erizada de entusiasmo—. Aquí sí que hay una cosa interesante. Mire, ¿no lo ve? Justo donde acaba mi bastón.

Yo forzaba la vista pero no veía nada. Teodoro, luego de sujetar la red al extremo del bastón, la sumergía con discreto movimiento, como quien quita una mosca de la sopa, y la levantaba en alto.

—Mire, ¿no ve? Es la ooteca del *Hydropbilus piceus*, eh…, o lo que es lo mismo, del hidrófilo píceo. Es la hembra, sabe usted, la que teje… eh…, la que hace esta bolsa. Puede contener hasta cincuenta huevos; lo curioso es que… espere un momento que coja las pinzas…, hum…, ahora sí… ¿Lo ve? Pues esta…, hum…, esta chimenea, podríamos decir, aunque tal vez fuera más propio decir «este mástil», está llena de aire, de manera que el conjunto viene a ser como una barquita que no pudiera zozobrar. El…, eh…, el mástil lleno de aire se lo impide… Sí, si la pone usted en su acuario lo lógico será que salgan, aunque debo advertirle que las larvas son muy…, eh…, en fin…, muy *fieras* y probablemente devoren a sus otros ejemplares. Vamos a ver si cogemos un ejemplar adulto.

Con toda la paciencia de una zancuda, Teodoro recorría el borde de la acequia, sumergiendo la red de tanto en tanto y meciéndola.

—¡Ajá! ¡Victoria! —exclamaba al fin, y con cuidado depositaba en mis manos ávidas un grueso escarabajo negro que pataleaba indignado.

Yo admiraba los recios élitros nervados, las espinosas patas, el cuerpo todo de débil lustre verde oliva.

—Es un nadador bastante lento si lo comparamos con los demás…, eh…, en fin…, coleópteros acuáticos, y tiene una manera de nadar muy curiosa. Hum…, hum…, en lugar de usar todas las patas a la vez, como las demás especies acuáticas, las mueve alternativamente. Eso le presta…, sabe usted…, un aspecto muy descoyuntado.

En tales ocasiones la presencia de los perros tenía su lado bueno y su lado malo. Tan pronto nos distraían abalanzándose al patio de una casa del campo y atacando a todos los pollos, con lo que el subsiguiente altercado con su propietario nos hacía perder por lo menos media hora, como nos prestaban un servicio utilísimo acorralando entre todos a una culebra y ladrando estentóreamente hasta que acudíamos a ver qué era. A mí, de todos modos, me tranquilizaba tenerlos cerca: Roger, como un rechoncho cordero negro sin esquilar; Widdle, elegante con su sedoso pelaje rojo y negro, y Puke, que parecía un bull terrier en miniatura moteado de morado y blanco. Algunas veces se aburrían, si hacíamos una parada demasiado larga, pero por lo general se tumbaban pacientemente a la sombra, con las rosadas lenguas movidas y colgantes y en los rabos un meneo amistoso cada vez que su mirada se cruzaba con la nuestra.

Fue Roger quien por primera vez me puso en contacto con una de las arañas más hermosas del mundo, conocida por el elegante nombre de *Eresus niger*. Aquel día habíamos caminado bastante, y a mediodía, cuando más calentaba el sol, decidimos hacer un alto para almorzar a la sombra. Nos sentamos al borde de un olivar y atacamos los emparedados y las gaseosas. Lo normal era que mientras comíamos tuviéramos a los perros alrededor, jadeando y mirándonos con gesto implorante, porque, convencidos siempre de que nuestra comida era de alguna manera superior a la suya, tras consumir sus raciones intentaban sacarnos alguna propina, recurriendo para ello a todas las triquiñuelas de un mendigo asiático.

En aquella particular ocasión Widdle y Puke ponían los ojos en blanco, boqueaban, jadeaban y trataban por todos los medios de hacernos ver que se encontraban al borde de la muerte por inanición. Cosa rara, Roger no se les unió; sentado al sol frente a unas zarzas, contemplaba algo con gran concentración. Yo me acerqué a ver qué podría intrigarle hasta el punto de hacerle olvidar mis cortezas de emparedado. Al principio no descubrí lo que era, y de improviso vi una cosa de tan sorprendente belleza que casi no pude dar crédito a mis ojos. Era una arañita del tamaño de un guisante, y a primera vista parecía un rubí animado o una gota de sangre andante. Soltando un grito de alegría corrí a mi bolsa de recolección y agarré

una caja de pastillas con tapa de vidrio donde encerrar al brillante animal. Pero no se dejó atrapar fácilmente, porque daba unos saltos prodigiosos para su tamaño, y antes de verlo bien encerrado en la caja hube de perseguirlo por todas las zarzas durante un rato largo. Triunfalmente le llevé a Teodoro aquella araña esplendorosa.

—¡Aja! —dijo él, y echó un trago de gaseosa antes de sacar la lupa para examinar mejor mi captura—. Sí, es una *Eresus niger*…, hum…, sí…, este es el macho, naturalmente, tan bonito; la hembra es…, eh…, ya sabe…, toda negra, pero el macho tiene un colorido muy vivo. Examinada atentamente a través de la lente de aumento, la araña resultó ser aún más hermosa de lo que yo había creído. Su parte delantera o cefalotórax era de color negro aterciopelado, con pintitas rojas en los bordes. Las patas, bastante robustas, estaban circundadas de bandas blancas, lo que le daba el ridículo aspecto de vestir pantalones de rayas. Pero lo verdaderamente fascinante era el abdomen, de un color bermellón encendido, marcado con tres manchas negras redondas orilladas de pelos blancos. Era la araña más espectacular que yo había visto, y me hice el firme propósito de buscarle compañera e intentar que criaran. Sometí las zarzas y el terreno circundante al más exhaustivo escrutinio, pero sin resultado. Teodoro me explicó que la hembra excava una madriguera de unos siete centímetros de largo, tapizada de seda resistente. «Se distingue de las madrigueras de otras arañas», dijo, «porque en un punto la seda forma como una visera que hace las veces de tejadillo sobre la boca del túnel. Además, el exterior aparece cubierto de restos y despojos de las comidas pasadas de la araña, o sea, patas de saltamontes, élitros y restos de escarabajos».

Armado de aquellos conocimientos volví al día siguiente y una vez más peiné toda la zona alrededor de las zarzas, pero pasó la tarde sin que mis esfuerzos se vieran recompensados. De mal humor emprendí el regreso a casa para merendar. Tomé un atajo que conducía por unos montículos cubiertos de un brezo gigante mediterráneo que parecía medrar extraordinariamente en aquel terreno arenoso y bastante deshidratado: era el tipo de terreno yermo y seco que prefieren las hormigas león, las fritilarias y otras mariposas amantes del sol, los lagartos y las culebras. Según iba caminando me topé con un cráneo viejo de oveja. En una de sus cuencas vacías, una mantis religiosa había depositado sus curiosas ootecas, que a mí siempre me parecían como una especie de bizcocho ovalado y nervado. Estaba examinándolas en cuclillas y pensando si llevármelas a casa para añadirlas a la colección, cuando de pronto vi una madriguera de araña hembra exactamente como me la había descrito Teodoro.

Saqué la navaja y con mucho cuidado separé una cuña grande de tierra, que una vez extraída contenía no sólo la araña, sino también su madriguera. Entusiasmado por el éxito la guardé en la bolsa de recolección y corrí a la villa. Ya tenía instalado al macho en un acuario pequeño, pero la hembra me parecía merecedora de algo mejor, conque desahucié sin miramientos a dos ranas y una cría de galápago de mi acuario

de mayor tamaño y se lo preparé. Una vez que acabé de decorarlo con trocitos de brezo e interesantes ramas de musgo, deposité cuidadosamente en el fondo la cuña de tierra que encerraba araña y madriguera y la dejé tranquila para que se recobrase de tan súbita e inesperada mudanza.

Tres días después introduje al macho. Al principio fue muy soso, porque no hizo nada más romántico que correr de acá para allá como una brasa viviente, intentando atrapar a los diversos insectos que yo había metido en el acuario a guisa de provisiones. Pero al fin, cuando una mañana muy temprano me acerqué a mirar, vi que había descubierto la guarida de la hembra. Estaba merodeando por los alrededores con un paso descoyuntado muy curioso, rígidas las rayadas patas y el cuerpo temblando de algo que sólo se podía interpretar como pasión. Un minuto o dos estuvo dando zancadas con gran excitación, y seguidamente se dirigió a la madriguera y desapareció debajo del tejado. Allí, para mi fastidio, ya no podía yo observarle, pero presumí que estaría apareándose con la hembra. Permaneció en la madriguera durante cosa de una hora, y luego salió muy ligero y reanudó su despreocupada persecución de los moscones y saltamontes que yo le había dejado. Pero yo le trasladé a otro acuario como medida de precaución, porque sabía que en algunas especies la hembra tiene costumbres canibalescas y no le repugna merendarse a su marido.

El resto del drama no pude presenciarlo con detalle, pero sí vi algunos retazos. Pasado cierto tiempo la hembra puso un racimo de huevos que encapsuló cuidadosamente en una tela. Aquel globo de huevos lo guardaba en el túnel, pero todos los días lo volvía a sacar y lo colgaba debajo del tejado. Si lo hacía para que los huevos recibieran más calor del sol o para que les llegara más aire fresco es cosa que no pude dilucidar. La ooteca estaba camuflada por fuera con pedacitos de restos de escarabajos y saltamontes pegados.

Conforme iban pasando los días la araña procedió a ampliar el tejadillo que cubría el túnel, y al fin tuvo construido un cubículo de seda sobre tierra. Yo vigilé aquella hazaña arquitectónica durante bastante tiempo, y al fin, como no veía nada, me impacienté, y con ayuda de un escalpelo y una aguja larga de zurcir abrí cuidadosamente la sedeña cámara. Cuál no sería mi asombro al ver que estaba circundada de celdas, y aposentadas en éstas todas las arañitas, mientras que en la sala central yacía el cadáver de su madre. Era un espectáculo macabro, pero a la vez conmovedor: todos los bebés quietos en torno a los restos mortales de su madre, en una especie de velatorio arañil. Pero cuando salieron de las celdas tuve que darles la libertad, porque tener alimentadas a unas ochenta arañas diminutas era un problema de hostelería que ni con todo mi empeño fui capaz de resolver.

Entre los numerosos amigos con que Larry tuvo a bien mortificarnos hubo una

extraña pareja de pintores, ella llamada Lumy Bean y él Harry Bunny. Eran norteamericanos y estaban muy amartelados, tanto que no habían transcurrido veinticuatro horas desde su llegada cuando ya entre nosotros se les conocía por Lumy Vidita y Harry Cielito. Eran jóvenes y muy guapos, con esa gracia de movimientos elástica y fluida que se espera de las gentes de color pero rara vez se encuentra en un europeo. Tal vez les sobraba alguna pulserita de oro y una pizquita de perfume y loción capilar, pero eran agradables y, cosa insólita en los pintores que pasaban por casa, muy trabajadores. Como tantos otros norteamericanos, demostraban una ingenuidad y una seriedad enternecedoras, y al menos para mi hermano Leslie esas cualidades les convertían en víctimas idóneas de la broma pesada. Yo solía participar en el juego y luego le relataba los resultados a Teodoro, que por lo general sacaba de ello tanta diversión inocente como Leslie y yo. Todos los jueves me tocaba informar de la marcha de la campaña, y a veces me daba la impresión de que Teodoro aguardaba las bromas con mayor interés que las noticias acerca de mi colección zoológica.

Leslie era un maestro de la broma pesada, y la infantil inocencia de nuestros dos invitados le espoleaba a superarse a sí mismo. Poco después de su llegada consiguió que felicitaran muy gentilmente a Spiro por haber conseguido por fin la nacionalidad turca. Spiro, que, como casi todos los griegos, consideraba a los turcos ligeramente más pérfidos que el propio Satanás y se había pasado varios años combatiendo contra ellos, explotó como un volcán. Afortunadamente Mamá estaba a mano y al instante se interpuso entre los lívidos, desconcertados y azarados Lumy y Harry y la masa musculosa y barrilesca de Spiro. Parecía un diminuto misionero decimonónico arrostrando la embestida de un rinoceronte.

—¡Apartes, señora Durrells! —rugió Spiro, violácea de ira su cara de gárgola, cerrados sus puños como jamones—. ¡Déjemes que les hinches un ojos!

—Cálmese, cálmese, Spiro —dijo Mamá—. Habrá sido un error. Seguro que todo tiene su explicación.

—¡Me han llamados turcos! —rugió Spiro—. ¡Yo soy griegos! ¡Yo no soy un cochinos turcos!

—Naturalmente que no —dijo Mamá intentando apaciguarle—. Estoy segura de que habrá sido un pequeño despiste.

—¡Despistes, despistes! —bramó Spiro, acumulando uno tras otro sus plurales de pura indignación—. ¡A mí no me llaman turcos esos señoritingos de la puñetas, y usted disculpes mis lenguajes, señora Durrells!

Hubo de pasar cierto tiempo hasta que Mamá consiguió serenar a Spiro y obtener un relato coherente de los hechos de labios de los aterrorizados Harry Cielito y Lumy Vidita. El incidente le produjo un fortísimo dolor de cabeza y se quedó muy enfadada con Leslie.

Poco después de aquello Mamá tuvo que desalojar a la pareja del dormitorio que se les había asignado porque había que pintar la habitación, y les dio asilo temporal en una de nuestras grandes y tenebrosas buhardillas. Aquello le brindó a Leslie la oportunidad de contarles la historia del campanillero sin cabeza de Kontokali, que había muerto en la buhardilla. Era un desalmado que había sido el verdugo y torturador oficial de Corfú allá por 1604 más o menos. Primero torturaba a sus víctimas, y luego hacía sonar una campanilla antes de decapitarlas. Como ya estaban un poco hartos de él, los aldeanos de Kontokali asaltaron la villa una noche y le cortaron la cabeza. Ahora, como preludio a la visión de su espectro, descabezado y con un muñón sangriento, se le oía tocar frenéticamente la campanilla.

Luego que tuvimos convencida a nuestra seria parejita de la autenticidad de aquel invento haciendo que Teodoro diera fe del mismo, Leslie tomó prestados cincuenta y dos despertadores de un relojero amigo del pueblo, apalancó dos tarimas del suelo de la buhardilla, y cuidadosamente introdujo los despertadores entre las vigas, puestos todos para sonar a las tres de la mañana.

El efecto de cincuenta y dos despertadores sonando a la vez fue de lo más conseguido. No sólo Lumy y Harry evacuaron la buhardilla a toda velocidad, exhalando gritos de terror, sino que con las prisas tropezaron el uno con el otro, y bajaron las escaleras rodando, pero muy abrazaditos. La conmoción resultante puso en pie a toda la casa, y costó cierto tiempo convencerles de que todo había sido una broma y tranquilizarles con coñac. Mamá tuvo una fuerte jaqueca al día siguiente, al igual que nuestros invitados, y casi le retiró la palabra a Leslie.

Lo de los flamencos invisibles surgió un día de la manera más casual, cuando estábamos tomando el té en el porche. Teodoro preguntó a nuestra pareja de americanos cómo iba su trabajo.

—Divinamente, querido Teo —dijo Harry Cielito—, divinamente. ¿Verdad que sí, vidita?

—Sí, ya lo creo —dijo Lumy Vidita—. Aquí hay una luz fantástica, verdaderamente fantástica. No sé, es como si el sol estuviera más cerca de la tierra o algo así.

—Esa misma impresión tengo yo —convino Harry Cielito—. Es exactamente como dice Lumy, como si el sol estuviera ahí al lado dirigiéndonos sus sonrisas.

—Eso te lo he dicho yo esta mañana, ¿te acuerdas, cielito? —dijo Lumy Vidita.

—Sí que me lo has dicho, Lumy. Estábamos allá arriba, cerca de aquel pajar pequeñito, recuerdas, y me dijiste…

—Tomad otra taza de té —interrumpió Mamá, pues sabía por experiencia que aquellas reconstrucciones encaminadas a demostrar lo unidos que estaban Harry y Lumy podían prolongarse indefinidamente.

La conversación derivó hacia las esferas del arte, y yo apenas presté oídos hasta

que unas palabras de Lumy Vidita reclamaron mi atención:

—¡Flamencos! ¡Oooh, Harry, cielito, flamencos, mis aves favoritas! ¿Dónde, dónde, Les?

—Por toda esta zona —dijo Leslie, con un gesto vago que abarcaba Corfú, Albania y la mayor parte de Grecia—. Hay unas bandadas enormes.

Vi que Teodoro contenía la respiración lo mismo que yo, temiendo que Mamá, Margo o Larry dijeran algo que pusiera al descubierto tan descarado embuste.

—¿Flamencos? —dijo Mamá, interesada—. No sabía yo que hubiera flamencos por aquí.

—Los hay —dijo Leslie solemnemente—, a centenares.

—¿Usted sabía que hubiera flamencos, Teodoro? —preguntó Mamá.

—Pues…, yo…, eh…, yo los he visto en el lago Hakiopoulos —repuso Teodoro sin faltar a la verdad, pero guardándose de decir que aquello había sido hacía tres años y la única vez que pasaron flamencos por Corfú. Yo tenía un manojo de plumas rosadas como recuerdo del acontecimiento.

—¡Qué maravilla! —dijo Lumy Vidita—. ¿Y no podríamos verlos aunque fuera de lejos, Les? ¿Tú crees que podríamos acercarnos a donde están?

—Por supuesto —dijo Leslie alegremente—, no hay cosa más sencilla. Migran siguiendo la misma ruta todos los días.

A la mañana siguiente Leslie entró en mi cuarto cargado con un objeto que parecía una extraña trompeta hecha de cuerno de vaca. Le pregunté qué era aquello y él sonrió de oreja a oreja.

—Es un reclamo de flamencos —dijo con gran satisfacción.

La cosa me interesó muchísimo, y le dije que no había oído nunca que hubiera reclamos de flamencos.

—Yo tampoco —confesó—. La verdad es que es un cuerno de pólvora viejo, para armas de carga por la boca. Pero como tiene rota la punta, se puede soplar por él. A modo de ilustración, se llevó a los labios la punta del cuerno y sopló. Del artefacto salió un sonido largo y profundo que quedaba a medio camino entre una sirena de niebla y un abucheo, con armónicos muy vibrantes.

Yo escuché con oído crítico y dije que no se parecía en nada a lo que hacían los flamencos.

—Ya, pero apuesto a que Lumy Vidita y Harry Cielito no lo saben —dijo Leslie —. Ahora lo único que necesito es que me prestes tus plumas de flamenco.

Yo me mostré remiso a separarme de tan raros especímenes de mi colección hasta que Leslie me explicó para qué las quería y me prometió que no les pasaría nada.

A las diez aparecieron Lumy y Harry, equipados por Leslie para ir en busca de flamencos. Llevaban cada uno un gran sombrero de paja y botas altas de goma, pues, según explicó Leslie, podía ocurrir que tuviéramos que seguir a los flamencos por las

ciénagas. Lumy y Harry estaban ansiosos y emocionados ante la perspectiva de aquella aventura, y cuando Leslie les hizo una demostración del reclamo su entusiasmo no tuvo límites. Tan resonantes trompetazos dieron con él, que los perros se pusieron a aullar y a ladrar fuera de sí y Larry se asomó furibundo a la ventana de su habitación y dijo que si pensábamos jugar a la cacería del zorro él se mudaría de casa.

—¡Y tú ya eres mayorcita! —fue el broche de oro con que cerró de golpe la ventana, dirigido a Mamá, que acababa de unírsenos para ver qué significaba aquel estruendo.

Por fin sacamos al campo a nuestros arrojados cazadores y les hicimos recorrer unos tres kilómetros, tras de lo cual su entusiasmo por la búsqueda del flamenco empezó a declinar, Luego les hicimos trepar hasta la cima de un altozano casi inaccesible, les estacionamos dentro de un zarzal y les dijimos que tocaran el reclamo sin parar para atraer a los flamencos. Durante media hora soplaron por turno con gran dedicación, pero después empezó a faltarles el resuello. Al final el sonido que sacaban empezó a parecerse más al grito desesperado de un elefante herido de muerte que a nada relacionado con el mundo de las aves.

Entonces entré yo en acción. Jadeante y excitado, corrí a lo alto del cerro y comuniqué a nuestros exploradores que sus esfuerzos no habían sido baldíos. En efecto, los flamencos habían respondido, pero desgraciadamente se habían aposentado en una cañada al pie de un alto que había como a ochocientos metros más al este. Si se daban prisa, encontrarían a Leslie allí esperando. Su tenacidad americana me llenó de admiración. Dando zapatazos con aquellas botas que no eran de su tamaño, salieron al galope hacia el otro altozano, deteniéndose de tanto en tanto para soplar sin fuerzas por el reclamo según mis instrucciones. Cuando, sudando a chorros, encontraron a Leslie en lo alto del montículo, él les dijo que se quedaran allí y siguieran llamando con el reclamo mientras él rodeaba la cañada y espantaba a los flamencos hacia ellos. Les dejó su escopeta y su morral, según él para ir más cómodo, y desapareció.

Llegado ese momento era cuando entraba en escena nuestro policía predilecto, Filimona Kontakosa.

Filimona era sin duda el más obeso y sonambulístico miembro de la policía corfiota; llevaba treinta y tantos años en el cuerpo y debía su falta de ascensos al hecho de no haber efectuado ni un solo arresto en su vida. Nos había explicado con todo detalle que era materialmente incapaz de hacerlo; la sola idea de tratar con dureza a un delincuente llenaba de lágrimas sus ojos oscuros como flor de pensamiento, y en los días de festejo bastaba el más ligero indicio de altercado entre los lugareños achispados para verle anadeando resueltamente en la dirección contraria. Prefería llevar una vida apacible, y cada quince días o así nos hacía una

visita para admirar la colección de armas de Leslie (para las cuales no teníamos licencia) y obsequiar a Larry con tabaco de contrabando, a Mamá y Margo con flores y a mí con almendras garrapiñadas. En su juventud había sido marinero de cubierta a bordo de un carguero y había adquirido un precario dominio de la lengua inglesa, y eso, unido a la circunstancia de que a todos los corfiotas les encantaran las bromas, hacía de él un colaborador idóneo para lo que pretendíamos. Filimona supo estar a la altura de la ocasión.

Subió con andares de pato a la cima del montículo, refulgente con su uniforme, personificación de la ley y el orden y orgullo del Cuerpo de Policía. Encontró a nuestros exploradores soplando desganadamente por el reclamo. Filimona, con muy buenos modales, les preguntó qué estaban haciendo.

Lumy Vidita y Harry Cielito, que respondían al trato amable como un par de cachorrillos, se apresuraron a felicitar a Filimona por su vacilante inglés y a explicarle el asunto. Cuál no sería su consternación cuando de repente le vieron transformarse de policía gordo, bondadoso y risueño en la personificación fría y brutal de la autoridad.

—¿Ustedes no saben no pueden cazar flamongos? —les espetó—. ¡Es prohibido cazar flamongos!

—Pero buen hombre, si no los estamos cazando —dijo Lumy Vidita con voz entrecortada—. Sólo queremos *verlos*.

—Sí. Verá usted, es que no nos ha entendido bien —dijo Harry Cielito tratando de hacerse simpático—. No queremos cazarlos a los pobrecitos; sólo pretendemos verlos. No cazarlos ¿comprende?

—Si no cazar, ¿por qué tienen escopeta? —preguntó Filimona.

—Ah, la escopeta —dijo Lumy Vidita poniéndose colorada—. Es de un amigo nuestro…, eh…, amigo…, ¿sabe?

—Sí, es de un amigo nuestro, Les Durrell —dijo Harry Cielito—. Quizá le conozca usted, es muy conocido por aquí.

Filimona les dirigió una mirada fría e implacable.

—Yo ese amigo no conozco. Por favor abran la bolsa —dijo por fin.

—Bueno, bueno, tranquilo, oiga —protestó Lumy Vidita—. Esa bolsa no es nuestra, oficial.

—No, no —dijo Harry Cielito—. Es de ese amigo que le decimos, Durrell.

—Tienen escopeta. Tienen bolsa —señaló Filimona—. Por favor abran la bolsa.

—Escuche, oficial, déjeme que le diga que me parece que se está usted excediendo un poco en el cumplimiento de su deber —dijo Lumy Vidita, mientras Harry Cielito manifestaba el mismo parecer con abundante gesticulación—. Pero si así se queda usted tranquilo, muy bien, no hay nada de malo en que le eche usted una ojeada.

Harry forcejeó brevemente con las correas del morral, lo abrió y se lo pasó a Filimona. El policía miró a su interior, exhaló un gruñido de triunfo y extrajo el cuerpo desplumado y descabezado de un pollo que llevaba adheridas numerosas plumas de color rosa encendido. Los dos aguerridos buscadores de flamencos palidecieron de la impresión.

—Oiga, escuche usted…, eh…, espere un momento… —empezó a decir Lumy Vidita, pero su voz se apagó bajo la mirada acusadora de Filimona.

—Es prohibido cazar flamongos. Se lo he dicho —dijo Filimona—. Ustedes son detenidos.

Alarmados y protestando fueron conducidos a la comisaría del pueblo. Allí estuvieron retenidos varias horas, durante las cuales les faltó poco para volverse locos a fuerza de escribir declaraciones, en tal estado de irritación y nerviosismo que continuamente se contradecían en el relato de los hechos. Para acabar de alarmarles, Leslie y yo habíamos reunido afuera a una multitud de nuestros amigos del pueblo, que gritaban y bramaban a la manera terrorífica de los griegos, vociferando periódicamente «¡Flamongo!» y arrojando alguna que otra piedra contra la comisaría.

Al fin Filimona autorizó a sus cautivos a enviar una nota a Larry, que irrumpió en el pueblo hecho una furia, le dijo a Filimona que mejor estaría atrapando a malhechores que gastando bromas pesadas, y devolvió a nuestros dos buscadores de flamencos al seno de la familia.

—¡Esto no puede seguir así! —exclamó iracundo—. ¡No pienso permitir que mis invitados sean víctimas de bromas de mal gusto por obra de un par de hermanos imbéciles!

Debo decir que Lumy Vidita y Harry Cielito se portaron estupendamente.

—No te enfades, Larry —dijo Lumy Vidita—. Son cosas que pasan cuando se está de buen humor. Tanta culpa hemos tenido nosotros como Les.

—Es verdad lo que dice Lumy —dijo Harry Cielito—. La culpa es nuestra por ser un par de tontos que se creen cualquier cosa.

Para demostrar que no abrigaban el menor resentimiento, incluso se fueron al pueblo y volvieron con una caja de botellas de champán para celebrarlo, y ellos mismos fueron a buscar a Filimona para que nos acompañase. Se sentaron en el porche, uno a cada lado del policía, festejándole delicadamente con brindis de champán mientras Filimona, con sorprendente voz de tenor, cantaba canciones de amor que humedecían sus grandes ojos oscuros.

—¿Sabes lo que te digo? —confió Lumy Vidita a Larry en el momento más animado de la fiesta—. Que si se pusiera a régimen sería verdaderamente atractivo. Pero no le digas a Harry que te lo he dicho, ¿eh?

Capítulo 3

El jardín de los dioses

Mirad, los cielos se abren, los dioses miran desde lo alto y ríen ante esta escena contranatura.

SHAKESPEARE, *Coriolano*

La isla se torcía como un arco mal hecho: sus dos puntas tocaban casi los litorales griego y albanés, y las aguas del Mar Jónico quedaban apresadas dentro de la curva como un lago azul. Teníamos en la villa un porche espacioso enlosado y cubierto por una parra antigua de la cual pendían como lámparas los grandes racimos de uvas verdes; desde allí la vista, pasando sobre el jardín rehundido lleno de mandarinos y los olivares de verde y plata, abarcaba hasta el mar, azul y terso como el pétalo de una flor.

En el buen tiempo comíamos siempre en el porche, sobre la desvencijada mesa de mármol, y era allí donde la familia tomaba todas sus decisiones importantes. La hora del desayuno era la más propicia a la controversia y la disensión, pues era entonces cuando se leía el correo y se hacían, rehacían y desechaban planes para el día; en aquellas sesiones mañaneras se organizaban las fortunas familiares, aunque un tanto imprevisiblemente, de modo que la simple petición de una tortilla podía desembocar en una expedición de tres meses de acampada en una playa remota, como ya había sucedido en una ocasión. Al reunimos, pues, a la luz quebradiza de las primeras horas no estábamos nunca muy seguros de cómo iba a empezar el día.

Al principio había que andarse con ojo, porque los ánimos estaban susceptibles; pero poco a poco, bajo la influencia del té, el café, las tostadas, la mermelada hecha en casa, los huevos y la fruta surtida, la tensión mañanera iba cediendo y una atmósfera más benigna tomaba posesión del porche.

La mañana que anunció la llegada del conde entre nosotros no fue distinta de las demás. Todos habíamos llegado a la última taza de café, y cada uno estaba enfrascado en lo suyo: mi hermana Margo, con la rubia melena recogida con un pañuelo, estudiaba dos cuadernos de figurines, tarareando para sí con voz alegre pero desafinada; Leslie, acabado el café, se había sacado del bolsillo una pistolita automática, la había desarmado y estaba limpiándola distraídamente con el pañuelo; mi madre hojeaba un libro de cocina en busca de una receta para el almuerzo, moviendo los labios en silencio e interrumpiendo a veces la lectura para dejar la mirada perdida en el espacio mientras trataba de recordar si disponía de los ingredientes necesarios, y Larry, envuelto en un batín multicolor, comía cerezas con una mano y con la otra sostenía el correo.

Yo estaba muy ocupado en la tarea de alimentar a mi última adquisición, una grajilla que comía tan despacio que la había bautizado con el nombre de Gladstone, porque me habían contado que aquel estadista lo masticaba todo varios cientos de veces. Mientras esperaba que deglutiera cada bocado, dirigía mi mirada monte abajo, hacia el mar seductor, y meditaba el plan del día. ¿Sacaba a mi burra Sally y hacía una expedición a los altos olivares del centro de la isla para perseguir a los esteliones que tomaban el sol en los deslumbrantes yesales, y que excitaban mi codicia meneando sus cabezas amarillas y abultando los anaranjados cuellos? ¿O me bajaba a la laguna que había en el valle a espaldas de la villa, donde ya se estarían metamorfoseando las larvas de hormiga león? ¿O acaso fuera mejor —y esa era la idea más feliz de todas— sacar aquel bote que era mi más reciente adquisición, y embarcarme en una travesía de altura?

En primavera la sábana de agua casi cerrada que separaba Corfú del continente tenía un color azul pálido y delicado; luego, a medida que iba entrando el verano caluroso y crepitante, parecía teñir el quieto mar de un tono más oscuro y más irreal, que bajo ciertas luces era como el azul violeta del arco iris, un azul que en las aguas someras se deslucía hasta quedar en un rico verde jade. Por la tarde, al ponerse el sol, era como si pasara una brocha sobre el mar, listándolo y emborronándolo de púrpuras manchados de oro, plata, mandarina y rosa pálido.

Cualquiera que en verano contemplase aquel plácido mar interior lo habría creído apacible, un prado azul que respiraba a lo largo de la orilla con aliento suave y regular; costaba trabajo creer que pudiera ser fiero; pero incluso en un día de calma estival, allá por los erosionados montes del continente nacía de improviso un ventarrón caliente y saltaba gritando sobre la isla, oscureciendo el mar hasta casi ennegrecerlo, peinando en cada una de las olas una cresta de espuma blanca y espoleándolas y azuzándolas como manada de azules caballos enloquecidos hasta estrellarlas exhaustas contra la orilla y hacerlas morir en un sibilante sudario de espuma. Y en invierno, bajo el cielo gris ferrugiento, el mar alzaba adustos músculos de olas casi incoloras, gélidas y hostiles, entreveradas aquí y allá de lodos y detritos que las lluvias invernales arrancaban de los valles y vertían en la bahía.

Para mí aquel reino azul era un tesoro de animales extraños que ansiaba recolectar y observar. Al principio el empeño era mortificante, porque no podía hacer otra cosa que picotear por la orilla cual solitaria ave marina, capturando las menudencias en el agua baja y extasiándome de vez en cuando ante algo misterioso y prodigioso que el mar hubiera arrojado a tierra. Pero después conseguí un bote, el buen navío *Bootle-Bumtrinket*, y todo aquel reino me abrió sus puertas, desde los castillos de rocas rojas y doradas del norte y sus profundas pozas y cavernas subacuáticas hasta las largas dunas centelleantes de arena blanca que se extendían como nieve amontonada en el sur.

Opté por la salida al mar, y tan absorto estaba en su planificación que se me olvidó por completo la existencia de Gladstone, que me miraba sibilando con la sofocada indignación de un asmático en medio de la niebla.

—*Si persistes* en tener en casa ese harmonio cubierto de plumas —dijo Larry, alzando la vista con irritación—, lo menos que podías hacer es enseñarle a cantar como Dios manda.

Era evidente que no estaba de humor para oír una conferencia sobre el talento de la grajilla para el canto, de modo que no dije nada y acallé a Gladstone con un bocado gigantesco.

—Marco envía al conde Rossignol para que pase aquí un par de días —dijo Larry dirigiéndose a Mamá y como si la cosa no tuviera importancia.

—¿Quién es ese señor? —preguntó Mamá.

—No lo sé —dijo Larry.

Mamá se enderezó las gafas y le miró.

—¿Cómo que no lo sabes? —preguntó.

—Pues que no lo sé; que no le conozco —repuso Larry.

—Bueno, y ¿quién es Marco?

—No lo sé; tampoco le conozco. Lo que sí sé es que es un buen artista.

—Larry, querido, no puedes ponerte a invitar a esta casa a personas que no conoces —dijo Mamá—. Ya tenemos bastante con recibir a las que *sí* conoces como para empezar ahora con las que no.

—¿Por qué hay que conocerlas? —preguntó Larry extrañado.

—Pues porque, si son personas conocidas, por lo menos vienen ya sabiendo lo que se van a encontrar —señaló Mamá.

—¿Lo que se van a encontrar? —repitió Larry fríamente—. Cualquiera que te oyese creería que les invito a meterse en un ghetto o algo así.

—No, no, hijo, no pretendo decir *eso* —dijo Mamá—, pero es que en esta casa apenas hay normalidad. Yo lo intento, pero no sé por qué razón es como si no pudiéramos vivir como el resto de la gente.

—Bueno, pues el que venga que nos aguante —dijo Larry—. De todos modos, no me puedes echar la culpa *a mí*: yo no le he invitado. Le envía Marco.

—Pues a eso es a lo que me refiero —dijo Mamá—. A que absolutos desconocidos nos manden absolutos desconocidos, como si esto fuera un hotel o qué sé yo.

—Lo que pasa es que tú eres muy poco sociable —dijo Larry.

—¡Como lo serías tú si tuvieras que ocuparte de la cocina! —dijo Mamá indignada—. Sólo con eso dan ganas de hacerse ermitaño.

—Muy bien, pues en cuanto se vaya el conde puedes irte a una ermita si quieres. Nadie te lo va a impedir.

—¡Sí que tengo mucha ocasión de irme a una ermita, contigo trayendo a esta casa riadas de gente!

—Por supuesto que puedes si te organizas. Leslie puede prepararte una cueva por ahí por los olivares; que Margo te cosa unos cuantos pellejos de los animales menos hediondos de Gerry, llenas una olla de moras y ya está. Yo puedo llevar a la gente a que te vea. «Os presento a mi madre; nos ha abandonado para hacerse ermitaña».

Mamá le taladró con la mirada.

—De veras, Larry, a veces me pones de mal humor —dijo.

—Me voy a ir a ver al niño de Leonora —anunció Margo—. ¿Queréis algo del pueblo?

—Ah, por cierto, eso me recuerda que Leonora me ha pedido que sea el padrino de la criatura —dijo Larry.

Leonora era la hija de Lugaretzia, nuestra criada; venía a echarnos una mano cuando dábamos alguna fiesta, y como era muy guapetona Larry la tenía en gran estima.

—¿Tú padrino de bautismo? —dijo Margo atónita—. Yo creía que los padrinos tenían que ser personas buenas y religiosas y todo eso.

—Es un detalle por su parte —dijo Mamá dubitante—. Pero resulta un poco extraño, ¿no?

—Menos que si le pidiera que fuera padre —dijo Leslie.

—Leslie, hijo, no digas esas cosas delante de Gerry, ni en broma —dijo Mamá—. ¿Y tú vas a aceptar, Larry?

—Sí. ¿Por qué negarle al pobrecillo el privilegio de mi tutela?

—¡Ja! —dijo Margo sarcásticamente—. Pues yo le pienso decir a Leonora que pensar que tú vas a ser bueno y religioso es ir por lana a las cotufas del golfo.

—Si eres capaz de traducir eso al griego, yo encantado de que se lo digas —dijo Larry.

—¡Yo hablo el griego tan bien como tú! —replicó Margo en pie de guerra.

—Bueno, hijos, no os peleéis —dijo Mamá—. Leslie, preferiría que no limpiaras las pistolas con el pañuelo; luego es imposible quitar la grasa.

—¡Pues *con algo* las tengo que limpiar! —repuso Leslie ofendido.

En ese punto le dije a Mamá que pensaba pasar el día explorando la costa: ¿podía llevarme la comida?

—Sí, hijo —dijo distraídamente—. Dile a Lugaretzia que te prepare alguna cosa. Pero ten mucho cuidado, y no te metas mar adentro. No cojas frío. Y ve atento no sea que haya tiburones.

Para Mamá cualquier mar, por poco profundo o benigno que fuera, era una masa de agua pérfida y tumultuosa, llena de maremotos, trombas, tifones, remolinos, habitada enteramente por pulpos y calamares gigantescos y feroces escualos de

dientes de sierra, todos los cuales tenían por objetivo prioritario de sus vidas el asesinar y devorar a uno u otro de sus retoños. Asegurándole que tendría mucho cuidado, corrí a la cocina, me surtí de comida para mí y mis animales, reuní el equipo de recolección, llamé a los perros con un silbido y eché a andar monte abajo hacia el embarcadero donde atracaba mi bote.

El *Bootle-Bumtrinket*, primer ensayo de Leslie en el arte de la construcción naval, era casi circular y tenía la quilla plana, lo cual, unido a su atractiva coloración de bandas anaranjadas y blancas, le daba un cierto aspecto de pato de celuloide hermoseado. Era una embarcación simpática y valiente, pero debido a su forma y a su falta de quilla se apuraba mucho al más leve asomo de mar picada, y amenazaba entonces con darse la vuelta y seguir adelante de ese modo, cosa que tendía a hacer en los momentos de tensión.

Cada vez que emprendíamos una expedición larga me proveía yo de comida y agua en abundancia por si el viento nos arrastraba y naufragábamos, y navegaba todo lo cerca de la costa que me era posible, para poder escapar si el *Bootle-Bumtrinket* se veía asaltado por un siroco repentino. Con aquella forma el bote no podía llevar un mástil alto sin darse la vuelta, y su vela, del tamaño de un pañuelito, sólo alcanzaba a recoger una bocanadita mínima de viento, por lo que en general era propelido de un sitio a otro a golpe de remo. Cuando la dotación iba al completo —tres perros, un mochuelo y a veces un palomo— y llevábamos colmada la bodega —un par de docenas de recipientes llenos de agua salada y ejemplares—, hacerlo avanzar por el agua era un trabajo como para desriñonar a cualquiera. Roger era un perro muy marinero y disfrutaba mucho en aquellas ocasiones; además se tomaba un interés profundo e inteligente por la fauna marina, y era capaz de pasarse horas enteras echado con las orejas tiesas, contemplando las extrañas circunvoluciones de las quebradizas estrellas recogidas en un tarro. Widdle y Puke, en cambio, no eran lobos de mar, y en realidad donde más a gusto se sentían era rastreando alguna presa no demasiado fiera entre los matorrales de arrayán; cuando nos hacíamos a la mar intentaban ser útiles pero rara vez lo conseguían, y en los momentos de crisis se ponían a aullar o saltaban por la borda, o, si tenían sed, bebían agua salada y luego te vomitaban encima de los pies en el preciso instante en que estabas haciendo alguna maniobra delicada. La verdad es que nunca llegué a averiguar si a Ulises, el autillo, le gustaban las excursiones por mar; se posaba dócilmente allí donde yo le pusiera, con los ojos entornados y las alas recogidas, viva imagen de una de las tallas más malévolas de las deidades orientales. Al palomo, Quilp —era hijo de mi primera paloma, Quasimodo—, le entusiasmaba ir en bote: tomaba posesión de la diminuta cubierta de proa del *Bootle-Bumtrinket* y se comportaba como si estuviera en la cubierta de paseo del *Queen Mary*. Pedaleaba de un lado a otro, deteniéndose esporádicamente para bailar un rápido vals, y con el pecho inflado nos daba un

concierto de contralto, componiendo una extraña estampa de voluminosa cantante de ópera en un crucero. Sólo si el tiempo se tornaba desapacible se ponía él nervioso, y de un vuelo venía a refugiarse en el regazo del capitán en busca de consuelo.

Aquel día había decidido yo visitar una pequeña ensenada, uno de cuyos lados estaba formado por una isla minúscula rodeada de arrecifes en los que vivía un sinnúmero de seres fascinantes. Lo que yo iba buscando en particular eran los gallerbos, que sabía que poblaban en profusión aquellas aguas someras.

Los gallerbos son unos peces de aspecto muy curioso, con el cuerpo alargado, de unos diez centímetros de longitud y en forma semejante al de una anguila; sus ojos saltones y sus gruesos labios les dan un aire lejano de hipopótamo. En la época de la reproducción los machos se vuelven muy vistosos, con una mancha oscura detrás de los ojos circundados de azul cielo, una especie de giba de color naranja apagado encima de la cabeza y el cuerpo oscuro cubierto de pintas azul ultramar o violeta; la garganta es verde mar pálido, con rayas más oscuras. Las hembras, en cambio, son verde oliva claro con manchas de color azul pálido y aletas verde hoja. Yo ansiaba capturar aquellos vistosos pececitos, porque era tiempo de cría y tenía la esperanza de establecer una colonia en uno de mis acuarios para poder observar su galanteo.

Tras media hora de arduo remar llegamos a la ensenada, bordeada de plateados olivares y doradas madejas de retama que esparcían su denso aroma almizclado sobre las aguas quietas y claras. Anclé el *Bootle-Bumtrinket* en dos cuartas de agua cerca del arrecife, y seguidamente, quitándome la ropa y armándome del cazamariposas y un tarro de boca ancha, me descolgué al agua cristalina, que estaba caldeada como un baño.

Por todas partes había tal profusión de animales que hacía falta una concentración inflexible para no dejarse distraer de la tarea. Aquí los cohombros de mar, como enormes y verrugosas salchichas pardas, yacían en batallones entre las algas multicolores. Sobre las rocas se extendían los alfileteros negros o morado oscuro de los erizos de mar, girando sus púas de acá para allá como agujas imantadas. Pegados a las rocas cual cochinillas ampliadas estaban los quitones y las peoncillas moteadas de colorines, siempre en movimiento y conteniendo cada una a su legítimo poseedor o a un usurpador en forma de cangrejo ermitaño de roja faz y rojizas pinzas. De improviso una piedrecita cubierta de algas te salía andando de debajo de un pie, revelándose como un maido, con el dorso convertido en un huerto bien plantado de algas que le camuflara frente a sus enemigos.

Pronto llegué a la zona de la ensenada que sabía era la predilecta de los gallerbos. No tardé mucho en localizar a un hermoso macho, brillante y casi iridiscente con su traje multicolor de galanteo. Con cautela le acerqué la red y él retrocedió receloso, haciendo pucheros con sus abultados labios. Le tiré un viaje súbito con la red, pero estaba demasiado alerta y la esquivó sin dificultad. Varias veces lo intenté y fallé, y a

cada intento el pez retrocedía un poco más. Al fin, cansado de mis atenciones, dio un coletazo y se refugió en su casa, que era media olla de barro cocido de las que usaban los pescadores para atrapar a pulpos desprevenidos. Aunque él se hacía ilusiones de haber llegado a lugar seguro, lo cierto es que fue su perdición, pues no tuve más que echarle a la red con cacharro y todo y luego transferirlos a él y su casa a uno de los recipientes grandes que llevaba en el bote.

Emocionado por el éxito seguí adelante con la cacería, y cuando llegó la hora de almorzar había apresado ya dos verdes esposas para mi gallerbo, así como una cría de sepia y una interesante estrella de mar de una especie que no había visto hasta entonces. A esa hora el sol levantaba ampollas, y casi toda la fauna marina desaparecía bajo la sombra de las rocas. Me fui a la orilla para sentarme a comer bajo los olivos. El aire estaba cargado del perfume de la retama y el chirrido agudo de las cigarras. Según estaba comiendo, presencié cómo un enorme lagarto de color verde dragón con el cuerpo flanqueado de vivas marcas en forma de ojos azules acechaba cuidadosamente y atrapaba a un papiliónido de rayas negras y blancas. No era pequeña hazaña, porque las mariposas de esa clase raramente permanecen posadas mucho rato y su vuelo es errabundo e imprevisible. Además, el lagarto la cogió en el aire, saltando hasta una altura de cuarenta centímetros.

Al cabo, terminado el almuerzo, cargué el bote y, tras subir a bordo a mi canina tripulación, remé de regreso a casa para instalar a los gallerbos en sus acuarios. Coloqué al macho junto con su olla en el centro del mayor acuario que tenía, y luego introduje cuidadosamente a las dos hembras. Aunque estuve vigilándolos durante el resto de la tarde, no pasó nada de particular. El macho no hizo más que estarse quieto, tragando y sacando los morros, a la entrada de su olla, mientras las hembras tragaban y sacaban los morros con idéntico celo a uno y otro extremo del acuario.

Cuando me levanté a la mañana siguiente descubrí con gran fastidio que los gallerbos debían entrar en acción con el alba, pues sobre la parte alta de la olla alguien había puesto unos huevos. No sabía yo cuál de las hembras era la autora de la puesta, pero el macho resultó ser un padre muy protector y decidido, que atacó mi dedo con ferocidad cuando yo levanté el cacharro para mirar los huevos.

Resuelto a no perderme nada del espectáculo, corrí por el desayuno y me lo tomé sentado en cuclillas delante del acuario, sin apartar la vista de los gallerbos. La familia, que hasta entonces consideraba a los peces como lo menos potencialmente perturbador de todos mis protegidos, empezó a abrigar ciertas dudas con respecto a éstos, pues según transcurría la mañana iba yo importunando a cada uno que pasaba pidiéndole que me trajera una naranja o un vaso de agua, o que hiciera el favor de afilarme el lápiz, porque para entretener el tiempo me puse a dibujar gallerbos en mi diario. Mi almuerzo fue servido frente al acuario, y a medida que avanzaba la larga y calurosa tarde empecé a tener sueño. Los perros, hastiados tiempo atrás de una

guardia que no alcanzaban a comprender, se habían marchado a los olivares, abandonándonos a mí y a los gallerbos a nuestra suerte.

El macho estaba en las profundidades de su olla, apenas visible. Una de las hembras se había acomodado detrás de unas piedras, y la otra, aposentada en la arena, no hacía otra cosa que tragar.

Ocupaban el acuario además de los peces dos pequeños maidos, ambos recubiertos de algas, y uno de ellos tocado con una anemonita rosada que parecía una vistosa boina. Fue este cangrejo quien en realidad precipitó el romance de los gallerbos. Andaba deambulando por el fondo del acuario, metiéndose delicadamente en la boca pedacitos de detritos que cogía con las pinzas, como una melindrosa solterona comiendo emparedados de pepino, cuando por casualidad acertó a pasar junto a la boca del cacharro.

Inmediatamente salió el gallerbo dispuesto a la pelea, lanzando destellos de colores irisados. Abalanzose sobre el maido, y le mordió con saña una y otra vez. El cangrejo, tras unas cuantas tentativas infructuosas de apartar al pez con las pinzas, sumisamente dio media vuelta y salió por pies. El gallerbo vencedor, que resplandecía con aire virtuoso, se quedó a la puerta de la olla todo orondo.

Entonces sucedió algo muy inesperado. La hembra que estaba en la arena, y a quien había llamado la atención la lucha con el cangrejo, se acercó hasta detenerse a unos diez o doce centímetros del macho.

El al verla se puso excitadísimo, y pareció que sus colores resplandecían aún más. Y de repente la atacó.

Se arrojó sobre ella y le mordió la cabeza, a la vez que doblaba el cuerpo como un arco y le daba golpes con la cola. Yo contemplé aquel comportamiento con estupor hasta que me di cuenta de que la hembra aguantaba todo aquel vapuleo y zarandeo con absoluta pasividad, sin el menor asomo de respuesta. Lo que yo estaba presenciando no era un ataque injustificado, sino una belicosa exhibición de galanteo. Y era evidente que lo que estaba haciendo el macho a base de coletazos y mordiscos a la cabeza de la hembra era llevarla hada su casa como un perro de pastor lleva a las ovejas.

Sabiendo que si se metían en la olla los perdería de vista, corrí a mi cuarto y regresé con un instrumento que normalmente empleaba para examinar nidos de pájaros, y que consistía en una caña con un espejito sujeto en ángulo en uno de los extremos. Si había un nido de pájaros inaccesible, se podía usar el espejito a modo de periscopio y estudiar de esa forma los huevos o polluelos. En esta ocasión lo utilicé de la misma manera, pero al revés. Cuando volví ya estaban los gallerbos desapareciendo en la olla. Con suma precaución para no asustarlos, sumergí el espejo en el agua y maniobré hasta situarlo a la entrada del cacharro, y una vez que lo tuve en posición descubrí que no sólo me proporcionaba una excelente visión, sino que

además la luz del sol se reflejaba en el espejo e iluminaba estupendamente el interior.

Para empezar los dos peces se pusieron muy juntos, con mucho movimiento de aletas pero poco más. Ahora que ya la tenía metida en la olla, cesaron los ataques del macho a la hembra, y parecía mirarla más benigno. Transcurridos unos diez minutos la hembra se separó de su lado y procedió a poner un racimito de huevos transparentes, que dejó adheridos a la superficie lisa del cacharro como freza de rana.

Hecho esto, se apartó y el macho fue a ocupar su posición sobre los huevos. Desdichadamente la hembra se había interpuesto entre él y yo, por lo que no llegué a ver cómo los fecundaba, pero sin duda era eso lo que estaba haciendo. Luego la hembra, dando por terminada su participación en el asunto, salió de la olla y se marchó al otro extremo del acuario, sin manifestar mayor interés por los huevos. El macho, en cambio, se pasó algún tiempo dando vueltas a su alrededor y por fin se tendió a la entrada de la olla, montando guardia.

Yo esperé con ansiedad la aparición de los gallerbitos, pero algo debió fallar en la aireación del agua, porque no salieron más que dos. Uno de aquellos bebés diminutos se lo comió su propia madre ante mis ojos horrorizados. Como no quería cargar sobre mi conciencia un doble infanticidio, y me faltaban acuarios, metí al segundo bebé en un tarro y remando bordeé la costa hasta la ensenada donde había capturado a sus padres. Allí le solté con mi bendición en el agua clara y templada ceñida de rubia retama, haciendo votos por que a su vez llegara a criar muchos retoños multicolores.

Tres días después apareció el conde. Era alto y delgado, con el cabello muy rizoso, dorado cual capullo de seda y reluciente de brillantina, bigote delicadamente rizado de tonalidad semejante y ojos un poco saltones, de un color verde pálido y desagradable. Provocó la alarma de Mamá porque se presentó acompañado de un inmenso baúl, lo que la convenció de que venía dispuesto a quedarse todo el verano; pero no tardamos en descubrir que el conde se encontraba tan atractivo que sentía la necesidad de cambiarse de ropa unas ocho veces al día para hacer justicia a su apostura. Vestía prendas de confección tan elegante, primorosamente cosidas a mano y de materiales tan exquisitos, que Margo se vio desgarrada entre la envidia de su vestuario y la repugnancia por su afeminamiento. Junto a aquella preocupación narcisista por su persona reunía el conde otras características igualmente condenables. Se rebozaba en un perfume tan denso que era casi visible, y le bastaba un segundo de permanencia en una habitación para impregnar toda la atmósfera, en tanto que los cojines en que se apoyaba y los sillones donde se sentaba apestaban después días y días. Su dominio del inglés era limitado, pero eso no le impedía perorar sobre cualquier tema con una especie de despectivo dogmatismo que nos ponía a todos en el disparador. Su filosofía, si es que tenía tal cosa, se resumía en una frase: «Esto lo hacemos mejor en Francia», que utilizaba repetidamente a propósito de lo que fuera. Y tenía un interés tan absolutamente galo por la comestibilidad de

cuanto se cruzara en su camino, que habría sido perdonable tomarle por reencarnación de una cabra. Por desgracia se presentó a la hora de comer, y ya a los postres, sin proponérselo en realidad, había conseguido malquistarse con todo el mundo, perros incluidos. Bien mirado, era un verdadero *tour de forcé* conseguir irritar a cinco personas de carácter tan dispar, y al parecer sin darse cuenta, en sólo dos horas que habían transcurrido desde su llegada. En el curso del almuerzo, y cuando acababa de ingerir un suflé tenue como una nube que llevaba incrustados los cuerpos rosa pálido de gambas recién cogidas, comentó que era evidente que el cocinero de Mamá no era francés. El descubrir que el cocinero era Mamá no le azaró en absoluto; se limitó a decir que siendo así agradecería su presencia, porque él podría darle alguna instrucción en las artes culinarias. Ya con mi madre muda de ira ante semejante desfachatez, volvió su atención a Larry, a quien obsequió con la información de que los únicos escritores buenos eran los franceses. Ante la mención de Shakespeare se limitó a encogerse de hombros: «*le petit poseur*», dijo. A Leslie le comentó que verdaderamente todo el que se interesase por la caza tenía que tener instintos criminales; de todos modos, ya se sabía que en Francia se hacían las mejores escopetas, cuchillos y demás armas ofensivas. A Margo le recordó que lo propio en una mujer era cuidar su belleza para los hombres, y en particular no ser tragona ni comer demasiadas cosas que estropearan la figura. Como quiera que Margo sufría por entonces de ciertas gorduras juveniles y por lo tanto seguía un régimen severo, aquella información no fue muy bien recibida. A mis ojos se condenó por llamar a los perros «chuchos de pueblo» y compararlos desfavorablemente con su selección de retrievers. Labrador retrievers, setters y spaniels, todos de raza francesa, por supuesto. Además no le cabía en la cabeza que yo tuviera tantos animales, todos ellos incomestibles. «En Francia no se usan para nada, los matamos», afirmó.

No es de extrañar, pues, que después del almuerzo, cuando subió a su cuarto para cambiarse, toda la familia retemblara como un volcán latente. Sólo la regla de oro de Mamá de que no se podía ofender a un invitado el primer día nos contuvo. Pero era tal el estado de nuestros nervios que si alguien se hubiera puesto a silbar la *Marsellesa* le habríamos hecho trizas.

—Ya ves —dijo Mamá dirigiéndose a Larry en tono acusador—, esto es lo que pasa por permitir que un desconocido mande a otro desconocido a tu casa. ¡Este hombre es insoportable!

—Hombre…, no está tan mal —dijo Larry, intentando débilmente argumentar contra una opinión que compartía—. A mí me ha parecido que tenía razón en algunas de las cosas que ha dicho.

—¿En cuáles? —preguntó Mamá amenazadora.

—Eso, ¿en cuáles? —preguntó Margo echando chispas.

—Pues… —empezó él vagamente—, yo el suflé lo encontré *un poquito* fuerte, y

Margo está empezando a ponerse un tanto esférica.

—¡Animal! —dijo Margo, y se echó a llorar.

—Bueno, ya basta, Larry —dijo Mamá. Lo que no sé es cómo vamos a aguantar durante toda una semana a este…, a este… lindo don Diego perfumado que nos has traído.

—Oye, no se te olvide que yo también tengo que aguantarle —dijo Larry irritado.

—Sí, pero es amigo *tuyo*…, o amigo de un amigo…, quiero decir, en fin, sea lo que sea, es cosa *tuya* —dijo Mamá—, y es a ti a quien corresponde librarnos de él en la medida de lo posible.

—Si no en seguida le mando yo a hacer puñetas —dijo Leslie—, a ese tío gilip…

—Leslie, ya basta —dijo Mamá.

—Pues lo es —dijo él emperrado.

—Ya sé que lo es, hijo, pero no tienes por qué decirlo —explicó Mamá.

—De acuerdo, lo intentaré —dijo Larry—, pero no me eches la culpa si se mete en la cocina a darte lecciones.

—Te lo advierto —dijo Mamá amotinada—: si ese hombre pone el pie en la cocina, yo me marcho…, me voy…, me voy y…

—¿Te encierras en una ermita? —sugirió Larry.

—No, me voy a vivir a un hotel hasta que se haya ido —dijo Mamá, profiriendo su amenaza predilecta—. Y esta vez lo digo *en serio*.

En honor a la verdad hay que decir que durante los días siguientes Larry peleó como un hombre con el conde Rossignol. Le llevó a la biblioteca y al museo de la dudad, le enseñó el palacio de verano del káiser y toda su repulsiva estatuaria; hasta le subió a la cumbre más alta de Corfú, la del monte Pantocrator, para que disfrutara del panorama. El conde comparó desfavorablemente la biblioteca con la Bibliothèque Nationale, dijo que el museo no era nada al lado del Louvre, señaló que en cuanto a tamaño, diseño y mobiliario el palacio del káiser valía menos que la casita que él le daba a su primer jardinero, y finalmente observó que la vista que había desde el Pantokrator no admitía comparación con *cualquiera* de las vistas que había desde *cualquier* altura de Francia.

—¡Este hombre es insufrible! —exclamó Larry restaurándose con coñac en la habitación de Mamá, en donde nos habíamos refugiado todos huyendo de la compañía del conde—. Está obseso con Francia; no comprendo por qué salió de allí. ¡Hasta sostiene que su servicio telefónico es el mejor del mundo! Y demuestra tal *carencia* de sentido del humor, que cualquiera diría que es sueco.

—No te agobies, hijo —dijo Mamá—. Ya queda poco.

—No estoy seguro de poder resistir hasta el final —dijo Larry—. Hasta ahora lo único que no han inventado en Francia es Dios.

—Ah, pero es muy probable que en Francia crean en él mejor —apuntó Leslie.

—¿No os parece que sería maravilloso si le pudiéramos hacer alguna judiada? —dijo Margo pensativa—. Algo que fuera verdaderamente horrible.

—No, Margo —dijo Mamá con firmeza—, nunca le hemos hecho ninguna faena a un invitado, como no fuera en broma o sin querer, y no vamos a empezar a estas alturas. No nos queda más remedio que soportarle: al fin y al cabo, ya sólo será por pocos días. En seguida pasará.

—¡Cielo santo! —exclamó Larry de repente—. Me acabo de acordar. ¡El lunes es el puñetero bautizo!

—Me gustaría que no fuerais tan malhablados —dijo Mamá—. ¿Y eso qué tiene que ver?

—¿Te imaginas llevarle *a un bautizo*? —preguntó Larry—. No puede ser, tendrá que irse a alguna parte él solo.

—Yo creo que no debemos permitir que ande solo por ahí —dijo Mamá, como si estuviera hablando de un animal peligroso—. Quiero decir que podría encontrarse con algún amigo nuestro.

Todos nos sentamos a meditar sobre el problema.

—¿Por qué no se lo lleva Gerry a algún sitio? —dijo de pronto Leslie—. Al fin y al cabo, no le apetecerá venir a una cosa tan aburrida.

—¡Has tenido una idea luminosa! —dijo Mamá entusiasmada—. ¡Justo lo que necesitábamos!

Inmediatamente todos mis instintos de conservación acudieron a la brecha. Dije que *sí* quería ir al bautizo, me *hacía* mucha ilusión ir, sería la única ocasión que iba a tener de ver a Larry haciendo de padrino, y se le podía caer el niño o pasarle alguna cosa así y yo no quería perdérmelo: y además al conde no le gustaban las culebras ni las tortugas ni los pájaros ni nada, así que ¿qué iba a hacer yo con él? Hubo un silencio mientras la familia, como un jurado, ponderaba la fuerza de mis argumentos.

—Ya está, te lo llevas en el bote —sugirió Margo muy ingeniosa.

—¡Excelente! —dijo Larry—. Seguro que entre sus efectos de atavío personal tiene un jipijapa y una chaqueta de rayas. A lo mejor alguien nos presta un banjo.

—Es muy buena idea —dijo Mamá—. A fin de cuentas será sólo por un par de horas, querido. No me digas que te molesta.

Declaré sin ambages que me molestaba muchísimo.

—A ver qué te parece esto —dijo Leslie—. El lunes hacen una redada de peces en el lago. Si yo le digo al chico que lo dirige que te deje ir, ¿te llevarás al conde?

Vacilé, porque hacía mucho tiempo que tenía ganas de ver una de aquellas redadas. Sabía que la tarde con el conde no me la quitaba nadie, de modo que la cuestión se reducía sencillamente a ver qué provecho obtenía a cambio.

—Y podemos hablar de esa vitrina que quieres para las mariposas —dijo Mamá.

—Y Margo y yo te daremos dinero para libros —dijo Larry, contando

generosamente con la participación de Margo en el soborno.

—Y yo te daré esa navaja que querías —dijo Leslie.

Accedí. Si tenía que soportar al conde durante toda una tarde, por lo menos iba a ser bastante bien recompensado. Aquella noche, durante la cena, Mamá explicó la situación y se extendió en alabanzas tan pormenorizadas de la pesca mediante redada que cualquiera que la oyera habría creído que era invento suyo.

—¿Segá caliente? —preguntó el conde.

—Sí, sí, se comen calientes —dijo Mamá—. Los llaman *kefalias* y están deliciosos.

—No, ¿segá caliente en el lago? —dijo el conde—. ¿Segá caliente en el sol?

—Ah…, ah, sí —dijo Mamá—. Sí, hará mucho calor. Acuérdese de llevar sombrero.

—¿Iguemos en el yate del *enfant*? —preguntó el conde, a quien le gustaba tener las cosas claras.

—Sí —dijo Mamá.

El conde se atavió para la expedición con pantalones de lino de color azul celeste, elegantes zapatos lustrosos como castañas, camisa de seda blanca con corbata azul y oro anudada con descuido y una elegante gorra de navegante deportivo. Aunque el *Bootle-Bumtrinket* era ideal para mis propósitos, yo habría sido el primero en reconocer que no poseía ninguno de los refinamientos de un yate de crucero, y el conde lo percibió al instante cuando le conduje al canal donde lo tenía amarrado, dentro del laberinto de las antiguas salinas venecianas que había al pie de la casa.

—¿Eso… es el yate? —preguntó, sorprendido y un tanto receloso.

Respondí que esa era, efectivamente, nuestra embarcación, robusta y segura, y además, observé, con un fondo plano que permitía moverse por dentro con mayor comodidad. Si me entendió, no lo sé; tal vez pensara que el *Bootle-Bumtrinket* no era más que la lancha que le llevaría a bordo del yate, pero se subió a él con mucho tiento, extendió delicadamente su pañuelo sobre el asiento y se sentó con precaución. Yo salté a bordo y con una pértiga empecé a impulsar el bote por el canal, que en aquella parte tenía unos seis metros de ancho por medio metro de calado. Me felicité de haber dictaminado el día anterior que el *Bootle-Bumtrinket* estaba empezando a ser casi tan oloroso como el conde, porque con el paso del tiempo se le había acumulado bajo las tablas gran cantidad de quisquillas muertas, algas y otros detritos. Lo había hundido en medio metro de agua de mar y les había dado un buen fregado a los pantoques, de modo que estaba refulgente y olía estupendamente a agua salada y a alquitrán y pintura recalentados por el sol. Las antiguas salinas se extendían por la orilla del lago salobre, formando un gigantesco tablero de damas marcado por la cuadrícula de aquellos plácidos canales, unos del ancho de una silla, otros de hasta diez metros. En casi todos ellos no había arriba de dos cuartas de agua, pero por

debajo de ésta se extendía una profundidad casi insondable de fino limo negro. Gracias a su forma y a su quilla plana, el *Bootle-Bumtrinket* se dejaba llevar por aquellas vías de agua interiores con relativa facilidad, pues allí no había que temer posibles golpes de viento o el repentino agolpamiento de varias olas, dos cosas que siempre le alarmaban un poco. Pero lo malo de los canales era que estaban ceñidos a un lado y a otro por altos y susurrantes cañaverales que, aunque daban sombra, cerraban el paso del aire, por lo cual reinaba allí una atmósfera sofocada, oscura, calurosa y tan fragante como la de un estercolero.

Durante cierto tiempo el perfume artificial del conde compitió con los olores de la naturaleza, y al cabo ganó la naturaleza.

—Es olog —señaló el conde—. En Fgancia el agua es muy higiene.

Dije que en seguida saldríamos del canal al lago, donde no habría mal olor.

—Es caliente —fue el siguiente descubrimiento del conde, que se enjugaba la cara y el bigote con un pañuelo empapado en perfume—. Es mucho caliente.

La verdad es que su pálido semblante había tomado un ligero tinte de heliotropo. Estaba a punto de decirle que también ese problema se solucionaría en cuanto saliéramos al lago cuando observé con alarma que algo le pasaba al *Bootle-Bumtrinket*: se había aposentado flemáticamente en el agua parda y apenas respondía a la pértiga. Durante unos instantes no pude comprender qué le sucedía: no habíamos encallado, y yo sabía que en aquel canal no había bancos de arena. De pronto vi un remolino de agua enroscándose sobre la tablazón del fondo. No podía ser, pensé, que se hubiera abierto una vía de agua.

Contemplé fascinado cómo subía el agua, cubriendo la suela de los zapatos del distraído conde. De repente caí en la cuenta de lo que había pasado. Cuando limpié los pantoques había quitado, por supuesto, el taco del fondo del *Bootle-Bumtrinket* para dejar pasar el agua limpia; por lo visto no lo había dejado después bien apretado, y ahora se estaban llenando los pantoques de agua del canal. Mi primera idea fue levantar las tablas, buscar el taco y volver a ponerlo en su sitio, pero ya el conde tenía los pies sumergidos en unos cinco centímetros de agua, y parecía imperativo dirigir el *Bootle-Bumtrinket* hacia la orilla mientras aún se pudiera maniobrar un poco, para depositar en tierra a mi delicado pasajero. A mí no me importaba que el *Bootle-Bumtrinket* me dejase tirado —en realidad me pasaba la vida entrando y saliendo de los canales como una rata de agua en pos de culebras, galápagos, ranas y otras menudencias—, pero sabía que el conde no acogería con agrado la idea de brincar en medio metro de agua y una cantidad indeterminada de lodo. Hice esfuerzos sobrehumanos por girar el pesadísimo bote inundado hacia la orilla. Poco a poco sentí que aquel peso muerto respondía, y comprobé que la proa se dirigía perezosamente a tierra. Centímetro a centímetro empujé el bote hacia los cañaverales, y estábamos a menos de tres metros de la orilla cuando el conde se percató de lo que estaba

pasando.

—¡*Mon Dieu*! —chilló con voz aguda—. ¡Somos sumegjidos! ¡Mi zapato es sumegjido! ¡El basco es hundido!

Dejé de empujar un momento para tranquilizar al conde. No había peligro, le dije: lo único que tenía que hacer era estarse quieto hasta que yo le dejara en la orilla.

—¡Mi zapato! ¡*Regardez* mi zapato! —gritó él, señalando a su calzado, ahora empapado y descolorido, con tal expresión de ultraje que yo a duras penas pude contener la risa.

Un momentito, le dije, en seguida le dejaría en tierra firme. Y así habría sido si me hubiera hecho caso, porque ya tenía el *Bootle-Bumtrinket* a metro y medio de las cañas. Pero el conde estaba demasiado preocupado por el estado de sus zapatos, y eso le animó a hacer una grandísima tontería: desoyendo mi advertencia, se volvió a mirar por encima del hombro, vio que la tierra se aproximaba, se puso en pie y saltó a la diminuta cubierta de proa. Su intención era saltar de allí a lugar seguro en cuanto yo arrimara un poco más el bote, pero no había contado con el temperamento del *Bootle-Bumtrinket*, embarcación bonachona pero que también tenía sus caprichos, y una cosa que no le gustaba nada era que alguien se le subiera a la cubierta de proa: en tal caso hacía un extraño ruido como los caballos adiestrador en las películas del Oeste, y te arrojaba por la borda. Eso hizo con el conde.

Cayó al agua el francés dando un alarido, despatarrado cual torpe rana, y su airosa gorra de deportista se fue flotando hacia las raíces de las cañas mientras él chapoteaba en medio de un puré de agua y lodo. Yo sentí una mezcla de alarma y gusto: me daba gusto que el conde se hubiera caído —aunque bien sabía que mi familia no querría creer que no hubiera sido maniobra mía—, pero me alarmaba su manera de chapotear. Intentar hacer pie es una reacción instintiva cuando se está en aguas poco profundas, pero en aquel caso sólo servía para hundirse más en el limo pegajoso. Una vez Larry se había caído a uno de aquellos canales yendo de caza, y habían sido necesarios los esfuerzos combinados de Margo, Leslie y yo para sacarle. Si el conde se quedaba atrapado en el lecho del canal yo no tendría fuerzas para sacarle solo, y en el tiempo que tardase en conseguir ayuda podía desaparecer del todo, engullido por el cieno reluciente. Abandoné el barco y salté al canal para ayudarle. Yo sabía caminar en el lodo, y además pesaba la cuarta parte que el conde, así que no me hundí tanto. Le grité que se estuviera quieto hasta que yo le agarrara.

—¡*Merde*! —dijo él, demostrando que por lo menos conservaba la boca fuera del agua.

Hizo una tentativa de levantarse, pero ante la terrible y voraz presión del lodo exhaló un grito desesperado de gaviota viuda y se quedó quieto. La verdad es que tenía tanto miedo del cieno que cuando llegué hasta él y traté de empujarle hacia la orilla se puso a chillar y vociferar y me acusó de querer hundirle más. Ante aquella

reacción tan pueril y absurda a mí me dio un ataque de risa, y ni que decir tiene que eso le puso aún más frenético. Había vuelto a hablar en francés y con la rapidez de una ametralladora, por lo cual, dado mi precario dominio de esa lengua, yo no le entendía. Por fin pude poner bajo control mi desconsiderada hilaridad, una vez más le agarré por debajo de las axilas y empecé a arrastrarle hacia tierra. Pero de pronto se me ocurrió pensar en lo ridícula que habría resultado aquella estampa para cualquiera que nos hubiera visto, un crío de doce años intentando rescatar a un hombre de un metro ochenta, y otra vez sin poder contenerme me senté en el lodo y reí hasta saltárseme las lágrimas.

—¿Pog qué guíes? ¿Pog qué guíes? —chillaba el conde, intentando volverse para mirarme—. ¡Tú no gueíg, tú tigag, *vite, vite*!

Por fin, tragándome grandes hipidos de risa, volví a tirar del conde y conseguí acercarle bastante a la orilla; entonces le dejé y trepé a tierra. Aquello desencadenó otro ataque de histeria.

—¡No ig, no ig! —chilló empavorecido—. ¡Yo hundido! ¡Tú no ig!

Pero yo hice oídos sordos. Escogiendo siete de las cañas más altas que encontré en las cercanías, las doblé una por una hasta cascarlas sin que se rompieran, y retorciéndolas tendía con ellas una especie de verde puente entre el conde y la orilla. Siguiendo mis instrucciones, él se tumbó boca abajo y fue izándose hasta llegar a tierra firme. Cuando por fin se puso en pie todo tembloroso, era como si de cintura para abajo le hubieran aplicado una cobertura de chocolate. Como yo sabía que aquel limo pegajoso se endurecía visto y no visto, me ofrecí a quitarle lo que pudiera con un pedazo de caña. El me dirigió una mirada asesina.

—¡*Espèce de con*! —dijo con vehemencia.

Mi deficiente conocimiento del idioma del conde no me permitía traducir aquella alocución, pero el vigor con que había sido pronunciada me hizo suponer que valía la pena grabarla en la memoria.

Emprendimos la vuelta a casa, hirviendo el conde en vitriólica indignación. Tal como yo había previsto, el barro de sus piernas se secó con una celeridad casi mágica, y al poco rato parecía como si llevara unos pantalones hechos de un rompecabezas pardo claro. Visto desde atrás era tal su semejanza con la trasera acorazada de un rinoceronte indio, que a punto estuve de soltar el trapo otra vez.

Fue quizá una desdichada casualidad que el conde y yo llegáramos ante la puerta de entrada de la villa en el misino momento en que lo hacía el enorme Dodge conducido por nuestro ceñudo, barrilesco y autodesignado ángel guardián, Spiro Hakiopoulos, y cargado con toda la familia un poco achispada. El automóvil se detuvo y la familia contempló al conde con miradas incrédulas. Fue Spiro el que primero recobró el habla.

—¡Carambas, señora Durrells! —dijo, retorciendo el macizo cuello para volverse

sonriente hacia Mamá—. ¡El señorito Gerrys le ha dado su merecidos a ese hijos de puta!

Evidentemente era aquél el sentir de toda la familia, pero Mamá acudió al quite.

—¡Dios mío, señor conde! —exclamó con horror bien simulado—. ¿Pero *qué ha hecho usted* con mi hijo?

Tan desarmado quedó el conde ante el descaro de aquella interpelación, que no supo hacer otra cosa que mirar a Mamá boquiabierto.

—Gerry, hijo mío —prosiguió Mamá—, sé buen chico y ve a quitarte esa ropa mojada antes de que cojas frío.

—¡Buen chico! —repitió el conde con voz aguda y escandalizada—. *¡C’est un assasin! ¡C’est une espèce de*…!

—Vamos, vamos, amigo mío, seguro que fue sin querer —dijo Larry, pasando un brazo por los hombros enlodados del conde—. Venga a tomarse un coñac y a cambiarse de ropa. Sí, sí, puede usted estar seguro de que el chico las pagará. Por supuesto que le castigaremos.

Metió en casa al vociferante conde, y el resto de la familia convergió sobre mí.

—¿Qué le has hecho? —preguntó Mamá.

Dije que yo no le había hecho nada; el conde y sólo él tenía la culpa de verse en tal estado.

—No me lo creo —dijo Margo—. Siempre dices lo mismo.

Protesté que de haber sido cosa mía lo declararía con orgullo. La fuerza de aquel argumento les impresionó.

—A mí me da igual que haya sido cosa de Gerry o no —dijo Leslie—. Lo que importa es el resultado.

—Bueno, pues ve a cambiarte, hijo —dijo Mamá—, y luego vienes a mi cuarto y nos cuentas cómo lo has hecho.

Pero el asunto del *Bootle-Bumtrinket* no surtió el efecto que todos esperábamos; el conde siguió con nosotros erre que erre, como para castigarnos a todos, y mostrándose el doble de insultante que antes.

Pero desde aquel día no le guardé rencor, porque caca vez que le recordaba chapoteando en el canal me daba un ataque de risa incontenible que valía por todos sus insultos. Además, sin proponérselo había enriquecido mi vocabulario francés con una hermosa frase nueva, que estrené un día en que había cometido un error en el ejercicio de redacción, y la metí porque me pareció que venía muy a propósito. Su efecto sobre mi preceptor, el señor Kralefsky, fue en cambio muy diferente. Estaba paseando por la habitación, con las manos a la espalda y aspecto de corcovado gnomo en trance. Al oír aquella expresión se paró en seco, con los ojos como platos, y su aspecto cambió al de un gnomo que acaba de recibir una descarga eléctrica de una seta.

—*¿Qué has dicho*? —preguntó en voz baja.

Repetí la ofensiva expresión. El señor Kralefsky cerró los ojos, temblaron las aletas de su nariz y un estremecimiento recorrió su persona.

—¿Y *dónde* has oído eso? —preguntó.

Dije que se lo había oído decir a un conde que teníamos en casa.

—Ah. Pues no lo debes volver a decir jamás, ¿entendido? —dijo el señor Kralefsky—. ¡Jamás! Debes…, debes saber que en esta vida sucede a veces que hasta a los *aristócratas* se les escapa una expresión desafortunada en algún momento de tensión. No nos incumbe imitarles.

Comprendí lo que Kralefsky quería decir. Cabía suponer que para un conde fuera un momento de tensión el de caerse a un canal.

Pero la saga del conde no había terminado aún. Una semana o así después de que se fuera, estábamos desayunando cuando Larry confesó que no se encontraba bien. Mamá se puso las gafas y le examinó con ojo crítico.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó.

—Que no me encuentro viril y vigoroso como de costumbre.

—¿Te duele algo?

—No —reconoció mi hermano—, no es que me duela nada. Es una especie de lasitud, una sensación de enervamiento, un encontrarme debilitado, exangüe, como si hubiera pasado la noche con el conde Drácula; y, a pesar de todos sus defectos, yo diría que nuestro reciente invitado no era un vampiro.

—Pues de aspecto estás perfectamente —dijo Mamá—, pero sería conveniente que te viera un médico. El doctor Androuchelli está de vacaciones, así que le diré a Spiro que vaya a buscar a Teodoro.

—Bueno —dijo Larry apáticamente—, y de paso le puedes decir a Spiro que se acerque a dar el aviso en el cementerio británico.

—¡No digas esas cosas, Larry! —dijo Mamá, asustándose—. Venga, métete en la cama y hazme el favor de no moverte.

Si Spiro se podía catalogar como nuestro ángel custodio, para quien ninguna petición era imposible de satisfacer, el doctor Teodoro Stefanides era nuestro oráculo y mentor para todo. Llegó muy sentado en el Dodge de Spiro, vistiendo inmaculado traje de *tweed*, con el sombrero hongo ladeado con la inclinación exacta y la barba centelleante al sol.

—Sí, verdaderamente ha sido… hum…, muy curioso —comentó tras saludarnos a todos—, precisamente estaba yo pensando que sería muy agradable darse un paseo…, eh…, con un día tan espléndido…, hum…, no demasiado caluroso, en fin, ya me entienden…, eh…, y de repente se presenta Spiro en el laboratorio. ¡Qué cosa tan fortuita!

—Me alegro mucho de que mi agonía le sirva de provecho a alguien —dijo Larry.

—¡Aja! ¿Y qué…, eh…, vamos a ver…, qué es lo que anda mal? —preguntó Teodoro, contemplando a Larry con interés.

—Nada en concreto —reconoció mi hermano—. Simplemente una sensación general de muerte inminente. Como si me hubieran vaciado de todas mis energías. Lo más probable es que, como de costumbre, me haya extralimitado en mi dedicación a la familia.

—No creo que sea *ése* el origen de tus males —dijo Mamá tajantemente.

—Habrás comido demasiado —dijo Margo—. Lo que te hace falta es una buena dieta.

—Lo que le hace falta es un poco de aire puro y ejercicio —aportó Leslie—. Si usara un poco el bote…

—Bueno, bueno, Teodoro nos dirá qué es lo que le pasa —dijo Mamá.

Teodoro fue a reconocer a Larry y reapareció al cabo de media hora.

—Eh…, no le encuentro nada…, en fin…, ningún trastorno orgánico —dijo reflexivamente, subiendo y bajando sobre las puntas de los pies—, como no sea que tal vez le sobre un poco de peso.

—¡Lo veis! Os he dicho que debía ponerse a régimen —dijo Margo triunfante.

—Calla, hija —dijo Mamá—. ¿Y qué es lo que nos aconseja usted, Teodoro?

—Yo le tendría en cama un par de días —repuso él—. Tenerle a dieta suave, ya sabe usted, nada que lleve mucha grasa, y yo les enviaré una medicina…, eh…, es decir…, un *tónico* para que lo tome. Pasado mañana vendré a ver cómo sigue.

Spiro le llevó otra vez al pueblo y a su debido tiempo reapareció con la medicina.

—Yo no me tomo eso —dijo Larry mirando el frasco con desconfianza—. Parece esencia de ovarios de murciélaga.

—No digas tonterías, hijo —dijo Mamá, y le llenó una cuchara—, te hará bien.

—¡Qué va! Es lo mismo que tomó mi amigo el doctor Jekyll, y ya ves lo que le pasó.

—¿Qué le pasó? —preguntó Mamá sin pararse a pensar.

—Que le encontraron colgado de la lámpara, rascándose y diciendo que era el señor Hyde.

—Vamos, Larry, deja ya de hacer el tonto —dijo Mamá con firmeza.

Con muchos dengues, Larry se dejó convencer de que se tomara la medicina y se metiera en la cama.

A la mañana siguiente todos nos despertamos tempranísimo por los rugidos de ira que salían del cuarto de Larry.

—¡Mamá! ¡Mamá! —bramaba—. ¡Ven a contemplar tu obra!

Le encontramos dando saltos por la habitación, desnudo y con un espejo grande en la mano.

Volviose con aire beligerante hacia Mamá y ella reprimió una exclamación al

verle: la cara se le había hinchado hasta aproximadamente el doble de sus dimensiones normales, y había tomado el color aproximado de un tomate.

—¿*Qué has hecho*, hijo mío? —preguntó Mamá desmayadamente.

—¿Yo? ¡Qué has hecho *tú*! —respondió él a voces, articulando las palabras con dificultad—. Tú y tu maldito Teodoro y vuestra puñetera medicina…, me ha atacado a la pituitaria. ¡Contémplame! ¡Peor que el doctor Jekyll y el señor Hyde!

Mamá se puso las gafas y le contempló.

—Yo diría que tienes paperas —dijo perpleja.

—¡Qué tontería! ¡Eso es una enfermedad de niños! —dijo Larry irritado—. Ha sido esa maldita medicina de Teodoro. Te digo que me ha afectado a la pituitaria. Si no me conseguís un antídoto ahora mismo, me convertiré en un gigante.

—No digas bobadas. Seguro que son paperas —dijo Mamá—. Pero me extraña mucho, porque estaba segura de que tú habías pasado las paperas. Vamos a ver, Margo pasó el sarampión en Darjeeling en 1920…, Leslie tuvo el esprue en Rangún…, no, me estoy equivocando, lo de Rangún fue en 1900 y fuiste *tú* el que tuvo el esprue, y luego Leslie pasó la varicela en Bombay en 1911… ¿o fue en el 12? No me acuerdo bien, pero luego te operamos *a ti* de las amígdalas en la Rajputana en 1922, o puede que fuera en 1923, no recuerdo exactamente, y después de eso fue cuando Margo tuvo…

—Lamento interrumpir ese Almanaque de las Dolencias Familiares —dijo Larry fríamente—, pero ¿queréis hacer el favor de pedir el antídoto antes de que ya no quepa por la puerta de la habitación?

Cuando vino Teodoro, confirmó el diagnóstico de Mamá.

—Sí…, eh…, hum…, es un caso claro de paperas.

—Oiga usted, sacamuelas, ¿qué quiere decir con eso de *claro*? —dijo Larry, taladrándole con ojos inflamados y acuosos—. ¿Por qué no lo vio claro ayer? Y además yo no puedo tener paperas, es una enfermedad de niños.

—No, no —dijo Teodoro—. Se suele pasar de niño, pero a menudo también la pasan los adultos.

—¿Y por qué no ha sabido usted reconocer una enfermedad tan corriente? —demandó Larry—. ¿Ni siquiera sabe reconocer unas paperas? Pues deberían echarle del colegio de médicos, o lo que hagan en los casos de negligencia culpable.

—El diagnóstico de las paperas es muy difícil en los…, eh…, en los primeros estadios de la enfermedad —dijo Teodoro—, hasta que aparece la hinchazón.

—Típico de la profesión médica —dijo Larry con amargura—. Ni se dan cuenta de que hay una enfermedad hasta que el paciente abulta el doble de lo normal. Es escandaloso.

—Siempre y cuando no le afecte a sus…, hum…, esto…, hum…, a sus…, eh…, partes inferiores —dijo Teodoro pensativo—, en pocos días estará usted curado.

—¿Partes inferiores? —repitió Larry absolutamente despistado—. ¿Qué partes inferiores?

—Pues, esto…, es que…, las paperas producen inflamación de las glándulas —explicó Teodoro—, de modo que si la reacción baja por el organismo y afecta a las glándulas de sus…, hum…, de sus partes inferiores, entonces pueden ser sumamente dolorosas.

—¿Quiere usted decir que me puedo hinchar y ponerme como un elefante semental? —preguntó Larry horrorizado.

—Hum, eh…, sí —repuso Teodoro, hallándose incapaz de mejorar tal descripción.

—¡Es un complot para dejarme estéril! —gritó Larry—. ¡Usted y su asquerosa tintura de sangre de murciélago! ¡Todo es envidia de mi virilidad!

Decir que Larry fue mal paciente es quedarse corto. Tenía junto a la cama una enorme campanilla que hacía sonar incesantemente reclamando atención, y Mamá tenía que examinar sus regiones inferiores veinte veces al día para asegurarle que no manifestaban ninguna alteración. Cuando se descubrió que quien le había contagiado las paperas era el niño de Leonora, amenazó con excomulgarle.

—Soy su padrino —decía—. ¿Por qué no voy a poder excomulgar a ese macaco desagradecido?

Al cuarto día ya empezábamos todos a acusar la tensión. Apareció entonces el capitán Creech para ver a Larry. El capitán, un marino retirado de costumbres licenciosas, era la *bête noire* de Mamá. Su decidida persecución de toda fémina, y de mi madre en particular, a pesar de ser ya septuagenario, era para ella una fuente de irritación constante, lo mismo que la conducta desvergonzada del capitán y su mente obsesa.

—¡Ah del barco! —vociferó al entrar en la alcoba con paso vacilante, sacudiendo su mandíbula torcida, con los ralos pelos del cráneo y de la barba puestos de punta y húmedos los pitañosos ojos—. ¡Ah del barco! ¡Saquen sus muertos!

Mamá, que examinaba a Larry por cuarta vez en el día, se enderezó y le atravesó con la mirada.

—Si no le importa, capitán —dijo con frialdad—. Está usted en la habitación de un enfermo, no en una taberna.

—¡Por fin la encuentro en la alcoba! —dijo él sonriendo de oreja a oreja y sin dejarse impresionar por la cara que le ponía mi madre—. Ahora, si el chico se corre un poco, nos podríamos dar un achuchoncito.

—Estoy muy ocupada para pensar en achuchones, gracias —dijo ella glacial.

—¡Vaya, vaya! —dijo el capitán, sentándose en la cama—. ¿Pero no te da vergüenza coger unas paperas, muchacho? ¡Eso es cosa de críos! Si te quieres poner enfermo, hazlo como es debido, como un hombre. Cuando yo tenía tu edad no me

dejaba tumbar por menos de una gonorrea.

—Capitán, le agradecería que no nos contara usted su vida delante de Gerry —dijo Mamá con firmeza.

—No te habrá afectado a tus cosas, ¿verdad? —preguntó el capitán con gesto preocupado—. Es terrible cuando da en la entrepierna. Te pueden arruinar la vida sexual, las paperas en la entrepierna.

—Larry está perfectamente, muchas gracias —dijo Mamá con dignidad.

—A propósito de entrepiernas —dijo el capitán—. ¿Tú no te sabes eso de: «Una doncella hindú, sensible y tierna / que tenía amaestrada a una serpiente / se la ponía a dormir en la entrepierna; / y al ver que eso ahuyentaba a los chavales, / decía: "¡Qué antipática es la gente! / ¡Cuánto mejores son los animales!"»? ¡Ja, ja, ja!

—¡Por favor, capitán! —dijo Mamá hecha una furia—. ¡Tenga la bondad de no recitar versos delante de Gerry!

Haciéndose el sordo a las críticas de mi madre, el capitán prosiguió:

—Recogí tu correo al pasar por la estafeta —y sacándose del bolsillo unas cuantas cartas y tarjetas postales, las echó sobre la cama—. Tienen ahora empleada a una chica que no está nada mal. Tiene un par de melones como para ganar un concurso agrícola.

Pero Larry no le escuchaba: había seleccionado una postal de entre el correo que le llevaba el capitán, y después de leerla rompió a reír a carcajadas.

—¿Qué pasa, hijo? —preguntó Mamá.

—Es una postal del conde —dijo Larry, secándose los ojos.

—Ah, de ese hombre —dijo mi madre torciendo la nariz—. Pues no me interesa saber nada de él.

—No te vas a librar —dijo Larry—. Merece la pena estar enfermo sólo por recibir esto. Ya empiezo a sentirme mejor.

Cogió la postal y nos la leyó. Era evidente que para escribirla había recurrido el conde a alguien cuyo dominio del inglés era precario pero imaginativo.

«Tengo arribado a Roma», empezaba. «Soy en clínica golpeado enfermedad llamada pápelas. Soy golpeado todo. Encuentro no puedo ser cómodo, no hambre y ser sentado imposible. Ten cuidado tú de pápelas. Conde Rossignol».

—Pobre hombre —dijo Mamá sin convicción cuando todos dejamos de reírnos—. La verdad es que no nos deberíamos reír.

—No —dijo Larry—. Le voy a escribir para preguntarle si las pápelas griegas son inferiores en virulencia a las pápelas francesas.

Capítulo 4

Los elementos de la primavera

Morada de dragones y refugio de búhos
ISAÍAS 34, 13

La primavera, en su sazón, llegaba como una fiebre; era como si la isla, tras revolverse y agitarse inquieta en el lecho cálido y húmedo del invierno, un buen día se despertara de golpe, súbitamente, pletórica de vida bajo un cielo azul de jacinto en el que se elevaba el sol, envuelto en brumas frágiles y de un amarillo delicado, cual capullo de seda recién concluido. Para mí la primavera era uno de los mejores tiempos del año, porque toda la fauna de la isla estaba entonces en ebullición, y el aire lleno de esperanza.

Tal vez hoy atraparía el galápago más grande que nunca viera, o desvelaría el misterio de cómo una tortuga recién nacida, salida del huevo con más arrugas y abolladuras que una nuez, al cabo de una hora abultaba el doble y en consecuencia había alisado la mayor parte de sus frunces. La isla entera era un hervidero y un puro runrún. Yo me despertaba pronto, desayunaba apresuradamente a la sombra de los mandarinos ya olorosos con el calor del primer sol, cogía mis redes y cajas de recolección, llamaba con un silbido a Roger, Widdle y Puke y salía a explorar mi reino.

Allá en el monte, en las junglas en miniatura de brezo y retama, donde las peñas caldeadas por el sol aparecían tachonadas de extraños líquenes que semejaban sellos antiguos, salían las tortugas de su sueño invernal, apartando la tierra bajo la cual habían estado aletargadas y guiñando los ojos y tragando saliva mientras se arrastraban lentamente hacía el sol. Descansaban hasta que el sol las hubiera calentado, y luego iban con paso lento a buscar su primera colación de dientes de león o de tréboles, o quizá un grueso y blanco cuesco de lobo. Yo tenía los cerros de las tortugas bien organizados, lo mismo que otras partes de mi territorio. Cada tortuga poseía una serie de rasgos distintivos que me permitían seguirle la pista. Cada nido de tarabillas o de currucas capirotadas estaba cuidadosamente marcado para observar sus progresos, como lo estaban cada coriáceo montículo de huevos de mantis, cada tela de araña y cada piedra que sirviera de guarida a un animal querido.

Pero era la poderosa aparición de las tortugas lo que realmente me señalaba el comienzo de la primavera, pues hasta que no acababa de verdad el invierno no salían por el mundo en busca de pareja, torpes y bien acorazadas como caballero andante en busca de dama que socorrer. Una vez que habían saciado el hambre se mostraban más vivaces, si es que se puede aplicar tal calificativo a una tortuga. Los machos

caminaban de puntillas, con el cuello estirado al máximo, y de tanto en tanto se detenían para soltar un gañido asombroso, sonoro e imperativo. Nunca oí que una hembra respondiera a aquel resonante grito, que más parecía propio de un perro pequinés, pero de alguna forma el macho la localizaba, y acto seguido, aún gañendo, le presentaba batalla, estrellando su concha contra la de ella, empeñado en someterla por las malas, mientras ella, tan fresca, intentaba seguir comiendo entre zurra y zurra.

Resonaban, pues, los cerros con los gañidos y los prolongados trastazos de las tortugas apareándose, el continuo tac-tac de las tarabillas como el ruido de una cantera diminuta en explotación, las llamadas de los pinzones de rosado buche, que sonaban lo mismo que rítmicas gotitas de agua cayendo en una charca, y el alegre y sibilante canto de los jilgueros que brincaban por entre la amarilla retama como payasos multicolores.

Al pie de los cerros de las tortugas, más abajo de los olivares añosos cuajados de anémonas de color rojo vino, asfódelos y aclamen rosado, donde las urracas hacían sus nidos y los arrendajos te sobresaltaban con su repentino grito bronco y desesperado, yacían las antiguas salinas venecianas, extendidas como un tablero de ajedrez. Cada cuadro, que a veces no rebasaba las dimensiones de una habitación pequeña, estaba ceñido por canales anchos de agua salobre, cenagosos y poco profundos. Su interior era una pequeña jungla de viñas, maíz, higueras, tomates de olor agrio como a chinche, sandías que parecían enormes huevos verdes de algún ave mítica, cerezos, ciruelos, albaricoqueros y nísperos, fresones y boniatos: la despensa de la isla. Hacia el mar cada canal salobre estaba orillado de cañaverales y juncales aguzados como un ejército de picas: pero hacia tierra, donde los canales se alimentaban de los arroyuelos de los olivares y el agua era dulce, crecía una vegetación espesa y las plácidas acequias se engalanaban de nenúfares y se orlaban de doradas flores de hierba centella.

Era ahí donde en primavera las dos especies de galápago —una negra con pintas doradas y otra delicadamente rayada en gris— silbaban con aguda voz, casi de pájaro, persiguiendo a sus compañeras.

Las ranas, verdes y pardas con manchas de leopardo en los muslos, parecían recién barnizadas; se abrazaban con fervor apasionado y exoftálmico o croaban a coro interminablemente y dejaban en el agua grandes cúmulos de freza gris. Allí donde umbrosos cañaverales, higueras y otros árboles frutales ceñían las acequias, las minúsculas ranitas de San Antón, de piel verde brillante, suave como gamuza húmeda, hinchaban sus amarillos saquitos fonadores hasta hacerlos como nueces y cantaban con monótona voz de tenor. En el agua, donde las trenzas de algas se mecían y ondulaban levemente con las pequeñas corrientes, la freza de las ranitas de San Antón quedaba formando amasijos amarillentos del tamaño de una ciruelita.

A un lado de las salinas se extendía una pradera que con las lluvias primaverales

se inundaba y pasaba a ser una dilatada laguna de medio palmo de fondo, bordeada de hierbas. En aquel agua templada se congregaban los tritones, de color avellana con el vientre amarillo. El macho tomaba posición frente a la hembra, con la cola curvada hacia delante, y a renglón seguido, con gesto de concentración casi cómica, meneaba la cola ferozmente, eyaculando esperma y lanzándola hacia la hembra. Ella, a su vez, depositaba sobre una hoja los huevos fecundados, que eran blancos y casi como el agua de transparentes, con la yema negra y brillante como una hormiga; y luego doblaba la hoja con las patas de atrás y la pegaba de modo que el huevo quedara empaquetado.

En primavera aparecían unos rebaños de extrañas vacas que iban a pastar en aquella laguna. Eran unos animales enormes de color chocolate, con descomunal cornamenta vuelta hacia atrás y blanca como el champiñón: se parecían a los ankole del centro de África, pero debían proceder de tierras más próximas, tal vez de Persia o de Egipto. Los pastoreaban unas curiosas gentes bravías y agitanadas, que llegaban a bordo de carretones tirados por caballos y acampaban al borde de la zona de pasto: los hombres de fiera catadura, oscuros como cuervos, y las hermosas mujeres y niñas de aterciopelados ojos negros y cabellos como la piel del topo, se sentaban a chismorrear o a tejer cestos alrededor de la hoguera, hablando una lengua que yo no comprendía, mientras los rapaces harapientos, flacos y morenos, vocingleros como arrendajos y desconfiados como chacales, cuidaban del ganado. Al empujarse unas a otras aquellas grandes bestias, ansiosas por comer, sus cuernos se entrechocaban y repicaban. Tras ellas, el dulce olor bovino de su pardo pelaje quedaba flotando en el aire cálido como aroma de flores. Un día veías los pastos vacíos, y al día siguiente encontrabas el desordenado campamento como si llevara allí toda la vida, preso en una perpetua telaraña de humo de sus rosadas y brillantes hogueras, y los rebaños caminando lentamente por el agua somera, asustando a los tritones con el chapoteo de sus pezuñas y el avance de sus hocicos desgarrando la hierba, y poniendo a las ranas y galápagos pequeños en fuga despavorida ante aquella invasión de mamuts.

Yo codiciaba aquellas enormes vacas pardas, pero sabía que por nada del mundo me permitiría mi familia tener una cosa tan grande y de tan fiero aspecto, por más que me cansara de repetir que eran tan mansas que se dejaban pastorear por mocosos de seis o siete años. Lo poco que pude conseguir de uno de aquellos animales fue más que suficiente para mi familia. Había yo estado en los campos después de que los gitanos mataran a un toro: tenían extendido el pellejo aún sanguinolento y un grupo de muchachas estaba raspándolo con cuchillos y frotándolo con cenizas de leña. A poca distancia yacía en montón el sangriento esqueleto desmembrado, ya reluciente y lleno de moscas, y a su lado la voluminosa cabeza, con las desflecadas orejas echadas para atrás, los ojos entornados como meditando y un hilillo de sangre que manaba de uno de los ollares. Los majestuosos cuernos blancos medirían cerca de un metro y

una cuarta y eran del grueso de uno de mis muslos, y yo me quedé contemplándolos con anhelo, codicioso como un cazador de los primeros tiempos.

Sería poco provechoso, pensé, comprar la cabeza entera: aunque yo estaba convencido de mi maestría en el arte de la taxidermia, la familia no compartía esa opinión. Además, hacía poco habíamos tenido ciertas diferencias a propósito de una tortuga muerta que yo imprudentemente había disecado en el porche, por lo cual todos se inclinaban a mirar con malos ojos mi interés por la anatomía. Realmente era una lástima, porque aquella cabeza de toro, bien montada, habría quedado soberbia sobre la puerta de mi cuarto y habría sido la pieza fuerte de mi colección, aventajando incluso a mi pez volador disecado y mi esqueleto de cabra casi completo. Pero sabiendo cómo podía ser de implacable mi familia, decidí contra mi voluntad que habría que conformarse con los cuernos. Tras una animada sesión de regateo —para eso sí sabían bastante griego los gitanos—, compré los cuernos por diez dracmas y la camisa. La desaparición de la camisa se la expliqué a Mamá diciendo que me la había desgarrado de tal manera al caerme de un árbol que no mereció la pena recoger los restos. Luego, rebosante de gozo, subí a mi cuarto los inmensos cuernos y dediqué la mañana a sacarles brillo, para después clavarlos a una placa de madera y colgarlo todo de un gancho con mucho cuidado, encima de la puerta.

Retrocedí unos pasos para saborear el efecto, y en ese momento oí la voz enojada de Leslie.

—¡Gerry! ¡Gerry! ¿Dónde estás?

Entonces recordé que había tomado prestada una lata de aceite de armas de su cuarto para abrillantar los cuernos, con la intención de devolverla a su sitio sin que él la echara en falta. Pero antes de que yo pudiera hacer nada se abrió la puerta de golpe y apareció mi hermano con aire belicoso.

—¿Gerry, coño, me has cogido la lata de aceite? —preguntó.

La puerta, con el impulso de su entrada, rebotó y se cerró de golpe. Mi magnífica cornamenta saltó de la pared como propulsada por el espíritu del toro que fuera su propietario, y aterrizó sobre la cabeza de Leslie, abatiéndole cual res en el matadero.

Mi primer temor fue que se hubieran roto mis hermosos cuernos; el segundo, que hubieran matado a mi hermano. Ambos resultaron infundados. Los cuernos estaban intactos y mi hermano, con los ojos aún vidriosos, se sentó a duras penas y clavó en mí una mirada fija.

—¡Dios! ¡Mi cabeza! —gimió, asiéndose las sienes y meciéndose de lado a lado —. ¡Me cago en diez!

Más por diluir sus iras que por otra cosa, fui en busca de Mamá. La encontré en su habitación cavilando junto a la cama, que estaba cubierta de lo que parecía ser una biblioteca completa de modelos de punto. Expliqué que accidentalmente, por así decirlo, Leslie había resultado corneado por mi cornamenta. Como siempre. Mamá se

puso en lo peor y dedujo que yo tenía escondido en mi cuarto a un toro que le había sacado las tripas a mi hermano. Encontrarle sentado en el suelo y aparentemente entero fue para ella un alivio grande, aunque no exento de enojo.

—Pero Leslie, hijo mío, ¿qué has hecho? —preguntó.

Leslie alzó los ojos para mirarla; su rostro iba tomando lentamente el color de una ciruela bien madura, y le costó cierto trabajo hacer salir la voz del cuerpo.

—¡Ese condenado niño! —dijo por fin, con una especie de rugido ahogado—. ¡Ha querido saltarme la tapa de los sesos… me ha descalabrado con esos dos cuernos de ciervo descomunales, joder!

—Esa lengua, querido —dijo Mamá mecánicamente—. Seguro que ha sido sin querer.

Yo dije que por supuesto que había sido sin querer, pero en honor a la verdad debía señalar que no eran astas de ciervo, que tenían distinta forma, sino cuernos de una clase de toro que todavía no había podido identificar.

—¡Me da igual qué cono de clase sea! —rugió Leslie—. ¡Como si es un jodido cuerno de brontosaurio de la mierda!

—Leslie, *por favor* —dijo Mamá—, no hay ninguna necesidad de decir tantas palabrotas.

—¡Claro que la hay! —vociferó Les—. ¡Y tú también las dirías si te hubieran machacado la cabeza con una especie de costillar de ballena!

Empecé a explicar que, la verdad, no había el menor pareado entre un costillar de ballena y mi cornamenta, pero una mirarla terrible de Leslie hizo que la lección de anatomía se me quedara agarrotada en la garganta.

—Bueno, hijo, pero no los puedes tener encima de la puerta —dijo Mamá—, es un sitio muy peligroso. Podías haberle hecho daño a Larry.

La sangre se me heló en las venas ante la visión de Larry derribado por mis cuernos de toro.

—Tendrás que colgarlos en otro sitio —siguió diciendo Mamá.

—¡No! —dijo Leslie—. Si conserva esos cuernos de la mierda, no será para tenerlos colgados. Que los meta en un armario o donde sea.

De mala gana acepté esa restricción, y así mis astas vinieron a reposar en el antepecho de la ventana, donde no harían otro daño que caérsele periódicamente sobre un pie a Lugaretzia, la criada, cuando por las tardes venía a entornar los postigos: pero como Lugaretzia era una hipocondríaca profesional de no escaso talento, se beneficiaba de las contusiones resultantes. Pero aquel incidente envenenó mi relación con Leslie durante algún tiempo, lo cual fue causa directa de que sin proponérmelo suscitara las iras de Larry.

A comienzos de la primavera había oído tronar y reverberar desde los juncales que bordeaban las salinas, el extraño bramido del avetoro. Me emocioné muchísimo

porque jamás había visto una de esas aves y tenía la esperanza de que anidaran, pero la extensión de los juncales hacía difícil localizar exactamente su zona de operaciones. Aun así, a fuerza de pasarme horas y horas encaramado a lo alto de un olivo sobre un cerro desde donde se dominaban los juncales, conseguí estrechar el sector de observación a cosa de una hectárea. Pronto los avetoros dejaron de llamarse, y deduje que con seguridad estaban anidando. Una mañana me puse en camino muy temprano, dejando en casa a los perros. En seguida llegué a las salinas y me interné entre los juncos, brujuleando de acá para allá como un sabueso sobre el rastro, sin dejarme distraer del objetivo por la súbita ondulación de una culebra de agua, el zambullido de una rana ni la danza fascinante de una mariposa recién nacida. Al poco rato me vi en lo más espeso de los frescos y susurrantes juncos, y entonces me di cuenta con consternación de que la zona era tan extensa y los juncos tan altos que estaba absolutamente perdido. Por todos lados me rodeaba una empalizada de juncos; sus hojas formaban sobre mí un centelleante dosel verde, a través del cual se veía el vivido azul del cielo. No me preocupaba perderme, porque sabía que caminando todo derecho en cualquier dirección acabaría saliendo al mar o a la carretera; lo que me preocupaba era no tener la seguridad de efectuar la búsqueda en el sector debido. Vi que tenía unas almendras en el bolsillo y me senté a comerlas mientras estudiaba el problema.

Acababa de comerme la última y decidir que lo mejor sería volver a los olivos y recuperar la orientación cuando descubrí que sin saberlo llevaba cinco minutos sentado a un par de metros de un avetoro. Allí lo tenía, tieso como un centinela, con el cuello estirado en vertical, el largo pico pardo-verdoso apuntando al cielo, y desde un lado y otro de su estrecho cráneo me miraban sus ojos oscuros y saltones con fiera vigilancia. El cuerpo, de color café con leche manchado de marrón oscuro, se fundía perfectamente con los juncos soleados y entreverados de sombra, y, para acrecentar la ilusión de que formaba parte del fondo en movimiento, el animal se mecía de un lado a otro. Yo le contemplaba hechizado, sin atreverme casi a respirar. Pero en esas hubo una repentina conmoción entre los juncos, y de pronto el avetoro dejó de parecer uno más y alzó el vuelo pesadamente en el mismo momento en que Roger hacía una aparición estrepitosa, con la lengua fuera y la mirada rebosante de cordialidad.

Al pronto no supe si echarle una bronca por espantarme al avetoro o felicitarle por la innegable hazaña de haberme seguido la pista por una ruta difícil de más de dos kilómetros. Pero se le veía tan orgulloso de su proeza que no tuve valor para reñirle, y como todavía tenía en el bolsillo dos almendras en las que no había reparado, se las di a modo de recompensa. Luego nos pusimos a buscar el nido de los avetoros. No tardamos en dar con él: era un pulcro almohadón de juncos, con el primer huevo verdoso en el hueco. Contentísimo, resolví tenerlo estrechamente vigilado para seguir los progresos de las crías, y después, doblando con cuidado los

juncos para marcar el camino, seguí al muñón de rabo de Roger.

Evidentemente su sentido de la orientación era mucho mejor que el mío, pues en menos de cien metros habíamos salido a la carretera y Roger se sacudía el agua de las lanas y se revolcaba en el fino y blanco polvo seco del camino.

Dejamos atrás la carretera, y según subíamos la ladera del monte, por los olivares chispeantes de sol y sombra, salpicados de mil flores silvestres, yo me detuve a coger unas anémonas para Mamá. Mientras recogía las flores de color vino medité sobre el asunto de los avetoros. Una vez que la madre hubiera criado a su prole hasta que ésta echara todas sus plumas, sería muy agradable secuestrar a dos de los pequeños e incorporarlos a mi nada despreciable zoológico. Lo malo era que la cuenta de pescadería por mis presentes asilados —una gaviota de cabeza negra, veinticuatro galápagos y ocho culebras da agua— era ya muy respetable, y lo mejor que se podía esperar era que Mamá viera con escaso entusiasmo la adición de dos avetoros jóvenes y hambrientos. Reflexionando sobre la cuestión, tardé algún tiempo en darme cuenta de que alguien estaba arrancando llamadas apremiantes de una flauta.

Me volví a mirar hacia la carretera, y allá abajo vi al Hombre de las Cetonias. Era un extraño buhonero con quien me tropezaba a menudo en mis correrías por los olivares. Espigado, de astuto semblante y mudo, lucía el atuendo más estrafalario: un enorme sombrero fofo que llevaba prendidos muchos hilos con centelleantes cetonias verdi-doradas atadas en los extremos, y la ropa remendada con parches de tela de muchos colorines, de modo que parecía ir envuelto en un centón. Una gran corbata de color azul intenso completaba el conjunto. A la espalda llevaba bolsas y cajas y jaulas llenas de palomas, y de los bolsillos era capaz de sacarse cualquier cosa, desde flautas de madera, figuritas talladas de animales o peines hasta pedacitos del sagrado manto de San Spiridion.

Uno de sus mayores encantos desde mi punto de vista era que, por ser mudo, tenía que echar mano de un notable talento para la mímica. Usaba la flauta en vez de la lengua. Cuando vio que yo le prestaba atención, se apartó la flauta de la boca y me llamó por señas. Yo bajé la ladera corriendo, pues sabía que a veces el Hombre de las Cetonias tenía cosas de gran interés. Era a él, por ejemplo, a quien debía la concha de almeja mas grande de mi colección, y además con los dos diminutos pinnotéridos parásitos todavía dentro.

Me detuve junto a él y le di los buenos días. Sonrió dejando ver sus dientes descoloridos, y alzando el foto sombrero saludó con una reverencia exagerada que puso a todas las cetonias a zumbar soñolientas en las puntas de sus hilos, como un rebaño de esmeraldas cautivas. Tras interesarse por mi salud una mirada grave e interrogante con los ojos muy abiertos, inclinándose y fijándose en mi rostro me indicó que él estaba bien tocando en la flauta una melodía rápida, alegre y retozona, y luego aspirando y espirando a pleno pulmón el cálido aire primaveral, con los ojos

cerrados como en éxtasis. Cumplidas así las formalidades, pasamos a los negocios.

¿Qué quería de mí?, pregunté. El se llevó la flauta a los labios, emitió un lamentoso y estremecido ululato, prolongado y lastimero, y luego apartando el instrumento abrió mucho los ojos y silbó entre los dientes, chascándolos de tanto en tanto y balanceándose. Como imitación de un búho enfurecido, su actuación era tan perfecta que casi esperaba yo que de un momento a otro el Hombre de las Cetonias echara a volar. El corazón me latió con fuerza, porque hacía mucho tiempo que quería encontrarle compañera a mi autillo Ulises, que se pasaba los días posado como un tótem de madera de olivo sobre la ventana de mi cuarto y las noches diezmando la población ratonil de los alrededores de la villa. Pero cuando interrogué al Hombre de las Cetonias él acogió con risa desdeñosa la idea de algo tan vulgar como un autillo. De los muchos fardos con que iba cargado separó un talego, lo abrió y cuidadosamente vació su contenido a mis pies.

Decir que me quedé sin habla es decir poco, pues lo que cayó rodando sobre el polvo blanco del camino fueron tres enormes crías de búho, que quedaron allí silbando y balanceándose y chascando el pico como si estuvieran haciendo una parodia del Hombre de las Cetonias, enormes sus ojos de color mandarina y oro, que expresaban una mezcla de rabia y temor. Eran búhos reales, de extremada rareza, y como tales un botín que ni el más codicioso habría soñado. Al instante supe que tenían que ser míos.

Daba igual que la adquisición de los tres gruesos y voraces búhos disparase la cuenta del carnicero del mismo modo que la entrada de los avetoros en mi colección habría disparado la cuenta del pescadero. Los avetoros eran algo futuro, que podía o no materializarse, pero aquellos búhos, grandes bolas de nieve blanco-grisáceas que chascaban el pico y bailaban la rumba en el polvo, eran una realidad palpable.

Me senté en cuclillas a su lado y los acaricié hasta transportarlos a un estado de semisomnolencia mientras regateaba con el Hombre de las Cetonias. Era buen regateador, lo cual hacía el asunto mucho más interesante, pero además regatear con él era muy apacible, porque se hacía en completo silencio. Nos sentamos uno frente al otro como dos grandes entendidos en arte discutiendo en Agnew[3] por, pongamos, un trío de Rembrandts. Una elevación de la barbilla, la más mínima inclinación o ligera sacudida de la cabeza eran suficientes, y había largas pausas durante las cuales el Hombre de las Cetonias intentaban debilitar mi firmeza con ayuda de la música y de un mazapán incomestible que llevaba en el bolsillo. Pero en aquel mercado mandaba el comprador, y él lo sabía: ¿quién más habría tan loco, a todo lo largo y ancho de la isla, como para comprar no una, sino tres crías de búho real? Al fin llegamos a un acuerdo.

Como yo me encontraba temporalmente escaso de fondos, le expliqué al Hombre de las Cetonias que tendría que esperar para cobrar hasta primeros del mes siguiente,

cuando yo recibiera mi asignación.

A menudo se había visto él en las mismas, por lo cual supo hacerse cargo. Yo le dejaría el dinero a nuestro común amigo Yani en el café del cruce, donde el Hombre de las Cetonias podría recogerlo en cualquiera de sus peregrinajes por la comarca. Despachado ya el lado mercantil y sórdido de la transacción, compartimos un caneco de gaseosa que él extrajo de su espaciosa mochila. Luego yo metí cuidadosamente mis preciosos búhos en el talego y reemprendí la vuelta a casa, y el Hombre de las Cetonias se quedó tocando la flauta en la cuneta, entre sus mercancías y las flores de primavera.

Camino de la villa, los ávidos gritos de los búhos me hicieron caer en las implicaciones culinarias de mi reciente adquisición. Era evidente que el Hombre de las Cetonias no les había dado de comer. Yo no sabía cuánto tiempo los había tenido, pero a juzgar por el ruido que hacían debían estar muertos de hambre. Era una pena, pensé, que mis relaciones con Leslie fueran todavía un poco tensas, pues en otra situación le habría podido convencer de que matara unos gorriones o quizá un par de ratas para mis nuevos bebés. Estando las cosas como estaban, habría que fiarlo todo al infalible buen corazón de mi madre.

La encontré enclaustrada en la cocina, revolviendo frenéticamente un enorme caldero muy aromático y burbujeante; con el ceño fruncido y los cristales de las gafas empañados, leía la receta del libro de cocina que sostenía en la otra mano, moviendo los labios en silencio. Yo saqué los búhos con aire de quien concede una merced de valor inestimable. Mi madre se ajustó las gafas y miró de soslayo a aquellos tres ovillos de plumón que silbaban y se mecían.

—Muy bonitos, hijo, muy bonitos —dijo con voz distraída—. Ponlos en algún sitio donde estén bien guardados, ¿eh?

Dije que los encerraría en mi cuarto y que nadie sabría que los tenía.

—Muy bien —dijo Mamá, mirándolos con cierto nerviosismo—. Ya sabes lo que opina Larry de que traigas más animales.

Claro que lo sabía, y pretendía ocultarle la llegada de aquéllos a toda costa. Sólo había un pequeño problema, expliqué, y era que los búhos estaban hambrientos: o mejor dicho, que estaban muertos de hambre.

—Pobres criaturitas —dijo Mamá, suscitada inmediatamente su compasión—. Dales un poco de pan con leche.

Expliqué que los búhos comían carne y que a mí ya no me quedaba. ¿No tendría ella algún recorte que me pudiera prestar para que no se me murieran?

—El caso es que no andamos muy sobrados de carne —repuso—. Hay chuletas para la comida. Mira a ver qué encuentras en la nevera.

Fui a la enorme nevera de la despensa que guardaba nuestras provisiones perecederas y me asomé a su interior brumoso y gélido. Todo cuanto pude exhumar

fueron las diez chuletas de nuestro almuerzo, y ni siquiera con eso habría bastado para tres voraces búhos reales. Con esa noticia volví a la cocina.

—Vaya por Dios —dijo Mamá—. ¿Y tú estás seguro de que no comen pan con leche?

Yo me mostré inflexible. Los búhos sólo comían carne.

En ese momento uno de los pollos se balanceó tan violentamente que se cayó de costado, y yo me apresuré a señalar a mi madre que eso era indicio de lo debilitados que estaban.

—Bueno, pues habrá que darles las chuletas —dijo ella muy apurada—. Nosotros tendremos que comer curry de verduras.

Triunfante, me llevé búhos y chuletas a mi cuarto y atiborré de carne a los hambrientos bebés.

A consecuencia de la llegada de los búhos nos sentamos a la mesa un poco tarde.

—Siento no haber tenido la comida antes —dijo Mamá, destapando una sopera de donde salió una nube de vapor con olor a curry—, pero no sé por qué no se cocían las patatas.

—Yo creí que había chuletas —se quejó Larry con voz de reproche—. He estado toda la mañana con las papilas gustativas preparadas para las chuletas. ¿Qué ha pasado con ellas?

—Ha sido por los búhos, querido —dijo Mamá excusándose—. ¡Tienen tanto apetito!

Larry se quedó petrificado con una cucharada de curry a medio camino hacia la boca.

—¿Búhos? —dijo, mirando a Mamá fijamente—. ¿Búhos? ¿Qué dices de búhos? ¿Qué búhos?

—¡Ah! —dijo Mamá muy colorada, dándose cuenta de que había cometido un error táctico—. Pues unos búhos…, esa clase de aves…, no tiene importancia.

—¿Es que estamos sufriendo una plaga de búhos? —preguntó Larry—. ¿Asaltan la despensa y salen volando con manojos de chuletas entre las garras?

—No, hijo, no, no son más que unas crías. Cómo iban a hacer eso. Tienen unos ojos preciosos, pero es que estaban muertas de hambre las pobres criaturitas.

—Seguro que son un nuevo invento de Gerry —dijo Leslie agriamente—. He oído que estaba acunando no sé qué antes de comer.

—Pues que los suelte —ladró Larry.

Dije que no podía hacerlo porque eran unas crías.

—Son crías, hijo —dijo Mamá apaciguadora—. No tienen la culpa.

—¿Cómo que no tienen la culpa? —dijo Larry—. Unos asquerosos bichos, forrados hasta las orejas de mis chuletas…

—Nuestras chuletas —le interrumpió Margo—. No sé por qué tienes que ser tan egoísta.

—Esto se tiene que acabar —prosiguió Larry, sin prestar oídos a Margo—. Le tenéis a este niño demasiado consentido.

—Las chuletas eran tan nuestras como tuyas —dijo Margo.

—No exageres, hijo —dijo Mamá—. Al fin y al cabo son sólo unas crías de búho.

—¡Sólo! —repitió Larry sarcásticamente—. Ya tiene un búho, y bastante tenemos que padecer con él.

—Ulises es un animalito muy simpático y no da ninguna guerra —adujo Mamá, ya a la defensiva.

—Simpático lo será para ti —dijo Larry—, porque no te ha regado la cama de vomitados de todos los trozos de comida que ya no le interesaban.

—Eso fue hace mucho tiempo, hijo, y no lo ha vuelto a hacer.

—Y además, ¿eso qué tiene que ver con *nuestras* chuletas? —preguntó Margo.

—Es que no son sólo los búhos —dijo Larry—, aunque, como esto siga así, vive Dios que vamos a acabar como Atenea. Parece que no ejerces ningún control sobre él. Acuérdate de toda la historia de la tortuga de la semana pasada.

—Aquello fue un error, querido. El niño no lo hizo con mala intención.

—¡Un error! —exclamó Larry mordaz—. ¡Destripar un bicho sanguinolento por todo el porche! Mi habitación olía como el interior de la bota del capitán Ahab. Me ha costado una semana y el gasto de unos dos mil litros de agua de colonia dejarla lo bastante saneada para poder entrar sin desmayarme.

—¡Nosotros tuvimos que olerlo lo mismo que tú! —dijo Margo indignada—. Cualquiera diría que fuiste tú el único que lo olió.

—¡Exactamente! —exclamó Leslie—. Peor olía mi cuarto. Yo he tenido que salir a dormir a la terraza de atrás. No sé por qué te crees el único que tiene que sufrir las cosas.

—No es eso —dijo Larry cáusticamente—. Es que no me interesan los sufrimientos de los seres inferiores.

—Lo que pasa es que eres un egoísta —dijo Margo, aferrada a su primer diagnóstico.

—¡Está bien! —ladró Larry—. Pues no me hagáis caso. Ya lo lamentaréis en seguida, cuando tengáis las camas con una cuarta de vomitado de búho por encima. Yo me iré a un hotel.

—Me parece que ya hemos hablado bastante de los búhos —dijo Mamá con firmeza—. ¿Quién va a estar aquí a la hora del té?

Resultó que todos íbamos a estar a la hora del té.

—Voy a hacer unas mantecadas —dijo Mamá, y por toda la mesa corrieron suspiros de satisfacción, porque las mantecadas de mi madre, vestidas con mantos de

mermelada de fresa hecha en casa, mantequilla y crema, eran una golosina que nos encantaba a todos—. Viene la señora Vadrudakis, así que espero que sepáis comportaros como es debido.

Larry gimió.

—¿Quién demonios es la señora Vadrudakis? —preguntó—. Alguna vieja pesada, supongo.

—No empieces —dijo Mamá severamente—. Parece una señora muy agradable. Me ha escrito una carta de lo más atento. Quiere pedirme consejo.

—¿Sobre qué? —quiso saber Larry.

—Al parecer está muy disgustada por cómo tienen a sus animales los campesinos. Ya sabéis cómo están los perros y los gatos, y esos pobres burros que se ven llenos de llagas. Pues esta señora quiere organizar aquí en Corfú una asociación para la prevención de malos tratos a los animales, en fin, una especie de Sociedad Protectora. Y quiere que la ayudemos.

—No seré *yo* —dijo Larry tajantemente—. No pienso ayudar a ninguna sociedad para la prevención de malos tratos a los animales. Yo ayudaría a fomentar los malos tratos.

—Larry, haz el favor de no hablar así —dijo Mamá con severidad—. Sabes que no lo dices en serio.

—Claro que lo digo en serio —dijo Larry—, y si esa tal Vadrudakis pasara una semana en esta casa, acabaría siendo de la misma opinión. Iría por ahí estrangulando búhos con sus propias manos, sólo para sobrevivir.

—Bueno, pues yo quiero que todos la tratéis amablemente —dijo Mamá con firmeza, y añadió—, y tú no menciones a los búhos, Larry. Podría pensar que somos un poco raros.

—¡Es que lo somos! —concluyó Larry con sentimiento.

Después de comer descubrí que Larry, como tan a menudo le sucedía, se había puesto en contra a las dos personas que podrían haber sido sus aliados en la campaña antibúho. Margo y Leslie. Margo se entusiasmó cuando vio a los pollos. Acababa de estrenarse en el arte de hacer punto de media, y en un exceso de generosidad se ofreció a tejer lo que yo quisiera para las aves. Yo acaricié la idea de vestirlos a los tres con jerseys iguales de rayas, pero lo descarté por poco práctico y contra mi voluntad hube de rechazar la amable sugerencia.

La oferta de colaboración de Leslie fue más práctica: se brindó a cazar los gorriones que me hicieran falta. Yo le pregunté si podría hacerlo todos los días.

—Hombre, todos los días no —repuso—. Puede ocurrir que no esté en casa, que me haya ido al pueblo o qué sé yo. Pero siempre que pueda, sí.

Yo sugerí que podía matarlos al por mayor, procurándome un suministro de gorriones para toda la semana, por ejemplo.

—Es buena idea —asintió él calurosamente—. Haz la cuenta de cuántos necesitas para la semana y yo te los traigo.

Laboriosamente, porque la aritmética no era mi fuerte, calculé cuántos gorriones (suplementados con carne) me harían falta para una semana, y fui con el resultado a Leslie, que estaba en su cuarto limpiando lo último que había adquirido para su colección, una magnífica pieza turca antigua de carga por la boca.

—Sí…, vale —dijo, mirando mis números—. Te los traeré. Usaré la carabina de aire comprimido, porque si saco la escopeta el puñetero de Larry se quejará del ruido.

Así que, armados de la carabina y una bolsa grande de papel, salimos a la parte de atrás de la villa.

Leslie cargó el arma, se apoyó en el tronco de un olivo y se puso a disparar. Era tan sencillo como disparar a una diana, porque aquel año teníamos una invasión de gorriones y el tejado de la villa estaba lleno. Según eran alcanzados por la excelente puntería de Leslie rodaban del tejado al suelo, y allí yo los recogía y los echaba a la bolsa.

Al cabo de unos cuantos disparos, los gorriones empezaron a inquietarse y se replegaron a mayor altura, hasta que llegó un momento en que estaban todos posados en el caballete del tejado. Leslie podía seguir disparando, pero desde allí se precipitaban al otro lado del tejado y caían rodando al porche de delante de la casa.

—Espera a que tumbe unos pocos más y luego vas a recogerlos —me dijo mi hermano, y yo esperé obedientemente.

Siguió disparando un rato, fallando rara vez, de modo que cada débil «tunk» de la carabina coincidía con el desplome y desaparición de un gorrión del tejado.

—Maldita sea, he perdido la cuenta —dijo de pronto—. ¿Cuántos van?

Dije que yo tampoco llevaba la cuenta.

—Pues vete a recoger los del porche y quédate ahí. Voy a tumbar otros seis. Con eso ya habrá bastantes.

Abrazado a la bolsa de papel di la vuelta a la casa, y cuál no sería mi consternación al ver que la señora Vadrudakis, de cuya existencia nos habíamos olvidado, había llegado ya a tomar el té. Mamá y ella estaban sentadas un poco envaradas en el porche, agarrada cada una a su taza de té y rodeadas de los cadáveres ensangrentados de numerosos gorriones.

—Pues sí, sí —estaba diciendo Mamá, obviamente alimentando la esperanza de que la señora Vadrudakis no se hubiera percatado de la lluvia de pájaros muertos—, aquí somos todos muy amantes de los animales.

—Eso me han dicho —decía la señora Vadrudakis, con sonrisa bondadosa—. Tengo entendido que son ustedes tan amantes de los animales como yo.

—Ya lo creo —dijo Mamá—. Tenemos muchos. Verdaderamente es pasión por los animales lo que hay en esta casa, ¿sabe usted?

Dirigió una sonrisa nerviosa a la señora Vadrudakis, y en aquel instante cayó un gorrión muerto en la mermelada de fresa.

Era imposible taparlo e igualmente imposible no darse por enterado de su presencia. Mamá se lo quedó mirando como hipnotizada; por fin se humedeció los labios y sonrió a la señora Vadrudakis, que se había quedado con la taza en el aire y una expresión de horror en el semblante.

—Un gorrión —señaló Mamá débilmente—. Eh…, esto…, parece que están muriendo muchos este año.

En ese momento salía de la casa Leslie con la carabina en la mano.

—¿Hemos tumbado bastantes? —preguntó.

Los diez minutos siguientes fueron de gran emoción. La señora Vadrudakis dijo que jamás en su vida había sufrido mayor vejación, y que todos éramos demonios disfrazados de personas. Mamá no hacía más que decir que ella le aseguraba que Leslie no había querido ofenderla, y que de todos modos era seguro que los gorriones no habían sufrido. Leslie, a voces y en pie de guerra, repetía una y otra vez que aquello eran ganas de armar escándalo por una tontería, y que además los búhos comían gorriones, y ¿quería la señora Vadrudakis que los búhos se murieran de hambre, eh? Pero la señora Vadrudakis se negó a aceptar explicaciones; envolvió en su capa su figura trágica y ultrajada, se abrió camino con paso estremecido entre los cadáveres de gorrión, subió a su coche y se alejó a buen trote por los olivares.

—Hijos, no deberíais hacer esas cosas —dijo Mamá, sirviéndose una taza de té con tembloroso pulso mientras yo recogía los gorriones—. Verdaderamente has sido muy… desconsiderado. Leslie.

—Y ¿cómo iba a saber yo que estaba aquí esa vieja idiota? —dijo Leslie sulfurado—. ¿No querrás que vea a través de las paredes, no?

—Pero podrías estar más atento, hijo. Sabe Dios lo que se irá pensando de nosotros.

—Se va pensando que somos unos salvajes —dijo Leslie con una risilla—. Ya lo ha dicho. Pues ella se lo pierde, la vieja estúpida.

—En fin, con todo esto me ha dado color de cabeza. Gerry, ¿quieres hacer el favor de decirle a Lugaretzia que prepare más té?

Después de dos teteras y varias aspirinas. Mamá empezó a encontrarse mejor. Yo, sentado en el porche, le estaba dando una conferencia sobre los búhos, a la cual ella sólo atendía a medias, diciendo «Ah, sí, que interesante» de tanto en tanto, cuando de sopetón la electrizó un bramido de ira procedente del interior de la casa.

—¡Dios santo, no lo soporto! —gimió—. ¿Y ahora qué pasa?

Larry irrumpió en el porche.

—¡Mamá! —gritó—. ¡Esto no puede seguir así! ¡No aguanto más!

—Calma, hijo, calma, no des voces. ¿Qué ocurre? —inquirió Mamá.

—¡Que esto es como vivir en un museo de historia natural, puñetas!

—¿Pero de qué hablas, hijo?

—¡De esto! ¡De vivir en esta casa! ¡Es intolerable! ¡No aguanto más! —vociferó mi hermano.

—¿Pero qué ha pasado, hijo? —preguntó Mamá perpleja.

—Que voy a sacar algo de beber de la nevera, y ¿qué dirás que me encuentro?

—¿Qué te encuentras? —preguntó Mamá con interés.

—¡Gorriones! —bramó Larry—. ¡Unas bolsas inmensas de puñeteros gorriones antihigiénicos y supurantes!

Estaba visto que no era mi día.

Capítulo 5

Faquires y fiestas

El Príncipe de las Tinieblas es un caballero
SHAKESPEARE, *El rey Lear*

A finales de la primavera mi colección zoológica se engrosaba hasta tal punto que incluso Mamá se alarmaba a veces. Por esas fechas todo llegaba y nacía, y al fin y al cabo es más fácil hacerse con animales jóvenes que con adultos. También por entonces las aves recién llegadas para anidar y criar sufrían el acoso de las escopetas de los acaudalados de la zona, pese a ser tiempo de veda. Todo les venía bien a aquellos cazadores señoritos: mientras que los campesinos se limitaban a las aves consideradas de caza —zorzales, mirlos y demás—, los de la ciudad abatían cualquier cosa que volara. Se los veía regresar triunfales, cargados de escopetas y cartucheras, repletos los morrales de un conglomerado plumoso, pringoso y sanguinolento de cuanto pillaran, petirrojos o colirrojos, trepadores o ruiseñores. Así que en primavera mi cuarto y el sector del porche reservado a tal fin contenían siempre media docena por lo menos de jaulas y cajones con boquiabiertos polluelos o pájaros adultos que había conseguido rescatar de los tiradores y que se recuperaban con tablillas improvisadas en alas o patas.

Lo único bueno de aquella matanza, primaveral era que me permitía hacerme una idea bastante completa de qué aves se encontraban en la isla. Ya que no estaba en mis manos impedir tal carnicería, por lo menos le sacaba algún fruto. Les seguía los pasos a los valerosos y nobles monteros y les pedía que me dejaran ver el contenido de sus morrales. Entonces hacía una lista de todos los pájaros muertos, y a fuerza de porfiar les salvaba la vida a los que sólo estaban heridos. Por ese procedimiento entré en posesión de Hiawatha.

Había pasado una mañana interesante y muy activa en compañía de los perros. Muy temprano nos encontrábamos ya en los olivares, donde todo estaba aún fresco del amanecer y empañado de rocío. Yo había descubierto que esa hora era buena para coger insectos, porque el frío los aletargaba y les quitaba las ganas de volar, y así era más fácil atraparlos. Había obtenido dos mariposas diurnas y una nocturna que no tenía en la colección, dos escarabajos desconocidos y diecisiete langostas que recogía para alimento de mis pájaros jóvenes. Cuando el sol estuvo bien alto y daba cierto calor, ya habíamos nosotros perseguido infructuosamente a una culebra y un lagarto verde, ordeñado en un tarro a la cabra de Agathi (sin conocimiento de su dueña) porque todos teníamos sed, y visitado a mi viejo amigo el pastor Yani, que proveyó a nuestro sustento con pan y torta de higos y un sombrero de paja lleno de fresas

silvestres, Bajamos a una pequeña ensenada y allí los perros se tumbaron jadeantes o se pusieron a buscar cangrejos por la orilla mientras yo, tendido boca abajo en el agua cálida y transparente, flotaba conteniendo la respiración y dejándome llevar sobre el paisaje marino. Cuando se acercó la hora del mediodía y el estómago me dijo que el almuerzo estaría preparado, me sequé al sol, quedándome la sal en ronchas sobre la piel como un sedoso dibujo de delicado encaje, y emprendí la vuelta a casa. Según marchábamos serpeando por los olivares, entre aquellos grandes troncos que daban sombra y frescura de pozo, oí una serie de detonaciones en los campos de arrayán a mi derecha. Me acerqué a investigar, conservando a los perros a mi lado, porque los cazadores griegos eran nerviosos y en la mayoría de los casos apretaban el gatillo sin pararse a hacer averiguaciones. Yo corría el mismo peligro, así que por precaución fui hablándoles a voces a los perros: «¡Ven, Roger…, aquí! Buen chico. ¡Puke, Widdle! ¡Ven acá, Widdle! ¡Aquí…, así me gusta! ¡Vuelve aquí, Puke!». Descubrí al cazador sentado en una gigantesca raíz de olivo y enjugándose la frente, y, tan pronto como tuve la seguridad de que nos había visto, me acerqué.

Era un hombrecito pálido y regordete, con un bigote como un cepillo de dientes negro y alargado sobre la bocucha remilgosa y ojos de pájaro, líquidos y redondos, cubiertos por gafas oscuras. Vestía a la plena moda cinegética: botas de montar lustradas, pantalón nuevo de pana blanca, y chaqueta de *tweed* color mostaza y verde y corte atroz, con tantos bolsillos que más que chaqueta parecía un alero poblado de nidos de golondrina. Sobre la coronilla de su cabeza rizosa se posaba un sombrero tirolés verde, con penacho de plumas rojas y anaranjadas, y se estaba secando la marfileña frente con un pañolón que apestaba a colonia barata.

—*¡Kalimera, kalimera*! —saludó, entre sonrisas y resoplidos—. Bienvenido. ¡Uf! Hace calor, ¿eh?

Yo asentí, y le ofrecí unas fresas de las que todavía quedaban en el sombrero. El las miró con cierta aprensión, como temeroso de que estuvieran envenenadas, tomó una delicadamente entre sus dedos rollizos y me lo agradeció con una sonrisa al tiempo que se la echaba a la boca. Daba la impresión de que era la primera vez que comía fresas de un sombrero con los dedos y no estaba del todo seguro de lo que prescribían las reglas en esos casos.

—¡Se me ha dado bien la mañana! —dijo muy ufano, sentando a conde yacía su morral, siniestramente abultado y pringoso de sangre y plumas. De la boca sobresalían un ala y la cabeza de una alondra, tan reventadas y desfiguradas que costaba trabajo identificarlas.

—¿Le importaría que examinara el contenido del morral?, pregunté.

—No, no, no faltaba más —respondió—. Verás que soy buen tirador.

Sí que lo vi. Su morral se componía de cuatro mirlos, una oropéndola, dos zorzales, ocho alondras, catorce gorriones, dos petirrojos, una tarabilla y un chochín.

Este último, reconoció, era un poco pequeño pero estaba muy bueno guisado con ajo y pimentón.

—Pero esto es lo mejor —dijo con orgullo—. Ten cuidado, porque no está del todo muerto.

Me acercó un pañuelo ensangrentado, y yo lo desplegué con mucho tiento. Dentro, boqueando y extenuada, con un pegotón de sangre seca en un ala, había una abubilla.

—Esa no se come, por supuesto —me explicó—, pero las plumas me quedarán muy bonitas en el sombrero. Hacía tiempo que ambicionaba yo poseer uno de aquellos espléndidos pájaros de aspecto heráldico, de gallarda cresta y cuerpo color salmón y negro, y por todas partes había buscado un nido para criar algún pollo en casa. Hete aquí que ahora tenía en las manos una abubilla viva, o, para ser exactos, una abubilla medio muerta. La examiné atentamente y descubrí que en realidad no estaba tan maltrecha como parecía, porque no tenía más que un ala rota, y por lo que se veía parecía ser una fractura limpia. El problema estaba en conseguir que mi ufano y obeso cazador quisiera desprenderse de ella.

De repente me vino la inspiración. Empecé diciendo que me apenaba sobremanera que no estuviera allí mi madre, porque, expliqué, era una autoridad mundial sobre pájaros. (La verdad era que Mamá apenas distinguía un gorrión de un avestruz). En efecto, era autora de la obra definitiva sobre aves para los cazadores de Inglaterra. Para demostrarlo saqué de la bolsa de recolección un ejemplar baqueteado y muy consultado de la *Pequeña guía de aves* de Edmund Sanders, libro del que jamás me separaba.

Mí gordo amigo se quedó muy impresionado. Lo hojeó, murmurando po-po-pos de admiración por lo bajo. Mi madre, dijo, debía de ser una mujer fuera de serie para poder escribir un libro así. La razón de que yo echara de menos que estuviera allí en aquel momento, seguí diciendo, era que mi madre no había visto nunca una abubilla. Conocía todos los demás pájaros de la isla, hasta el raro martín pescador; en prueba de ello saqué el copete de un martín pescador muerto que había encontrado una vez y que llevaba como talismán en la bolsa, y se lo puse delante. Aquel moñito de brillantes plumas azules le llamó mucho la atención. Pensándolo bien, eran mucho más bonitas que las plumas de la abubilla, dije. Me costó un poco de tiempo meterle la idea en la cabeza, pero pronto le tuve suplicándome que le llevara la abubilla a mi madre, a cambio de aquel mechón de aterciopeladas plumas azules. Yo hice un bonito despliegue de asombrada resistencia que acabó transformándose en servil gratitud, me guardé la abubilla herida en la camisa y corrí a casa con ella, dejando a mi amigo cazador sentado en su raíz de olivo con todo el aspecto de Tweedledum[4] y felizmente ocupado en la tarea de prender a su sombrero el copete de martín pescador con un alfiler.

Una vez en casa llevé a la nueva adquisición a mi Cuarto y la examiné con detenimiento. Me tranquilizó ver que el largo y gomoso pico curvo, como una fina cimitarra, estaba intacto, pues sabía que privado del uso de aquel órgano delicado el animal no podía sobrevivir. Aparte del agotamiento y el susto, su único mal parecía ser el ala rota. La fractura estaba localizada en la parte alta del remo, y explorándola con tiento comprobé que era una fractura limpia, pues el hueso estaba partido como una ramita seca, no aplastado y astillado como una rama verde. Cuidadosamente recorté las plumas con las tijeras de disección, quité el pegote de sangre y plumas con agua tibia y desinfectante, entablillé el hueso con dos astillas curvas de caña y lo até todo bien. Era un trabajo de profesional, que me hizo sentirme orgulloso. El único problema era que pesaba demasiado, y cuando solté al pájaro se cayó de lado, arrastrado por el peso de la tablilla. Tras un par de experimentos logré hacer otra mucho más ligera de caña y esparadrapo, y con una tirita de gasa lo sujeté todo bien al costado del animal. Luego le hice beber agua con un cuentagotas y le puse en una caja de cartón tapada con una tela para que se recuperase.

Bauticé a mi abubilla con el nombre de Hiawatha, y la familia la acogió en su seno con aprobación sin reservas, porque les gustaban las abubillas y además era la única especie de ave exótica que todos sabían reconocer a veinte pasos. Buscarle comida a Hiawatha me tuvo muy atareado durante los primeros días de su convalecencia, pues era una enferma antojadiza, que comía sólo alimento vivo, y aun así con melindres. Tenía que soltarla en el suelo de mi cuarto y tirarle desde lejos las golosinas: los suculentos saltamontes de color verde jade, las langostas de gruesos muslos y alas crujientes como barquillos, las lagartijas pequeñas y las ranas diminutas. Ella los atrapaba y los golpeaba vigorosamente contra cualquier superficie dura —una pata de la silla o de la rama el borde de la puerta o de la mesa— hasta asegurarse de que estaban muertos: luego, un par de rápidos bocados y a esperar el plato siguiente. Un día en que toda la familia se había reunido en mi cuarto para verla comer, le di a Hiawatha un lución de veinte centímetros de largo. Con su delicado pico, su cresta finamente listada y su hermosa coloración en rosa y negro, parecía un ave muy solemne, tanto más porque solía llevar la cresta plegada contra la cabeza. Pero una ojeada al lución bastó para convertirla en un monstruo depredador. Alzó y extendió la cresta, que temblaba cual cola de pavo real, hinchó el buche, emitió un extraño gruñido-ronroneo allá en las profundidades de su garganta y avanzó a saltos rápidos y resueltos hacia donde el lución, ignorante de su destino, arrastraba su cuerpo de bronce bruñido. Hiawatha se detuvo y, con las alas sana y entablillada abiertas, se echó hacia delante y asestó un picotazo al lución, una estocada tan súbita que apenas se vio.

Al recibir el golpe el lución se hizo un ocho, y yo vi con asombro que del primer

tajo Hiawatha había aplastado totalmente el frágil cráneo del reptil.

—¡Santo Dios! —exclamó Larry, no menos asombrado que yo—. Eso sí que es un ave *útil* para tenerla en casa. Con unas cuantas docenitas no habría que preocuparse por las culebras.

—No creo que pudieran con una grande —dijo Leslie juiciosamente.

—Me contentaría con que se limitaran a quitar de en medio a las pequeñas —dijo Larry—. Sería un primer paso.

—Hablas como si la casa estuviera infestada de culebras, hijo —dijo Mamá.

—Lo está —replicó Larry austeramente—. ¿Qué me dices de aquella cabellera de Medusa de culebras que se encontró Leslie en la bañera?

—Aquellas eran culebras de agua —dijo Mamá.

—Me da igual lo que fueran. Si se ha de permitir que Gerry llene el baño de culebras, yo iré por la casa con un brazado de abubillas.

—¡Ooh, mirad lo que hace! —chirrió Margo.

Hiawatha había descargado una serie de rápidos golpes a lo largo del cuerpo del lución, y ahora estaba dedicada a alzar en vilo al reptil, que aún se estremecía, y estrellarlo rítmicamente contra el suelo, como golpean los pescadores a un pulpo contra las rocas para ablandarlo. Al cabo de un rato no quedó vestigio apreciable de vida en el cuerpo. Hiawatha lo contempló con la cresta en alto y la cabeza ladeada y, satisfecha, cogió la cabeza con el pico. Despacio, tragando y echando atrás la cabeza, lo fue deglutiendo centímetro a centímetro. Transcurridos un par de minutos sólo le asomaban dos centímetros de cola por la comisura del pico.

Hiawatha no llegó a amansarse nunca y siempre estaba nerviosa, pero se acostumbró a tolerar la presencia de seres humanos a distancia relativamente corta. Luego que se hubo aclimatado yo solía sacarla al porche, donde tenía otras varias aves, y la dejaba pasearse a la sombra de la parra. Aquello era una especie de pabellón de hospital, porque por entonces tenía yo seis gorriones recuperándose de las lesiones sufridas al quedar atrapados en ratoneras puestas por los niños campesinos, cuatro mirlos y un zorzal que se habían enganchado en anzuelos con cebo puestos en los olivares, y media docena de aves surtidas, que iban desde un charrán hasta una urraca, convalecientes de los efectos de perdigonadas. A todo ello se añadían un nido de jilgueros pequeñitos y un verderón ya casi plumado que estaba yo criando. A Hiawatha no parecía molestarle la proximidad de esas otras aves, pero ella vivía su vida, recorriendo lentamente el enlosado de punta a punta, sumida en meditación con los ojos entornados, mostrando la aristocrática altivez de una hermosa reina encarcelada en un castillo. A la vista de una lombriz, rana o saltamontes, su comportamiento, claro está, perdía todo carácter regio.

Había transcurrido más o menos una semana desde el ingreso de Hiawatha en mi clínica aviar cuando una mañana salí a recibir a Spiro. Era como un rito cotidiano: él

soltaba unos sonoros bocinazos cuando llegaba a los terrenos de la finca, que tenía una extensión de unas veinte hectáreas, y yo y los perros bajábamos a la carrera por el olivar para interceptarle en algún punto del trayecto. Con la lengua fuera salía yo de entre los árboles, precedido por los perros ladrando histéricamente, y deteníamos el gran Dodge reluciente con la capota abierta, donde Spiro venía agazapado sobre el volante, con su gorra de visera, ceñudo, renegrido y voluminoso. Yo me subía al estribo, sujetándome bien al parabrisas, y Spiro reemprendía la marcha, mientras los perros, en un éxtasis de fingida ferocidad, trataban de morder los neumáticos de delante. La conversación de cada mañana era también un ritual que no variaba nunca.

—Buenos días, señorito Gerrys —decía Spiro—. ¿Qué tal estás usted?

Una vez establecido que no había yo contraído ninguna enfermedad peligrosa durante la noche, se interesaba por los demás.

—¿Y cómo estás su familias? —preguntaba—. ¿Cómo estás su madres? ¿Y el señorito Larrys? ¿Y el señorito Leslies? ¿Y la señorita Margo?

Cuando acababa yo de tranquilizarle en cuanto al estado de salud de todos nosotros ya habíamos llegado a la villa, en donde él se paseaba de uno a otro miembro de la familia comprobando que mi información era correcta. A mí me aburría bastante aquel interés diario, casi periodístico, que se tomaba Spiro por la salud familiar, como si de la familia real se tratara, pero él seguía erre que erre, como sí durante la noche pudieran haber sido víctimas de algo espantoso. Un día, en un arranque de perversidad, yo respondí a su ansiosa interrogación diciendo que todos estaban muertos; el coche se salió del camino y fue derecho a estrellarse contra una adelfa, derramando sobre Spiro y sobre mí una lluvia de flores rosadas y despidiéndome casi del estribo.

—¡Carambas, señorito Gerrys, no deberías usted decir esas cosas! —tronó, aporreando el volante—. ¡Me espanta oírles decir esas cosas! ¡Me haces sudar! ¡No lo vuelvas a hacer nuncas!

Aquella mañana que digo, luego de quedarse a gusto sobre el estado de salud de cada miembro de la familia, Spiro levantó un cestillo de fresas tapado con una hoja de higuera que llevaba sobre el asiento contiguo.

—Tengas —dijo, mirándome ceñudo—. Es un regalos para usted.

Levanté la hoja. Dentro del cestillo estaban acurrucados dos pájaros pelados y de aspecto repulsivo.

Embelesado, le di las gracias efusivamente, pues eran polluelos de arrendajo, según se apreciaba por los cañones de las alas. Yo nunca había tenido arrendajos, y me puse tan contento con aquellos que los llevé conmigo cuando fui a dar la clase a casa del señor Kralefsky. Eso era lo bueno de tener un preceptor tan loco por los pájaros como yo. Pasamos una emocionante e interesante mañana tratando de enseñarles a abrir la boca y comer solos, cuando debiéramos haber estado grabando

en mi memoria el deslumbrante cortejo de la historia de Inglaterra. Pero aquellos pollos eran singularmente tontos y se negaron a aceptarnos a Kralefsky o a mí como sustituto de su madre.

A la hora de almorzar me los volví a llevar a casa y por la tarde intenté hacerles entrar en razón, pero sin éxito. Únicamente ingerían alimento si yo les abría el pico por la fuerza y con un dedo empujaba la comida hasta el gaznate, procedimiento que repudiaban enérgicamente, y hacían bien. Al cabo, tras haberles hecho deglutir lo necesario para mantenerlos más o menos vivos, los dejé en el porche metidos en su cestillo y fui a buscar a Hiawatha, que había mostrado una marcada preferencia por que se le sirviera la comida en el porche mejor que en la intimidad de mi habitación. La deposité en el enlosado y empecé a dispararle los saltamontes que había cazado para ella. Hiawatha brincó ávidamente, trincó el primero, lo mató y se lo tragó con precipitación casi indecorosa.

Estaba ella allí deglutiendo, con pinta de andana y angular duquesa viuda que en un baile se hubiera tragado un sorbete con copa y todo, cuando los dos bebés de arrendajo asomaron sus cabezas pitañosas por el borde del cestillo y la vieron. Al instante se pusieron a llamarla con gritos sibilantes, abierta la boca y oscilando ambas cabezas de lado a lado como si fueran dos ancianos muy ancianos asomados por encima de una cerca. Hiawatha alzó la cresta y los miró de hito en hito. Yo no esperaba que les hiciera mucho caso, porque siempre hacía oídos sordos a los otros polluelos cuando pedían comida, pero de unos saltitos se plantó más cerca del cesto y contempló a los arrendajos con interés. Yo le tiré un saltamontes, y ella lo cogió, lo mató, y acto seguido, ante mi más absoluto asombro, saltó al cestillo y zampó el insecto en las abiertas fauces de uno de los arrendajos. Ambos bebés silbaron y chillaron y aletearon de contento, y Hiawatha pareció quedarse tan sorprendida como yo de lo que había hecho. Le tiré otro saltamontes, lo mató y alimentó con él al segundo bebé. A partir de entonces di de comer a Hiawatha en mi cuarto, y luego la sacaba periódicamente al porche para que hiciera su papel de madre de los pequeños arrendajos.

Jamás mostró ningún otro sentimiento maternal hacia los polluelos: no recogía, por ejemplo, las capsulillas de excremento de sus traseros cuando los levantaba sobre el borde del nido. Esa tarea de limpieza quedaba para mí. Una vez que había alimentado a los niños y acallado así sus gritos, se despreocupaba por completo de ellos. Yo saqué la conclusión de que debía de haber algo en el timbre de su llamada que despertaba sus instintos maternales, pues, aunque hice pruebas con los otros polluelos que tenía, por más que se desgañitaran la abubilla no les hada ni caso. Poco a poco los pequeños arrendajos se dejaron alimentar por mí, y desde el momento en que dejaron de llamarla cuando la veían Hiawatha no volvió a pensar en ellos. No era sólo que no les prestara atención, era que parecía no reparar siquiera en su existencia.

Cuando se le curó el ala le quité la tablilla, y descubrí que, aunque el hueso se había soldado bien, los músculos estaban debilitados por falta de uso, y Hiawatha tendía a no emplear el ala, caminando siempre en vez de alzar el vuelo. Para obligarla a hacer ejercicio yo la sacaba al olivar y la arrojaba al aire, de modo que tuviera que usar las alas para aterrizar sana y salva. Poco a poco empezó a echar vuelos cortos a medida que las alas se le robustecían, y empezaba yo a pensar en la posibilidad de ponerla en libertad cuando encontró la muerte. Un día la había sacado al porche, y mientras yo daba de comer a mi surtido de polluelos Hiawatha voló, o mejor dicho planeó, hasta el olivar cercano para hacer prácticas de vuelo y comisquear algunas típulas de las que por entonces estaban naciendo a la vida adulta.

Yo, absorto en la tarea de alimentar a los pájaros, no le prestaba mucha atención. De pronto oí gritos de Hiawatha, roncos y desesperados. Salvé de un salto la balaustrada del porche y corrí entre los árboles, pero era demasiado tarde: un gran gato feral, tiñoso y lleno de cicatrices, sostenía en la boca el bulto inerte de la abubilla, y sus grandes ojos verdes me miraban por encima del rosado cuerpo del pájaro.

Di un grito y me abalancé hada él; el gato giró con oleosa fluidez y de un brinco se internó entre los arrayanes, sin soltar el cuerpo de Hiawatha. Yo salí en su persecución, pero en el enmarañado refugio que le ofrecían los arrayanes era imposible seguirle la pista. Furioso y afligido volví al olivar, donde todo lo que quedaba como recuerdo de Hiawatha eran unas plumas rosadas y unas cuantas gotas de sangre desperdigadas como rubíes sobre la hierba. Juré matar a aquel gato si alguna vez lo volvía a encontrar. Al margen de otros motivos, representaba una amenaza para el resto de mi colección de aves.

Pero mi luto por Hiawatha se vio abreviado por la llegada a casa de algo ligeramente más exótico que una abubilla y que daba mucho más quehacer. Larry había anunciado de sopetón que se iba a Atenas invitado por unos amigos, para hacer unos trabajos de investigación. Tras el revuelo de su partida descendió la tranquilidad sobre la villa. Leslie se pasaba la mayor parte del tiempo haciendo el tonto con una escopeta, y Margo, que en aquel momento no estaba inmersa en ningún tempestuoso lance sentimental, se había iniciado en los secretos de la escultura en jabón. Atrincherada en el desván, hacía figuras un tanto torcidas y resbalosas con un jabón amarillo de acre olor, y aparecía a las horas de comer enfundada en una bata de flores y sumida en trance artístico.

Mamá decidió aprovechar aquella calma inopinada para hacer una cosa que tenía pendiente desde hacía tiempo. El año anterior había sido excelente para la fruta, y mi madre se había pasado las horas muertas preparando diversas mermeladas y conservas, algunas según recetas indias procedentes de su abuela y que se remontaban a los inicios del siglo XIX. Todo marchó a pedir de boca, y en la fresca y

espaciosa despensa relumbraban ejércitos de frascos. Pero quiso la desgracia que durante una tormenta de singular violencia que tuvimos en el invierno se abriera una gotera en el techo de la despensa, y una mañana Mamá se encontró con que se habían despegado todas las etiquetas. Ante sí tenía varios cientos de frascos cuyo contenido era difícil de identificar a menos que se abriera el recipiente. Ahora que la familia le dejaba un momento de respiro, resolvió aplicarse a tan necesaria tarea; y, como era cosa de andar probando, yo ofrecí mi colaboración. Entre los dos sacamos unos ciento cincuenta tarros de conservas a la mesa de la cocina, nos armamos de cucharas y etiquetas nuevas y estábamos a punto de dar principio a la gigantesca catadura cuando llegó Spiro.

—Buenas tardes, señora Durrells. Buenas tardes, señorito Gerrys —retumbó, entrando en la cocina con paso y aspecto de moreno dinosaurio—. Traigós un telegramas para usted, señora Durrells.

—¿Un telegrama, Spiro? —trinó Mamá—. ¿De quién será? Esperemos que no sean malas noticias.

—No, no se preocupes, no son malas noticias, señora Durrells —dijo él, dándoselo—. Le pedís al de correos que me lo leyeras. Es del señorito Larrys.

—¡Ay, Dios! —dijo Mamá, temiéndose cualquier cosa.

El telegrama sólo decía lo siguiente: «Olvidé decir Príncipe Jeejeebuoy llega once breve estancia. Atenas maravillosa. Besos. Larry».

—¡Desde luego este Larry es insufrible! —exclamó Mamá iracunda—. ¿Pero cómo se le ocurre invitar a casa a un príncipe? Sabe que no tenemos habitaciones apropiadas para personas de la *realeza*, y ni siquiera va a estar aquí para hacerle los honores. ¿Y qué hago yo con un príncipe?

Apeló a nosotros con mirada extraviada, pero ni Spiro ni yo podíamos darle ningún consejo inteligente. Ni siquiera se podía telegrafiar a Larry y pedirle que volviera, porque, como era en él característico, se había marchado sin dejar las señas de sus amigos.

—El once es mañana, ¿verdad? Vendrá en el barco de Brindisi, supongo. Spiro, ¿podría usted ir a recogerle? ¿Y traer cordero para el almuerzo? Gerry, ve a decirle a Margo que ponga unas flores en el cuarto de los huéspedes y que mire a ver si los perros han dejado alguna pulga, y dile a Leslie que tiene que ir al pueblo y decirle a Spiro el Pelirrojo que necesitamos pescado. La verdad es que esto de Larry no tiene nombre…, me va a oír cuando vuelva. ¡Yo ya no tengo edad para andar agasajando a príncipes!

Trajinaba iracunda y sin objeto por la cocina, dando trastazos a las cacerolas y las sartenes.

—Yo le traeres unas dalias para la mesas. ¿Quieres usted champán? —preguntó Spiro, que evidentemente pensaba que había que tratar al príncipe como estaba

mandado.

—No; sí se cree que le voy a dar champán a una libra la botella, va listo. Que beba *ouzo* y vino como los demás, por muy príncipe que sea —dijo Mamá con firmeza, y luego añadió: Bueno, traiga usted una caja. No tenemos por qué dárselo, y siempre viene bien tenerlo en casa.

—No se preocupes, señora Durrells, yo me encargós de todo —la tranquilizó Spiro—. ¿Quieres usted que traiga otra vez al mayordomo del rey?

El mayordomo del rey era un carcamal de estampa antigua y aristocrática, a quien Spiro sacaba a rastras de su retiro cada vez que dábamos alguna fiesta importante.

—No, no, Spiro, no vamos a complicarnos la vida. Al fin y al cabo, viene sin avisar, así que se tendrá que contentar con lo que encuentre. Que coma lo que le echen y…, y… que apechugue. Y si no le gusta…, pues qué se le va a hacer —dijo Mamá, pelando guisantes con manos temblorosas y echando más al suelo que al escurridor—. Gerry, ve a preguntar a Margo si puede organizar las cortinas nuevas para el comedor. La tela está en mi cuarto. Las viejas no han vuelto a quedar bien desde que Leslie les prendió fuego.

Así que la villa pasó a ser un hervidero de actividad. Se restregó el entarimado del cuarto de huéspedes hasta dejarlo de un pálido color crema, por si acaso los perros hubieran dejado en él alguna pulga: Margo cosió las cortinas nuevas en un tiempo récord y puso floreros por todas partes, y Leslie limpió sus armas de fuego y el bote por si el príncipe quería ir de caza o navegar. Mamá, toda sofocada, galopaba frenética por la cocina haciendo bizcochos, pasteles, empanadillas de manzana y galletas de aperitivo, estofados, empanadas, gelatinas y macedonias. A mí sólo se me ordenó retirar todos los animales del porche y tenerlos bajo control, ir a que me cortaran el pelo y acordarme de ponerme camisa limpia. Al día siguiente, todos vestidos de gala conforme a las instrucciones de Mamá, nos sentamos en el porche y esperamos pacientemente a que Spiro nos trajera al príncipe.

—¿*De dónde* es príncipe? —preguntó Leslie.

—Pues la verdad es que no lo sé —dijo Mamá—. Me figuro que será de uno de esos estados pequeños que tienen los maharajás.

—Es un nombre muy raro ese de Jeejeebuoy —dijo Margo—. ¿Estás segura de que es auténtico?

—Claro que es auténtico, hija —dijo Mamá—. Hay muchos Jeejeebuoy en la India. Es un apellido muy antiguo, como…, hum…, como…

—¿Como Smith? —sugirió Leslie.

—No, no, no es así de vulgar ni mucho menos. No, los Jeejeebuoy tienen mucha historia. Deben de ser muy anteriores a la llegada de mis abuelos a la India.

—Probablemente sus antepasados organizaron el Motín —aventuró Leslie con regodeo—. Tenemos que preguntarle si fue a su abuelo a quien se le ocurrió lo del

Agujero Negro de Calcuta[5].

—¡Ay, sí! —exclamó Margo—. ¿Tú crees? ¿Qué fue eso?

—Leslie, hijo, no deberías decir esas cosas —dijo Mamá—. A pesar de todo, hemos de perdonar y olvidar.

—¿Perdonar y olvidar qué? —preguntó Leslie desconcertado, sin seguir el razonamiento de su madre.

—Todo —repuso ella firmemente, añadiendo, no sin cierta oscuridad—: estoy segura de que obraban de *buena* fe.

Antes de que Leslie pudiera proseguir sus indagaciones, el coche subió rugiendo por la avenida y se detuvo al pie del porche con impresionante chirrido de frenos. En el asiento de atrás, vestido de negro y con un turbante muy bien liado y blanco cual capullo de campanilla de las nieves, venía un indio esbelto y diminuto de enormes ojos brillantes y almendrados que parecían estanques de ágata, orillados de pestañas tupidas como una alfombra. Abrió la portezuela diestramente y saltó del automóvil. La sonrisa con que nos saludó fue como un blanco relámpago en su rostro moreno.

—¡Bueno, bueno, henos aquí por fin! —exclamó muy animado, abriendo sus finas y morenas manos como si fueran alas de mariposa y entrando en el porche con paso de baile—. Usted es la señora Durrell, naturalmente. Toda una gran dama. Y tú eres el cazador de la familia… Leslie. Y Margo, la beldad de la isla, sin duda alguna. Y Gerry el sabio, el naturalista *par excellence*. No saben ustedes cuánto me deleita conocerles a todos.

—Ah…, sí…, eh…, tenemos mucho gusto en conocerle, Alteza —empezó a decir Mamá.

Jeejeebuoy soltó una exclamación y se dio un cachete en la frente.

—¡Peste y condenación, otra vez mi estúpido nombre! Mi querida señora Durrell, ¿cómo me lo podrá usted perdonar? Príncipe es mi nombre de pila. Fue un capricho de mi madre por dar un toque de realeza a nuestra humilde familia, ¿comprende usted? Amor de madre, ¿verdad? El hijo soñado que aspirará a áureas cimas, ¿eh? No, no, pobre mujer, debemos disculparla, ¿verdad? Príncipe Jeejeebuoy, a secas, a sus pies.

—Ah —dijo Mamá, que ya que se había hecho a la idea de habérselas con la realeza se sintió un poco defraudada—. Bueno, ¿y cómo quiere usted que le llamemos?

—Mis amigos, que son innumerables, me llaman Jeejee —dijo con seriedad el recién llegado—. Confío en que ustedes lo hagan también.

Así fue como Jeejee se instaló entre nosotros y durante su breve estancia armó mayor alboroto y se hizo querer más que ningún otro de cuantos invitados habíamos tenido. Con aquel inglés pedante, aquel porte serio y distinguido, se tomaba tan hondo y genuino interés por todo y por todos que resultaba irresistible. Para

Lugaretzia tuvo diversos tarros de sustancias pegajosas y malolientes con que ungir sus numerosos dolores y achaques imaginarios; con Leslie mantenía graves y pormenorizados debates sobre el estado de la caza en el mundo, y le daba descripciones gráficas y probablemente mendaces de cacerías de tigres y jabalíes en las que había participado. A Margo le procuró varios largos de tela con los que le hizo saris y le enseñó cómo había que ponérselos; a Spiro le tenía embobado con sus historias de las riquezas y misterios del Oriente, de elefantes alhajados que combatían entre sí y maharajás que valían su peso en piedras preciosas. Manejaba muy bien el lápiz, y además de manifestar un interés profundo y sincero por todos mis animales me conquistó totalmente haciendo delicados dibujitos de los mismos para que yo los pegara en mi diario de historia natural, un documento que a mis ojos era bastante más importante que la Magna Carta, el Libro de Kells y la Biblia de Gutenberg juntos, y que como tal fue tratado por nuestro perspicaz huésped. Pero fue Mamá quien más que nadie se rindió al hechizo de Jeejee, porque no sólo tenía una reserva inagotable de deliciosas recetas que ella iba anotando y un caudal de historias de fantasmas y folklore, sino que además su visita dio ocasión a mí madre de hablar interminablemente sobre la India, el país donde había nacido y se había criado y que para ella era su verdadera patria.

Por las noches teníamos prolongadas charlas después de cenar, en torno a la larga y desvencijada mesa del comedor. En los ángulos de la habitación los haces de lamparillas de aceite derramaban círculos de luz del color amarillo de las prímulas, y las oleadas de mariposillas nocturnas flotaban a su alrededor como copos de nieve; los perros, tumbados a la puerta —ahora que su número se elevaba a cuatro no se les permitía entrar nunca en el comedor—, comentaban nuestra morosidad con suspiros y bostezos, pero nadie les hacía caso. Afuera la suave noche cobraba vida con el sonoro clamor de los grillos y el croar de las ranitas de San Antón. A la luz de las lámparas los ojos de Jeejee parecían más grandes y más negros, como de búho, cargados de un extraño fuego líquido.

—Por supuesto que en su época todo era muy distinto, señora Durrell. No estaba permitido mezclarse. No, no, segregación estricta, ¿no era así? Pero ahora se ha mejorado. Primero metieron el codo los maharajás, y ahora incluso a algunos de los indios más humildes se nos permite mezclarnos y acceder de esa manera a las ventajas de la civilización —decía Jeejee una noche.

—En mis tiempos eran los euroasiáticos los que estaban peor vistos —dijo Mamá —. Mi abuela ni siquiera nos dejaba jugar con ellos. Pero nosotros jugábamos, claro está.

—Los niños son singularmente insensibles a los imperativos de la conducta civilizada —dijo Jeejee sonriente—. Aun así hubo ciertas dificultades en un primer momento, ya sabe usted. Pero tampoco Roma se hizo en un día. ¿Sabe usted lo de

aquel *babu*[6] de mi ciudad que fue invitado a un baile? —No, ¿qué pasó?

—Pues que el *babu* vio que cuando los caballeros acababan de bailar con las damas las acompañaban a su asiento y les daban aire con el abanico. Así que después de bailar un animado vals con una dama europea de cierta alcurnia, la condujo sana y salva a su asiento, tomó su abanico y le dijo: «Señora, ¿me permite que le haga vientos en la cara?».

—Parece el tipo de cosa que diría Spiro —dijo Leslie.

—Recuerdo una vez —dijo Mamá, lanzándose con gusto a la reminiscencia— cuando mi marido estaba de ingeniero jefe en Rourki. Hubo un ciclón espantoso. Larry tenía entonces unos meses. Vivíamos en una casa larga y baja, y me acuerdo de que corríamos de una habitación a otra intentando sujetar las puertas frente a la embestida del huracán, y según corríamos de una habitación a la siguiente, literalmente se nos iba hundiendo la casa a nuestras espaldas. Al fin acabamos en el *office*. Pero cuando nos repararon la casa el *babu* contratista mandó una factura que decía: «Por reparar la parte posterior del ingeniero jefe».

—La India debía ser fascinante por entonces —dijo Jeejee—. Porque, a diferencia de la mayoría de los europeos, ustedes eran parte del país.

—Ya lo creo; hasta mi abuela había nacido allí —dijo Mamá—. Cuando para casi todos decir «nuestro país» era decir Inglaterra, para *nosotros* era decir la India.

—Usted habrá viajado mucho —dijo Jeejee con envidia—. Me sospecho que conoce usted mi país mejor que yo.

—Pues prácticamente de punta a punta —dijo Mamá—. Siendo mi marido ingeniero de obras públicas, lógicamente teníamos que viajar. Yo solía acompañarle siempre. Si tenía que hacer un puente o una vía de ferrocarril en mitad de la jungla, me iba con él y acampábamos donde fuera.

—Debía ser muy divertido —dijo Leslie con entusiasmo—: una vida primitiva bajo la lona.

—Sí que lo era. A mí me encantaba la vida sencilla del campamento. Recuerdo que iban por delante los elefantes con los *marquees*[7], las alfombras y los muebles, y luego la servidumbre en carretas de bueyes con la ropa de casa y la plata…

—¿A eso lo llamas tú acampar? —la interrumpió Leslie incrédulo—. ¿Con *marquees*?

—Sólo teníamos tres —se defendió Mamá—. Una alcoba, el comedor y un saloncito. Y además venían ya con moqueta.

—Pues yo a eso no lo llamaría acampar —dijo Leslie.

—Yo sí. Era en mitad de la jungla —dijo Mamá—. Oíamos a los tigres y los criados vivían aterrorizados. Una vez mataron a una cobra debajo de la mesa del comedor.

—Y eso que Gerry no había nacido todavía —observó Margo.

—Debería usted escribir sus memorias, señora Durrell —dijo Jeejee muy serio.

—¡No, por Dios! Si yo no sé escribir —rió Mamá—. No sabría ni ponerles título.

—¿Qué tal estaría «Sólo catorce elefantes»? —sugirió Leslie.

—O «Por la selva en moqueta» —propuso Jeejee.

—Lo malo de los jóvenes es que nunca se toman nada en serio —dijo Mamá severamente.

—Yo sí —dijo Margo—. *A mí* me parece que Mamá tenía mucho valor para acampar con sólo tres *marquees* y cobras y todas esas cosas.

—¡Acampar! —relinchó Leslie sarcásticamente.

—Pues *era* acampar, hijo mío. Recuerdo que una vez se extravió uno de los elefantes y estuvimos tres días sin sábanas limpias. Tu padre lo llevó muy a mal.

—Nunca se me había ocurrido que una cosa del tamaño de un elefante se pudiera extraviar —dijo Jeejee sorprendido.

—Ya lo creo —dijo Leslie—, es muy fácil no saber dónde ha puesto uno los elefantes.

—Pues a *ustedes* no les habría hecho ninguna gracia verse sin sábanas limpias —dijo Mamá con dignidad.

—Desde luego —terció Margo—, y si a ellos no les gusta oír cosas sobre la India antigua, a mí sí.

—¡Pero si yo lo encuentro sumamente instructivo! —protestó Jeejee.

—Siempre te estás metiendo con Mamá —dijo Margo—. No veo razón para que te sientas tan superior sólo porque tu padre inventara el Agujero Negro o como se llamara.

Dice mucho en favor de Jeejee que de la risa que le dio casi se cayera debajo de la mesa, y su hilaridad hizo que todos los perros se pusieran a ladrar vociferantemente.

Pero probablemente lo que hacía más entrañable a Jeejee era el entusiasmo desmedido con que se aplicaba a lo que en ese momento le llamara la atención, aunque su incompetencia en ese terreno estuviera demostrada sin sombra de duda. Cuando Larry le conoció había decidido ser uno de los más grandes poetas de la India, y con la ayuda de un compatriota que sabía un poco de inglés («era mi cajista», explicaba) fundó una revista titulada *Poetry for the People*, o *Potry for the Peeple*, o *Potery for the Peopeople*, según que Jeejee supervisara o no la labor del cajista[8]. La revistilla se publicaba una vez al mes, con colaboraciones de todos los conocidos de Jeejee, y en ella se leían algunas cosas curiosas, según tuvimos ocasión de descubrir, porque el equipaje de Jeejee estaba lleno de ejemplares emborronados que él ofrecía a todo el que mostrara algún interés.

Hojeando aquellos números encontramos cosas tan interesantes como «*The Potry of Stiffen Splendour - a creetical evaluation*». Al parecer el cajista de Jeejee era partidario de escribir las palabras como sonaban, o mejor dicho como le sonaban a él

en ese momento. Así, un largo y encomiástico artículo del propio Jeejee era *«Tees Ellyot, Pot Supreme*»; la novedosa ortografía del impresor, unida a las erratas que es natural encontrar en trabajos de esa índole, hacía de su lectura una ocupación placentera, aunque desconcertante. *«Whye Notte a Black Pot Lorat*?», por ejemplo, planteaba un interrogante poco menos que sin respuesta, evidentemente escrito en inglés de la época de Chaucer, en tanto que el artículo titulado *«Roy Cambill, Ball Fighter and Pot*» le hacía a uno preguntarse a dónde iría a parar la poesía. Pero Jeejee no se dejaba amilanar por las dificultades, ni siquiera porque su impresor no pronunciara la hache aspirada y por lo tanto no la empleara nunca. Su empeño más reciente era fundar una segunda revista (impresa en la misma imprenta artesanal por el mismo cajista temerario) dedicada a su recién ideado estudio de lo que él denominaba «Faqyo» y que en el primer número de *Faqyo para todos* aparecía descrito como «una amalgama del Oriente misterioso, que reúne lo mejor del yoga y del faquirismo, dando detalles y mostrando el método a seguir».

A Mamá le intrigó mucho el Faqyo hasta que Jeejee empezó a practicarlo. Ataviado con un taparrabos y cubierto de cenizas, se pasaba horas y horas meditando en el porche o deambulaba por la casa en trance bien simulado, dejando tras de sí una estela cenicienta. Ayunó religiosamente por espacio de cuatro días, y al quinto le dio a Mamá un susto mortal porque sufrió un desvanecimiento y se cayó por las escaleras.

—Oiga, Jeejee, esto no puede seguir así —le dijo Mamá enfadada—. No tiene usted *sustancia* para dedicarse a ayunar.

Y una vez que le tuvo metido en cama se puso a elaborar inmensos curries reconstituyentes, sin otro resultado que el de que Jeejee protestara de la falta de «pato de Bombay», aquel pescado seco que daba mayor animación y atractivo a cualquier curry.

—Pero es que aquí no se encuentra, Jeejee; ya lo he intentado —protestó Mamá.

Jeejee agitó las manos, que sobre el blanco de la sábana parecían pálidas polillas broncíneas, y afirmó tajante:

—El faqyo enseña que en la vida hay sustituto para todo.

Cuando se hubo repuesto hizo una visita al mercado de sardinas frescas. Cuando los demás volvimos de una agradable sesión matinal de compras, encontramos inhabitables la cocina y sus alrededores. Jeejee, blandiendo el cuchillo con que destripaba los peces antes de extenderlos en la parte de atrás para que se secaran al sol, batallaba con lo que parecía ser la población entera de moscas, moscones y avispas de las Islas Jónicas. Llevaba ya unas cinco picaduras, y lucía un ojo hinchado y semi-cerrado. El olor a sardinas en rápido proceso de descomposición era sofocante, y toda la mesa y suelo de la cocina aparecían cubiertos de un manto de plateada piel de sardina y pedacitos de entresijo. Hasta que Mamá le enseñó el

artículo de la *Enciclopedia Británica* que hablaba del «pato de Bombay» no renunció él de mala gana a la idea de la sardina como sucedáneo. Dos días le costó a mi madre quitar el olor de la cocina a fuerza de cubos de agua caliente y desinfectante, y aun después seguimos recibiendo la visita esporádica de alguna avispa esperanzada que entraba dando tumbos por la ventana.

—A lo mejor le encuentro a usted un sustitutivo en Atenas o en Estambul —dijo Jeejee con ilusión—. Estaba pensando si la langosta cocida y reducida a polvo…

—Yo no le daría más vueltas, Jeejee —se apresuró a decir Mamá—. Ya hace bastante tiempo que hacemos el curry sin él y nunca nos ha hecho daño.

Jeejee se dirigía a Persia pasando por Turquía para visitar a un faquir indio que practicaba allí.

—De él aprenderé muchas cosas que añadir al faqyo —nos dijo—. Es un gran hombre. Sobre todo es un gran experto en contener la respiración y ponerse en trance. Una vez estuvo ciento veinte días enterrado.

—¡Qué extraordinario! —dijo Mamá, muy interesada.

—¿Enterrado vivo? —preguntó Margo—. ¿Ciento veinte días enterrado vivo? ¡Qué horrible! Parece una cosa antinatural.

—Pero es que está en trance, querida Margo: no siente nada —explicó Jeejee.

—Yo no estaría tan segura —dijo Mamá pensativa—. Por eso es por lo que yo quiero que me incineren, sabe usted; por si acaso caigo en trance y nadie se da cuenta.

—No seas ridícula, Mamá —dijo Leslie.

—No es ninguna ridiculez —replicó ella con firmeza—. Hoy en día la gente es muy descuidada.

—¿Y qué más hacen los faquires? —preguntó Margo—. ¿Ese faquir sabe hacer que crezca un mango de la semilla, así de repente? Yo lo vi hacer en Simla una vez.

—Eso es mera prestidigitación —dijo Jeejee—. Lo que hace Andrawathi es mucho más complejo. Por ejemplo, es una autoridad en levitación, y esa es una de las cosas que le quiero consultar.

—Pues yo creía que levitación era hacer juegos de manos con cartas —dijo Margo.

—No —dijo Leslie—, es como flotar, algo parecido a volar, ¿no, Jeejee?

—Sí. Es una facultad prodigiosa —asintió Jeejee—. Muchos santos de los primeros tiempos del cristianismo levitaban. Yo no he llegado a ese grado de pericia, y por eso quiero estudiar con Andrawathi.

—¡Qué bonito eso de poder flotar como un pájaro! —dijo Margo extasiada—. Sería muy divertido.

—Yo tengo entendido que es una experiencia verdaderamente tremenda —dijo Jeejee, brillantes los ojos—. Se siente como si se elevara uno hacia el cielo.

Al día siguiente, cuando ya era hora de almorzar, Margo irrumpió en el salón despavorida.

—¡Venid! ¡Venid! ¡Que Jeejee se quiere suicidar! —chilló.

Corrimos afuera, y allí, subido al alféizar de la ventana de su cuarto, encontramos a Jeejee, con un taparrabos por toda vestimenta.

—Ya le ha dado otra vez el trance —dijo Margo, como si se tratara de una enfermedad infecciosa.

Mamá se enderezó las gafas y miró a lo alto. Jeejee empezó a balancearse levemente.

—Sube y sujétale, Les. Date prisa. Yo le entretendré hablando —dijo Mamá, sin darse cuenta de que Jeejee estaba sumido en extático silencio.

Leslie salió corriendo y Mamá se aclaró la voz.

—Jeejee, querido —trinó—, no me parece muy *acertado* que esté usted ahí subido. ¿Por qué no baja y nos acompaña a almorzar?

Jeejee bajó, en efecto, pero no exactamente como pretendía Mamá. Con toda tranquilidad dio un paso adelante en el vacío, y, acompañado por los gritos de horror de Mamá y Margo, fue a estrellarse contra la parra que había a unos tres metros por debajo de la ventana, derramando un diluvio de uvas sobre el enlosado. Afortunadamente la parra era vieja y sarmentosa y aguantó el leve peso de Jeejee.

—¡Dios santo! ¿Dónde estoy? —gritó él.

—¡En la parra! —chilló Margo muy nerviosa—. Estabas levitando y te has caído.

—No se mueva hasta que traigamos la escalera —dijo Mamá con un hilo de voz.

Llevamos la escalera v desenzarzamos al maltrecho Jeejee de las profundidades de la parra: tenía diversas contusiones y arañazos, pero por lo demás estaba ileso. A base de coñac se serenaron los ánimos de todos, y al fin, aunque con mucho retraso, nos sentamos a comer. A media tarde Jeejee estaba ya convencido de haber conseguido levitar.

—Si no se me hubieran enganchado los pies en esa perniciosa parra, habría dado toda la vuelta a la casa —dijo, tendido en el sofá, envuelto en vendas pero contento —. ¡Qué triunfo!

—Sí, pero yo le agradecería que no lo practique mientras esté en mi casa —dijo Mamá—. Mis nervios no lo resistirían.

—Volveré de Persia para pasar mi cumpleaños con usted, mi querida señora Durrell —dijo Jeejee—, y entonces le daré cuenta de mis progresos.

—Está bien, pero que no sea una segunda parte de lo de hoy —dijo Mamá con severidad—. Podía haberse matado.

Dos días más tarde, aún recubierto de esparadrapos pero impávido. Jeejeebuoy partió camino de Persia.

—A ver si es verdad que vuelve para su cumpleaños —dijo Margo—. Si vuelve

para entonces deberíamos dar una fiesta en su honor.

—Sí, estaría bien —dijo Mamá—. Es un chico encantador, aunque tan… imprevisible, tan… ¡*temerario*!

—Bueno, pues es el único invitado de todos los que hemos tenido de quien verdaderamente se podría decir que se quiso ir volando —dijo Leslie.

Capítulo 6

La regia ocasión

Reyes y osos desazonan a sus guardianes
REFRÁN ESCOCÉS

De aquellos tiempos felices que pasamos en Corfú podría decirse que cada uno de sus días era especial, con un especial color y una especial composición que lo diferenciaban totalmente de los otros trescientos sesenta y cuatro del año, y por eso mismo lo hacían memorable. Pero hay un día en particular que se destaca sobre los demás en mi recuerdo, porque lo protagonizó no sólo la familia y su círculo de allegados, sino la población entera de Corfú.

Fue el día en que volvió a Grecia el rey Jorge, y en toda su historia la isla no había conocido nada semejante en cuanto a animación, emoción e intriga. Hasta las dificultades de organizar la procesión de San Spiridion se quedaron en nada al lado de aquel acontecimiento.

El primero en informarse del honor que le iba a corresponder a Corfú fue mi preceptor el señor Kralefsky, a quien encontré en tal estado de excitación que apenas mostró interés por un pardillo macho que le había yo procurado con sumo trabajo.

—¡Grandes noticias, hijito, grandes noticias! Buenos días, buenos días —me recibió, anegados en lágrimas de emoción sus grandes y tristes ojos, revoloteando sus finas manos y la cabeza oscilando más abajo de la joroba—. ¡Un día de orgullo para esta isla, qué caramba, sí señor! Y un día de orgullo para Grecia, pero sobre todo para esta isla nuestra. ¿Qué? ¿Cómo dices? Ah, sí, el pardillo… Hola, pajarito… pií, pií. Pues como te estaba diciendo, ¡qué gran honor para nosotros los moradores de este pequeño reino posado en un mar azul, como dice Shakespeare, recibir la visita del rey!

Eso ya estaba mejor, pensé. Podía sentir un modesto entusiasmo por un rey de verdad, aunque sólo fuera por los beneficios que de rechazo pudieran derivarse para mi persona. Pregunté de qué rey se trataba y si se me daría vacación el día de su llegada.

—¡Quién va a ser, el rey de Grecia, el rey Jorge! —dijo el señor Kralefsky, escandalizado por mi ignorancia—. ¿No lo sabías?

Señalé que en casa no gozábamos del dudoso adelanto de poseer aparato de radio, por lo que vivíamos en un estado de dichosa ignorancia a casi todos los efectos.

—Bueno —dijo el señor Kralefsky mirándome con cierta preocupación, como si se culpara a sí mismo de mí falta de conocimiento—, bueno, pues ya sabes que hemos tenido a Metaxas, que era un dictador. Gracias a Dios ya nos hemos librado de

ese hombre aborrecible, y por ello Su Majestad puede volver al país.

—¿Cuándo nos habíamos librado de Metaxas?, pregunté. Nadie me había dicho nada.

—¡Pero hombre, no me digas que no te acuerdas! —exclamó Kralefsky—. *Tienes que acordarte*: cuando hubo la revolución, que aquella pastelería quedó tan dañada por el fuego de ametralladora. Son muy peligrosas las ametralladoras, yo siempre lo he dicho.

De la revolución sí me acordaba, porque me había deparado tres venturosos días sin clase y la pastelería era uno de mis comercios predilectos. Pero no lo había relacionado con Metaxas. Y cuando viniera el rey, inquirí esperanzado, ¿destriparían otra tienda con ametralladoras?

—¡No, no! —dijo Kralefsky horrorizado—. No, será una ocasión de gran alegría. Todos estaremos *en fête*, como se suele decir. En fin, es una noticia tan jubilosa que yo creo que nos es lícito tomarnos la mañana libre para celebrarlo. Vamos arriba y me ayudas a dar de comer a los pájaros.

Conque subimos al inmenso ático donde tenía Kralefsky su colección de pájaros silvestres y canarios, y pasamos una mañana muy agradable poniéndoles la comida. Kralefsky bailoteaba por la estancia regadera en mano, pisando la simiente caída con el mismo crujido que si paseara por una playa de guijarros, y cantaba fragmentos de la *Marsellesa* en voz baja.

A la hora de comer di la noticia de la visita del rey a la familia cada uno de cuyos miembros la acogió a su manera característica.

—Será agradable —dijo Mamá—. Tendré que empezar a pensar menús.

—No viene a alojarse *aquí*, gracias a Dios —señaló Larry.

—Ya le sé, hijo, pero…, eh…, habrá toda clase de fiestas y cosas así, me figuro.

—No sé por qué.

—Porque es la costumbre. Cuando vivíamos en la India siempre se daban fiestas durante el *durbar*[9].

—Pero aquí no estamos en la India, así que yo no pienso malgastar mi tiempo planificando la estabulación de elefantes. Ya bastante perturbador será todo el asunto para el apacible curso de nuestras vidas, acuérdate de lo que te digo.

—Si vamos a dar fiestas, ¿podré hacerme algo nuevo, Mamá? —preguntó Margo muy ilusionada—. De verdad que no tengo nada que ponerme.

—Habrá que ver si saludan con salvas —dijo Leslie pensativo—. No hay más que esos viejos cañones veneciano, pero seguro que son peligrosísimos. No sé si acercarme a hablar con el comandante del fortín.

—Tú no te metas —le aconsejó Larry—. Se tratará de darle la bienvenida, no de asesinarle.

—El otro día he visto una seda roja preciosa —dijo Margo—, en esa tiendecita…,

¿sabes cuál te digo, la que hay torciendo a la derecha donde el laboratorio de Teodoro?

—Sí, hija, muy bien —dijo Mamá sin escuchar—. No sé si Spiro me podrá conseguir unos pavos.

Pero el efecto de la visita real sobre la familia fue insignificante en comparación con su efecto traumático sobre Corfú en general. Alguien, que mejor habría estado callado, señaló que no sólo iba a verse honrada la isla con la visita del monarca, sino que el suceso tendría un especial valor simbólico, pues sería en Corfú donde por primera vez pisara el rey suelo griego después de su exilio. Poseídos de esa idea, los corfiotas se entregaron a una febril actividad, y en poco tiempo los preparativos alcanzaron un grado tal de complejidad y acritud que todos los días teníamos que ir a la ciudad y sentarnos en la Platia con el resto de Corfú para recoger las noticias del último escándalo.

La Platia, trazada en los primeros tiempos de la ocupación francesa de Corfú por unos arquitectos galos que le dieron unos grandes arcos para asemejarla a la rué de Rivoli, era el centro vital de la isla. Allí se instalaba uno en las mesitas bajo los arcos o a la sombra de los árboles bañados de sol, y antes o después veía pasar a cada uno de los isleños y era informado de cada escándalo desde todos sus ángulos.

Te sentabas a tomar algo tranquilamente, y hasta tu mesa iban llegando todos los protagonistas de la comedia.

—Yo *soy* Corfú —dijo un día la condesa Malinopoulos—. En consecuencia, es a mí a quien corresponde designar el comité que determine cómo hemos de recibir a Su Graciosa Majestad.

—Así es. Tiene usted toda la razón —asintió Mamá un poco nerviosa.

La condesa, que parecía un cuervo pintarrajeado con una peluca de color naranja, era un elemento de cuidado, sobre eso no cabía la menor duda; pero aquel asunto era demasiado importante como para permitir que arrollara al resto de la población. En brevísimo tiempo hubo nada menos que seis comités de bienvenida, empeñado cada uno de ellos en convencer al nomarca[10] de que sus planes debían tener prioridad sobre todos los demás. Se rumoreaba que el nomarca se había puesto una escolta armada y dormía con el cerrojo echado desde que un miembro del sexo femenino de uno de los comités pretendiera sacrificar su virginidad en aras de la aprobación de los proyectos de su grupo.

—¡Qué vergüenza! —tronó Lena Mavrokondas, poniendo en blanco sus negros ojos y humedeciendo sus rojos labios como si lamentara que la idea no se le hubiera ocurrido a ella—. ¡Imagínense ustedes, una mujer de su edad intentando meterse en la habitación del nomarca, desnuda!

—Desde luego parece una manera curiosa de reclamar su atención —convino Larry con aire inocente.

—Quite, quite, es el colmo del absurdo —prosiguió Lena, lanzándose diestramente aceitunas a la boca como quien carga un cañón—. Yo he hablado con el nomarca y estoy segura de que accederá a que el comité oficial sea el nuestro. Es una verdadera lástima que no esté en puerto la flota inglesa, porque así se podría formar una guardia de honor. ¡Tan gallardos como están los marinos de uniforme, tan limpios, tan sanos!

—La incidencia de enfermedades infecciosas en la marina real… —empezó Larry, pero Mamá le atajó en seguida.

—Cuéntenos sus proyectos, Lena —dijo atravesando con la mirada a Larry, que iba por el octavo *ouzo* y empezaba a mostrar un comportamiento poco de fiar.

—¡Espléndidos, queridos míos, espléndidos! Toda la Platia la vamos a engalanar en azul y blanco, pero el tonto de Marko Paniotissa nos trae en jaque continuamente —y Lena puso cara de desesperación.

Sabíamos que Marko era una especie de loco inspirado, y nos extrañó que hubiera conseguido meterse en el comité.

—¿Qué propone Marko? —preguntó Larry.

—¡Burros! —silbó Lena, como si fuera una palabra obscena.

—¿Burros? —repitió Larry—. ¿Quiere poner burros? ¿Qué se imagina que va a ser esto, un certamen agropecuario?

—Eso le digo yo —dijo Lena—, pero se le ha metido entre ceja y ceja que tiene que haber burros. Dice que es simbólico, como en la entrada de Cristo en Jerusalén, así que quiere que haya burros azules y blancos.

—¿Azules y blancos? ¿Pero es que los piensa teñir? —preguntó Mamá—. ¿Para qué?

—Para que hagan juego con la bandera griega —dijo Lena, poniéndose en pie y mirándonos con severo semblante, echados hacia atrás los hombros y cerrados los puños—. Pero yo ya le he dicho: «Marko», le he dicho, «si quieres burros tendrás que pasar por encima de mi cadáver».

Y Lena se alejó por la Platia, digna hija de Grecia de pies a cabeza.

El siguiente que hizo escala en nuestra mesa fue el coronel Velvit, un viejo alto y bastante hermoso de perfil a lo Byron y cuerpo anguloso que se crispaba y bamboleaba cual marioneta agitada por el viento.

Su rizado cabello blanco y sus fogosos ojos oscuros parecían avenirse mal con el uniforme de *scout*, pero él lo llevaba con prestancia. Desde que se retiró, su única ilusión en la vida era la tropa local de *scouts*; y, aunque no faltaban malas lenguas que afirmaran que su interés por los *scouts* no era puramente altruista, la verdad es que trabajaba mucho y hasta el momento no le habían pillado ni una sola vez.

Nos aceptó un *ouzo* y tomó asiento, enjugándose la cara con un pañuelo que olía a lavanda.

—Estos chicos —dijo quejoso—, estos chicos míos van a acabar conmigo. ¡Tienen tanta vitalidad!

—Será que les hace falta un puñado de *girl scouts* en edad de merecer —dijo Larry—. ¿No ha pensado usted en esa posibilidad?

—No es broma, hijo mío —dijo el coronel, mirándole taciturno—. Tienen una vitalidad tan desbordante que me temo que se les ocurra alguna barrabasada. Lo de hoy me ha dejado sencillamente horrorizado, y el nomarca se ha molestado muchísimo.

—El pobre nomarca parece ser el que se lleva todas las tortas —dijo Leslie.

—¿Pues qué han hecho los *scouts*? —preguntó Mamá.

—Como usted sabe, mi querida señora Durrell, les estoy entrenando para que hagan una demostración ante Su Majestad el día de su llegada —el coronel sorbía su bebida con delicadeza gatuna—. Primero desfilan, unos vestidos de azul y otros de blanco, por delante de la… ¿cómo se dice?… ¡de la tribuna! Exactamente, de la tribuna. Forman un cuadrado y saludan al rey. Después, a una voz de mando, cambian de posiciones y forman la bandera griega. Es un efecto muy espectacular, aunque me esté mal decirlo.

Hizo una pausa, vació el vaso y se arrellanó.

—Pues bien, el nomarca quería conocer nuestros progresos, así que vino y se situó en la tribuna, haciendo las veces del rey, como si dijéramos. Yo di la orden y la tropa desfiló.

Cerró los ojos, y un ligero estremecimiento recorrió su persona.

—¿Saben ustedes lo que hicieron? —preguntó con un hilo de voz—. Jamás en la vida he pasado mayor vergüenza. Desfilan, se paran delante del nomarca y hacen el saludo fascista. ¡Unos *boy scouts*! ¡El saludo fascista!

—¿Y gritaron «Heil nomarca»? —preguntó Larry.

—Gracias a Dios, no —dijo el coronel Velvit—. Yo de la impresión me quedé paralizado por un instante, y en seguida, con la esperanza de que el nomarca no se hubiera dado cuenta, di la orden de formar la bandera. Cambian de sitio, y cuál no sería mi espanto cuando veo que el nomarca tenía delante una esvástica azul y blanca. Se ha puesto furioso. Ha estado a punto de cancelar nuestra participación en los actos. ¡Qué golpe habría sido eso para el movimiento *scout*!

—Desde luego; pero tenga usted en cuenta que son niños —dijo Mamá.

—Eso es verdad, mi querida señora Durrell, pero yo no puedo permitir que se diga que estoy entrenando a una banda de fascistas —dijo el coronel Velvit con suma seriedad—. Lo siguiente sería decir que estoy planeando la toma del poder en Corfú.

Durante los días sucesivos, a medida que se acercaba la fecha del gran acontecimiento, los isleños se fueron poniendo cada vez más frenéticos, y sus ánimos cada vez más exaltados. La condesa Malinopoulos ya no se hablaba con Lena

Mavrokondas, y ésta a su vez no dirigía la palabra al coronel Velvit porque sus *boy scouts* le habían dirigido un gesto de carácter inequívocamente biológico al pasar por delante de su casa. Todos los jefes de las bandas locales, que siempre tomaban parte en la procesión de San Spiridion, se habían peleado violentamente por cuestiones de procedimiento en el desfile, y una tarde tuvimos el gusto de ver en la Platia a tres sulfurados bombardones persiguiendo a un bombo, todos ellos de uniforme completo y portando sus instrumentos. Los bombardones, que a todas luces habían llegado al límite de la paciencia, acorralaron al bombo, le arrancaron el instrumento y saltaron sobre éste.

Al instante la Platia fue una masa hirviente de músicos enfurecidos trabados en combate. El señor Kralefsky, espectador inocente, recibió un horrible tajo en la nuca de un platillo que salió volando por los aires, y la anciana señora Kukudopoulos, que estaba paseando a sus dos spaniels entre los árboles, tuvo que arremangarse las faldas y poner pies en polvorosa. Cuando el año siguiente murió la señora Kukudopoulos todo el mundo dijo que aquel incidente le había restado varios años de vida; pero, teniendo en cuenta que al morir contaba noventa y cinco, tal afirmación parece escasamente digna de crédito.

Pronto llegó un momento en el que ya nadie se hablaba con nadie, aunque todos nos hablaban a nosotros, porque mantuvimos una escrupulosa neutralidad. El capitán Creech, de quien nadie sospechaba que abrigara sentimientos patrióticos de ninguna clase, estaba excitadísimo por el asunto, y para mortificación de unos y otros iba de comité en comité difundiendo habladurías, cantando canciones procaces, pellizcando espeteras y traseros confiados y desprotegidos y dando la lata en general.

—¡Viejo asqueroso! —dijo Mamá echando chispas—. Ya se podía comportar como una persona. Al fin y al cabo, pasa por ser inglés.

—Está trayendo a los comités de cabeza, si se me permite la expresión —dijo Larry—. Lena me dice que en la última reunión a la que asistió le dejó moradas las posaderas.

—¡Sucio animal! —dijo Mamá.

—No seas tan severa, Mamá —dijo Larry—. Reconoce que todo eso son celos.

—¡Celos! —chirrió Mamá, erizándose como un terrier diminuto—. ¡Celos yo por ese…, por ese…, por ese viejo *libertino*! No me seas repugnante. No te permito que digas esas cosas, Larry, ni en broma siquiera.

—Pues es el amor no correspondido que siente por ti lo que le lleva a ahogar sus penas en vino y mujeres —señaló Larry—. Si tú quisieras hacer de él un hombre honrado, se reformaría.

—Ya ahogaba sus penas en vino y mujeres antes de conocerme —dijo Mamá—, y por mí puede seguir haciendo lo que se le antoje. Es una de las personas que no tengo el menor interés en reformar.

Pero en el capitán no hacían mella las críticas.

—¡Niña querida! —le dijo a Mamá en la siguiente ocasión en que la vio—, ¿no tendrá usted por casualidad una bandera inglesa en el cajón del ajuar?[11]

—No, capitán, lo siento mucho —dijo Mamá con dignidad—. No tengo ni bandera inglesa ni cajón del ajuar.

—¿Qué me dice? ¿Una chavala fina como es usted, y no tiene cajón del ajuar? ¿No tiene una bonita colección de braguitas negras de volantes para volver loco a su próximo marido? —preguntó el capitán Creech, mirándola con ojos lúbricos y pitañosos.

Mamá se sonrojó y se puso tiesa.

—¡No tengo la menor intención de volver loco *a nadie*, ni con bragas ni sin ellas! —dijo sumamente digna.

—¡Así es mi niña! —dijo el capitán—. Echada para adelante, eso es lo que es usted, echada para adelante. A mí también me gusta un poco de desnudez, si hemos de ser sinceros.

—¿Para qué quiere usted una bandera inglesa? —preguntó mi madre gélidamente, por cambiar de tema.

—Para agitarla, para qué va a ser —dijo el capitán—. Todos estos, infieles van a estar agitando sus banderas, y nosotros deberíamos recordarles que también el viejo Imperio cuenta para algo.

—¿Se ha dirigido usted al cónsul? —dijo Mamá.

—¿A ese tipo? —replicó el capitán con desprecio—. Ese ha dicho que no hay más que una en toda la isla y que hay que reservarla para las grandes ocasiones. ¡Pelos de puta! Si esto no es una gran ocasión, que me diga por los cojones de San Vito qué entiende él por tal. Así que yo le he dicho que por mí se la puede meter donde le quepa.

—Larry, no deberías animar a ese viejo verde a que se siente con nosotros —dijo Mamá quejosa, una vez que el capitán se hubo marchado con paso vacilante en busca de la bandera inglesa—. Su conversación es obscena, y no me hace gracia que diga esas cosas delante de Gerry.

—La culpa es tuya, tú eres quien le anima —dijo Larry—, con todo eso de quitarte las bragas.

—¡Larry! Sabes perfectamente lo que quería decir. Ha sido un lapsus.

—Pero ha servido para darle esperanzas —prosiguió Larry—. Ya puedes andarte con cuidado si no quieres encontrarle revolviendo en tu cómoda como un perro de trufas, escogiendo camisones para la noche de bodas.

—¡Haz el favor de callarte! —dijo Mamá enfadada—. De veras, Larry, a veces me pones de mal humor.

En la isla la tensión iba en aumento. Desde las remotas aldeas de la montaña,

donde las mujeres de más edad sacaban brillo a sus tocados en forma de cornamenta y planchaban sus pañuelos, hasta la ciudad, donde se podaron todos los árboles y se repintaron todas las mesas y sillas de la Platia, todo era un hervidero de destemplada actividad. En la parte vieja de la ciudad, donde las calles eran tan estrechas que sólo dejaban pasar dos burros a la vez y el aire siempre olía a pan recién hecho, fruta, sol y atarjeas en igual proporción, estaba el cafetucho de un amigo mío, Costi Avgadrama.

Aquel café era justamente famoso por hacer el mejor helado de Corfú, porque Costi había estado en Italia y había aprendido allí todas las oscuras artes de la heladería. Sus productos eran muy solicitados, y no se daba en la isla una fiesta digna de tal nombre que no incluyera una de las creaciones enormes, tambaleantes y multicolores de Costi. El y yo teníamos establecido un satisfactorio acuerdo de colaboración: yo pasaba por el café tres veces en semana para recoger todas las cucarachas que pillara en su cocina y llevármelas como alimento de mis aves y otros animales, y a cambio de ese servicio tenía licencia para comer cuantos helados quisiera durante mi trabajo. Decidido a que su establecimiento estuviera limpio para la visita real, me acerqué al café de Costi unos tres días antes del fijado para la llegada del rey y le encontré sumido en un estado de desesperación suicida como sólo puede alcanzar y sostener un griego, con ayuda de *ouzo*. Le pregunté qué le pasaba.

—Estoy arruinado —dijo con voz sepulcral, poniéndome delante un caneco de gaseosa y un helado blanco y reluciente que por sus proporciones habría servido para hundir el *Titanic*—. Estoy arruinado, *kyria* Gerry. Soy una escoria. Ya no dirán: «Ah sí, Corfú, donde hacen el helado de Costi». No, sino que dirán: «¿Corfú? Ahí es donde hacen el helado del idiota de Costi». Tendré que marcharme de la isla, no me queda otro remedio. Me iré a Zante, o a Atenas quizá, o a lo mejor me meto en un monasterio. Mi mujer y mis hijos pasarán hambre, mis pobres y ancianos padres se morirán de vergüenza por tener que mendigar el pan…

Interrumpiendo tan tenebrosas profecías, le pregunté qué había sucedido para llevarle a aquel grado de desesperación.

—Yo soy un genio —dijo Costi con sencillez y sin jactancia, mientras se sentaba a mi mesa y distraídamente se servía otro *ouzo*—. No hay otro en Corfú que sepa hacer helados como los míos, tan suculentos, tan bonitos, tan…, tan *fríos*.

Dije que era verdad. Fui más lejos, porque era obvio que necesitaba que le dieran ánimos; y dije que sus helados tenían fama en toda Grecia, quizá incluso en toda Europa.

—Así es —gimió Costi—. Por eso era natural que cuando el rey viniera a Corfú el nomarca quisiera hacerle probar mis helados.

Yo, muy impresionado, asentí.

—Sí —siguió diciendo Costi—, doce kilos de helado tenía que servir al palacio de Mon Repos y un helado especial para el gran banquete que se dará por la noche a

Su Majestad. ¡Aaah, ese helado especial ha sido mi perdición! Por eso mi mujer y mis niños se van a morir de hambre. ¡Ay, destino cruel y despiadado!

—¿Por qué? —pregunté a bocajarro, con la boca llena de helado. No estaba yo para florituras; quería llegar al meollo de la cuestión.

—Decidí que ese helado tenía que ser algo nuevo, algo único, algo distinto de todo lo conocido —dijo Costi, vaciando el vaso de *ouzo*—. Toda la noche la pasé en vela esperando la iluminación.

Cerró los ojos y dio vueltas a la cabeza sobre una almohada imaginaria, recalentada y dura.

—No dormí; estaba febril. Y cuando cantaron los primeros gallos, «qui-qui-ri-quí», me cegó un fogonazo de inspiración.

Y al decirlo se dio una palmada tan fuerte en la frente que casi se cae de la silla. Tembloroso, se sirvió otro *ouzo*.

—Ante mis ojos cargados y cansados se apareció la visión de una bandera, una bandera de Grecia, la bandera por la que todos hemos sufrido y dado la vida. ¡Pero la bandera estaba hecha de mi *mejor, especialísimo, puro helado de clase extra*! —dijo triunfal, y se arrellanó en el asiento para ver el efecto que sus palabras producían en mí.

Yo dije que la idea me parecía la más brillante que jamás había oído. Costi sonrió de oreja a oreja, y luego, recordando, volvió a adoptar una expresión de profundo abatimiento.

—Salté de la cama —prosiguió con voz doliente— y corrí a la cocina. Allí descubrí que no tenía los ingredientes que hacían falta para poner en práctica mi plan. Tenía chocolate para dar color marrón al helado, tenía colorantes para hacerlo rojo o verde o incluso amarillo, pero no tenía nada, nada de nada, para hacer las barras azules de la bandera.

Hizo una pausa, dio un trago largo y luego se enderezó con orgullo.

—Otro menos hombre… un turco o un albanés… habría abandonado el proyecto. Pero no Costi Avgadrama. ¿Sabes lo que hice?

Negué con la *cabeza* y bebí un trago de gaseosa.

—Pues me fui a ver a mi primo Michaeli. Ya sabes, el que trabaja en el almacén de productos químicos del muelle. Y Michaeli —caiga la maldición de San Spiridion sobre él y toda su descendencia— me dio una sustancia para teñir de azul las barras. ¡Mira!

Costi se dirigió a la cámara y desapareció en su interior; luego salió tambaleándose bajo el peso de una bandeja gigantesca y me la puso delante. Estaba llena de helado y barras azules y blancas y sí que se parecía muchísimo a la bandera griega, aunque el azul tiraba un poco a morado. Yo dije que me parecía magnífico.

—¡Es mortal! —siseó Costi—. ¡Mortal como una bomba!

Y, tomando asiento, contempló la enorme bandeja con mirada malévola. Yo no le veía nada de malo, salvo que el azul era más parecido al color del alcohol desnaturalizado que a un verdadero azul.

—¡Deshonrado! ¡Deshonrado por mi propio primo, por ese hijo de padre soltero! —dijo Costi—. ¡El me dio los polvos, él me dijo que era la solución; él me prometió, lengua de víbora, que saldría bien!

Pero si había salido bien, señalé; ¿dónde estaba el problema?

—Por la misericordia de Dios y de San Spiridion —dijo él piadosamente—, se me ocurrió hacer una bandera pequeña para mi familia, sólo por que celebraran el triunfo de su padre. No me atrevo ni a pensar lo que habría pasado si no llega a ser por eso.

Se puso en pie y abrió la puerta que desde el café conducía a sus habitaciones privadas.

—Te voy a enseñar lo que ha hecho ese monstruo de mi primo —dijo, y gritó por la escalera—: ¡Katarina! ¡Petra! ¡Spiro! ¡Venid acá!

La mujer y los dos hijos de Costi bajaron la escalera con paso lento y remolón, y se detuvieron delante de mí. Con gran sorpresa vi que los tres tenían la boca teñida de un vivo color púrpura, del rico púrpura real que brilla en los élitros de un escarabajo de verano.

—Sacad la lengua —ordenó Costi. Toda la familia abrió la boca y sacó lenguas del color de una túnica romana. Parecían macabras orquídeas, o una especie de mandrágora, quizá. Comprendí entonces el problema de Costi. Con esa predisposición de los corfiotas a echar una mano sin pararse a pensar, su primo le había dado un paquete de violeta de genciana. Yo una vez había tenido que pintarme una llaga de una pierna con aquella sustancia, y sabía que entre sus muchas propiedades estaba la de ser un colorante de los más persistentes. Costi tendría mujer e hijos purpurados para varias semanas.

—Figúrate —me dijo en un susurro sofocado, luego de enviar arriba a sus coloreados mujer y prole—, figúrate si lo llego a enviar al palacio. ¡Imagínate a todos los dignatarios de la Iglesia, con las barbas de color violeta! ¡El nomarca y el rey violetas! Me habrían fusilado.

Dije que a mí me parecía que habría sido bastante divertido. Costi se escandalizó mucho. Cuando yo creciera, dijo severamente, me daría cuenta de que hay cosas en la vida que no son cómicas, sino muy serias.

—Imagínate la reputación de la *isla*…, imagínate *mi* reputación si hubiera teñido al rey de violeta —dijo, al tiempo que me daba otro helado para demostrar que no se había enfadado conmigo—. Imagínate cómo se habrían reído los extranjeros si el rey de Grecia se hubiera puesto de color violeta. ¡Po, po, po, po! ¡San Spiridion nos proteja!

Y qué era del primo, pregunté: ¿cómo había encajado la noticia?

—Todavía no lo sabe —dijo Costi con pérfida sonrisa—, pero pronto lo sabrá. Le acabo de mandar un helado en forma de bandera griega.

Así que cuando amaneció el gran día en la isla reinaba un estado de excitación insoportable. Spiro había organizado su enorme y antiguo Dodge con la capota bajada como una especie de combinación de tribuna y ariete, resuelto a que, pasara lo que pasara, la familia tuviera una buena vista de los actos. Con ánimo de fiesta llegamos a la ciudad en el coche y nos tomamos unos refrescos en la Platia para informarnos de los preparativos de última hora. Lena, resplandeciente de verde y morado, nos dijo que Marko había renunciado por fin, aunque a regañadientes, a su idea de los burros azules y blancos, pero ahora tenía otro plan casi igual de estrafalario.

—¿Saben ustedes que su padre tiene una imprenta, no? —nos dijo—. Pues ha dicho que iba a imprimir miles y miles de banderas griegas, sacarlas al mar en el yate y extenderlas sobre el agua de manera que el barco del rey navegue sobre una alfombra de banderas de Grecia.

El yate de Marko era el blanco de todos los chistes de Corfú. En sus tiempos había sido una motonave bastante pimpante, pero Marko le había añadido tal cantidad de cosas que, como decía Leslie con razón, parecía una especie de Palacio de Cristal flotante fuertemente escorado a estribor. Cada vez que su dueño se hacía a la mar en él había apuestas sobre si volvería y cuándo.

—Conque —prosiguió Lena—, primero manda imprimir las banderas, y luego se encuentra con que no flotan: se hunden. Así que ha hecho crucecitas de madera y ha pegado encima las banderas para que floten.

—No parece mala idea —dijo Mamá.

—Habrá que verlo —dijo Larry—. Ya conoces las dotes de organización de Marko. Acuérdate del cumpleaños de Constantino.

En verano Marko había organizado una suntuosa comida campestre para festejar el cumpleaños de su sobrino Constantino. Iba a ser un convite memorable, donde habría de todo, desde lechón asado hasta sandías llenas de champán. Se invitó a la flor y nata de Corfú. El único fallo fue que Marko se hizo un lío de playas, y mientras él, sentado en solitario esplendor, veía a su alrededor comida bastante para alimentar a un regimiento en una playa muy al sur, la flor y nata de Corfú, acalorada y hambrienta, esperaba en una playa del extremo norte de la isla.

—Bueno —dijo Lena, encogiéndose de hombros elocuentemente—, no se lo podemos impedir. Tiene todas las banderas cargadas en el barco. Ha enviado a un hombre a Coloura con un cohete.

—¿Un hombre con un cohete? —dijo Leslie—. ¿Para qué?

Lena puso los ojos en blanco.

—Cuando aviste el barco del rey, dispara el cohete —explicó—. Marko ve el

cohete, y así le da tiempo de salir deprisa y alfombrar el mar de banderas.

—Pues yo espero que sea un éxito —dijo Margo—. Me cae bien Marko.

—Como a todos, querida —dijo Lena—. En el pueblo donde yo tengo la villa tenemos un tonto del pueblo. Es encantador, *très sympathique*, pero a nadie se le ha ocurrido hacerle alcalde.

Y con aquella punzante descarga final nos dejó. El siguiente en llegar fue el coronel Velvit, que venía muy agitado.

—¿No habrán visto ustedes por casualidad a tres *boy scouts* pequeñitos y gordos? —preguntó—. No, ya suponía que no. ¡Son como animalitos! ¡Se han ido al campo *de uniforme*, los muy salvajes, y han vuelto hechos unos cerdos! Les he mandado al tinte para que les limpiaran el uniforme y han desaparecido.

—Si los veo se los enviaré —le tranquilizó Mamá—. No se preocupe.

—Gracias, mi querida señora Durrell. No estoy preocupado por ellos, sino porque esos diablillos tienen un papel importante en los actos —dijo el coronel Velvit, disponiéndose a partir en busca de los *scouts* perdidos—. Sabe usted, es que no sólo forman parte de la barra de la bandera sino que además tienen que demoler el puente. Y con tan misteriosa observación se alejó a paso de galgo.

—¿Qué puente? ¿De qué puente habla? —preguntó Mamá perpleja.

—Es una parte del espectáculo —dijo Leslie—. Entre otras cosas, hacen un pontón sobre un río imaginario, lo cruzan y después lo vuelan para que no pueda pasar el enemigo.

—Yo siempre he creído que los *boy scouts* eran pacíficos —dijo Mamá.

—No serán los corfiotas —dijo Leslie—. Probablemente sean los habitantes más belicosos de Corfú.

En aquel momento llegaban Teodoro y Kralefsky, que iban a compartir el coche con nosotros.

—Ha habido…, eh…, esto…, un pequeño fallo a propósito del saludo informó Teodoro a Leslie.

—¡Ya lo sabía yo! —exclamó Leslie airadamente—. ¡El imbécil del comandante! Demasiado tonto se puso cuando fui a hablar con él. Yo ya le dije que esos cañones venecianos reventarían.

—No, no…, eh…, los cañones no han reventado. Eh…, hum…, por lo menos, *hasta ahora* —dijo Teodoro—. No, es un problema de coordinación. Él comandante ha insistido mucho en que se disparen las salvas en el momento en que el rey ponga pie en suelo griego. La… eh…, hum…, dificultad parece estar en dar una señal desde el muelle que la vean los… artilleros del…, eh…, en fin…, del fortín.

—¿Y qué van a hacer? —preguntó Leslie.

—Pues han mandado a un cabo al muelle con un revólver del cuarenta y cinco —dijo Teodoro—. Tiene que dispararlo un momento *antes* de que el rey ponga pie en

tierra.

—¿Y lo sabe disparar? —preguntó Leslie escépticamente.

—Pues…, bueno… —dijo Teodoro—, yo he estado bastante rato tratando de hacerle ver que es peligroso metérselo…, hum…, en fin…, cargado y montado en la pistolera.

—Qué cretino, se atravesará un pie por ese sistema —dijo Leslie.

—No te preocupes, que no acabará el día sin que haya derramamiento de sangre —dijo Larry—. Se habrá traído usted el botiquín, Teodoro.

—No digas esas cosas, Larry —suplicó Mamá—. Me pones muy nerviosa.

—Si estás usted dispuestas, señora Durrells, ya debemós irnos —dijo Spiro, que había aparecido, renegrido y ceñudo, con todo el aspecto de una gárgola de Notre Dame en vacaciones—. Las calles están ya muy apestadas.

—Atestadas, Spiro, *atestadas* —dijo Margo.

—Pues eso digos, señorita Margo. Pero no se preocupes, déjenmelos a mí. Yo les aparcaré de en medios con la bocinas.

—La verdad es que Spiro debería escribir un diccionario —dijo Larry mientras subíamos al Dodge y nos apretujábamos en los espaciosos asientos de cuero.

Desde primera hora de la mañana estaban las polvorientas carreteras atascadas de carros y burros que llevaban campesinos a la capital para el gran acontecimiento, y el campo aparecía cubierto de un gran manto de polvo que blanqueaba las plantas y los árboles que bordeaban la calzada y se quedaba suspendido en el aire como microscópica nieve. La ciudad estaba ya tan atestada o más que en el día de San Spiridion, y por la Piada discurrían oleadas de gente endomingada como nubes de capullos barridos por el viento. Cada callejuela era un río mixto de humanidad y burros que se movía a paso de glaciar, y el aire estaba saturado de emocionados parloteos y risas, penetrante olor a ajo y una universal emanación de naftalina, indicio de ropa especial cuidadosamente extraída de su lugar de conservación. Por doquier se oía a las bandas afinando sus instrumentos, rebuznos de burros, los pregones de los vendedores ambulantes y los gritos excitados de los niños. La dudad se estremecía y latía como una gran colmena olorosa y multicolor.

Conduciendo a paso de caracol, entre berridos de su gran bocina de caucho para «aparcar» al gentío despreocupado que cerraba el camino, Spiro nos llevó al muelle. Allí todo era movimiento y simulacros de eficiencia. Estaba alineada una banda, relucientes sus instrumentos, inmaculados sus uniformes, su aire de respetabilidad sólo ligeramente deslucido por los ojos morados de dos de sus miembros. Junto a ella se situaba un batallón de la soldadesca local, que presentaba un aspecto de aseo y pulcritud notable. Los dignatarios de la Iglesia, de barbas blancas, plateadas y grises y muy repeinadas, alegres y vistosos con sus mantos cual bandada de cotorras, charlaban entre sí con animación, abultadas sus panzas, meneando las barbas, sus

manos regordetas y bien cuidadas accionando con los más delicados ademanes. Cerca del lugar donde debía desembarcar el rey se veía a un cabo solitario; era evidente que su responsabilidad pesaba mucho sobre su ánimo, porque no dejaba de sobar nerviosamente la funda del revólver y morderse las uñas.

Por fin hubo una oleada de excitación y todos dijeron: «¡El rey! ¡El rey! ¡Ya viene el rey!». El cabo se ajustó la gorra y se puso un poco más tieso. Lo que había desatado ese rumor era la vista del yate de Marko Paniotissa cabeceando en mitad de la bahía mientras Marko, a popa, descargaba un fardo tras otro de banderas griegas.

—Yo no he visto el cohete, ¿y vosotros? —preguntó Margo.

—No, pero es que desde aquí no se ve el promontorio —dijo Leslie.

—Pues yo diría que Marko lo está haciendo estupendamente —dijo Margo.

—Verdaderamente hace un efecto muy bonito —dijo Mamá.

Y sí que lo era, pues varias hectáreas del terso mar quedaron cubiertas de una alfombra de banderitas que resultaba de lo más vistoso. Por desgracia, y según habíamos de saber a lo largo de la hora y media siguiente, a Marko le había fallado la coordinación. El hombre que apostara en la punta septentrional de la isla con la misión de lanzar el cohete era persona de toda confianza, pero su habilidad para identificar barcos dejaba mucho que desear, por lo que al cabo del rato lo que apareció no fue el barco que traía al rey sino un pequeño petrolero bastante cochambroso que llevaba rumbo a Atenas. En sí el error no era tan grave, pero Marko, enajenado como lo estaban en aquel día tantos corfiotas, no había comprobado la resistencia de la cola con que estaban pegadas las banderas a las crucetas de madera que debían mantenerlas a flote. Mientras esperábamos la llegada del rey pudimos disfrutar del espectáculo de ver cómo la cola se desintegraba bajo la acción del agua salada y varios miles de banderas griegas se hundían ignominiosamente en el fondo de la bahía.

—¡Ay, pobrecito Marko, qué pena! —dijo Margo, casi llorando.

—No te disgustes —la consoló Larry—, a lo mejor al rey le gustan los pedacitos de madera.

—Hum…, no…, eh…, no lo creo —dijo Teodoro—. Ya ven ustedes que todos tienen forma de cruz. Eso en Grecia se considera de muy mal agüero.

—Qué horror —dijo Mamá—. Esperemos que el rey no llegue a saber que ha sido Marko.

—Si es prudente, se exilará por propia voluntad —dijo Larry.

—Ah, ya llega por fin —dijo Leslie en el momento en que el barco del rey avanzaba majestuosamente por varias hectáreas de crucecitas de madera, como surcando un cementerio de guerra marino.

Tendiose la plancha, la banda atronó el aire, el ejército se cuadró y el enjambre de dignatarios eclesiásticos se adelantó como un macizo de flores súbitamente arrancado

de cuajo. Llegaron al pie de la plancha, la banda dejó de tocar, y ante un coro de embelesados «Ahs» el rey hizo su aparición, se detuvo sólo un momento para saludar y en seguida inició lentamente el descenso. Era el gran momento del cabo, que, sudando profusamente, se había acercado lo más que pudo a la plancha y tenía los ojos clavados en los pies del monarca. Sus instrucciones eran explícitas: tres pasos antes de que el rey pasara de la plancha a suelo griego tenía que dar la señal. Con eso los del fortín tendrían tiempo suficiente para disparar el cañón en el instante en que el rey llegara a tierra.

El rey bajaba despacio. El ambiente era de tensa emoción. El cabo manoseó la pistolera, y, en el momento crucial, desenfundó el revólver y disparó cinco tiros a aproximadamente dos metros de la oreja derecha del rey. Al instante se echó de ver que los del fortín no habían caído en la cuenta de informar al Comité de Bienvenida acerca de la señal, por lo cual el Comité se quedó de una pieza, por decirlo suavemente, como se quedó el propio rey y, la verdad sea dicha, todos nosotros.

—¡Dios mío, es un intentado! —chilló Margo, que en los momentos de crisis siempre perdía a la vez los estribos y su dominio de la lengua inglesa.

—¡No seas tonta, es la señal! —ladró Leslie, dirigiendo sus prismáticos hacia el fortín.

Pero era evidente que el Comité de Bienvenida pensaba lo mismo que mi hermana. Como un solo hombre se arrojaron sobre el desdichado cabo, que lívido y protestando su inocencia se vio aporreado, pateado y pisoteado, mientras le arrancaban de la mano el revólver y se lo estampaban certeramente en la *cabeza*. Es probable que hubiera sufrido graves lesiones si en ese momento no hubieran bramado los cañones desde los baluartes del fuerte con una impresionante nube de humo, justificando así su proceder.

Después de eso todo fueron sonrisas e hilaridad, porque los corfiotas tenían un agudo sentido del humor. Sólo el rey seguía un poco pensativo. Subió al coche oficial descubierto, y entonces se descubrió un contratiempo: la portezuela no cerraba. El chófer la cerró de golpe, el sargento al mando de las tropas la cerró de golpe, el director de la banda la cerró de golpe y un sacerdote que pasaba la cerró de golpe, pero la portezuela se volvía a abrir. El chófer no quiso darse por vencido, y tomando distancia dio una carrerita y le propinó una violenta patada. El automóvil se estremeció, pero la portezuela siguió en sus trece. Trajeron una cuerda, pero no había a dónde sujetarla. Al fin, como no era posible esperar más, tuvieron que emprender la marcha con el secretario del monarca colgado sobre el respaldo del asiento y sujetando la puerta con una mano.

La primera parada era en la iglesia de San Spiridion, para que el rey rindiera tributo de veneración a los restos momificados del santo. Rodeado de un bosque de barbas eclesiásticas desapareció en las tenebrosas profundidades del templo, donde

un millar de cirios brillaban como una orgía de prímulas. El día era caluroso, y el chófer del automóvil real se había quedado un poco exhausto después del combate con la portezuela, de modo que sin decir nada a nadie dejó el coche estacionado delante del templo y se fue a beber algo. ¿Y quién se atrevería a reprochárselo? ¿Quién no ha sentido lo mismo en ocasiones tales? Pero erró en el cálculo del tiempo que tardaría el rey en hacer la visita al santo, por lo cual cuando Su Majestad, rodeado de la crema de la iglesia griega, salió del templo sin previo aviso y volvió a ocupar su asiento en el automóvil, el chófer brillaba por su ausencia. Según la costumbre de Corfú en toda crisis, cada cual culpó a otro de la desaparición del conductor. Transcurrió un cuarto de hora mientras se lanzaban acusaciones, se agitaban puños cerrados y se despachaban emisarios en todas direcciones en busca del chófer. Hubo cierto retraso porque nadie sabía cuál de los cafés estaba honrando con su presencia, pero al cabo se dio con él y una lluvia de vituperios cayó sobre su persona mientras se lo llevaban ignominiosamente, sin dejarle acabar el segundo *ouzo*.

La siguiente parada era en la Platia, donde el rey debía presenciar el desfile de tropas y bandas y la exhibición de los *scouts*. Spiro, conduciendo cacofónicamente por las estrechas callejuelas secundarias, nos depositó en la Platia mucho antes de que llegara el coche de Su Majestad.

—Confiemos en que no haya más contratiempos —dijo Mamá preocupada.

—Hoy la isla se ha superado a sí misma —dijo Larry—. Yo esperaba que tuvieran un reventón entre el muelle y la iglesia, pero reconozco que habría sido demasiado pedir.

—Pues yo no estoy tan seguro —dijo Teodoro, con un brillo en los ojos—. Recuerden que estamos en Corfú. Bien podría ser que aún nos tuvieran reservado algo más.

—Esperemos que no —dijo Kralefsky—. ¡Verdaderamente, que organización! Es vergonzoso.

—Teodoro, es imposible que se les ocurra nada más —protestó Larry.

—Yo no me…, eh…, hum…, no me apostaría… nada —dijo Teodoro.

Y resultó que tenía toda la razón.

Llegó el rey y ocupó su lugar en la tribuna. Las tropas desfilaron con gran ímpetu, y todas se las arreglaron para llevar más o menos el paso. En aquellos tiempos era la de Corfú una guarnición bastante perdida y los reclutas no hacían mucha instrucción, pero de todos modos se portaron dignamente.

Después pasaron las bandas de música: bandas de todos los pueblos de la isla, deslumbrantes sus uniformes de diversos colores, tan pulidos sus instrumentos que el reflejo hacía daño a la vista. Si su ejecución temblaba un poco y desafinaba levemente, tales defectos quedaban más que compensados por el volumen y el brío

con que tocaban.

Llegó entonces el turno de los *scouts*, y todos les recibimos con aplausos y vítores cuando el coronel Velvit, con pinta de nerviosísimo y desmejorado profeta del Antiguo Testamento vestido de explorador, entró a la *cabeza* de sus minúsculas fuerzas en la polvorienta Platia. Saludaron al rey, y después, obedeciendo a una orden que les dio el coronel con voz de falsete un tanto estrangulada, se corrieron unos para acá y otros para allá y formaron la bandera griega. La ovación y los vítores que estallaron entonces sin duda debieron de oírse en lo más recóndito de los montes de Albania. Tras una breve exhibición gimnástica, las tropas pasaron a una zona donde dos líneas blancas representaban las dos orillas de un río. Allí la mitad de la tropa salió corriendo y reapareció con los tablones necesarios para hacer un pontón, en tanto que la otra mitad se afanaba en tender un cable sobre las aguas traicioneras. De tal modo fascinó a la multitud de los presentes la mecánica de aquello, que se fueron aproximando más y más al «río», acompañados por los policías que supuestamente debían mantenerlos en su sitio.

En un tiempo récord, los *scouts*, ninguno de los cuales contaba más de ocho años, levantaron su pontón sobre el río imaginario, y luego, encabezados por un chiquito que tocaba una trompeta de manera estentórea e inexacta, de un trotecillo cruzaron el puente y se cuadraron al otro lado. La multitud estaba embelesada: aplaudía, vitoreaba, silbaba y pataleaba. El coronel Velvit se permitió una prieta sonrisilla militar y lanzó una mirada de orgullo hacia donde estábamos nosotros. Luego soltó una voz de mando.

Tres *scouts* pequeñitos y gordos se destacaron del pelotón y se dirigieron al puente cargados con mechas, un explosor y otros materiales de demolición. Colocaron cada cosa en su sitio y luego se reunieron con la tropa, desenmallando el cable según marchaban. Se cuadraron y esperaron. El coronel Velvit saboreó su gran momento; miró en derredor para comprobar que todos le prestaban absoluta atención. El silencio era total.

—¡Vuelen el puente! —rugió el coronel, y uno de los *scouts* se agachó y presionó el explosor hasta el fondo.

Los minutos siguientes fueron confusos, por no decir otra cosa. Hubo una explosión colosal; una nube de polvo, grava y pedacitos de puente se elevó por el aire, para caer seguidamente como granizo sobre la población. Las tres primeras filas de espectadores, todos los policías y el coronel Velvit cayeron derribados panza arriba. La onda expansiva, llevando consigo grava y astillas, llegó hasta nuestro automóvil, se estrelló contra la carrocería como una ráfaga de ametralladora y arrancó el sombrero de la cabeza de Mamá.

—¡Por los clavos de Cristo! —clamó Larry—. ¿A qué diablos está jugando ese imbécil?

—¡Mi sombrero! —boqueó Mamá—. ¡Que vaya alguien por mi sombrero!

—¡Yo se lo traigós, señora Durrells, no se preocupes! —bramó Spiro.

—Estremecedor, estremecedor —dijo Kralefsky con los ojos cerrados y enjugándose la frente con el pañuelo—. Demasiado marcial para unos niños.

—¡Sí, sí, niños! ¡Hijos de Satanás! —clamó Larry iracundo, sacudiéndose la grava del pelo.

—Estaba seguro de que pasaría algo más —añadió Teodoro con satisfacción, contento de ver a salvo la reputación de Corfú en materia de calamidades.

—Eso ha sido algún explosivo —dijo Leslie—. No comprendo a qué juega el coronel Velvit. Ha sido muy peligroso.

Poco después supimos que el coronel no había tenido la culpa. Luego de alinear a sus tropas, tembloroso y llevárselas del lugar, volvió al escenario de la carnicería para presentar sus excusas a Mamá.

—No sé cómo expresarle lo avergonzado que estoy, señora Durrell —dijo con lágrimas en los ojos—. Esas pequeñas bestias consiguieron dinamita de unos pescadores. Le aseguro que yo no sabía nada, nada en absoluto. Con el uniforme lleno de polvo y el sombrero hecho jirones, presentaba un aspecto muy patético.

—No le dé importancia, coronel —dijo Mamá, llevándose a los labios una copa de coñac y sifón con pulso vacilante—. Son cosas que le ocurren a cualquiera.

—En Inglaterra ocurren muy a menudo —dijo Larry—. No pasa un día sin que…

—Véngase usted a comer con nosotros —le interrumpió Mamá, lanzándole una mirada petrificante.

—Muchas gracias, señora, es usted muy amable —dijo el coronel—. Antes he de ir a cambiarme.

—Yo estaba muy interesado por la reacción de los espectadores —dijo Teodoro, con científica delectación—. Quiero decir…, eh…, los que cayeron derribados.

—Pues se habrán puesto hechos una fiera —dijo Leslie.

—No —prosiguió Teodoro lleno de orgullo—; estamos en Corfú. Todos…, en fin…, se han ayudado unos a otros a levantarse, se han sacudido el polvo y han comentado lo bien hecho que había estado todo…, eh…, lo realista que había sido. Al parecer no se les ha ocurrido pensar que hubiera nada de raro en que unos *boy scouts* manejen dinamita.

—La verdad es que después de vivir el suficiente número de años en Corfú, acabará uno por no sorprenderse de nada —dijo Mamá con convicción.

Al cabo, después de una comida prolongada y deliciosa en la ciudad, durante la cual tratamos de convencer al coronel Velvit de que su voladura del puente había sido lo mejor del día, Spiro nos llevó a casa. La noche era fresca y aterciopelada; los autillos se llamaban unos a otros con su «*toink, toink*», repicando como extrañas campanas entre los árboles; el polvo blanco se alzaba tras el coche y se quedaba

suspendido en el aire quieto como una nube de verano; los oscuros y catedralicios olivares aparecían perforados por las intermitentes luces verdes de las luciérnagas. Había sido un buen día, aunque agotador, y nos alegramos de vernos en casa otra vez.

—Bueno —dijo Mamá, reprimiendo un bostezo mientras cogía su lámpara y se dirigía a la escalera—, con rey o sin él, yo mañana me quedo en la cama hasta las doce.

—Huy… —dijo Larry contrito—, ¿no te lo he dicho?

Mamá se detuvo en mitad de la escalera y le miró; a la luz vacilante de la lámpara, su sombra temblaba y brincaba sobre la pared blanca.

—¿El qué? —preguntó con recelo.

—Lo del rey —dijo Larry—. Lo lamento, debería habértelo dicho antes.

—¿Qué es lo que me deberías haber dicho? —dijo Mamá, ya seriamente alarmada.

—Que le he invitado a comer —dijo Larry.

—¡Larry! ¡No es posible! Bueno, desde luego tú es que no tienes sentido… —empezó a decir Mamá, pero entonces se dio cuenta de que le estaban tomando el pelo.

Se irguió cuan alta era, es decir, un metro cincuenta.

—No le veo ninguna gracia —dijo gélidamente—. Y en todo caso el más perjudicado habría sido él, porque no tengo otra cosa que huevos.

Y con gran dignidad, haciéndose la sorda a nuestras carcajadas, subió a acostarse.

Capitolio 7

Los senderos del amor

Confortadme con pasas, con manzanas reanimadme, que estoy enferma de amor
CANTAR DE LOS CANTARES 2, 5

Fue uno de aquellos veranos prodigiosos, deshidratantes, que resquebrajaban la tierra, tan caluroso que hasta desteñía el cielo a un tono pálido de nomeolvides que habría sido más propio del final de la estación, y aplastaba el mar convirtiéndolo en un gran lago azul, inmóvil, tibio como leche reciente. Por la noche los suelos y contraventanas y vigas de la villa se contraían gimiendo y crujiendo en el aire caliente conforme iban perdiendo lo último que les quedaba de humedad. La luna llena se alzaba como un ascua, mirándonos ceñuda desde el cielo caliente y terso, y por la mañana el sol picaba ya a los diez minutos de salir. No corría el menor viento, y el calor se cerraba sobre la isla como una tapadera. En el aire sofocado de las laderas, plantas y hierbas se agostaban y en pie quedaban muertas, rubias como la miel, quebradizas como virutas de madera. Eran tan calurosos los días que hasta las cigarras empezaban a cantar antes y se echaban la siesta a las horas de más calor, y la tierra estaba tan recocida que por ninguna parte se podía andar sin zapatos.

Para la fauna local, la villa representaba una serie de amplias cavernas leñosas donde quizá la temperatura fuera medio grado más baja que en los olivares, naranjales y limonares circundantes, por lo cual se venían con nosotros en manada. Al principio se me culpó, naturalmente, de aquella súbita afluencia de animales, pero al cabo la invasión cobró tales proporciones que hasta mi familia se dio cuenta de que no podía hacérseme responsable de tan enorme cantidad y variedad de seres. Batallones de garrapatas negras ocupan resueltamente la casa y asediaban a los perros, congregándose en tal número sobre sus orejas y cabezas que parecían una cota de malla y eran igualmente difíciles de quitar.

Desesperados, tuvimos que recurrir a regarlos de queroseno, que desprendía a las garrapatas. Los perros, profundamente ofendidos por semejante tratamiento, se arrastraban jadeantes por toda la casa, apestando a queroseno y dejando tras de sí aluviones de garrapatas. Larry propuso poner un cartel que dijera: «Peligro: perros inflamables», porque, según señaló con mucha razón, si a alguien se le ocurría encender una cerilla al lado de uno de ellos la casa entera podía salir ardiendo como la yesca.

El queroseno sólo nos dio un respiro momentáneo. Más y más garrapatas invadían la casa, hasta que por la noche se las podía ver desde la cama realizando extrañas

marchas en fila india por la habitación.

Afortunadamente no nos atacaban; se contentaban con poner fuera de sí a los perros. Pero las hordas de pulgas que decidieron venirse a vivir con nosotros eran otra cuestión. Llegaron de repente, se diría que salidas de la nada, como las hordas tártaras, y nos arrollaron antes de que pudiéramos darnos cuenta de lo que estaba pasando. Las había por todas partes, y según andabas por la casa sentías cómo te saltaban encima y te subían por las piernas. Los dormitorios se hicieron inhabitables, y durante algún tiempo sacamos las camas a los anchos porches y dormíamos allí.

Pero las pulgas no eran lo más indeseable de los habitantes menudos de la casa. Los escorpiones diminutos, negros como el ébano, infestaban el cuarto de baño, atraídos por el frescor. Una noche, cuando iba a limpiarse los clientes, Leslie tuvo la imprudencia de entrar descalzo, y uno le picó en un dedo del pie. El escorpión sólo medía un centímetro de largo, pero los dolores de la picadura no guardaron ninguna proporción con el tamaño del animal, y Leslie estuvo varios días sin poder andar. Los escorpiones mayores preferían la zona de la cocina, donde con todo descaro se instalaban en el techo, con pinta de langostas aéreas contrahechas.

Cuando por la noche se encendían las lámparas aparecían insectos a millares: mariposas nocturnas de todo tipo, desde las diminutas de color tostado con alas en forma de plumas deshilachadas hasta las grandes esfinges listadas de rosa y plata, cuyas embestidas suicidas contra la luz eran capaces de romper el tubo del quinqué. Y los escarabajos, unos negros como vestidos de luto, otros con alegres rayas y dibujos, unos con antenas cortas en forma de porra y otros con antenas largas y finas como bigotes de mandarín. Con estos animales venía una multitud de otros menores, casi todos tan pequeños que había que mirarlos con lupa para apreciar sus increíbles formas y colores.

Ni que decir tiene que para mí aquella aglomeración de insectos era una maravilla. Todas las tardes merodeaba junto a las luces, con las cajas y tarros de recolección a mano, disputando los mejores ejemplares a los otros depredadores. Tenía que andar muy vivo, porque la competencia era dura. En el techo estaban las salamanquesas, pálidas, de piel rosada, dedos en abanico y ojos bulbosos, que acechaban a las mariposas nocturnas y escarabajos con el cuidado más escrupuloso. Junto a ellos andaban las verdes, cimbreantes, hipócritas mantis con sus ojos de locas y sus caras sin mentón, moviéndose sobre patas delgadas y espinosas cual verdes vampiros.

A nivel de tierra tenía que vérmelas con enormes arañas de color chocolate, una especie de lobos zanquilargos y peludos que se apostaban en las sombras y en un instante salían corriendo y me arrebataban un ejemplar casi de entre los dedos. Ayudantes y cómplices suyos eran los gruesos sapos de hermosa piel parcheada en verde y gris plata, que a saltos y tragos se abrían camino, con expresión atónita, entre

aquella abundancia de comida, y los rápidos, furtivos y un tanto siniestros escutigeromorfos.

Esta forma de ciempiés tenía el cuerpo de unos siete centímetros de largo, del grosor de un lápiz y aplastado; en todo su perímetro llevaba un seto, un fleco de largas y finas patas. Cuando se movían, al entrar en acción cada par de patas, parecía como si aquellos flecos se ondularan, y el animal avanzaba patinando como una piedra sobre hielo, silencioso y escalofriante, porque los escutigeromorfos se contaban entre los cazadores más hábiles y feroces.

Una noche, ya con las luces encendidas, estaba yo esperando pacientemente a ver qué añadía a mi colección. Era todavía bastante pronto, por lo que no habían aparecido aún la mayoría de los depredadores, aparte de mí mismo y unos cuantos murciélagos. Los murciélagos sobrevolaban el porche raudos como látigos, capturando a las mariposas y otros bocados suculentos a unos centímetros de la lámpara, cuya llama se estremecía y brincaba con el aire que movían sus alas. Poco a poco se fue desvaneciendo el pálido resplandor verde dragón del crepúsculo, los grillos iniciaron sus prolongados trinos musicales, en la tiniebla de los olivos se encendieron las luces frías de las luciérnagas y la casona, crujiendo y gimiendo de resultas de su insolación, se acomodó para la noche.

Por detrás de la lámpara el muro estaba ya cubierto de un gentío de insectos variados que, después de un intento fallido de suicidio, se agarraban allí para recuperarse antes de volver a intentarlo. Al pie del muro, de una rendija minúscula del enyesado, salió una de las salamanquesas más pequeñas y más gordas que yo había visto. Debía de ser recién nacida, porque no medía arriba de cuatro centímetros, pero evidentemente el breve tiempo que llevaba en el mundo no le había impedido comer sin tasa, porque tenía el cuerpo y la cola tan gordos que casi parecía una esfera. En la boca lucía fija una sonrisa amplia y modesta, y sus grandes ojos oscuros estaban muy abiertos y admirados, como los de un niño que por primera vez viera una mesa puesta para un banquete. Antes de que yo pudiera detenerla ya había anadeado lentamente por la pared arriba y principiado su cena con una crisopa; sentía yo predilección por aquellos insectos, con sus alas transparentes como verde encaje y sus ojazos verdi-dorados, y por lo tanto me enfadé con el reptil.

Tras deglutir el último fragmento de ala vaporosa, la cría de salamanquesa hizo una pausa, bien sujeta a la pared, y se quedó un poco pensativa, guiñando los ojos de tanto en tanto. No entendía yo por qué había escogido la crisopa, que era una cosa voluminosa de incómodo manejo, cuando por todas partes la rodeaba un surtido de insectos pequeños que le habría sido más fácil atrapar y comer. Pero en seguida se hizo patente que era una glotona que comía más para la vista que para el estómago. Como había salido de un huevo y por lo tanto no se había beneficiado de los buenos consejos de una madre, tenía la firme, aunque errónea, convicción de que todos los

insectos eran comestibles, y de que cuanto mayores fueran antes aplacarían el hambre. Ni siquiera parecía tener conciencia de que para un animal de su tamaño algunos podían ser peligrosos. Lo mismo que un misionero de los primeros tiempos, tan absorta estaba en sí misma que ni se le pasaba por la imaginación que alguien pudiera contemplarla simplemente en calidad de alimento.

Despreciando una convención de mariposas pequeñas y eminentemente comestibles que había a su lado, se arrojó sobre una gran bombix de la encina, gruesa y peluda, que era casi mayor que ella; pero erró la acometida, y sólo pudo agarrarla por la punta de un ala. La mariposa salió volando, y tal era la potencia de sus alas pardas que casi desprende a la salamanquesa de la pared y se la lleva puesta.

Impertérrito, tras un breve respiro el reptil se lanzó al asalto contra una carcoma que abultaba lo mismo que él. Jamás habría podido tragarse a semejante monstruo córneo y espinoso, pero eso al parecer ni se le ocurrió. No pudo, sin embargo, aferrarse al cuerpo duro y terso del escarabajo, y lo único que consiguió fue tirarlo al suelo.

Estaba tomándose otro corto descanso y oteando el campo de batalla cuando una enorme mantis entró volando en el porche con sonoro crujir de alas y se posó en la pared a unos diez centímetros de distancia. Plegó las alas haciendo un ruido como de papel de seda estrujado, y, con los brazos de pérfidas púas alzados en fingida plegaria, paseó a su alrededor su mirada lunática, torciendo la cabeza a un lado y a otro para pasar revista a los insectos allí reunidos para su provecho.

Estaba bastante claro que la salamanquesa no había visto a una mantis en su vida y no tenía conciencia de lo mortífera que podía ser; lo único que veía en ella era una enorme cena verde como siempre había soñado pero jamás había esperado conseguir. Sin más preámbulos, y desdeñando la circunstancia de que la mantis fuera unas cinco veces mayor que ella, inició el acoso. Entre tanto el insecto se había decidido por una noctua gamma y caminaba hacia ella con sus flacas patas de solterona vieja, deteniéndose de cuando en cuando para balancearse, viva estampa del mal. Pisándole los talones iba la salamanquesa, con la cabeza gacha, decidida a todo, parándose cada vez que se paraba la mantis y sacudiendo de lado a lado su ridícula colita gorda, como un cachorro excitado.

Llegó la mantis hasta la desprevenida mariposa, se detuvo balanceándose, disparó las garras delanteras y la atrapó. La mariposa, que era de buen tamaño, aleteó frenética, y fue necesaria toda la fuerza de las cruelmente arponadas patas delanteras de la mantis para sujetarla. Pero mientras se debatía con ella, con aspecto de prestidigitador un tanto inepto, la salamanquesa, enardecida a fuerza de coletazos, la acometió, abalanzándose sobre ella y agarrándose como un bulldog a uno de los élitros. En ese momento estaba el insecto atareado tratando de voltear a la mariposa entre las garras, por lo que aquel ataque súbito por la espalda le hizo perder el

equilibrio y caer al suelo, arrastrando consigo a mariposa y salamanquesa. Al aterrizar aún llevaba al reptil tenazmente colgado del élitro, y por tener libres las afiladísimas garras delanteras para batallar con él soltó a la mariposa, que a esas alturas estaba ya casi muerta.

Acababa yo de decidir que había llegado el momento de intervenir para incorporar una mantis y una salamanquesa a mi colección cuando otro protagonista entró en liza. De las sombras de la parra salió un escutigeromorfo, una alfombra deslizante de patas resueltamente dirigida hacia la mariposa, que aún se estremecía. Llegó hasta ella, se derramó sobre su cuerpo y le hincó las mandíbulas en el blanco tórax. Era una escena fascinante: la mantis casi doblada en dos, lanzando mandobles con sus garras como agujas a la salamanquesa, que, con los ojos saltándosele de la emoción, seguía tercamente aferrada aunque su voluminosa antagonista la zarandeara de acá para allá. Entre tanto el escutigeromorfo, viendo que no podía llevarse a la mariposa, estaba tendido sobre ella como un dosel, sorbiéndole los jugos vitales.

Fue en aquel punto cuando hizo su aparición Theresa Olive Agnes Dierdre, llamada Dierdre a secas para mayor brevedad. Dierdre era la hembra de una pareja de sapos enormes que yo había encontrado, domesticado con relativa facilidad y acomodado en el minúsculo jardín tapiado que había al pie del porche. Allí llevaban una vida intachable entre los geranios y los mandarinos, aventurándose a subir al porche cuando se encendían las luces para recoger su parte de insectos.

Tan absorto estaba yo ante el extraño cuarteto que tenía delante, que no me acordaba para nada de Dierdre, y su entrada en escena me pilló desprevenido, tendido de bruces y con la nariz a unos quince centímetros del campo ce batalla. Sin yo saberlo, Dierdre había estado observando la escaramuza desde debajo de una silla. Llegado este momento dio pesadamente un paso al frente, se detuvo un instante, y en seguida, sin que yo pudiera detenerla, saltó adelante de esa manera tan decidida que tienen los sapos, abrió su enorme boca y con ayuda de la lengua se echó escutigeromorfo y mariposa al espacioso gaznate.

Hizo otra pausa, dio un trago con el que sus ojos saltones desaparecieron brevemente, giró con agilidad hacia la izquierda y se echó a la boca mantis y salamanquesa. Sólo un instante quedó en el aire la cola del reptil, retorciéndose como una lombriz entre los gruesos labios de Dierdre, antes de que ella se la guardara en la boca ayudándose con los pulgares, como hacen los sapos.

Yo había leído algo sobre las cadenas alimentarias y la supervivencia del más apto, pero me pareció que aquello era ir demasiado lejos.

Al margen de cualquier otra consideración, me enfadé con Dierdre por estropear lo que hasta ese momento estaba siendo un drama absorbente. Para que no se inmiscuyera en nada más la devolví al jardín tapiado que compartía con su esposo, Terence Oliver Albert Dick, debajo de una jardinera de piedra llena de caléndulas.

Además, ya había comido más que suficiente para una noche.

Fue, pues, a una casa crujiente como un barquillo, caliente cual horno de tahona y atestada de animales a donde vino a parar Adrian Fortescue Smythe. Adrian, compañero de colegio de Leslie, había pasado unas vacaciones con nosotros en Inglaterra y de resultas de ello se había enamorado perdida e irrevocablemente de Margo, para gran fastidio de ésta. Estábamos todos desparramados por el porche leyendo el correo quincenal cuando Mamá nos dio la noticia de la llegada inminente de Adrian.

—¡Ah, qué bien! —exclamó—. ¡Qué agradable! Todos dejamos de leer y la miramos con recelo.

—¿*Qué* es lo agradable? —preguntó Larry.

—He tenido carta de la señora Fortescue Smythe —dijo Mamá.

—Yo no veo que *eso* tenga nada de agradable —dijo Larry.

—¿Qué quiere esa vieja bruja? —preguntó Leslie.

—Hijo, no la llames vieja bruja. Acuérdate de que fue muy cariñosa contigo.

Leslie dio un gruñido desdeñoso.

—Bueno, ¿qué quiere?

—Dice que Adrian se está dando una vuelta por el continente, y que si podría venir a Corfú a pasar unos días con nosotros.

—Ah, muy bien —dijo Leslie—, será agradable tener aquí a Adrian.

—Sí, es buen chico —concedió Larry magnánimamente.

—¡Ya lo creo! ¡Y tan bien educado! —dijo Mamá con entusiasmo.

—Pues *a mí* no me hace gracia que venga —intervino Margo—. Es una de las personas más aburridas que conozco. Sólo de verle dan ganas de bostezar. ¿No le puedes decir que no tenemos sitio, Mamá?

—Pues yo creía que Adrian te era simpático —dijo Mamá, sorprendida—. Él te apreciaba mucho, si mal no recuerdo.

—Pues por eso precisamente, no me apetece tenerlo siempre detrás de mí soltando baba como un spaniel salido.

Mamá se enderezó las gafas y miró a mi hermana.

—Margo, hija mía, no deberías hablar así de Adrian; verdaderamente no sé de dónde sacas esas expresiones. Estoy segura de que exageras. Yo nunca le he visto comportarse como…, como…, en fin… como tú has dicho. A mí siempre me ha parecido una persona correctísima.

—¡Pues claro que lo es! —dijo Leslie en pie de guerra—. Son cosas de Margo, que se cree que todos los hombres andan detrás de ella.

—¡No es verdad! —dijo Margo indignada—. Es que no me gusta. Es viscoso. Cada vez que me daba la vuelta me lo encontraba soltando baba.

—¡Adrian no ha soltado baba en su vida!

—Ya lo creo que sí, no hacía otra cosa. Todo el rato cayéndosele la baba.

—*Yo* nunca he visto que se le caiga la baba —dijo Mamá—, y aunque así fuera no puedo decir que no venga a casa sólo porque babee, Margo. Sé razonable.

—Es amigo de Les; que le babee a él.

—No babea. Jamás ha babeado.

—Bueno —dijo Mamá, con aire de solucionar el problema—. Tendrá muchas cosas en que ocuparse, así que seguro que no le queda tiempo para babear.

Quince días después llegó un Adrian exhausto y muerto de hambre, venido desde Calais prácticamente sin dinero y a lomos de una bicicleta que en Brindisi había abandonado el desigual combate y se había desmoronado a pedazos. Durante los primeros días apenas le vimos, porque Mamá insistió en que se fuera a la cama pronto, se levantara tarde y repitiera de todos los platos. Cuando por fin pudimos disfrutar de su presencia yo le vigilé estrechamente en espera de indicios de babeo, pues de todos los curiosos amigos que hasta entonces habíamos tenido en casa a ninguno se le había caído la baba, y yo estaba ávido de presenciar tal fenómeno. Pero aparte de una tendencia a ponerse como un tomate cada vez que entraba Margo en la habitación y a quedársela mirando con la boca ligeramente abierta (momentos en que en honor a la verdad había que reconocer que sí recordaba bastante a un spaniel), no manifestó otros indicios de excentricidad. Tenía el cabello inmoderadamente rizado, ojos grandes de color avellana y mirada muy dulce, y sus hormonas le acababan de permitir el cultivo de un bigotillo fino del cual estaba muy orgulloso. Como regalo para Margo había traído un disco con una canción que evidentemente era a sus ojos el equivalente de los sonetos shakespearianos puesto en música.

Se titulaba «Mamá Inés», y todos llegamos a aborrecerlo cordialmente, porque para Adrian el día no estaba completo si no había puesto aquella murga por lo menos veinte veces.

—¡Santo Dios! —gimió Larry una mañana en el desayuno, al oír el soplido del disco—. ¡*Otra vez*, a estas horas!

—«En la Habana cuando un negro» —proclamó ruidosamente el gramófono con voz nasal de tenor—, «a una negra hace el amor…».

—No lo soporto. ¿Es que no sabe poner otra cosa? —protestó Margo.

—Ten paciencia, hija. A él le gusta —dijo Mamá apaciguadora.

—Y lo compró *para ti* —dijo Leslie—. Es a ti a quien le ha hecho el condenado regalito. ¿Por qué no le dices que ya está bien?

—No, querido, no se puede hacer eso —dijo Mamá—. Al fin y al cabo, está invitado en esta casa.

—¿Y eso qué tiene que ver? —ladró Larry—. Si carece de sentido musical, ¿por qué tenemos que sufrir las consecuencias los demás? El disco es de Margo. Ella es la

responsable.

—Pero es que parecería muy descortés —dijo Mamá preocupada—. Al fin y al cabo nos lo ha traído de regalo; él piensa que nos gusta.

—Ya lo creo que lo piensa. Es increíble que pueda haber tales abismos de ignorancia —dijo Larry—. ¿Sabes que ayer quitó la Quinta de Beethoven *a la mitad* para poner esos aullidos de castrado? Te aseguro que de cultura anda más o menos como Atila el rey de los hunos.

—Sssh. Calla, hijo, que te va a oír —dijo Mamá.

—¿Con esa escandalera? Necesitaría una trompetilla.

Adrian, ignorante de la agitación que reinaba en la familia, se puso a cantar a dúo con la voz grabada. Como él también tenía una voz nasal de tenor curiosamente afín a la del vocalista, el resultado era bastante horrible.

—«En la corteza de un güito / le declara su pasión. Ay, mamá Inés…, ay, mamá Inés…» —trinaban Adrian y el gramófono más o menos al unísono.

—¡Dios de los cielos! —explotó Larry—. ¡Esto ya, pasa de castaño oscuro! Margo, tienes que decirle algo.

—Pero que sea con buenas maneras, hija —dijo Mamá—. No queremos que se ofenda.

—A mí sí me apetece ofenderle —dijo Larry.

—Ya está —dijo Margo—, le digo que a Mamá le duele la cabeza.

—Eso sólo nos dará unas horas de respiro —señaló Larry.

—*Tú* le dices que a Mamá le duele la cabeza y *yo* escondo la aguja —sugirió Leslie radiante—. ¿Qué os parece?

—¡Una idea luminosa! —exclamó Mamá, encantada de ver resuelto el problema sin ofender a Adrian.

A Adrian le dejó un tanto extrañado la desaparición de la aguja, y que todo el mundo le asegurase que era imposible obtener otra en Corfú. Pero tenía buena retentiva, ya que no buen oído, por lo cual siguió tarareando «Mamá Inés» todo el santo día, como un enjambre de abejas tenores trastornadas.

Pasaban los días y su adoración de Margo no daba señales de amainar; si acaso arreció, y la irritación de Margo crecía con ella. A mí Adrian empezó a darme mucha lástima, porque parecía como si no acertara de ninguna manera. Porque Margo le dijo que con aquel bigote parecía un barbero de segunda se lo afeitó, con el único resultado de oírla proclamar que el bigote era un signo de virilidad. Además, se la oyó decir sin rodeos que los chicos campesinos de la zona le parecían muy preferibles a cualquier importación inglesa.

—¡Son tan apuestos y tan dulces! —dijo, con evidente mortificación de Adrian—. ¡Todos cantan tan bien! ¡Tienen unos modales tan finos! Saben tocar la guitarra. Prefiero cien veces cualquiera de ellos a un inglés. Es como si tuvieran una especie

de aurora.

—¿Querrás decir aura? —preguntó Larry.

—En fin —prosiguió ella, haciendo oídos sordos a la pregunta—, que son lo que yo entiendo por *hombres* de verdad, no unos alelados ñoños y babosos.

—Margo, querida —dijo Mamá, dirigiendo una mirada inquieta al vejado Adrian —, eso que dices no es muy caritativo.

—No pretendo ser caritativa —dijo Margo—, y además, la caridad bien entendida, ni pagada ni agradecida. Y dejándonos con aquella incomprensible muestra de su filosofía se marchó a ver a su última conquista, un pescador espléndidamente bronceado, de poblados mostachos. Adrian se quedó tan visiblemente humillado que la familia se sintió en el deber de intentar aliviar su desconsuelo.

—No le hagas caso a Margo, Adrian —dijo Mamá con dulzura—. No habla en serio. Es muy testaruda, ya la conoces. Tómate otro melocotón.

—Es más terca que una mula —dijo Leslie—. ¡Que me lo digan a mí!

—No sé qué *podría* yo hacer para parecerme más a los chicos del campo —reflexionó Adrian, perplejo—. ¡Como no sea aprender a tocar la guitarra!

—No, no, ni se te ocurra —se apresuró a decir Larry—, no hay ninguna necesidad. ¿Por qué no intentas algo más sencillo? Prueba a comer ajos.

—¿Ajos? —repitió Adrian, sorprendido—. ¿Le gustan los ajos a Margo?

—Sin duda alguna —dijo Larry—, ya has oído lo que ha dicho sobre el aura de estos mozos del campo. ¿Y qué es lo primero de ese aura que te llega a la nariz cuando pasas cerca de ellos? ¡El olor a ajo!

A Adrian le impresionó mucho la fuerza de aquel argumento, y se puso a comer ajos en gran cantidad, con el único fruto de que Margo, tapándose la nariz con un pañuelo, le dijera que olía como el coche de línea en día de mercado.

A mí Adrian me resultaba muy agradable; era amable y bondadoso y siempre estaba dispuesto a hacer lo que se le pidiera. Yo me sentía obligado a ayudarle de alguna manera, pero aparte de encerrarle a Margo en su dormitorio —idea que deseché por poco factible y porque podría parecerle mal a Mamá—, no se me ocurría nada productivo. Decidí comentar el asunto con el señor Kralefsky, a ver si él me sugería algo. Estábamos tomando nuestro café de media mañana cuando le hablé de la infructuosa persecución de Adrian, cosa que nos vino muy bien a los dos como respiro en medio de los insolubles misterios del cuadrado de la hipotenusa.

—¡Aja! —dijo—. ¡Los senderos del amor nunca son llanos! Pero quién sabe si la vida no sería un poco tediosa si el camino hacia la meta que uno se propone fuera siempre llano.

Los vuelos filosóficos de mí preceptor no me interesaban demasiado, pero esperé por cortesía. El señor Kralefsky tomó delicadamente una galleta entre sus bien

cuidadas uñas, la sostuvo por un instante sobre su taza de café y luego la bautizó en el líquido marrón antes de echársela a la boca. La masticó metódicamente, con los ojos cerrados.

—Yo diría —dijo por fin— que este joven Lochinvar[12] está poniendo demasiado empeño.

Yo dije que Adrian era inglés, pero, aparte de eso, cómo iba a estar poniendo demasiado empeño; si no se ponía empeño no se conseguía nada.

—Ah, pero es que en los asuntos del corazón no es igual —dijo el señor Kralefsky astutamente—. A veces una pizca de indiferencia obra milagros.

Juntó las puntas de los dedos y miró absorto al techo. Era evidente que estaba a punto de embarcarse en uno de sus imaginativos ensueños con su personaje mitológico predilecto, «una dama».

—Recuerdo que yo una vez me enamoré intensamente de cierta dama —empezó—. Esto te lo digo en confianza, claro está.

Yo asentí con la cabeza y me serví otra galleta. Las historias de Kralefsky tendían a ser un poco largas.

—Era una dama de tal belleza y tales prendas que todos los hombres casaderos se apiñaban a su alrededor, como…, como…, como revolotean las abejas alrededor de un tarro de miel —dijo el señor Kralefsky, complacido con aquella metáfora—. Desde el primer instante en que la vi, yo me enamoré perdidamente, irrevocablemente, inconsolablemente, y sentí que ella me correspondía en alguna medida.

Bebió un sorbo de café para humedecerse la garganta, y después trenzó los dedos y se apoyó en la mesa, con los orificios nasales muy abiertos y una mirada intensa en sus grandes ojos lastimeros.

—La perseguí sin descanso, como un… como un… sabueso sigue su pista, pero ella respondía a mis requerimientos con frialdad e indiferencia. ¡Llegó a burlarse del amor que yo le ofrecía!

Hizo una pausa con los ojos llenos de lágrimas y se sonó vigorosamente.

—No puedo describirte los tormentos que padecí, la tortura abrasadora de los celos, las noches de dolor sin poder conciliar el sueño. Adelgacé veinticuatro kilos; mis amigos empezaron a inquietarse por mí, y todos, claro está, trataron de convencerme de que la dama en cuestión no era merecedora de mis sufrimientos. Todos menos uno de mis amigos…, un…, un hombre de mundo con experiencia, el cual según creo había vivido también varios asuntos del corazón, uno de ellos nada menos que en el Beluchistán. El me dijo que yo estaba poniendo demasiado empeño, que mientras siguiera poniéndole mi corazón a sus pies, la dama, como todas las mujeres, miraría con hastío su conquista. Pero si yo mostraba un poco de indiferencia, entonces, me aseguró mi amigo, la cosa sería muy distinta.

Kralefsky me dirigió una ancha sonrisa y asintió como quien sabe de qué está hablando. Se sirvió más café.

—¿Y él había mostrado indiferencia?, pregunté.

—Ya lo creo que sí —dijo—. No perdí ni un minuto. Tomé un barco para la China.

A mí aquello me pareció espléndido: ninguna mujer podía presumir de tenerte esclavizado si de repente tomabas un barco para la China. La China era lo bastante remota como para que hasta la mujer más engreída se lo pensara dos veces. ¿Y qué pasó, pregunté ávidamente, cuando el señor Kralefsky regresó de sus viajes?

—Me encontré con que se había casado —dijo el señor Kralefsky, no sin cierto rubor, porque se daba cuenta de que aquel desenlace era un tanto decepcionante.

—Algunas mujeres son caprichosas e impacientes, ya lo sabes. Pero pude tener unos minutos de conversación con ella en privado, y me lo explicó todo.

Yo aguardaba expectante.

—Me dijo —continuó el señor Kralefsky— que había creído que yo me marchaba para siempre, para hacerme lama y que por eso se casó. Sí; la pobrecilla me habría estado esperando si lo hubiera sabido, pero, destrozada por la pena, se casó con el primero que encontró. Si yo no hubiera calculado mal la duración del viaje, a estas horas sería mía.

Se sonó muy fuente, con dolorido semblante. Yo digerí aquella historia, pero no vi en ella pistas claras sobre la manera de ayudar a Adrian. ¿Acaso le debería prestar mi bote, el *Bootle-Bumtrinket*, y sugerirle que se fuera remando a Albania? Aparte del peligro de perder mi preciosa embarcación, no me parecía Adrian lo bastante robusto como para remar hasta tan lejos. No; estaba de acuerdo con Kralefsky en que Adrian mostraba demasiado empeño, pero, sabiendo lo caprichosa que era mi hermana, era de temer que acogiese la desaparición de su admirador de la isla con más regocijo que aflicción. El verdadero problema estaba en la manía de Adrian de no dejar a Margo ni a sol ni a sombra. Decidí que tenía que ocuparme de él si quería que sus desvelos dieran algún fruto.

Lo primero era que dejara de seguir a Margo a tocas partes como un corderito y que fingiera indiferencia, así que le enredé para que me acompañara en mis salidas de exploración por los campos circundantes. Me resultó bastante fácil. Margo, en defensa propia, había tomado la costumbre de levantarse con el alba y esfumarse de la villa antes de que Adrian asomara la nariz, con lo cual él se encontraba bastante solo. Mamá había intentado interesarle por la cocina, pero una vez que él dejó abierta la nevera y de resultas de ello se nos derritieron la mitad de las provisiones perecederas, que se le prendió una sartén llena de aceite, que de un cuarto de cordero en perfecto estado hizo algo muy parecido a la mojama, y que dejó caer media docena de huevos al suelo de la cocina, mi madre acogió con harto entusiasmo mi

propuesta de llevármelo conmigo.

Encontré en él un compañero admirable, teniendo en cuenta su educación urbana. Jamás se quejaba, obedecía pacientemente y al pie de la letra mis lacónicas instrucciones de «¡Sujétalo!» o «¡No te muevas, que te muerde!», y los animales que perseguíamos parecían interesarle sinceramente.

Tal como había predicho el señor Kralefsky, a Margo le intrigó la súbita ausencia de Adrian. No es que apreciara sus atenciones, pero se sintió muy picada cuando dejó de recibirlas. Quiso saber qué hacíamos Adrian y yo todo el día. Yo repliqué con cierta adustez que Adrian me estaba ayudando en mis investigaciones zoológicas. Y le dije que además estaba haciendo grandes progresos, y que si la cosa seguía adelante no vacilaría en proclamarle naturalista muy competente cuando acabara el verano.

—No sé cómo aguantas a una persona tan pava —dijo ella—. A mí me parece un hombre aburridísimo.

Dije que así estaban iguales, pues también Adrian me había confesado que Margo le resultaba un poco aburrida.

—¿Qué? —exclamó ella sulfurada—. ¡Cómo se atreve a decir eso!

Pues sí, señalé filosóficamente, ella era la única culpable. Bien mirado, ¿quién no encontraría aburrida a una persona que se comportase como ella, que nunca quería ir a nadar con él, nunca quería salir de paseo con él, siempre le trataba a patadas?

—Yo no le trato a patadas —dijo enojada—. Lo que hago es decirle las verdades. Y si quiere que le saque de paseo, le saco. ¡Vamos, hombre, decir que soy aburrida!

Tanto me complació ver el éxito de mi estratagema que no me paré a pensar que Margo, al igual que el resto de la familia podía ser un enemigo temible. Aquella noche, inesperadamente, estuvo tan amable y simpática con Adrian que todos, a excepción de la víctima, se quedaron atónitos y mosqueados.

Hábilmente, Margo llevó la conversación al tema de los paseos y luego dijo que, puesto que a Adrian le quedaba ya poco tiempo de estancia en Corfú, era fundamental que viera más cosas de la isla. ¿Y qué mejor para eso que andar? Sí, balbuceó Adrian, verdaderamente era la mejor manera de ver una región.

—Yo pienso dar un paseo pasado mañana —dijo Margo alegremente—, por un sitio muy bonito. Es una lástima que tú estés tan ocupado con Gerry, porque si no podías venirte conmigo.

—Ah, eso no es problema. Gerry se las arregla muy bien solo —dijo Adrian, con una indiferencia que yo para mis adentros consideré cruel y descortés—. ¡Me encantaría acompañarte!

—Estupendo —trinó Margo—. Seguro que te gusta; es uno de los paseos más bonitos que se pueden dar por aquí.

—¿Adónde vas? —preguntó Leslie.

—A Liapades —respondió ella con toda naturalidad—; hace siglos que no voy.

—¿A Liapades? —repitió Leslie—. ¿A eso lo llamas tú dar un paseo? Pero si está al otro lado de la isla. Tardaréis horas en llegar.

—Hombre, es que podríamos llevarnos la comida y estar fuera todo el día —dijo Margo, añadiendo con malicia—; si a Adrian no le importa, claro está.

Era evidente que a Adrian no le *habría* importado aunque la propuesta de Margo hubiera sido ir buceando hasta Italia y volver revestido de armadura. Yo dije que me daban ganas de ir con ellos, porque era un camino interesante desde el punto de vista zoológico. Mi hermana me lanzó una mirada lánguida.

—Bueno, pero si vienes tiene que ser para portarte bien —dijo enigmáticamente.

Huelga decir que a Adrian le encantaba la idea del paseo y que Margo hubiera tenido la bondad de invitarle. Yo no estaba tan confiado. Señalé que Liapades estaba lejos y que hacía mucho calor, pero Adrian dijo que no le importaba lo más mínimo. Me pregunté si *aguantaría* la caminata, porque era un tanto enclenque, pero eso no se lo podía decir sin que se molestara. A las cinco de la mañana del día señalado nos reunimos en el porche. Adrian llevaba unas enormes botas de montaña que había sacado de no se sabía dónde, pantalones largos y una camisa gruesa de franela. Cuál no sería mi asombro cuando, al atreverme yo a insinuar que aquel atuendo no era lo más adecuado para caminar por la isla a una temperatura de cuarenta grados a la sombra, Margo me llevó la contraria. Adrian vestía un conjunto perfecto para hacer marchas, escogido por ella, dijo, sin dejarse arredrar por el hecho de vestir ella misma un diáfano bañador y sandalias y yo pantalones cortos y una camiseta. Mi hermana iba pertrechada de una voluminosa mochila, que imaginé contenía nuestra comida y bebida, y un recio bastón. Yo llevaba la bolsa de recolección y el cazamariposas.

Así equipados echamos a andar, imponiendo Margo un paso que a mí me pareció excesivamente rápido. Al poco rato Adrian sudaba profusamente y la cara se le había puesto sonrosada. Margo, a pesar de mis protestas, se empeñó en ir por terreno despejado, desdeñando la sombra de los olivares. Al final yo opté por marchar a su mismo paso pero a la sombra de los árboles, a unos cientos de metros de distancia.

Adrian, temiendo verse acusado de blandura, le pisaba los talones a mi hermana, terco y empapado.

Pasadas cuatro horas iba cojeando malamente y arrastrando los pies; la camisa, que era gris, se le había puesto negra con el sudor, y su rostro había tomado una alarmante tonalidad purpúrea.

—¿Queréis que hagamos un alto? —preguntó entonces Margo.

—Beber algo, *quizá* —dijo Adrian con voz apergaminada de guión de codornices.

Yo dije que me parecía una idea excelente, así que Margo se paró y tomó asiento en una peña al rojo vivo, en medio de un campo pelado y achicharrado en el que se habría podido asar a un tronco de bueyes. Hurgó subrepticiamente en la mochila y

sacó tres botellines de Gazoza, una gaseosa de limón local extremadamente dulce.

—Tomad —dijo, dándonos un botellín a cada uno—. Con esto repondréis fuerzas.

Además de ser espumosa y empalagosa, la gaseosa estaba calentuja, así que en todo caso más que aplacar nuestra sed la aumentó. Ya cerca del mediodía avistamos la costa del otro lado de la isla. La noticia encendió una chispa de esperanza en la mirada mortecina de Adrian. Cuando llegáramos al mar podríamos descansar y nadar, explicó Margo. Alcanzamos el bravío litoral y bajamos por entre el laberinto de peñas gigantescas, rojas y pardas, que se alzaban diseminadas, siguiendo la orilla como un removido cementerio de gigantes. Adrian se tiró al suelo a la sombra de una roca enorme coronada por un tupé de arrayán y un retoño de pino piñonero y se despojó de la camisa y las botas. Vimos entonces que tenía los pies casi del mismo color rojo preocupante que la cara, y llenos de ampollas. Margo le sugirió que se los mojara en una poza para endurecerlos, y eso hizo, mientras ella y yo nos bañábamos. Después, muy refrescados, nos sentamos a la sombra de las rocas y yo dije que no nos vendría mal comer y beber algo.

—No hay nada —dijo Margo.

Hubo un momento de mudo estupor.

—¿Cómo que no hay nada? —preguntó Adrian—. ¿Qué traes en la mochila?

—Ah, eso son mis cosas de baño —dijo Margo—. Decidí no traer comida porque pesaba mucho para traerla con el calor que hace, y de todos modos llegaremos bien para cenar si nos ponemos en marcha pronto.

—¿Y para beber? —inquirió Adrian roncamente—. ¿No has traído más Gazoza?

—Pues claro que no —dijo Margo irritada—. Traje *tres*. Una para cada uno, ¿no? Y pesan una enormidad para ir cargando con ellas. Pero además no sé por qué protestas; comes demasiado. Un poco de ayuno te hará bien. A ver si así te desabotargas.

Nunca había visto yo a Adrian tan cerca como entonces de perder los estribos.

—*Yo no quiero* desabotargarme, sea lo que sea lo que eso quiere decir —dijo gélidamente—, y si lo quisiera no me cruzaría la isla a pie para hacerlo.

—Eso es lo que os pasa, que sois unos ñoños —relinchó Margo—. Se os saca un poco de paseo y en seguida estáis clamando por la comida y el vino. No queréis más que vivir en un mar de lujos continuamente.

—A mí no me parece que beber algo en un día como éste sea un lujo —dijo Adrian—. Es una necesidad.

Como aquella discusión me parecía infructuosa, yo eché a andar con los tres botellines vacíos de Gazoza camino de un lugar, a unos ochocientos metros por la orilla, donde sabía que había un pequeño manantial. Cuando llegué me encontré con que al lado había sentado un hombre, que se estaba tomando allí el almuerzo. Tenía la cara tostada, arrugada y resquebrajada por el viento, y anchos bigotes negros.

Llevaba las gruesas medias de lana que se ponían los campesinos para trabajar en el campo, y tenía junto a sí su azadilla de pala ancha.

—*Kalimera* —me saludó sin sorpresa, y con cortés ademán señaló al manantial, como si fuera propiedad suya.

Yo le saludé y me tendí de bruces sobre la alfombrita de verde musgo que había creado la humedad, y bajé la cara hasta donde el luminoso manantial latía como un corazón bajo las frondas de culantrillo.

Bebí largamente y a placer, y no recordaba que jamás el agua me hubiera sabido tan buena. Luego me remojé la cabeza y el cuello y me enderecé dando un suspiro de satisfacción.

—Agua buena —dijo el hombre—. Dulce, ¿eh? Como una fruta.

Yo dije que aquel agua estaba deliciosa y me puse a lavar los botellines de Gazoza y a llenarlos.

—Allá arriba hay una fuente —dijo él, señalando a lo alto de la escarpada ladera —, pero el agua es distinta, amarga como lengua de viuda. Este agua es dulce, es suave. ¿Eres forastero?

Mientras llenaba los botellines respondí a sus preguntas, pero mis pensamientos iban por otro camino. Allí cerca estaban los restos de su almuerzo: media hogaza de pan de maíz, amarillo como una prímula, unos gruesos y blancos clientes de ajo y un puñado de aceitunas grandes y arrugadas y negras como escarabajos. A la vista de aquello se me empezó a hacer la boca agua, y tuve aguda conciencia de estar en pie desde el alba y sin comer. Al cabo el hombre advirtió las miradas que yo echaba a sus vituallas y, con la generosidad que caracteriza al campesino, sacó la navaja.

—¿Pan? —preguntó—. ¿Quieres pan?

Dije que agradecería mucho un poco de pan, pero el problema era que éramos tres, por así decirlo.

También mi hermana y su marido, mentí, estaban muertos de hambre allá por las rocas. El cerró la navaja, juntó los restos del almuerzo y me los ofreció.

—Llévaselo —me dijo sonriente—. Yo ya he terminado, y no diría bien de Corfú que los forasteros pasaran hambre.

Yo le di las gracias largamente, me guardé las aceitunas y los ajos en el pañuelo, me metí el pan y los botellines de Gazoza debajo del brazo y emprendí la vuelta.

—¡Pasarlo bien! —me gritó el hombre a mis espaldas—. ¡No os acerquéis a los árboles, que va a haber tormenta!

Alzando la vista al cielo azul y bruñido, pensé que se equivocaba pero no dije nada. A mi regreso encontré a Adrian sentado con los pies metidos en una poza y aspecto sombrío, y a Margo tomando el sol sobre una roca y cantando desafinadamente para sí. Acogieron con embeleso la comida y el agua y se arrojaron sobre todo ello, partiendo el dorado pan y devorando las aceitunas y los ajos como

lobos famélicos.

—Ya está —dijo Margo muy sonriente cuando acabamos, como si hubiera sido ella la proveedora de las viandas—. Ha estado muy bien. Ahora hay que ir pensando en volver.

Inmediatamente se descubrió un problema: los pies de Adrian, frescos y felices en la poza, se habían hinchado, y fueron necesarios los esfuerzos combinados de Margo y míos para volver a calzarle las botas. Aun después de conseguirlo, sólo podía caminar a paso lento y doloroso, renqueando cual tortuga anciana.

—¡A ver si espabilas! —le gritó Margo irritada cuando hubimos recorrido medio kilómetro y Adrian se quedaba atrás.

—No puedo ir más deprisa. Me están haciendo cisco los pies —dijo Adrian, sumido en el mayor abatimiento. A pesar de nuestras advertencias de que se quemaría, se había quitado la camisa de franela, exponiendo su lechosa piel a la acción de los elementos. Estábamos a tres kilómetros de la villa cuando la profecía del campesino sobre la tormenta se cumplió. Aquellas tormentas de verano se cocían en un nido de cúmulos en las montañas de Albania, y un viento caliente y azotador que parecía salido de un horno de tahona las transbordaba rápidamente a Corfú. De improviso nos llegó la ráfaga, escociendo en la piel y cegándonos con el polvo y los pedacitos de hojas que llevaba suspendidos. Los olivos viraron del verde al plata como el súbito destello de un banco de peces al cambiar de rumbo, y el viento se abrió paso entre un millón de hojas con un bramido como el de una ola gigantesca sobre la orilla. Súbitamente, prodigiosamente, quedó eclipsado el cielo azul por cárdenos nubarrones, resquebrajados por las dentadas lanzas de los rayos de color azul celeste. Arreció el viento fiero y abrasador, y los olivares se estremecieron y silbaron como agitados por un enorme depredador invisible. Luego llegó la lluvia, cayendo a plomo del cielo en goterones que nos golpeaban con la fuerza de un disparo de tirachinas.

Como fondo de todo ello, el trueno se paseaba imperioso por el cielo, retumbando y rugiendo sobre las nubes desaladas como un millón de estrellas que entrechocaran, se deshicieran y corrieran en avalancha por el espacio.

Fue una de las mejores tormentas que habíamos conocido, y Margo y yo disfrutamos de lo lindo, porque después de aquel bochorno la lluvia violenta y el ruido resultaban vigorizantes. Pero Adrian no compartía nuestra opinión: era uno de esos desdichados que se aterran al oír un trueno, de modo que todo aquello le parecía monstruoso y alarmante. Intentamos distraerle de la tormenta cantando, pero tronaba tan fuerte que no nos oía. Seguimos caminando tercamente, y al fin, entre los oscuros olivares rayados por la lluvia, divisamos las luces acogedoras de la villa. Según entrábamos y Adrian se arrastraba por la puerta principal, con más aspecto de muerto que de vivo, Mamá apareció en el vestíbulo.

—¿Pero *dónde* habéis estado? Me teníais muy preocupada —dijo, y luego, al ver a Adrian—. ¡Cielo santo, Adrian querido, pero *qué has hecho*!

Bien podía preguntarlo, pues aquellas partes de su anatomía que no estaban rojas de quemaduras del sol presentaban interesantes tonalidades de azul y verde; apenas podía andar, y los dientes le castañeteaban con tal violencia que no podía hablar. Riñéndole y compadeciéndose de él por turno, Mamá se lo llevó en volandas a la cama, lugar en el que hubo de permanecer, aquejado de insolación leve, catarro grave y pies ulcerados, durante los días sucesivos.

—De veras, Margo, a veces me pones de mal humor —dijo Mamá—. Tú sabes que no es un chico fuerte. Podías haberle matado.

—Le está muy bien empleado —dijo Margo despiadadamente—. Que no hubiera dicho que yo era aburrida. Ojo por diente.

Pero Adrian se tomó la revancha sin proponérselo, porque cuando se recobró encontró una tienda en el pueblo donde sí vendían agujas de gramófono.

Capítulo 8

Los gozos de la amistad

El son del cuerno, el pífano, la cítara, la sambuca, el salterio,
la zampoña y toda clase de música
DANIEL 3,5

Fue a finales del verano cuando celebramos la que con el tiempo vendría a llamarse nuestra fiesta india. Nuestras fiestas, ya fueran cuidadosamente preparadas o brotaran inopinadamente de la nada, eran siempre interesantes porque casi nunca salían las cosas como estaba previsto. En aquella época, viviendo como vivíamos en el campo, sin los dudosos beneficios de radio o televisión, nuestro entretenimiento forzosamente debía adoptar formas tan primitivas como leer libros, reñir, dar fiestas y reírnos con nuestros amigos. Era natural, pues, que las fiestas —y sobre todo las fiestas por todo lo alto— marcaran días memorables, precedidos por preparativos infinitos. Aun en aquellas ocasiones en que salían bien, daban pretexto para pasarse después días y días discutiendo con deliciosa acritud sobre de qué manera se podrían haber organizado mejor.

Durante cosa de un mes habíamos vivido bastante tranquilos; no habíamos dado ninguna fiesta ni había aparecido nadie para alojarse en casa, de modo que Mamá había podido relajar sus nervios y estaba muy benévola. Una mañana estábamos en el porche leyendo el correo cuando se coció la fiesta. Con el correo Mamá acababa de recibir un libro de cocina mastodóntico con el título de *Un millón de deliciosas recetas orientales*, lujosamente ilustrado con fotografías en color tan chillonas y brillantes que daban ganas de comérselas. Mamá estaba encantada con el libro y no paraba de leernos fragmentos en voz alta.

—¡Maravillas de Madrás! —exclamó embelesada—. ¡Están buenísimas! Me acuerdo de ellas, eran un plato favorito de vuestro padre cuando vivíamos en Darjeeling. ¡Hombre, y las delicias de Konsarmer!

Hace *años* que estoy buscando la receta. Son verdaderamente exquisitas, aunque un poco pesadas.

—Si en algo se parecen a las ilustraciones —dijo Larry—, con una que te comas tendrás que alimentarte de bicarbonato de soda durante los veinte años siguientes.

—No digas tonterías, hijo. Los ingredientes son absolutamente puros: dos kilos de mantequilla, dieciséis huevos, cuatro litros de crema, la pulpa de diez cocos tiernos…

—¡Dios santo! —exclamó Larry—, ¡eso parece el desayuno de una oca de Estrasburgo!

—Seguro que te gustarían, querido. A tu padre le gustaban mucho.

—Pues yo estoy a régimen —dijo Margo—. *A mí* no me puedes obligar a tomar esas cosas.

—Nadie te obliga, hija mía —dijo Mamá—. Siempre podrás decir que no las comes.

—Sí, pero tú sabes que soy incapaz de decir que no, así que es obligarme.

—Come en otra habitación —sugirió Leslie, hojeando un catálogo de armas—, si no tienes fuerza de voluntad para decir que no.

—*Sí tengo* fuerza de voluntad para decir que no —dijo Margo indignada—, pero no se lo voy a decir a Mamá si me lo ofrece.

—Jeejee envía sus saludos —dijo Larry, alzando la vista de la carta que estaba leyendo—. Dice que vuelve para pasar aquí su cumpleaños.

—¡Su cumpleaños! —exclamó Margo—. ¡Qué bieeen! Me alegro de que se haya acordado.

—¡Es un chico tan *agradable*! —dijo Mamá—. ¿Cuándo piensa venir?

—En cuanto salga del hospital —repuso Larry.

—¿Del hospital? ¿Es que está enfermo?

—No, es que ha tenido problemas con eso de la levitación; se ha fastidiado una pierna. Dice que su cumpleaños es el día dieciséis, así que intentará venir para el quince.

—*Me alegro* —dijo Mamá—. Le tomé mucho cariño a Jeejee, y seguro que le encanta este libro.

—Escuchad, vamos a darle una gran fiesta de cumpleaños —dijo Margo muy animada—. Pero que sea una fiesta *a lo grande*.

—Buena idea —dijo Leslie—. Hace siglos que no damos una fiesta como es debido.

—Y yo podría sacar algunas recetas de este libro —echó Mamá su cuarto a espadas, evidentemente halagada por aquella perspectiva.

—¡Una fiesta oriental! —exclamó Larry—. Decirle a todo el mundo que venga con turbante y piedras en el ombligo.

—No, eso me parece ir demasiado lejos —dijo Mamá—. No, sencillamente una fiestecita familiar, tranquila…

—A Jeejee no se le puede dar una fiestecita familiar y tranquila —dijo Leslie—. ¡Después de haberle contado que tú siempre viajabas con cuatrocientos elefantes! Esperará algo un poco espectacular.

—No eran cuatrocientos elefantes, hijo. Lo único que dije fue que *acampábamos* con elefantes; no puede esperar tal cosa.

—No, pero tienes que organizar algo de espectáculo —dijo Leslie.

—Yo hago las decoraciones —se ofreció Margo—. Todo oriental: le pido

prestados los biombos de Birmania a la señora Papadrouya, y con las plumas de avestruz que tiene Lena…

—Todavía tenemos un jabalí y unos patos y más cosas en la cámara frigorífica del pueblo —dijo Leslie—. Convendría gastarlos.

—Yo le pido prestado el piano a la condesa Lefraki —dijo Larry.

—¡Bueno, tranquilos todos…, calma! —exclamó Mamá, alarmada—. No se trata de dar un *durbar*; es una simple fiesta de cumpleaños.

—Nada, nada, Mamá, nos vendrá bien desfogarnos un poco —dijo Larry indulgentemente.

—Claro, ya de perdidos al río —dijo Leslie.

—Y nunca por mucho trigo sobran las tortas —aportó Margo.

—Ni el pan pintado, si vamos a eso —añadió Larry.

—Ahora se trata de saber a quién invitamos —dijo Leslie.

—A Teodoro, por supuesto —dijo la familia al unísono.

—Y al pobre Creech —dijo Larry.

—Ah, no, Larry —protestó Mamá—. Ya sabes lo grosero y lo repugnante que es.

—Todo eso son bobadas, Mamá. El pobre hombre agradece que le inviten.

—Y al coronel Ribbindane —dije Leslie.

—¡Ni hablar! —exclamó Larry con vehemencia—. A esa quintaesencia de la pelmacería no se la invita, aunque sea la mejor escopeta de la isla.

—¡No es ningún pelmazo! —dijo Leslie dispuesto a la guerra—. Más pelmas son tus puñeteros amigos.

—Ninguno de mis amigos es capaz de pasarse toda la tarde contándote a base de monosílabos y gruñidos de Neanderthal cómo abatió a un hipopótamo del Nilo en 1904.

—¡Pues es la mar de interesante! —replicó Leslie acalorado—. ¡Mil veces más interesante que aguantar a todos tus amigos dando el coñazo sobre arte!

—Vamos, vamos, hijos —dijo Mamá apaciblemente—, habrá sitio de sobra para todo el mundo.

Yo les dejé con el alboroto normal que se armaba cada vez que había que hacer la lista de invitados a una fiesta; en lo tocante a mí, con tal que viniera Teodoro estaba garantizado el éxito. La selección de los restantes invitados se la podía dejar a mi familia.

Los preparativos de la fiesta fueron tomando impulso. Larry consiguió que la condesa Lefraki le prestara su enorme piano de cola y una alfombra de piel de tigre para poner al lado. El piano se nos hizo llegar con la más exquisita ternura, pues había sido el instrumento predilecto del difunto conde: venía en una larga carreta tirada por cuatro caballos. Larry, que había supervisado el transporte, apartó las lonas que protegían el instrumento del sol, se subió a la carreta y ejecutó una veloz versión

de «Llevaré a Casa a Mi Niña» para comprobar que no había sufrido ningún daño durante el viaje. Parecía estar en buen estado, aunque un poquito desafinado, y a costa de prodigiosos esfuerzos logramos meterlo en la sala.

Plantado en un ángulo, negro y reluciente como un ágata, puesta delante de él aquella magnífica piel de tigre con la cabeza disecada y enseñando los dientes, prestaba a toda la estancia un opulento aire oriental.

A ese aspecto contribuyeron también los adornos de Margo: colgaduras que había pintado en enormes hojas de papel y colocado por las paredes, imágenes de minaretes, pavos reales, palacios con cúpulas y elefantes enjaezados. Por todas partes había jarrones con plumas de avestruz teñidas de todos los colores del arco iris, y racimos de globos multicolores como cosechas de extrañas frutas tropicales. No hay que decir que la cocina era como el interior del Vesubio: a la vacilante luz rubí de media docena de fogones de carbón de encina trajinaban de acá para allá Mamá y sus fámulas. El ruido de batir y picar y revolver era tal que allí no había quien se entendiera, y hasta el piso de arriba llegaban flotando aromas tan ricos y corpóreos que te sentías como envuelto en un manto bordado de olores.

Sobre todo ello presidía Spiro, cual genio retostado y ceñudo; parecía estar en todas partes, con su voz de toro y su cuerpo de barril, llevando a la cocina enormes cajones de viandas y frutas entre aquellas manos que eran como jamones, sudando y bramando y soltando tacos mientras se introducían tres mesas en el comedor y se acoplaban unas a otras, presentándose con flores perpetuas para Margo y especias extrañas y otras cosas exquisitas para Mamá. En momentos así era cuando se apreciaba toda la valía de aquel hombre, porque se le pedía lo imposible y él lo traía. «Yo me encargos», decía, y ya lo creo que se encargaba, lo mismo si se trataba de encontrar fruta fuera de estación que de un afinador de pianos, especie ésta de ser humano que se daba por extinta en la isla desde 1890. Era extremadamente improbable, esa es la verdad, que una sola de nuestras fiestas hubiera pasado de la fase de proyecto de no ser por Spiro.

Al fin todo quedó dispuesto. Se abrieron las puertas de corredera que separaban el comedor de la sala; la vasta estancia resultante era un derroche de flores, globos y pinturas, centelleantes de plata las largas mesas de níveos manteles, gimiendo los aparadores bajo el peso de los platos fríos. Un cochinillo tostado y repulido como una momia, sosteniendo una naranja en la boca, yacía junto a una pierna de jabalí pringosa de vino y miel, cuajada de perlas de ajo y redondas simientes de cilantro; en una plantación de pollos de color bizcocho y pavipollos se entremezclaban patos salvajes rellenos de arroz indio, almendras y uvas sultanas, y chochas ensartadas en tallos de caña; los montículos de arroz azafranado, amarillo cual luna de verano, eran tesoros ante los cuales se sentía uno arqueólogo, tan densas eran las inclusiones de frágiles tintas rosadas de pulpo, almendras y nueces tostadas, uvitas verdes,

carunculados trozos de jenjibre y piñones. Los *kefalia* que yo llevara del lago aparecían ahora dorados y resquebrajados a la brasa, relucientes bajo un baño de aceite y zumo de limón, sembrados de flecos de hinojo de color de jade; yacían en hilera en las enormes fuentes, como una flotilla de extrañas barcas amarradas en puerto.

Entre medias de todo aquello se distribuían los platos de menudencias; naranja y limón confitado, maíz tierno, finas tortas de avena escarchadas de sal marina, *chutney* y encurtidos de una docena de colores y olores y sabores para atormentar y apaciguar las papilas gustativas. Allí estaba la cumbre del arte culinario; allí cien raíces y simientes extrañas habían rendido su dulce esencia, verduras y frutas habían sacrificado sus pieles y carnes para bañar aves y peces en salsas y escabeches de delicado paladar.

El estómago se estremecía a la vista de aquella acumulación de colores y olores comestibles; se imaginaba uno que iba a comerse un jardín esplendoroso, un tapiz multicolor, y que las células de los pulmones de tal manera se le llenarían de una capa de fragancia tras otra, que se quedaría drogado e inmóvil como un escarabajo en el corazón de una rosa. Los perros y yo entramos varias veces de puntillas para contemplar el suculento despliegue: nos quedábamos hasta que la boca se nos llenaba de saliva y luego nos íbamos de mala gana. No podíamos esperar a que llegara la fiesta. Jeejee, cuyo barco venía con retraso, arribó en la mañana de su cumpleaños, vistiendo un arrebatador conjunto de color azul pavo real y turbante inmaculado. Fuera de apoyarse pesadamente en un bastón, no mostraba huellas de su accidente, y estaba tan efervescente como de costumbre. Cuando le enseñamos los preparativos que hablamos hecho para la celebración, nos sorprendió echándose a llorar.

—¡Que a mí, al hijo de un humilde barrendero, a un intocable, se le dé semejante trato! —sollozó.

—Pero si no es nada en realidad —dijo Mamá, un tanto alarmada por aquella reacción—. Aquí damos fiestecitas con frecuencia.

Ya que la sala presentaba un aspecto híbrido de banquete romano y exposición floral de Chelsea, cualquiera que la oyera creería que recibíamos con una magnificencia que habría sido la envidia de la corte de los Tudor.

—No digas tonterías. Jeejee —dijo Larry—. ¡Tú intocable! ¡Si tu padre era abogado!

—Bueno —dijo Jeejee, secándose los ojos—, pero habría sido intocable si mi padre hubiera sido de otra casta. Lawrence, es que tú no tienes sentido de lo dramático. Fíjate qué poema podía haber escrito: «El festín del intocable».

—¿Qué es un intocable? —preguntó Margo a Leslie en un susurro penetrante.

—Es una enfermedad, como la lepra —explicó él solemnemente.

—¡Dios mío! —exclamó ella con dramatismo—. ¿Estará seguro de no haberla

cogido? ¿Y cómo sabe que su padre no está infectado?

—Margo, hija —la contuvo Mamá—, ¿quieres ir a dar una vuelta a las lentejas?

Tuvimos una bulliciosa comida al aire libre en el porche, en la que Jeejee nos obsequió con historias de su viaje a Persia, cantándole a Margo canciones persas de amor con tanto brío que los perros aullaban al unísono.

—¡Ay, *tienes* que cantar una esta noche! —dijo ella, embelesada—. *Tienes* que cantar, Jeejee. Todo el mundo va a hacer algo.

—¿Qué quieres decir, querida Margo? —preguntó Jeejee sin comprender.

—No lo hemos hecho nunca…, es como un cabaret. Cada uno va a hacer algo —explicó Margo—. Lena va a cantar ópera…, una cosa del «Caballero de Rosa»… Teodoro y Kralefsky van a hacer un truco de Houdini…, pues eso, que cada persona hará una cosa…, así que tú tienes que cantar en persa.

—¿Y por qué no hacer algo más propio de la Madre India? —se le ocurrió a Jeejee—. Podría levitar.

—¡De ningún modo! —le interrumpió Mamá tajantemente—. Esta fiesta tiene que ser un éxito. Nada de levitación.

—¿Por qué no te disfrazas de algo típico de la India? —sugirió Margo—. ¡Ya está, de encantador de serpientes!

—Eso —dijo Larry—, el humilde y típico intocable, el encantador de serpientes indio.

—¡Cielos! ¡Qué idea tan excelente! —exclamó Jeejee con un brillo en los ojos—. Lo haré.

Deseoso de ser útil, yo le dije que le podía prestar un cesto de luciones pequeños e inofensivos para su número, y a él le entusiasmó la idea de tener serpientes de verdad que encantar. Luego todos nos retiramos a dormir la siesta y prepararnos para la gran velada.

El cielo estaba listado de verde, rosado y gris humo, y los primeros búhos cantaban ya en los oscuros olivos, cuando los invitados empezaron a llegar. Uno de los primeros fue Lena, que venía agarrada a un libro enorme de música operística y vestida con un despampanante traje de noche de seda anaranjada, a pesar de habérsele dicho que la fiesta no era de etiqueta.

—¡Queridos! —dijo sensacionalmente, chispeantes sus negros ojos—, ¡hoy estoy muy bien de voz! Me parece que le voy a hacer justicia al maestro. No, no, no quiero *ouzo*, podría dañar mis cuerdas vocales. Tomaré una pizquita de champán con coñac. Pues sí, me siento vibrar la garganta, ¿comprendéis?… como un arpa.

—¡Qué estupendo! —dijo Mamá con absoluta falta de sinceridad—. Seguro que nos deja a todos admirados.

—Tiene una voz preciosa, Mamá —dijo Margo—. Es *mezza tinta*.

—*Mezzo soprano* —dijo Lena fríamente.

Teodoro y Kralefsky llegaron juntos, portando una maraña de cuerdas y cadenas y varios candados.

—Espero —dijo Teodoro, subiendo y bajando sobre las puntas de los pies—, espero que nuestra…, eh…, espero que nuestra…, esto…, que nuestro pequeño truco salga bien. No lo hemos hecho nunca, naturalmente.

—*Yo* sí lo he hecho —dijo Kralefsky con dignidad—. Me lo enseñó el propio Houdini. Y llegó incluso a felicitarme por mi pericia. «Richard», me dijo; nos tuteábamos, ¿saben ustedes?, «Richard, aparte de mí mismo no he conocido a nadie de dedos tan ágiles».

—¿Ah, sí? —dijo Mamá—. Seguro que va a ser todo un éxito.

El capitán Creech llegó con un sombrero de copa baqueteado, la cara del color de la fresa y sus pelos de papo de cardo como si la más ligera brisa se los fuera a despegar de la cabeza y barbilla. Se tambaleaba aún más de lo normal y su mandíbula rota parecía más torcida que otros días; se veía que se había estado acicalando bien antes de salir. Mamá se puso tiesa y compuso una sonrisa forzada cuando le vio entrar dando bandazos.

—¡Vaya! ¡Está usted suntuosa esta noche! —dijo el capitán, mirándola con ojos libidinosos y frotándose las manos con ligero balanceo—. Ha engordado un poco últimamente, ¿no?

—No creo —dijo Mamá remilgosa.

El capitán la miró críticamente de arriba abajo.

—Pues tiene usted más delantera de la que tenía —dijo.

—Le agradecería que se abstuviera de hacer alusiones personales, capitán —dijo ella fríamente.

El capitán no se dejó amilanar.

—*A mí* no me molesta —confesó—. Prefiero que las mujeres tengan donde agarrarse. Una mujer flaca no es para la cama: es como montar un caballo a pelo.

—No me interesan sus preferencias, ni en la cama ni fuera de ella —dijo Mamá con aspereza.

—Hombre, hay muchos otros sitios —concedió el capitán Creech—. Yo conocí a una chavala que lo hacía fetén subida a un camello. Berta la Beduina, la llamaban.

—Le agradecería que guardara para sí sus recuerdos, capitán —dijo Mamá, buscando desesperadamente a Larry con la mirada.

—Pensé que le interesaría. Hacerlo a lomos de un camello es cosa difícil, de especialistas verdaderamente.

—Pues no me interesa el grado de especialización de sus amistades femeninas. Ahora, si me disculpa, tengo que ir a atender a la comida.

Más y más carruajes subieron traqueteando hasta la entrada, coches y coches depositaron a nuestros invitados. La sala se fue llenando con la extraña selección de

gente que la familia había convocado. En una esquina Kralefsky, cual serio gnomo jorobado, le contaba a Lena sus experiencias con Houdini.

—«Harry», le dije; porque nos tuteábamos, ¿sabe usted?, «Harry, enséñame todos los secretos que quieras, que yo soy de fiar. Mis labios están sellados».

Kralefsky bebió un sorbo de vino y frunció los labios para manifestar cómo estaban sellados.

—¿Sí? —dijo Lena con absoluta falta de interés—. En el mundo del canto es diferente, claro. Los cantantes nos pasamos nuestros secretos. Yo recuerdo que una vez me dijo Krasia Toupti: «Lena, tu voz es tan hermosa que oírla me hace llorar; ya te he enseñado todo lo que sé. Ve y lleva al mundo la antorcha de nuestro genio».

—No he querido decir que Harry Houdini fuera reservado —dijo Kralefsky fríamente—: era el más generoso de los hombres. ¡Si hasta me enseñó a aserrar a una mujer en dos!

—Oiga, qué curioso debe ser eso de sentirse aserrada en dos —meditó Lena—. Figúrese, la mitad de abajo podría estar teniendo un romance en una habitación mientras la de arriba recibía a un arzobispo. Qué chocante.

—Es sólo una ilusión —dijo Kralefsky, poniéndose colorado.

—Eso mismo es la vida —replicó Lena con mucho sentimiento—. Eso mismo es la vida, amigo mío.

El ruido de las bebidas era vigorizante. Saltaban los corchos del champán, y el líquido pálido, de color de crisantemo, caía silbando en las copas con gozoso susurro de burbujas: el robusto vino tinto se derramaba gorgoteando, espeso y carmesí como la sangre de un monstruo mítico, y en su superficie se hacía una arremolinada corona de burbujas rosadas; el glacial vino blanco entraba en la copa de puntillas, con voz aguda, brillando ora como diamantes, ora como topacios; el *ouzo* se mostraba diáfano e inocente como la orilla de un lago de montaña hasta que el agua se precipitaba sobre él y la copa entera se cuajaba como en un truco de ilusionista, enroscándose y emborronándose en una nube estival de blancura de piedra de luna.

Al rato pasamos al salón, donde nos estaba esperando la vasta exhibición de comestibles. El mayordomo del rey, frágil como una mantis, supervisaba el servicio de las chicas campesinas. Spiro, más ceñudo de lo normal por el esfuerzo de concentración que estaba haciendo, trinchaba meticulosamente asados y aves. Kralefsky estaba atrapado por la mole gris del coronel Ribbindane, que se erguía sobre él semejante a una morsa, colgante su bigote colosal como una cortina, fijos sus bulbosos ojos azules sobre mi preceptor con mirada paralizante.

—El hipopótamo, o caballo de río, es uno de los cuadrúpedos de mayor tamaño que se encuentran en el continente africano —recitaba con monótono acento, como si estuviera dando lección.

—Sí, sí…, un animal fantástico. Es verdaderamente una maravilla de la

naturaleza —decía Kralefsky buscando desesperadamente la manera de escapar.

—Para abatir a un hipopótamo o caballo de río —siguió recitando el coronel Ribbindane, sordo a cualquier interrupción—, como yo he tenido la buena fortuna de hacer, hay que apuntar entre los ojos y las orejas, para que la bala penetre en el cerebro.

—Sí, sí —asintió Kralefsky, hipnotizado por los saltones ojos azules del coronel.

—¡Bang! —exclamó el coronel, tan súbita y fuertemente que a Kralefsky casi se le cae el plato—. Se le dispara entre los ojos… ¡Plas! ¡Crrac! …Derecho al cerebro, ¿me comprende?

—Sí, sí —dijo Kralefsky, tragando saliva y poniéndose lívido.

—¡Ploss! —dijo el coronel, para remachar la idea—. Saltan los sesos reventados como un surtidor.

Kralefsky cerró los ojos con espanto y dejó a un lado su plato de cochinillo a medio comer.

—Y entonces se hunde —prosiguió el coronel—, se hunde hasta el fondo del río…, glug, glug, glug. Y hay que esperar veinticuatro horas… ¿sabe por qué?

—No…, eh…, hum… —Kralefsky tragaba saliva con frenesí.

—Por los flatos —explicó el coronel con satisfacción—. Toda la comida que tenía en la tripa a medio digerir, ¿me comprende? Se pudre y produce gases. Se le infla la panza como un globo, y ¡plop!, sale a flote.

—Qué…, qué interesante —dijo Kralefsky débilmente—. Me parece, con su permiso…

—Es curioso, eso del contenido del estómago —meditó el coronel, haciendo caso omiso de los intentos de fuga de Kralefsky—. Se hincha la panza hasta alcanzar el doble de su tamaño natural; y cuando se le da un tajo, ¡uuush!, es como si se rebanara un zepelín lleno de materias fecales, ¿sabe usted?

Kralefsky se tapó la boca con el pañuelo y miró a su alrededor con ojos de angustia.

—No sucede lo mismo con el elefante, el *mayor* cuadrúpedo terrestre de África —siguió recitando el coronel, llena su boca de crujiente cochinillo—. Los pigmeos, sabe usted, lo abren en canal, se meten en la panza y se comen el hígado así, crudo y lleno de sangre…, a veces está palpitando todavía. Gentecilla curiosa, los pigmeos…, salvajes, por supuesto…

Kralefsky, que había tomado un delicado tinte verdi-amarillo, escapó al porche y una vez allí se puso a hacer inspiraciones profundas a la luz de la luna.

El cochinillo se había evaporado, en los cuartos de cordero y jabalí relucían mondos los huesos, y los costillares y quillas de los pollos y pavos y patos yacían como un naufragio de barcas del revés.

Jeejee, luego de probar un poquito de cada cosa por darle gusto a Mamá, y

declararlo infinitamente superior a cuanto había comido hasta esa fecha, estaba compitiendo con Teodoro por ver quién era capaz de consumir más bocaditos del Taj Mahal.

—¡Deliciosos! —murmuró indistintamente Jeejee, con la boca llena—. Sencillamente deliciosos, mi querida señora Durrell. Es usted la apoteosis del genio culinario.

—Es cierto —dijo Teodoro, echándose a la boca otro bocadito y masticándolo—. Son realmente extraordinarios. En Macedonia hacen algo parecido…, eh…, hum…, pero con leche de cabra.

—Jeejee, ¿es verdad que te rompiste la pierna levigando, o como se diga? —preguntó Margo.

—No —dijo Jeejee con pena—. Si así fuera no lo habría sentido, habría sido por una buena causa. No, fue que en el estúpido hotel donde me alojaba tenían puertas de cristales en las alcobas, pero no les quedó dinero para poner balcón.

—Eso parece de hotel de Corfú —dijo Leslie.

—Conque una noche, sumido en el olvido, salí al balcón para hacer respiración profunda; y, claro, no había balcón.

—Pudo haberse matado —dijo Mamá—. Tome otro bocadito.

—¿Qué es la muerte? —preguntó Jeejee retóricamente—. Un mero cambio de piel, una metamorfosis. En Persia estuve sumido en trance profundo, y mi amigo obtuvo pruebas incontrovertibles de que en una existencia anterior fui Gengis Khan.

—¿Quién, el actor de cine? —preguntó Margo con los ojos muy abiertos.

—No, querida Margo, el gran guerrero —dijo Jeejee.

—¿Quieres decir que te acordabas de haber sido Gengis Khan? —preguntó Leslie con interés.

—No, desdichadamente. Estaba en trance —dijo Jeejee con tristeza—. No se te concede recordar tus vidas anteriores.

—Sería demasiado khan-sado —explicó Teodoro, encantado de poder hacer un juego de palabras.

—A ver si espabila todo el mundo y acabamos de comer —dijo Margo—, para que podamos pasar al espectáculo.

—Apresurar una cena así sería un crimen —dijo Jeejee—. Hay tiempo, tenemos toda la noche por delante. Además, Gerry y yo tenemos que ir a organizar mi acompañamiento de reptiles.

Se tardó algún tiempo en preparar el cabaret, porque todo el mundo estaba atiborrado de vino y buena comida y se negaba a darse prisa; pero por fin Margo tuvo reunida a toda la compañía. Había intentado convencer a Larry de que hiciera de presentador, pero él se negó, diciendo que si actuaba en el cabaret no iba a hacer además de presentador. Así que no le quedó otro remedio que acudir ella misma a la

brecha. Levemente sonrojada, ocupó su puesto sobre la piel de tigre, junto al piano, y pidió silencio.

—Señoras y caballeros —empezó—: tenemos esta noche, para su distracción, un espectáculo de variedades con los mejores artistas de la isla, y estoy segura de que todos ustedes disfrutarán con el arte de estos artísticos artistas.

Hizo una pausa, muy colorada, mientras Kralefsky iniciaba el aplauso galantemente.

—En primer lugar, deseo presentarles a Constantino Megalotopolopopoulos —siguió diciendo—, que va a hacer de acompañante al piano.

Un griego gordo y diminuto, con pinta de atezado coleóptero, entró trotando en la sala, saludó con una reverencia y se sentó al piano. Aquél había sido uno de los triunfos de Spiro, pues el señor Megalotopolopopoulos, dependiente de una pañería, no sólo tocaba el piano sino que además sabía leer una partitura.

—Y ahora —dijo Margo—, tengo el gran honor de presentar ante ustedes a la gran artista Lena Mavrokondas, acompañada al piano por Constantino Megalotopolopopoulos. Lena va a interpretar la gran área de la entrega de la rosa, de «El Caballero de Rosa».

Lena, deslumbrante como un lirio tigrado, se deslizó hasta el piano, saludó a Constantino con una inclinación, se colocó cuidadosamente las manos sobre el diafragma como para parar un golpe y empezó a cantar.

—Hermoso, hermoso —dijo Kralefsky cuando Lena acabó y recibió nuestros aplausos haciendo reverencias—. ¡Qué virtuosismo!

—Sí, es el método que en Covent Garden llamaban de las tres uves —dijo Larry.

—¿De las tres uves? —repitió Kralefsky con interés—. ¿Cómo es eso?

—Vigor, *vibrato* y volumen —dijo Larry.

—Diles que voy a cantar una propina —susurró Lena a Margo tras consultar en voz baja con Constantino Megalotopolopopoulos.

—Ah, sí, Estupendo —dijo aturdida Margo, que no estaba preparada para aquella generosidad—. Señoras y caballeros, Lena va a interpretar ahora otra canción, que lleva por título «Una propina».

Lena fulminó a mi hermana con la mirada y atacó la pieza siguiente con tal brío y tantos aspavientos que hasta Creech se quedó impresionado.

—¡Digo, no está mal la chica, eh! —exclamó, húmedos sus ojos de entusiasmo.

—Sí, es una verdadera artista —asintió Kralefsky.

—¡Qué expansión pectoral! —dijo Creech con admiración—. Tiene una proa como un acorazado.

Lena acabó en una nota de cigarra y se inclinó para recibir el aplauso, que fue intenso pero bien calculado en cuanto a calor y duración para no dar pretexto a otra propina.

—Gracias, Lena, ha sido maravilloso. Como si fuera de verdad —dijo Margo deshecha en sonrisas—. Y ahora, señoras y caballeros, les presento a los famosos expertos en fugas Astutín Kralefsky y su pareja Resbaloso Stefanides.

—¿Cielo santo, quién les ha puesto esos nombres? —preguntó Larry.

—¿Quién va a ser? Teodoro —dijo Leslie—. Kralefsky quería que el número se llamase «Los Misteriosos Escapólogos Ilusionistas», pero Margo no ha podido asegurarle que lo sabría decir.

—Siempre hay pequeñas cosas que agradecer —dijo Larry.

Teodoro y Kralefsky, haciendo mucho ruido, se situaron junto al piano con su cargamento de cuerdas, cadenas y candados.

—Señoras y caballeros —dijo Kralefsky—, esta noche van a ver ustedes trucos que les dejarán atónitos, trucos tan misteriosos que les consumirá la curiosidad de saber cómo se hacen.

Se interrumpió para mirar torvamente a Teodoro, que había dejado caer una cadena al suelo.

—Para mi primer truco, voy a pedir a mi ayudante que me ate bien no sólo con cuerdas, sino también con cadenas.

Respondimos con los aplausos de rigor y aguardamos sumamente interesados, mientras Teodoro liaba a Kralefsky con metros y metros de cuerdas y cadenas. Hasta el público llegaban de tanto en tanto discusiones bisbiseadas.

—Oiga…, eh…, que…, hum…, se me ha olvidado cómo es exactamente el nudo… Hum…, sí…, *¿primero* el candado? Ah, sí, ya está…, hum…, eh…, un segundo.

Por fin Teodoro se volvió hacia el auditorio con gesto apologético.

—Debo pedir que nos disculpen por…, eh…, esto…, eh…, por tardar tanto —dijo—, pero desgraciadamente no hemos tenido tiempo de…, de practicar, quiero decir…

—¡Siga! —susurró enérgicamente Astutín Kralefsky. Por fin acabó Teodoro, y tantas y tantas vueltas de cuerda y cadenas le había dado a Kralefsky que éste parecía salido directamente de la tumba de Tutankamen.

—Y ahora —dijo Teodoro, señalando hacia el inmovilizado Kralefsky—, ¿desea alguno de ustedes…, eh…, esto…, examinar los nudos?

El coronel Ribbindane dio un paso al frente.

—Eh…, hum… —balbució Teodoro sobresaltado, pues no esperaba que nadie recogiera su ofrecimiento—. Me temo que he de pedirle que…, hum…, quiero decir…, si no *tira* usted de los nudos…, eh…, hum…

El coronel Ribbindane sometió los nudos a una inspección tan minuciosa que cualquiera le habría tomado por guardián jefe de una penitenciaría. Por fin, y con evidente desilusión, dio el visto bueno a los nudos. Teodoro se adelantó con

expresión de alivio y volvió a señalar a Kralefsky.

—Y ahora mi ayudante, quiero decir mi *compañero*, les demostrará lo… fácil que es…, eh…, esto…, hum…, desembarazarse de…, eh…, hum…, varias yardas…, pies, mejor dicho…, aunque, bien mirado…, como estamos en Grecia, tal vez fuera más propio decir metros…, eh…, hum…, de varios metros de…, eh…, cuerdas y cadenas.

Se retiró y todos fijamos nuestra atención en Kralefsky.

—¡El biombo! —bisbiseó él a Teodoro.

—¡Ah! Hum…, sí —y Teodoro colocó trabajosamente un biombo delante de Kralefsky.

Hubo una pausa prolongada y ominosa, durante la cual se oía jadear y rechinar de cadenas al otro lado del biombo.

—¡Ay, señor! —dijo Margo—. Ojalá le salga bien.

—No estaría yo muy seguro —dijo Leslie—. Todos esos candados parecen estar herrumbrosos.

Pero en ese momento, y para asombro de todos, Teodoro apartó ágilmente el biombo y nos reveló a Kralefsky, ligeramente enrojecido y despeinado pero libre en mitad de una maraña de cuerdas y cadenas.

El aplauso fue sincero y expresivo de sorpresa, y Kralefsky saboreó la adulación de su público.

—Mi siguiente truco, difícil y arriesgado, requerirá algún tiempo —anunció misteriosamente—. Mi ayudante me atará con cuerdas y cadenas, cuyas ataduras podrán examinar (je, je) los escépticos, y seguidamente seré encerrado en un cajón estanco. En su momento me verán ustedes salir milagrosamente, pero necesito algún tiempo para efectuar ese…, eh…, milagro. Entre tanto el siguiente número tendrá la amabilidad de distraerles.

Aparecieron Spiro y Megalotopolopopoulos arrastrando un pesadísimo baúl de madera de olivo, del tipo de los que solían usarse para guardar la ropa de casa. Era perfecto para este fin, pues una vez que Kralefsky quedó atado y encadenado, y que un coronel Ribbindane muy desconfiado hubo examinado concienzudamente las ataduras, entre Teodoro y Spiro le alzaron en vilo y le acomodaron en el interior con la misma pulcritud con que se recoge un caracol en su concha. Teodoro, con gesto teatral, dejó caer la tapa de golpe y echó la llave.

—Ahora, cuando mi ayu…, eh…, mi…, eh…, hum…, mi compañero, quiero decir…, me haga la señal convenida, le abriré —dijo—. ¡Prosiga el espectáculo!

—No me gusta eso —dijo Mamá—. Esperemos que el señor Kralefsky sepa lo que está haciendo.

—No estaría yo muy seguro —dijo Leslie lóbregamente.

—Lo encuentro demasiado parecido a…, en fin…, a un enterramiento prematuro.

—A lo mejor cuando abramos se ha convertido en Edgar Allan Poe —sugirió Larry esperanzado.

—No hay absolutamente ningún peligro, señora Durrell —dijo Teodoro—. Nos comunicamos mediante una serie de golpecillos…, hum…, es como una especie de Morse.

—Y ahora —anunció Margo—, mientras esperamos que Astutín Kralefsky se libere, vamos a recibir al increíble encantador de serpientes del Oriente, Príncipe Jeejeebuoy.

Megalotopolopopoulos tocó una serie de acordes emocionantes y Jeejee entró trotando en la sala. Se había despojado de sus galas y sólo vestía un turbante y un taparrabos. Como no pudo hallar una flauta de encantador apropiada; portaba un violín que Spiro había pedido prestado a uno del pueblo; en la otra mano traía la cesta que contenía su número. Había rechazado con desdén mis luciones cuando los vio, por juzgarlos demasiado pequeños para, contribuir al cultivo de la imagen de la Madre India. En su lugar se empeñó en que le dejara una de mis culebras de agua, un ejemplar anciano de unas tres cuartas de largo y de disposición extremadamente misántropa. En el momento en que Jeejee se inclinaba para saludar al público se le cayó la tapadera de la cesta, y la culebra, con aire muy malhumorado, fue a parar al suelo.

En todos cundió el pánico menos en Jeejee, que se sentó en cuclillas cerca de la enroscada culebra, se encajó el violín debajo de la barbilla y se puso a tocar. Poco a poco el pánico fue amainando, y todos contemplamos absortos cómo Jeejee se balanceaba suavemente, extrayendo del violín los más agoniosos sonidos, bajo la atenta mirada de la culebra vigilante e irritada. Justo en aquel momento se oyó un golpe procedente del baúl en donde estaba encarcelado Kralefsky.

—¡Aja! —dijo Teodoro—. La señal.

Se acercó al baúl y se inclinó, con la barba erizada, mientras le daba golpecitos como un picamadero. La atención de todos estaba pendiente de él, incluida la atención de Jeejee, y en ese instante la culebra acometió. Afortunadamente Jeejee pudo apartarse, de modo que el reptil sólo pudo agarrársele al taparrabos, pero allí se quedó aferrado con ánimo belicoso.

—¡Au! ¡Demonios! —chilló el increíble encantador de serpientes del Oriente—. Gerry, deprisa, deprisa, que me muerde en la entrepierna.

Tardé algunos minutos en convencerle de que se estuviera quieto para poder desliarle a la culebra del taparrabos. Durante ese tiempo Teodoro sostuvo una prolongada conversación en Morse con el embaulado Kralefsky.

—Me parece que no voy a poder seguir —dijo Jeejee, aceptando tembloroso el copazo de coñac que le ofrecía Mamá—. ¡Quería morderme más abajo del cinturón!

—Parece ser que todavía tardará un par de minutos —anunció Teodoro—. Ha

tenido algún problema…, eh…, mejor dicho, alguna dificultad con los candados. Eso, al menos, es lo que entiendo.

—Daré paso al número siguiente —dijo Margo.

—Figúrense —dijo Jeejee desmayadamente—, podía haber sido una cobra.

—No, no —dijo Teodoro—. La cobra no se da aquí en Corfú.

—Y ahora —dijo Margo—, tenemos al capitán Creech, que nos va a ofrecer unas canciones tradicionales, y estoy segura de que todos ustedes querrán cantar con él. Capitán Creech.

El capitán, con el sombrero de copa inclinado al desgaire, se acercó al piano contoneándose y allí hizo unos pasitos de delante a atrás con sus piernas torcidas, dando vueltas al bastón que se había procurado.

—Es una vieja canción de marineros —bramó, poniendo el sombrero en la punta del bastón y haciéndolo girar hábilmente—. Una vieja canción de marineros. Canten todos conmigo el estribillo.

Hizo un breve baile sin dejar de girar el sombrero, y en seguida entró en el compás de la canción, que Megalotopolopopoulos marcaba con gran energía:

«O Paddy was an Irishman,
He came from Donegal,
And all the girls they loved him well,
Though he only had one ball,
For the Irish girls are girls of sense,
And they didn’t mind at all,
For, as Paddy pointed out to them,
One was better than none at all.
O folderol and folderay,
A sailor’s life is grim,
So you’re only too delighted,
If you get a bit excited.
Whether it’s with her or him.»[13]

—¡Larry, por favor! —exclamó Mamá encolerizada—. ¿Esto es lo que tú entiendes por diversión?

—¿Por qué arremetes contra mí? —preguntó Larry con cara de asombro—. Yo no tengo nada que ver.

—Tú fuiste quien invitó a ese viejo repugnante. Es amigo tuyo.

—Pero yo no soy responsable de lo que *cante*, ¿no? —respondió Larry irritado.

—Haz que se calle —ordenó Mamá—. ¡Viejo horrible!

—Hay que reconocer que mueve muy bien el sombrero —dijo Teodoro con envidia—. ¿Cómo…, eh…, cómo lo hará?

—Me da igual su sombrero; es lo que está cantando.

—Está cantando una canción de teatro de variedades absolutamente normal —dijo Larry—. No sé qué le encuentras de malo.

—¡No será del teatro de variedades al que *yo* estoy acostumbrada! —dijo Mamá.

«O, Blodwyn was a Welsh girl,
She carne from Cardiff city,
And all the boys they loved her well,
Though she only had one titty»[14]

Cantó alegremente el capitán, cogiendo de nuevo el compás.

—¡Cretino repulsivo! —escupió mamá.

«For the Welsh boys there,
Are boys of sense,
And didn't they all agree,
One titty is better than two sometimes,
For it leaves you one hand free.
O folderol and folderay
A sailor's life is grim…»[15]

—Aunque yo no te importe, por lo menos podías pensar en Gerry —dijo Mamá.

—Pero ¿qué quieres que haga, que le escriba las letras? —dijo Larry.

—Oigan…, esto…, ¿no oyen ustedes una especie de *golpecitos*? —preguntó Teodoro.

—No seas ridículo, Larry, sabes perfectamente lo que quiero decir.

—No sé si no estará ya preparado…, hum…, el problema es que no me acuerdo bien de cómo era la señal —confesó Teodoro.

—No sé por qué siempre tienes que meterte conmigo —dijo Larry—. Todo porque *tú* seas una intolerante.

—¡Soy tan tolerante como el que más! —protestó Mamá indignada—. Como que a veces me parece que tolero demasiado.

—*Creo* que eran dos toques lentos y tres rápidos —reflexionó Teodoro—, pero tal vez me equivoque.

«O, Gertrude was an English lass,
She carne from Stoke-on-Trent,
But when she loved a nice young lad,
She always left him bent.»[16]

—¡Qué te parece! —dijo Mamá—. Esto ya pasa de castaño oscuro. Larry, haz que se calle ahora mismo.

—Es *a ti* a quien le parece mal, así que hazle callar *tú* —dijo Larry.

«But the boys of Stoke,
They loved a poke,
And suffered in the bed,
For they said that Gert
Was a real prime skirt,
But she had a left-hand thread.»[17]

—Larry, verdaderamente, es ir demasiado lejos. No tiene ninguna gracia.

—Bueno, ya ha estado en Irlanda, en Gales y en Inglaterra —señaló Larry—. Ya no le queda más que Escocia, a no ser que pase a la Europa continental.

—¡No se lo permitirás! —dijo Mamá, horrorizada sólo de pensarlo.

—Oigan, creo que sería conveniente que abriera el baúl para echar un vistazo —dijo Teodoro pensativo—. En fin, sólo como medida de *precaución*.

—Deja de comportarte como una ursulina —dijo Larry—. No es más que humor sano y limpio.

—¡*Para mí* no es humor sano y limpio! —exclamó Mamá—. ¡Y quiero que se acabe!

«O, Angus was a Scottish lad,
He came from Aberdeen…»[18]

—Lo ves, ya se ha ido a Escocia —dijo Larry.

—Esto…, intentaré no molestar al capitán —dijo Teodoro—, pero es mejor que vaya a echar una ojeadita…

—Por mí como si se va al fin del mundo —dijo Mamá—. ¡Ya está bien!

Teodoro se había acercado de puntillas al baúl y rebuscaba ansiosamente en sus bolsillos; Leslie se fue con él, y ambos discutieron el problema del sepultado Kralefsky. Yo vi que Leslie intentaba infructuosamente levantar la tapa cuando quedó claro que Teodoro había perdido la llave. El capitán seguía cantando impertérrito.

«O, Fritz, be was a German lad,
He came from old Berlin…»[19]

—¡Ya llegó! —dijo Mamá—. ¡Ahora el continente! ¡Larry, exijo que le hagas callar!

—Haz el favor de dejar de actuar como si fueras el Censor del Reino —dijo Larry enojado—. Margo es la encargada de la función, que le haga callar *ella*.

—Hay que dar gracias a Dios de que la mayoría de los invitados no sepan suficiente inglés para entenderle —dijo Mamá—. Pero lo que estarán pensando los demás…

«Folderol and folderay,
A sailor’s life is grim.»[20]

—Yo sí que le haría dura la vida si pudiera —dijo Mamá—. ¡Viejo depravado!

A Leslie y Teodoro se les había unido Spiro, armado de una palanca de gran tamaño, y los tres juntaron sus esfuerzos para hacer saltar la tapa.

«O, Françoise was a French girl,
She came from the town of Brest,
And, oh, she lived up to its name,

And gave the boys no rest.»[21]

—Una intenta ser tolerante —dijo Mamá—, pero *todo* tiene un límite.

—Díganme, queridos —dijo Lena, que escuchaba al capitán con atención—, ¿qué quiere decir eso de «la rosca al revés»?

—Es una…, es una…, es una especie de chiste en inglés —dijo Mamá desesperada—. Como un juego de palabras, ¿comprende?

—Como cuando se dice de una chica que la dejaron con el paquete —intervino Larry.

—Larry, ya basta —le acalló Mamá—. Ya tenemos bastante con el capitán, como para que ahora empieces tú también.

—Mamá —dijo Margo, que hasta ese momento no se había dado cuenta de lo que pasaba—, que Kralefsky se debe estar asfixiando.

—No entiendo eso del paquete —dijo Lena—. Explíquemelo.

—No le haga caso, Lena, son cosas de Larry.

—Si se está asfixiando, ¿no será cosa de que me acerque a decirle al capitán que se calle? —preguntó Margo.

—¡Excelente idea! Ve a hacerle callar inmediatamente —dijo Mamá.

En medio de fuertes rugidos, Leslie y Spiro luchaban con la pesada tapa del baúl. Margo se abalanzó al capitán.

—¡Capitán, capitán, silencio, por favor! El señor Kralefsky… en fin, estamos un poco preocupados por él.

—¿Que me calle? —dijo el capitán muy sorprendido—. ¡Pero si acabo de empezar!

—Sí, no importa, hay cosas más urgentes que su canción —dijo Mamá gélidamente—. El señor Kralefsky no puede salir del baúl.

—¡Es una de las mejores canciones que me sé! —dijo el capitán muy ofendido—. ¡Y la más larga: ciento cuarenta países va tocando! Chile, Australia, el Extremo Oriente, todo. ¡Ciento cuarenta estrofas!

Vi que a Mamá le espeluznaba la perspectiva de que el capitán cantara las otras ciento treinta y cuatro.

—Sí, bueno, en otra ocasión tal vez —prometió mendazmente—. Pero ahora estamos ante una emergencia.

Al fin, con un crujido como el que haría al caer un árbol gigantesco, saltó la tapa del baúl. Dentro yacía Kralefsky todavía envuelto en cuerdas y cadenas, con el semblante teñido de un interesante color azul y sus ojos de avellana desorbitados por el pánico.

—¡Aja! Veo que hemos sido un poco…, eh…, esto…, precipitados —dijo Teodoro—. Todavía no ha acabado de soltarse.

—¡Aire! ¡Aire! —graznó Kralefsky—. ¡Denme aire!

—Es interesante —dijo el coronel Ribbindane—. Yo vi una vez a un pigmeo en el Congo, que estaba igual…, se había quedado atrapado en el estómago de un elefante. El elefante es el mayor cuadrúpedo africano…

—¡Pero sacadle de ahí! —exclamó Mamá, presa de gran agitación—. ¡Traed coñac!

—¡Dadle aire! ¡Sopladle! —chilló Margo, y se echó a llorar—. ¡Se muere, se muere, y ni siquiera había acabado de hacer su número!

—Aire…, aire —gemía Kralefsky mientras le sacaban del baúl.

Liado en aquel sudario de cuerdas y cadenas, con el rostro plomizo y los ojos cerrados, verdaderamente ofrecía un aspecto macabro.

—Es posible que, en fin, que las cuerdas y las cadenas le opriman un poco —dijo juiciosamente Teodoro, vuelto a su condición de médico.

—Pues *usted* se las puso, así que usted se las quita —dijo Larry—. Venga, Teodoro, la llave de los candados.

—Por desgracia me parece que la he extraviado —confesó Teodoro.

—¡Santo Dios! —exclamó Leslie—. Ya sabía yo que no les debíamos dejar que lo hicieran. ¡Qué estupidez! Spiro, ¿puede usted conseguir una segueta?

Acostaron a Kralefsky en el sofá y le apoyaron la cabeza en los almohadones; él abrió los ojos y boqueó desvalidamente hacia nosotros. El coronel Ribbindane se le acercó y le miró fijamente a la cara.

—A aquel pigmeo que les decía —dijo— se le llenaron de sangre los globos oculares.

—¿Ah, sí? —dijo Teodoro muy interesado—. Tengo entendido que es lo que sucede cuando…, eh…, esto…, cuando se le da a uno garrote vil. A veces la ruptura de los vasos sanguíneos de los ojos los hace reventar.

Kralefsky emitió un chirrido desesperado de ratón campestre.

—Claro, pero si hubiera seguido un curso de Faqyo —dijo Jeejee— habría podido estar sin respirar durante horas, tal vez incluso días, probablemente incluso meses o *años*, con un poco de práctica.

—¿Y no se le llenarían de sangre los globos oculares? —preguntó Ribbindane.

—No sé —reconoció Jeejee—. Probablemente no se le *llenarían* de sangre, se le enrojecerían nada más.

—¿Tengo los ojos llenos de sangre? —preguntó Kralefsky muy agitado.

—No, no, descuide —le tranquilizó Mamá—. A ver si dejáis todos de hablar de sangre y de preocupar al pobre señor Kralefsky.

—Eso, que se distraiga —dijo el capitán Creech—. ¿Acabo la canción?

—No, se acabaron las canciones —dijo Mamá tajantemente—. ¿Por qué no le decís al señor Maga…, como se llame, que toque algo suave para que la gente pueda bailar mientras desatamos al señor Kralefsky?

—Gran idea, chavalilla mía —dijo el capitán Creech a mi madre—. ¡Bailemos un vals! ¡El vals es una de las maneras más rápidas de intimar!

—No —dijo ella fríamente—. Tengo demasiadas cosas que hacer como para intimar con nadie, muy agradecida.

—Entonces usted —dijo el capitán volviéndose a, Lena—. ¿No quiere usted que nos demos un paseo por la pista bien agarraditos?

—Bueno, he de confesar que me gusta bailar el vals —dijo Lena sacando el pecho, para visible regocijo del capitán.

Megalotopolopopoulos se embaló en una briosa versión de «El Danubio Azul», y el capitán arrastró a Lena en volandas por la sala.

—El truco *habría* salido perfectamente, si el doctor Stefanides se hubiera limitado a *fingir* que cerraba los candados —explicaba el señor Kralefsky mientras el ceñudo Spiro aserraba con la segueta los candados y las cadenas.

—Claro, claro —dijo Mamá—, ya nos hacemos cargo.

—Yo siempre…, eh…, esto…, he sido muy patoso para los juegos de manos —reconoció Teodoro contrito.

—Sentía que se me acababa el aire y oía que el corazón me latía cada vez más fuerte, Ha sido horrible, absolutamente horrible —dijo Kralefsky, cerrando los ojos con un estremecimiento que hizo entrechocar todas sus cadenas—. Empecé a creer que no saldría nunca.

—Y además se ha perdido usted el resto de la función —apuntó Margo compadecida.

—¡Sí, por todos los dioses! —exclamó Jeejee—. No me ha visto usted encantar a la serpiente. ¡Una condenada serpiente enorme que me mordió en el taparrabos, a mí que soy soltero!

—Luego me empezó a martillear la sangre en los oídos —dijo Kralefsky, con la esperanza de seguir acaparando la atención—. Lo vi todo negro.

—Es que…, eh…, vaya…, estaba usted *a oscuras* ahí dentro —observó Teodoro.

—No tome usted las cosas tan al pie de la letra, Teo —dijo Larry—. No hay quien adorne una historia como es debido delante de uno de estos científicos.

—Yo no estoy adornando nada —dijo Kralefsky con dignidad, al tiempo que se abría el último candado y podía enderezarse—. Gracias, Spiro. No, se lo aseguro, lo vi todo negro como…, negro como…

—¿Negro como mi culo? —ofreció Jeejee, servicial.

—Jeejee, querido, no diga usted eso —dijo Mamá escandalizada—. No está bien.

—¿Decir culo? —preguntó Jeejee, perplejo.

—No, no —dijo Mamá—, lo de que usted sea negro.

—¿Por qué? ¿Qué tiene de malo? —dijo él—. Yo soy negro y lo reconozco.

—Bien dicho —declaró el coronel Ribbindane con admiración.

—Pues yo no permito que se llame usted negro —dijo Mamá con firmeza—. Para mí es usted tan blanco como, como…

—¿Como la nieve? —sugirió Larry.

—Me entiendes perfectamente, Larry —dijo Mamá enfadada.

—Pues, como decía —prosiguió Kralefsky—, me martilleaba la sangre en los oídos…

—¡Oooh! —chirrió Margo de improviso—; ¡Mirad lo que ha hecho el capitán Creech con el precioso vestido de Lena!

Todos nos volvimos a mirar hacia el sector de la sala donde varias parejas giraban alegremente al ritmo del vals, ninguna con mayor entusiasmo que la que formaban Lena y el capitán. Desdichadamente, y sin que ninguno de los dos se diera cuenta, el capitán debía de haber pisado el remate de volantes que decoraba el bajo del vestido de Lena y se los había descosido, con el resultado de que ahora valseaban inadvertidos de que el capitán tenía los dos pies dentro del vestido de su pareja.

—¡Dios santo! ¡Ese viejo asqueroso! —dijo Mamá.

—Ya decía él que con el vals se intimaba —dijo Larry—. Con un par de vueltas más llevarán los dos el mismo vestido.

—¿Te parece que se lo diga a Lena? —preguntó Margo.

—Yo no lo haría —dijo Larry—. Probablemente hace años que no ha estado tan cerca de un hombre.

—Larry, no hay ninguna necesidad de hablar así —dijo Mamá.

En ese momento, con un adorno, Megalotopolopopoulos puso punto final al vals; Lena y el capitán dieron vueltas y vueltas como una peonza y se detuvieron. Antes de que Margo pudiera decir nada, el capitán dio un paso atrás para saludar, tropezó y se cayó patas arriba, arrancando gran parte de la falda de Lena. Hubo un instante de tremendo silencio en el que todos los ojos que había en la sala permanecieron clavados sobre la figura de Lena, que se había quedado petrificada. El capitán rompió el hechizo, desde su posición de decúbito en el suelo:

—¡Caramba, qué bragas más bonitas lleva usted! —observó jovialmente.

Lena emitió un alarido que sólo podría calificar de alarido griego: un sonido con todos los ingredientes espeluznantes del roce de una hoja de guadaña con una piedra oculta, mitad lamento mitad indignación, con ricas resonancias asesinas; un sonido sacado de cuajo, por así decirlo, de las entrañas mismas de las cuerdas vocales. Gallicurci habría estado orgulloso de ella. Cosa rara, fue Margo quien acudió al quite y evitó lo que podía haber sido una crisis diplomática, si bien su manera de hacerlo fue tal vez un poco excesiva. Sencillamente tiró del mantel que cubría uno de los aparadores, se abalanzó hacia Lena y la envolvió en él. El gesto en sí no habría tenido nada de malo, pero fue a elegir un mantel en el que reposaban numerosos platos de comida y un gran candelabro de veinticuatro brazos. El estrépito con que la loza se

hizo añicos y el chisporroteo de las velas al caer en *chutneys* y salsas tuvieron el mérito de distraer la atención de los invitados de la persona de Lena, que al socaire de la confusión reinante fue arrastrada escaleras arriba por Margo.

—¡Te habrás quedado satisfecho! —dijo Mamá a Larry con expresión acusadora.

—¿Yo? ¿Qué he hecho yo? —preguntó él.

—¡Ese hombre! —dijo Mamá—. Tú le invitaste; mira la que ha armado.

—Lo que ha hecho ha sido darle a Lena la mayor emoción de su vida —dijo Larry—. Será la primera vez que un hombre trata de arrancarle la falda.

—No tiene ninguna gracia, Larry —dijo Mamá severamente—, y si damos alguna otra fiesta, no estoy dispuesta a admitir a ese…, a ese…, a ese viejo licencioso y libertino.

—No se disguste, señora Durrell; es una fiesta maravillosa —dijo Jeejee.

—Bueno, si usted lo está pasando bien, no me disgustaré —dijo Mamá enternecida.

—Aunque tuviera otras cien reencarnaciones, estoy seguro de que no volveré a tener otra fiesta de cumpleaños como esta.

—Es usted muy amable, Jeejee.

—No hay más que un detalle —dijo él con gesto afligido—, no me atrevo a decirlo…, pero…

—¿Qué es? —preguntó Mamá—. ¿Qué es lo que no ha estado bien?

—No es que no haya estado bien —dijo Jeejee suspirando—, es que *ha faltado*.

—¿Que *ha faltado*? —repitió Mamá alarmada—. ¿Qué es lo que ha faltado?

—Elefantes —dijo Jeejee muy serio—: ¡los mayores cuadrúpedos de la India!

Glosario de algunos nombres de animales citados en el texto

Arrendajo. Ave de la familia de los córvidos, con el plumaje de color castaño, cola y alas negras y una mancha blanca y otra azul en el borde de las alas.

Autillo. Ave rapaz nocturna, la de menor tamaño de la familia de los búhos, básicamente insectívora.

Bombix de la encina. Insecto lepidóptero de la familia de los lasiocámpidos. Es una mariposa de gran tamaño, cuyas larvas, muy peludas, viven sobre árboles y arbustos.

Cetonia. Insecto coleóptero de aspecto muy brillante, que se alimenta de pétalos o fruta y frecuenta especialmente los rosales.

Colirrojo. Nombre de varias especies de aves paseriformes de la familia de los túrdidos, comunes en Europa central y meridional. Su denominación vulgar alude a la coloración rojiza de las plumas de la cola.

Charrán. Ave de la familia de las gaviotas, de plumaje blanco y ceniciento. Vive en las playas marinas o junto a los ríos y lagos, alimentándose de animales acuáticos.

Chochín. Ave paseriforme de la familia de los troglodíticos. Muy pequeño y poco llamativo, básicamente insectívoro, se caracteriza por su extremada viveza en el suelo.

Crisopa. Insecto neuróptero de la familia de los crisópidos. Tiene el cuerpo de color verde, largas antenas y alas estrechas y alargadas, irisadas, que extiende hacia atrás al posarse.

Curruca capirotada. Ave paseriforme de la familia de los sílvidos. De color ceniciento, se distingue de otras especies del mismo género por la coloración de la parte alta de la cabeza, que es negra en el macho y pardorrojiza en la hembra.

Esfinge. Nombre de diversas especies de lepidópteros de la familia de los esfíngidos, que comprende muchas de las mariposas más llamativas y conocidas, en general nocturnas o crepusculares, con el cuerpo robusto y cónico, alas anteriores largas y triangulares y trompa muy larga.

Estelión o ágama estelión. Reptil saurio de la familia de los agámidos. Es un lagarto de cabeza corta y ancha, cuerpo muy robusto y larga cola, de color grisáceo. Frecuente en el Mediterráneo oriental, se nutre de insectos.

Grajilla. Ave de la familia de los córvidos, la más pequeña de ese grupo. Es omnívora, de color negro y gris oscuro y muy común.

Guión de codornices. Ave gruiforme de la familia de los raudos. Pardorrojiza, con el dorso listado, cabeza pequeña y patas muy desarrolladas, hace vida en el suelo, a menudo en terrenos cultivados. Su coincidencia frecuente con grupos de codornices ha dado origen a su nombre vulgar.

Hormiga león. Insecto neuróptero de la familia de los mirmeleónidos, de color pardo con alas transparentes. La larva excava en la arena una trampa en forma de embudo, con la que captura hormigas y otros insectos.

Limoncillo. Insecto lepidóptero de la familia de los piéridos, así llamado por el intenso color amarillo limón de las alas del macho.

Lución. Reptil saurio de la familia de los ánguidos. En realidad es un lagarto, pero su carencia de patas es causa de que a menudo se le confunda con una serpiente pequeña. Habita en pastizales y matorrales de toda Europa.

Maido. Cangrejo de mar de la familia de los maidos, que se mimetiza recubriéndose de algas. Especie afín a ésta es la del conocido centollo.

Noctua gamma. Insecto lepidóptero de la familia de los noctuidos. Es una mariposa migratoria muy conocida, que vuela tanto de día como de noche, y debe su nombre a la presencia de una mancha en las alas anteriores en forma de Y.

Pinnotérido. Nombre de una familia de minúsculos cangrejos de mar que suelen vivir dentro de la concha de los moluscos bivalvos.

Quitón. Pequeño molusco del orden de los quitónidos, de cuerpo aplanado y recubierto de placas superpuestas y articuladas. Vive adherido a las rocas costeras, como una lapa, alimentándose de algas.

Tarabilla. Ave paseriforme de la familia de los túrdidos, habitante de praderas y campos de cultivo, donde es fácil verla por su costumbre de posarse en puntos elevados para acechar desde allí a los insectos de que se nutre.

Típula. Insecto díptero nematócero de aspecto muy semejante al de un mosquito, pero mucho mayor y dotado de larguísimas patas. Es habitante muy común de los huertos europeos.

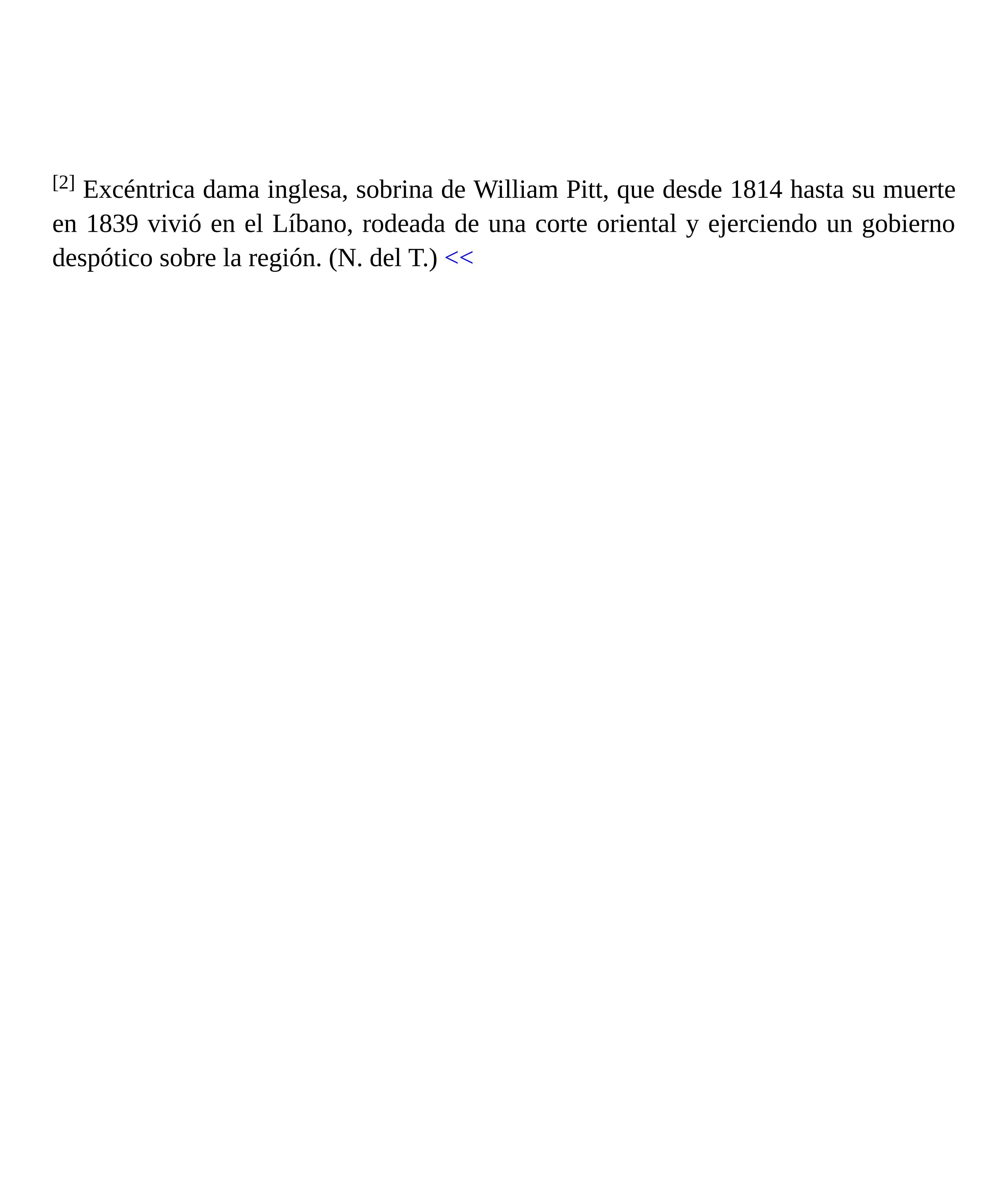
Tritón. Anfibio urodelo de la familia de los salamándridos, de cuerpo parecido al de un lagarto. Suele vivir en tierra, pero se traslada a charcas o lagunas para reproducirse.

EL TRADUCTOR

Notas



[1] La Cruft’s Dog Show, que anualmente organiza en Londres el Kennel Club británico, es la exposición canina más importante del mundo. (N. del T.) <<



[2] Excéntrica dama inglesa, sobrina de William Pitt, que desde 1814 hasta su muerte en 1839 vivió en el Líbano, rodeada de una corte oriental y ejerciendo un gobierno despótico sobre la región. (N. del T.) <<

[3] Una de las principales casas londinenses de subastas de arte. (N. del T.) <<



[4] Uno de los dos rechonchos gemelos que aparecen en A través del espejo, de Carroll. (N. del T.) <<

[5] En junio de 1756 el nabab de Bengala se apoderó de Calcuta. Los ingleses de la guarnición que no pudieron escapar fueron encerrados —eran casi 150— en un calabozo de un par de metros cuadrados. A la mañana siguiente habían muerto casi todos. (N. del T.) <<



[6] Indio que ha recibido una somera educación inglesa y puede desempeñar trabajos administrativos que exijan escribir en inglés. (N. del T.) <<

[7] Tienda grande y lujosa. (N. del T.) <<

[8] Sólo la primera forma es correcta («Poesía para el pueblo»). Los títulos que se citan en el párrafo siguiente son versiones macarrónicas de: The Poetry of Stephen Spender – a critical evaluation («La poesía de Stephen Spender – valoración crítica); T. S. Eliot, Poet Supreme («T. S. Eliot, poeta supremo»); Why Not a Black Poet Laureate? («¿Por qué no un poeta laureado de color?»), y Roy Campbell, Bullfighter and Poet («Roy Campbell, torero y poeta»), (N. del T.) <<



[9] Audiencias de un soberano indio, o del Gobernador General británico a los príncipes indios. (N. del T.) <<



[10] Jefe administrativo de una provincia o departamento de la Grecia moderna. (N. del T.) <<



[11] Tradicionalmente, el cajón de la cómoda donde una joven casada iba acumulando el ajuar de su futuro hogar. (N. del T.) <<



[12] Caballero medieval enamorado que protagoniza una balada de sir Walter Scott. (N. del T.) <<

[13] «Paddy era irlandés, de Donegal, y todas las muchachas le querían bien, a pesar de que sólo tenía una bola. Pues las irlandesas son chicas sensatas, y aquello no les importaba lo más mínimo: como les hacía notar Paddy, más vale una que ninguna. O folderol and folderay [verso sin sentido que se repite en las canciones antiguas], es dura la vida del marinero. Por eso da mucho gusto embalarse un poco, es igual que sea con ella o con él.» <<

[14] «Blodwyn era de Gales, de la ciudad de Cardiff, y todos los muchachos la querían bien, a pesar de que sólo tenía una teta.» <<



[15] «Pues los galeses son chicos sensatos, y todos ellos convenían en que a veces es mejor una teta que dos, porque te queda libre una mano. O folderol and folderay, es dura la vida del marinero…» <<



[16] «Gertrude era una inglesa de Stoke-on-Trent, que cada vez que daba su amor a un mocito le dejaba doblado.» <<

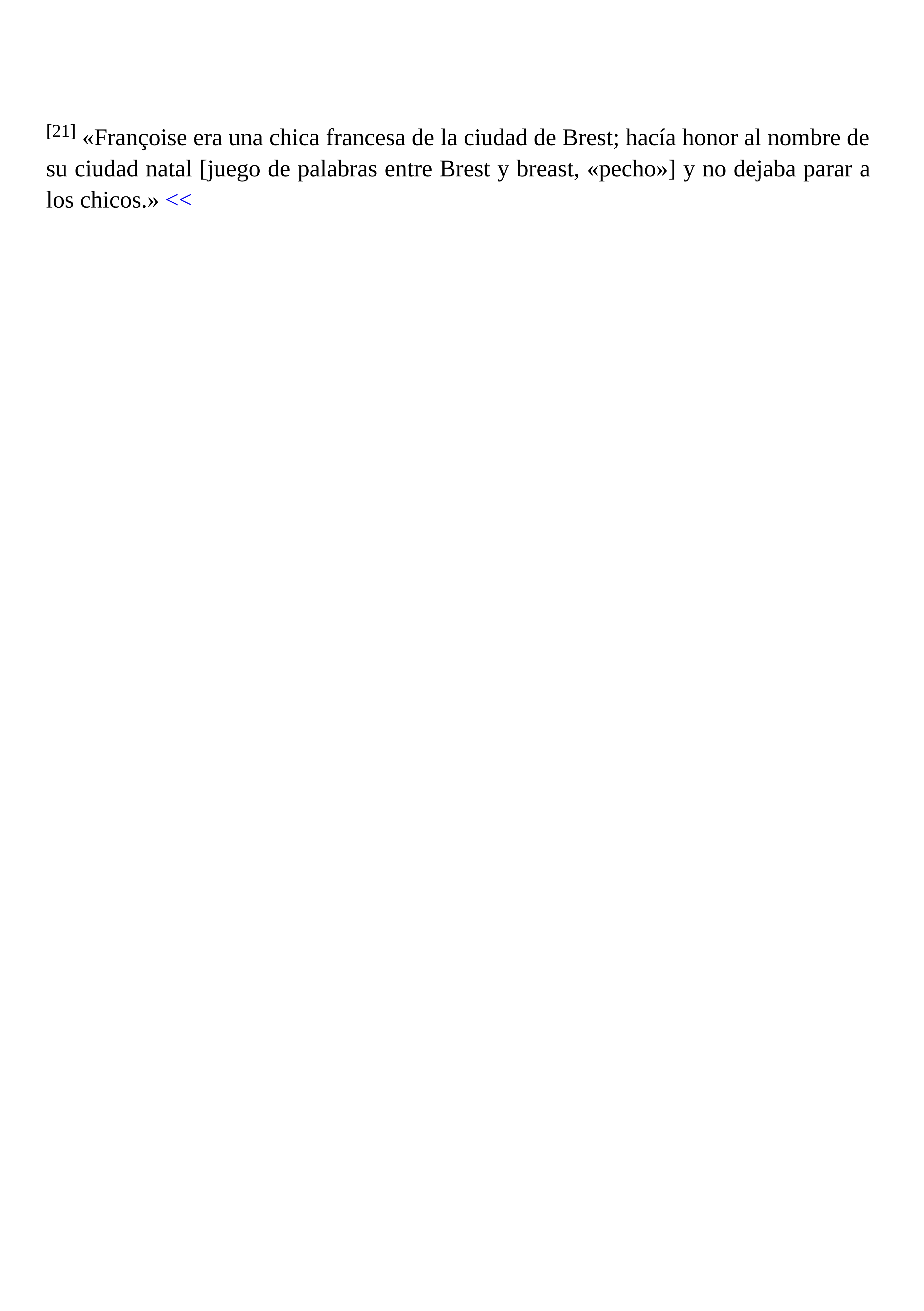


[17] «A los chicos de Stoke les gustaba ir por derecho y lo pasaban mal en la cama, porque decían que Gert era una moza de bandera, pero tenía la rosca al revés.» <<

[18] «Angus era un escocés de Aberdeen…» <<

[19] «Fritz era alemán, nacido en el viejo Berlín…» <<

[20] «Folderol and folderay, es dura la vida del marinero.» <<



[21] «Françoise era una chica francesa de la ciudad de Brest; hacía honor al nombre de su ciudad natal [juego de palabras entre Brest y breast, «pecho»] y no dejaba parar a los chicos.» <<



GERALD DURRELL, (7 de enero de 1925 – 30 de enero de 1995) fue un autor, naturalista, conservacionista, zoólogo y presentador de televisión británico. Fundó el Durrell Wildlife Conservation Trust y el Zoo de Jersey (actualmente renombrado como Durrell Wildlife) en la isla de Jersey en 1958, pero es más conocido como escritor de libros autobiográficos, coleccionista de animales y entusiasta de la naturaleza. Era hermano del conocido novelista Lawrence Durrell.